
LAS SEDUCCIONES DE LA HOJA DE PLATA
DESVELANDO A LA
NOVIA FALSA
AVA DEVLIN

# DESVELANDO A LA NOVIA FALSA

Las Seducciones de la Hoja de Plata. Libro 2

Ava Devlin

# CONTENIDO


Página del título

Copyright

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Capítulo Trece

Capítulo Catorce

Capítulo Quince

Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Epílogo

Nota de la autora

# COPYRIGHT

Primera edición en inglés: *Unveiling the Counterfeit Bride*.

Copyright © Ava Devlin, 2020.

Todos los derechos reservados. Este libro o cualquier parte del mismo no se puede reproducir ni utilizar de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito de la editora, excepto para el uso de citas breves en una reseña de este libro.

Primera edición del año 2020.

http://avadevlin.com

Para contactar a la autora: ava@avadevlin.com

Portada de BZN Studio Designs.

http://covers.bzndesignstudios.com

# DEDICATORIA

Para Gemma y Noemie, quienes le dieron a Serre Chevalier su magia.

# PRÓLOGO

La marea estaba subiendo.

El día había comenzado con tanta esperanza, soleado y tranquilo en el agua, y las risas y la ilusión por los años venideros resonaban desde el casco de la pequeña embarcación de la familia Atlas. Cuando vieron la fiesta que los esperaba, en la orilla de Calais, les pareció que nada en el mundo podría arrebatarles la alegría de su éxito.

Sin embargo, Yves Monetier había aprendido hacía mucho tiempo que en los días hermosos podrían ocurrir cosas feas.

Aquella fresca mañana de otoño, cuando los soldados británicos lo sacaron a la fuerza de su escondite entre uniformes y raciones, aprendió que la belleza no excluye el horror. Y aprendió, en lo que pareció el enésimo día de su cautiverio, en las húmedas y oscuras celdas del castillo de Dover, cuando Mary Atlas lo visitó por primera vez con la esperanza de regresar a casa, que los días sin luz, a veces, esconden las alegrías más brillantes.

Aún así, sabiendo lo que sucedió, le costaba aceptar el torrente de sangre, que se mezclaba con la espuma del mar, mientras el agua se acercaba lentamente a los cuerpos que yacían sobre las rocas. Era imposible creer que las cosas hubieran empeorado tanto tan rápido.

Había pensado que sus décadas como soldado lo habían hecho inmune a un shock como este, pero tal vez la relativa seguridad y previsibilidad de estos últimos tres años, resguardado en una celda, le habían hecho olvidar con qué rapidez se le puede arrebatar la vida a un hombre.

O a una mujer.

Un instante antes, nueve personas habían estado negociando, en esta playa, incluyéndolo a él. Sabía que no había sido más que una pieza, en aquella conversación, a quien se le había otorgado una importancia, que no merecía, por la posición de su hermano en París.

Se trataba de un trato muy sencillo entre los hombres de su hermano y una organización británica de contrabando llamada la sociedad de la Hoja de Plata. Liberarían a Yves de la cárcel y lo devolverían a Francia, y a cambio, un prisionero británico de alto rango sería entregado a los agentes de la sociedad de la Hoja de Plata para que lo devolvieran a su familia, en Gran Bretaña.

El intercambio era sospechoso. No solo Jonathan Monetier esperaba en la costa de Calais, sino también dos soldados de infantería y, para colmo, su hijo Charles, de doce años. Una vez intercambiados los prisioneros y cuando Walter Atlas comenzó a prepararse para zarpar de regreso a Gran Bretaña, se desató el caos.

Los soldados de infantería habían recibido la orden de disparar, en cuanto les dieran la espalda. Dos personas murieron en el acto. Yves nunca sabría si su hermano había tenido la intención de perdonar la vida a la mujer y a su bebé, porque no tuvo la oportunidad de preguntarle. Ella le había entregado a la niña en brazos, a Yves, y había atacado a Jonathan con una daga, que llevaba escondida, en los bolsillos de su vestido.

Ahora ellos estaban muertos.

En la playa solo quedaban cinco almas: él mismo y la bebé en sus brazos; los dos soldados rasos que habían disparado contra los liberadores británicos; y su sobrino, Charles, cuyos gritos de angustia sobre el cuerpo sin vida de su padre resonaron en la suave brisa de verano, junto con el canto de las gaviotas desde arriba.

Le parecía irreal, como si ni siquiera estuviera habitando su propio cuerpo, sino observando cómo se desarrollaba aquel desastre

desde la distancia, donde todos los sonidos estaban amortiguados y los movimientos ralentizados.

Más tarde se avergonzaría que el llanto del pequeño Charles no lo hubiera impulsado a actuar. Le resultó inconcebible que la bebita, en sus brazos, no llorara. Estaba ajena a todo, balbuceando y jugando con los botones de su abrigo, como si su mundo entero no se hubiera desmoronado, ante sus ojos.

El cuerpo de su hermano yacía desplomado, junto al de la mujer. Su daga ensangrentada brillaba bajo los rayos del sol; su mano, incluso después de muerta, seguía extendiéndose hacia la garganta.

¿Acaso el Cielo reprobaría a Yves por llorarla más que a su propia sangre?

Mary Atlas había sido una mujer de honor, mientras que Jonathan nunca le había dado mucha importancia a las ideas de altruismo y nobleza, ni siquiera de niño. Asesinó al marido de aquella mujer con la misma fría indiferencia y regocijo por su propio poder, con el que había derribado a los pájaros de sus nidos, cuando eran crías.

La doble moral de Jonathan no debió haber sorprendido a Yves. Nada de esto debió haberlo hecho. Pero él había perdido por completo la lucidez, al pensar que su orgulloso y arrogante hermano mayor había aceptado un intercambio de prisioneros justo, aunque ilícito, con el enemigo.

Walter Atlas y el soldado británico, cuyo intercambio le había dado su libertad, yacían desplomados cerca de la embarcación, con el agua lamiendo sus ropas. Ambos habían muerto de espaldas, creyendo que su misión estaba cumplida.

Probablemente habían estado planeando con ilusión lo que les depararían las horas venideras.

Ellos fueron unos afortunados, quienes nunca vieron venir la muerte.

—¿El bebé? —preguntó uno de los soldados de infantería, señalando el bulto que sostenía Yves—. ¿Quiere que lo llevemos nosotros, señor?

Ese fue el empujón que necesitaba, la caída desde el horror suspendido del momento de vuelta al cruel borde de la realidad.

—Es mío —dijo bruscamente, dando un paso atrás.

Los dos hombres intercambiaron una mirada.

—¿Un bebé inglés, señor? —preguntó, como si el caos hubiera trastornado el cerebro de Yves.

—¡Es una niña! —espetó Yves—. ¡Y tan francesa como yo! La mujer de Atlas solo la sostenía porque es lo que suelen hacer las mujeres. ¡Jamás le habría confiado a mi hija a esa histérica armada con un cuchillo, si hubiera conocido su verdadera naturaleza!

Antes que pudieran reflexionar detenidamente sobre lo que él había dicho, Yves los rodeó y se dirigió hacia su sobrino.

La bebé se había calmado. Sus lamentos se redujeron a un leve gemido. Se mecía sobre sus talones, junto a su difunto padre, con la mirada fija en esos zapatos, mientras el viento salado le despeinaba el cabello castaño claro.

—Charles —dijo Yves con dulzura, alzando la mirada de la bebé para que se encontrara con la de él, del mismo azul vibrante—. ¿Te acuerdas de mí, muchacho?

Asintió, secándose las lágrimas de las mejillas con un repentino gesto de vergüenza y poniéndose de pie de un salto. —Sí, tío —respondió con la voz temblorosa, casi como la de un adulto—. Sí, claro. Papá estaba… estaba tan feliz que volvieras a casa. Estaba… Estaba… —El niño cerró la boca con fuerza, incapaz de decir algo más.

—Lo sé, Charles. Lo sé —le aseguró Yves—. Pronto tendremos tiempo para llorar su muerte, te lo prometo. Ahora mismo, necesito

que te lleves a tu prima y esperes, junto a las rocas. Debo asegurarme que tu padre y los demás reciban el trato que merecen.

—¿Prima? —repitió el niño, fijando la mirada en la bebé que Mary Atlas le había entregado a su tío, momentos antes de morir—. ¿Tienes una bebé?

—Sí, claro —respondió Yves, acunando con cuidado a la bebé, en su delgado abrazo—. Pasaron muchas cosas, mientras estuve cautivo. Ahora, por favor, llévala a las rocas, que están al otro extremo de la playa. Una niña tan pequeña no debería tener que ver cosas tan horribles. Necesita un primo fuerte, como tú, para protegerla.

El chico enderezó los hombros y alzó la barbilla, reconociendo que él no era la persona indicada para esta cuestión. —Sí, tío. La protegeré, por supuesto —juró, apretando a la bebé con más firmeza.

Con la bebé tan cuidadosamente sostenida, en sus brazos, el joven Charles no pudo contener la siguiente lágrima que se le escapó. Caminó por la playa de espaldas, a los muertos, con esa única lágrima brillando en su rostro estoico. Quizás se acercaba a la edad adulta, pero aún era demasiado joven para haber presenciado semejante horror. ¿En qué diablos estaba pensando Jonathan, al traer a una niña, a esto?

Yves lo vio marchándose, conteniendo la respiración con dificultad, antes de bajar la mirada hacia los cuerpos, a sus pies.

Su hermano seguía frunciendo el ceño, incluso muerto, con la mandíbula tensa por la arrogante seguridad que todo lo que hiciera, por su propia naturaleza, era lo correcto. Había muerto, sintiéndose justificado, y al mirarlo, Yves no pudo sentir más que ira; pero reservaba su dolor para aquellos que habían sido heridos por las acciones de ese hombre.

Dio la espalda a Jonathan y se arrodilló, girando a Mary Atlas boca arriba con el mayor cuidado posible. Esos rizos de color caoba

ondeaban al viento, rozándole la hermosa curva de la mejilla. Y esos pálidos ojos miraban fijamente al sol, sin ver nada.

Le cerró los ojos y le susurró una disculpa, esperando que de alguna manera ella pudiera oírlo. —Te merecías mucho más —le dijo, juntándole las manos sobre el vientre—. Rezaré por tu alma. Protegeré a tu hija con mi vida. Siempre estaré en deuda contigo.

Como si ella pudiera oírlo, un cambio en las nubes proyectó un rayo de sol sobre un pequeño adorno metálico alrededor de su cuello. Yves se inclinó hacia adelante sin pensarlo. Las yemas de sus dedos rozaron el medallón dorado, un robusto óvalo con una piedra azul intenso incrustada, y aunque no intentó quitárselo, la cadena pareció romperse por sí sola, dejando caer el collar en sus manos.

La contempló con asombro y admiración. Un temblor, algo que no había sentido en años, pareció recorrer desde la baratija en su palma hasta los latidos de su corazón. En ese instante, creyó en algo.

—¿Señor? —Las voces lo llamaron desde atrás, mientras sus botas levantaban piedrecitas y copos de arena, al tiempo que los esbirros de su hermano trotaban hacia su amo muerto.

Yves se puso de pie con esfuerzo y se guardó el collar, en el bolsillo, dando la vuelta y clavando en los hombres una expresión que, según esperaba, era severa y no daba pie a réplica. Él no era como su hermano, pero ellos no tenían por qué saberlo.

—Si les parece bien, cargaremos los cadáveres y hundiremos el barco —dijo el más alto—. Nadie sabrá lo que pasó aquí. Envolveremos al capitán y nos lo llevaremos de vuelta a París, por supuesto, con ustedes y el joven Charles, a nuestro lado. Tenemos un carruaje.

Yves asintió, demasiado entumecido para discutir, y muy destrozado para ofrecer otra solución. ¿A dónde más podía ir, después de todo? No le quedaba nada allí salvo los recuerdos de una vida que había terminado hacía mucho tiempo.

Estas personas merecían un entierro digno. Merecían el descanso eterno en su tierra natal y en su tierra sagrada. En cambio, serían condenadas, al fondo del mar, arrojadas al abismo por sus verdugos. Era un pensamiento demasiado repugnante, como para siquiera considerarlo.

Él caminó por la playa, evitando la mirada del nítido reflejo de la costa blanca frente a ellos. Aquello era Inglaterra. Y era el pasado. Si volvía a mirar atrás, estaba seguro que se quebraría, así que la única opción era mantenerse íntegro, si quería proteger a esta bebé.

Tenía que seguir adelante, paso a paso. Debía mantenerse íntegro. Había que tomar estas decisiones, pues de lo contrario el universo lo estrellaría contra las rocas con la misma certeza que a un barco sin tripulación.

Encontró a su sobrino exactamente donde le había pedido que fuera, sentado en la suave hierba, que bordeaba la arena, con la bebé durmiendo, en sus brazos, aparentemente contenta con su nueva familia.

El joven Charles ya no lloraba. Pronto aprendería lo agotador que podía ser el proceso de duelo.

Yves se dejó caer al suelo, junto a él, escuchando el murmullo de las olas.

—Son malvados, ¿cierto? —dijo el chico tras un momento—. ¿Los ingleses?

La pregunta lo sobresaltó. —¿Por qué dices eso? —preguntó—. Son personas como nosotros.

—Te encarcelaron —dijo Charles, frunciendo el ceño, y hundiendo los zapatos aún más en la arena—. Te llevaron.

—Bueno, sí —admitió Yves, pensando en cómo aquello debía parecerle a un niño—. Pero yo estuve en un campo enemigo, durante la guerra. Los franceses también hemos encarcelado a muchos ingleses.

—Papá dijo que es porque son malvados. Dijo que si dejábamos que un malhechor inglés volviera a Inglaterra, también le estaríamos haciendo un gran mal al mundo, por eso teníamos que salvarte primero, y luego asegurarnos de hacer lo correcto.

Durante un minuto entero, Yves se quedó mudo. A su sobrino no pareció importarle, pues parpadeó y volvió a mirar la costa, donde los acantilados blancos de Dover se recortaban contra las olas.

—Charles, tu padre se equivocó. Se equivocó, y eso le costó la vida —suspiró Yves, maldiciendo, en silencio, a su hermano por haberle inculcado tales creencias—. El mal no causó esto. Lo que ocurrió hoy aquí fue una tragedia para todos nosotros, y fue el resultado de una traición a la confianza. Tu padre hizo un trato, pero no cumplió su parte.

Charles pareció a punto de replicar, pero en lugar de eso giró rápidamente la cabeza, apretando los labios para ocultar su tristeza. Parecía meditar sobre esta posibilidad, dándole vueltas al asunto, con todos sus matices. Cuando volvió a hablar, su voz era débil e insegura, pronunciando cada palabra con cuidado. —Papá dijo que los deseaba muertos, y lo mataron a él. Pero tú dices que es porque él mató a algunos de ellos primero.

Yves asintió con la cabeza, pero no se sentía capaz de hablar. Incluso antes de esos años en prisión, no se creía preparado para explicar esas cosas. Nunca se había llevado bien con niños.

El silencio no le agradaba al joven Charles, quien frunció el ceño, mientras mecía a la bebé dormida, en sus brazos. Tan pronto como había surgido este tema tan importante, al parecer, él lo descartó. Atender a la niña lo hizo olvidar por completo sus pensamientos, al menos por el momento.

La miró fijamente, durante un largo rato. Sus ojos se iluminaron, cuando ella bostezó, dejando ver la pequeña boca, rodeada por un halo rosado pálido, donde comenzaban a asomar los

incipientes dientes. Él se inclinó y le dio un beso en la frente, donde esos finos rizos castaños se enroscaban en mechones desordenados.

Cuando Charles volteó hacia Yves, esbozó una débil sonrisa. —¿Cómo se llama? —preguntó con un atisbo de esperanza en la voz—. Mi prima.

A decir verdad, Yves desconocía el nombre de la bebé. Nunca había surgido, durante su travesía del Canal, y no había tenido el valor de preguntarlo. Solo sabía que estaba inquieta, quizás por los cólicos o la incipiente dentición, y Mary Atlas había considerado oportuno llevarla consigo para lo que debía ser un recado de apenas unas horas. Walter Atlas bromeaba con su esposa sobre cómo siempre encontraba excusas para tener a la bebé cerca, por inverosímil que fuera la situación.

Pero, esta pobre niña lo había perdido todo hoy.

Y necesitaba un nombre.

—Le puse el nombre de tu abuela —dijo Yves, recordando el rostro de su madre, al pensar en padres e hijos—. ¿Sabes cuál era su nombre de pila?

—Isabelle —respondió Charles, asintiendo con aprobación—. Es un buen nombre.

—Sí, así es —convino Yves, dejando escapar un suspiro. Posó una mano sobre los delgados hombros de su sobrino y miró el rostro dormido de la bebé—. Mi hija se llama Isabelle.

# CAPÍTULO UNO

*Veinte años después.*

Isabelle Monetier había estado teniendo un sueño maravilloso.

Siempre resulta decepcionante despertar de un sueño verdaderamente maravilloso, como si te devolvieran bruscamente a la realidad desde lo completamente fantástico, antes incluso de poder apreciar adecuadamente la magia.

Al despertar, sus cálidos ojos de color avellana se abrieron, parpadeando ante los rayos de sol, que se filtraban entre los árboles, y sus recuerdos de estar sentada, en un trono de estrellas y cristal comenzaron a desvanecerse. Las vistas espectaculares se volvieron borrosas, y fragmentos de un contexto sin sentido se evaporaron más rápido de lo que podía seguirlos.

Esa es la gran injusticia de los sueños. Nunca se sabe cuándo se está soñando, y al despertar, rara vez se recuerda algo más que una vaga y borrosa impresión de la experiencia. ¿Acaso no es esto un trágico desperdicio de las experiencias más increíbles de la vida?

Isabelle opinaba que los sueños, recordados con toda claridad, probablemente empañarían el mundo real de forma tan negativa, que la gente jamás desearía volver a despertar. Quizás por eso debían ser olvidados.

Debieron ser las estrellas del sueño las que le recordaron su vida real y las horas transcurridas, desde que decidió tumbarse, en la hierba, junto al arroyo y cerrar los ojos por un instante. Y en el país de los sueños, recordar que el verdadero mundo existía era insoportable, por lo que había sido expulsada de ese paraíso.

Sí, ella debería haberlo sabido, y no... No había aprendido la lección. Al menos, cuando logró recomponerse lo suficiente para abrir los ojos, el sol aún brillaba, en el cielo. No había desaparecido hasta después del anochecer, aunque el sol se dirigía rápidamente hacia el horizonte.

Resopló, incorporándose, a duras penas, y tratando de arrancarse rápidamente las ramitas y hojas de su suelta melena castaña rojiza, que se había enredado formando una maraña, que le caía hasta las costillas, incrustada de vegetación, como la de un duende del bosque.

Su padre la regañaría. Esto era seguro, pero, ¡al menos había recogido suficientes dientes de león para la cena, antes de quedarse dormida! Su cesta rebosaba de hojas verdes y dentadas, y si volvía corriendo a casa, habría tiempo para remojarlas, antes de la hora de comer.

Evidentemente, su fiel perro se había cansado de esperarla y regresó a casa sin ella. Debió de dormir mucho tiempo, si el pequeño diablillo había recorrido tanta distancia sin ella.

Se recogió la falda, a la altura de las rodillas, para moverse con más facilidad y se echó el pelo hacia atrás, intentando disimular el desorden. Agarró su cesta de verduras, y salió a toda prisa del pequeño claro.

Fue una corta subida hasta el valle abierto, y luego una carrera, a través del prado de vuelta a casa. En esta época del año, una brisa firme y el aroma de las fresas silvestres impregnaban el aire, como chispas de electricidad azucarada. La embriagadora dulzura era tan intensa, que Isabelle, a menudo, pensaba que los colores del atardecer no eran más que un reflejo de los aromas del comienzo del verano, una mezcla de caramelo y fruta con crema fresca.

La hierba crecía alta, en la ladera que daba a la carretera principal. A Isabelle le encantaba la hierba alta de verano, que le hacía cosquillas, en las pantorrillas, mientras corría, y la libertad

salvaje de las hierbas y las flores silvestres, que se abrían paso hasta su lado del valle. Solo se tardaba media hora a pie, en llegar a la ciudad amurallada, en el centro del valle, pero su pequeño enclave, justo al otro lado de las murallas, bien podría haber sido un mundo aparte.

El pueblo de St. Chaffrey era poco más que un conjunto compacto de casas de entramado de madera con una única y alta torre del reloj, adornada según los caprichos de la naturaleza, ya fueran enredaderas, carámbanos o una espesa capa de polen primaveral polvoriento.

En invierno, la nieve envolvía todo el valle con gruesas capas de hielo, cubriendo la vieja torre del reloj y la ciudadela de la colina con un silencio resplandeciente. Tenía su belleza, sin duda, pero Isabelle prefería mucho el verano, cuando la nieve se retiraba a las cumbres de las montañas, que abrazaban Serre Chevalier con su abrazo protector, y en lugar de escarcha, las casas estaban cubiertas de enredaderas de campanillas, que se alzaban hacia el cielo, podadas únicamente para proteger la explosión de deliciosos tomates, berenjenas y melones, que crecían en las pérgolas comunitarias.

El canto de los pájaros y las mariposas eran la señal inequívoca del verano, cuando la frescura del arroyo y la calidez de los manantiales naturales podían disfrutarse sin riesgo de congelación.

Era el momento perfecto para mostrarle a su primo Charles lo hermoso y acogedor que era el valle en comparación con la ajetreada y aséptica casa, en París, donde él vivía. Por supuesto que si llegaba tarde con los dientes de león y lo primero que viera Charles, al llegar, fuera ella, siendo regañada, eso sin duda le restaría algo de su arrogancia, ante la innegable superioridad de Serre Chevalier.

Él se pavoneaba, lloriqueaba y recalcaba, que en París, nadie tenía que ir a recoger sus propias verduras para las ensaladas. Incluso Isabelle le daba la razón. ¿No era precisamente eso, después

de todo? ¡Nada sabe igual de bien, después de una semana en un puesto de verduras! ¡Eso lo sabe todo el mundo!

Sonrió para sí misma, dando saltitos, mientras corría.

Él decía que estar rodeado de todas esas montañas lo hacía sentir, como si estuviera atrapado en el fondo de un azucarero, y ella respondía que no había lugar más dulce.

Discutir con Charles era también una de las cosas que hacían el verano tan delicioso. Aparecía cada año, impecablemente vestido, hablando de guerra, negocios y la corte, pero al cabo de un día o dos, ya vestía ropa cómoda y comía uvas recién tomadas de la parra. Nadie podía resistirse mucho tiempo al encanto del valle.

Cuando eran más jóvenes y Charles regresaba a la capital con la ropa arrugada y la piel bronceada por el sol, lo que hacía que el azul brillante de sus ojos contrastara fuertemente con su tez, su angustiada madre tenía que comenzar de nuevo el proceso de civilizarlo. Siempre le enviaba una carta muy breve y concisa, al padre de Isabelle, al respecto, pero, por supuesto, al llegar el verano siguiente, Charles había logrado convencer a su madre que le permitiera otra visita, con un resultado inevitable.

Ahora él era un hombre hecho y derecho, y todo aquel rollo de súplicas y permiso de su madre era innecesario. Aún así, seguía visitándolos una vez, al año, completamente apático hasta que el país pudiera reanimarlo.

Todo salió bien. Isabelle nunca se cansó de esta transformación.

Al acercarse a la entrada, pudo ver a lo lejos que su primo había llegado y conversaba con su padre. Desde donde ella estaba, ambos hombres parecían tan serios e inmóviles, como si un reencuentro anual fuera un asunto solemne, en lugar de un motivo de alegría.

Isabelle no permitió que esto siguiera así. Saludó, a gritos, mientras saltaba sobre las pesadas piedras, que bordeaban el

camino, cubriendo el espacio entre ellas con rapidez y eficiencia.

El semblante de su padre cambió de inmediato. Yves Monetier se enderezó, apoyándose con más soltura, en su bastón de madera, y saludó la llegada de su hija con una sonrisa cariñosa y un gesto de cabeza. —Llegas tarde, Isabelle. Y tienes el pelo enredado.

—Lo siento, papá —dijo, inclinándose para darle un beso, en la mejilla, mientras sus dedos buscaban entre su cabello los restos que la habrían delatado—. Perdí la noción del tiempo, pero, ¡mira, ya tengo las verduras para la cena!

Yves le quitó la cesta, miró bajo la tela la cantidad que había recogido, y asintió a regañadientes, en señal de aprobación. —Pensé que te habías ido otra vez al Libertine, y te habías olvidado por completo de nosotros.

—¡Ay, papá, no seas tan dramático! ¡Todavía hay sol!

—Apenas —intervino Charles, haciendo una de sus rígidas reverencias parisinas, como si ella fuera una cortesana, en una misión oficial, y no su prima más querida—. Me alegra verte, Isabelle.

—¿En serio? —Ella sonrió, dándole un codazo rápido y aprovechando su reacción instintiva para abrazarlo fugazmente—. ¡Nunca puedo estar segura!

—Entremos. Estas verduras necesitan remojarse, si queremos comerlas, antes que se marchiten. Voy a ver si el asado está encendido.

A pesar de su pierna, Yves aún tenía la agilidad suficiente para ser el primero, en subir las escaleras y entrar en la casa, y estaba tan ansioso por cenar, que no le importó la prisa de ella. Seguía hablando, mencionando algo sobre los quesos que había en la despensa, mientras el ritmo de su bastón golpeaba las tablas de madera y desaparecía de la vista, dejando atrás a los dos jóvenes, al abrirse la puerta.

—¿Qué es eso que vas al Libertine? ¡Desde luego que no vas sola, Isabelle! —dijo Charles, frunciendo el ceño, haciéndole un gesto para que entrara en la casa, antes que él.

—Pues claro que no —respondió ella, riéndose—. ¿Quién va a un bar y se encuentra sola? Ay, deja de poner esa cara. Es impropio. Muchas chicas del valle van al Libertine, Charles... Hablamos de cómo pensamos cambiar el mundo. Para eso hemos estado luchando todo este tiempo, ¿no, ciudadano? Eso es, sin duda, lo que nos dicen que es por lo que luchamos.

Charles estaba incrédulo. —¿Quién defiende que las señoritas confraternicen en las tabernas?

Isabelle alzó la barbilla, clavando en él sus brillantes ojos color avellana. —Libertad, igualdad, fraternidad —recitó, enfatizando cada palabra con emoción—. ¿Cómo puede esto significar otra cosa? Fraternizar está literalmente en el lema, justo al lado de igualdad, te lo recuerdo, ¡por mucho que tus compatriotas se equivocaran al concederles el voto a las mujeres!

—¡Ya basta! —gruñó, levantando las manos, en señal de derrota, aunque seguía sin poder ocultar su gesto de desaprobación —. Simplemente me preocupa que estés sola entre un grupo de hombres malintencionados.

—Por favor —dijo ella, sonriendo, cerrando la puerta tras ellos y conduciéndolo a la sala—. Todos los hombres del valle conocen a papá, y por eso, ninguno considera hacerme daño. A veces, esto es realmente desalentador. Creo que todos se imaginan que los perseguiría con su bastón, y les demostraría lo fuerte que se volvió en esa prisión inglesa.

Charles se desplomó, en la silla más cercana, cubriendo su rostro con las manos, de modo que Isabelle solo pudo verle el cabello castaño. —¿Cómo es posible que lleve aquí menos de una hora y ya esté agotado? —murmuró entre dientes.

—¡Oh! No te preocupes —replicó Isabelle, sentándose frente a él, en el sofá. Se soltó el pelo y comenzó a pasárselo por los dedos, dejando ramitas, hojas secas y alguna que otra brizna de hierba sobre la mesa. En secreto, esperaba encontrar un bicho para darle a Charles una buena sorpresa. Por desgracia, parecía que tendría que conformarse con el placer de verlo derrotado tan fácilmente—. Eso solo significa que te desharás de esa horrible fachada, más rápido que nunca, este año. Me alegro mucho. De verdad.

Él la miró de reojo entre los dedos y soltó una risa cansada. —Sí, prima —admitió—. Creo que así es.

*****

Tal como era la tradición, la primera cena de verano de los Monetier supervivientes se sirvió al aire libre, sobre la suave hierba del jardín trasero, iluminado por la luz del crepúsculo.

Charles contó las noticias de París, que no eran ni la mitad de aburridas de lo que Isabelle pensaba, sobre todo por las intrigas políticas que rodeaban el cambiante panorama bélico. También mencionó que su madre se desenvolvía con soltura, en el círculo de la emperatriz Josefina, y que seguía siendo tan insoportable, como siempre, algo que no sorprendió a ninguno de ellos.

—Me ha declarado, como si la decisión siempre hubiera sido solo suya, que es hora que me case —dijo Charles con un gesto de fastidio y un buen trago de vino—. Supongo que debería agradecerle que no me haya dicho con quién debo casarme de inmediato, y que confíe en que yo elegiré bien.

—¿Ah, sí? —preguntó Isabelle con curiosidad—. ¿Y tú...?

—Tengo una corazonada —respondió, aunque no parecía particularmente complacido ni entusiasmado con dicha corazonada.

Yves frunció el ceño. Con el borde del tenedor partió lo que le quedaba de la cena. —Hablemos solo de buenas noticias, esta noche —dijo con una brusquedad inusual—. Quizás Isabelle nos cuente de su tarde, en el prado, haciendo coronas de flores con los dientes de león, mientras guardaba los restos del suelo del bosque, en su cabello.

Algo en el semblante de su padre inquietaba a Isabelle. No obstante, él tenía razón. Los sentimientos que siquiera rozaran la tristeza no eran apropiados para esa noche. Debía apartar esos pensamientos de su mente, al menos hasta el día siguiente, así que esbozó una sonrisa amable y permitió que cambiara de tema. —¡Oh! Los dientes de león no sirven para guirnaldas de flores, papá —dijo con ligereza—. Para eso necesitas margaritas. Yo te enseñaré.

—¿Lo harás? —Charles soltó una risita, esbozando quizás su primera sonrisa del verano—. Creo que a Yves le sentaría muy bien una corona de margaritas.

—Deberían aprender los dos —respondió Isabelle—. Son habilidades necesarias para disfrutar de la temporada. Todo el mundo luce bien con flores, incluso mi perro.

—Sí, ¿dónde está Goliat? —preguntó Charles, mirando a su alrededor, como si la criatura pudiera surgir de repente de entre la hierba en una entrada triunfal—. No lo he visto en todo el día.

—¡Oh! Se ha perdido en el claro —expresó Isabelle con un gesto despreocupado de la mano—. Probablemente esté en Chantemerle, visitando a sus muchas amantes, esta noche. Volverá al amanecer, hambriento, quejándose y arrepentido. Por supuesto, lo acogeré y le permitiré probar mi comida y dormir en mi regazo, pues solo soy una muchacha, y Goliat es irresistible.

—¡Ah, qué vida! —dijo Yves con nostalgia, provocando la risa de su hija y su sobrino.

Una brisa fragante recorría el valle, aún deliciosamente frío, gracias a la nieve que emanaba de las montañas. El sol se había

puesto por completo, dejándoles disfrutar del postre, a la luz de las velas, arrullados por el trinar de las cigarras y las risas que resonaban desde una de las casas cercanas.

Isabelle alzó la vista hacia las estrellas, guiñando un ojo desde su escondite, mientras la oscuridad de la noche inundaba el cielo, y por un instante recordó aquel sueño que había tenido en el claro. Ahora, horas después, las estrellas parecían frías y un trono se veía solitario, por muy bonito que brillara.

*«La calidez de esta mesa con sus robustas sillas de madera y la luz parpadeante de las velas es superior a cualquier cosa, que mi sueño hubiera imaginado»*, pensó. *«Quizás por eso mismo olvidamos nuestros sueños, pues inevitablemente palidecen, ante las bellas imperfecciones de la realidad»*.

Sonrió para sí misma, levantó su copa y grabó ese momento, en su memoria, donde el mismo viviría para siempre, bajo el halo del crepúsculo del verano.

# CAPÍTULO DOS

Peter Applegate no era un hombre paciente.

Este rasgo solía sorprender a los demás, en las raras ocasiones, en que se percataban de él.

Peter era un hombre alto y, como tal, debería haber sido también imponente. Pero, por desgracia, también era muy desgarbado y usaba gafas.

En cierto modo, para él era un alivio verse excluido de las demostraciones de masculinidad competitiva. Sabía perfectamente que su inclinación por la lectura y su apariencia de profesor creaban la expectativa de una personalidad tranquila y apacible, de la que nunca podría escapar, y que, por lo general, se sentía muy satisfecho de encarnar. Había llegado a creer que esto le había proporcionado una existencia singularmente serena entre los hombres.

Sin embargo, había momentos… Momentos en que la frustración, ante una situación simplemente lo llevaba al límite y todo salía a borbotones, en una diatriba, a toda velocidad, que la mayoría de las veces sobresaltaba tanto a la otra persona, que esta se reía o lloraba, y a menudo nunca más le volvía a dirigir la palabra.

Si su repentina muestra de impaciencia le había dado a Mathias Dempierre siquiera el más mínimo atisbo de disgusto o sorpresa, Peter no lo percibió. El hombre, cuyo barco habían abordado, en Inglaterra, en una misión clandestina, nunca parecía inquietarse por nada, lo que solo hacía que la frustración, en su presencia, resultara aún más exasperante.

Peter llevaba dos horas paseándose por la cubierta del Harpy, agarrando, una y otra vez, el espejo de latón, y mirando hacia

Marsella para asegurarse, que no se hubiera movido. Mientras tanto, el barco se mecía lánguidamente, en el mismo sitio, aún a varias leguas de distancia.

—¿Qué esperamos? —preguntó, girándose para encontrar a Dempierre todavía despreocupadamente recostado en su hamaca, en mangas de camisa, sosteniendo una copa de chablis sobre el borde con la punta de los dedos.

El hombre era tan exasperantemente indiferente, tan impasible y pausado, que Peter se había preguntado, más de una vez, qué se sentiría al estrangularlo, o tal vez, simplemente empujarlo por la borda. Mathias incluso se tomó su tiempo para sonreír con diversión, ante el estado de nerviosismo de Peter; las comisuras de sus labios se curvaron como las de un gato, con profundos hoyuelos, mientras apartaba la vista del brillante vaivén del agua y la dirigía al otro hombre.

—Ya te lo dije —respondió Mathias con voz tan tranquila, como un velatorio—. Digamos que no soy muy querido, en los puertos de Marsella. En cuanto cambie la guardia y un querido amigo mío, con una pasión inquebrantable por las guineas de oro, asuma el cargo, podremos atracar sin problemas.

—¿Por qué no me sorprende? —suspiró Peter, dejando caer el telescopio entre sus manos—. ¿Cuándo cambia la guardia?

—Pronto —respondió Mathias—. Ahora, si pudieras apartarte de la luz, por favor. Estoy intentando dejarme envolver por una ola de tedio, verdaderamente exquisita, y me lo estás poniendo difícil con tus paseos, a mi alrededor.

Peter estaba demasiado exasperado por responder. Dejó caer el espejo de observación, en el bolsillo de su abrigo, se acomodó las gafas, en el puente de la nariz, y salió al otro lado de la barandilla, dando pisotones, probablemente más de los necesarios, sobre todo teniendo en cuenta que pasaría prácticamente desapercibido.

No había nadie más con quien tener una conversación interesante, en aquel maldito barco. Llevaban más de una semana, lejos de Dover, con solo dos marineros, un cocinero y el propio Mathias como compañía, en las estrechas (aunque ciertamente elegantes) cubiertas del Harpy.

La situación para dormir había sido particularmente extraña. Hay que admitir que Peter nunca antes había intentado lidiar con la física de subirse a una hamaca, y mucho menos lograr dormirse en una. Sus piernas simplemente no cabían, y no era nada relajante estar tumbado con las piernas abiertas, como un pavo navideño, a punto de ser rellenado. Intentaba encontrar el equilibrio con los dos pies apoyados, en el suelo, a ambos lados de la tela, que colgaba precariamente, pero a menudo, en cuanto empezaba a dormitar, los talones se le hundían y los dedos de los pies le rozaban el suelo de madera.

Indudablemente, estos fueron los sueños menos confortables, que jamás había soportado, ¡incluso esto era peor que dormir en diligencias públicas!

Dempierre, por supuesto, tenía el camarote del capitán con una cama de verdad. ¡No era de extrañar que siempre estuviera tan a gusto!

Peter se prometió, a sí mismo, que esta sería la última vez que se vería envuelto en uno de los ridículos planes de la tía Zelda. Ignoró la voz, en su cabeza, que le recordaba que ya se había dicho esto, muchas veces.

Tras aquel asunto del año pasado, en el que pasó un mes angustioso, intentando evitar el asesinato de uno de sus mejores amigos, pensó que, sin duda, todo había terminado. Pero también pensó, en cada documento falsificado, cada farsa ridícula y cada correspondencia incómoda, en la que se vio envuelto, mientras le recordaba constantemente, a su tía, que nunca se había ofrecido a formar parte de su grupito ni se había unido a él.

Quizás, siendo más realista, él debería exigir conocer el alcance total de lo que estuviera aceptando, antes de acceder a las peticiones de la sociedad de la Hoja de Plata. Sí, ella aceptaría, encantada.

Le dio una patada a la espada roma, que había dejado, en esta parte de la cubierta, y se rió sin alegría del objeto, un brillante recordatorio de lo fácil que él se doblegaba, ante la voluntad de su tía.

Tras los sucesos de Somerton, el otoño anterior, ella le había dicho que necesitaba su brazo para una próxima misión. Por supuesto, él le creyó, y se sumergió de lleno en una rigurosa rutina de clases de esgrima, en Oxford, que literalmente había sido una dolorosa experiencia de aprendizaje.

Durante los meses de otoño e invierno, un instructor implacable y brutal lo había sometido a una rigurosa paliza para ponerlo en forma, dejando el cuerpo de Peter lleno de nudos y magulladuras, aunque con algo más de masa muscular que antes. El instructor insistía en entrenar, al aire libre, incluso en los días más crudos de frío y viento.

En aquel momento, el dolor y la frustración le habían parecido necesarios. Al fin y al cabo, creía que estaba a punto de ser arrojado, a un foso de espadas, y no tenía intención de acabar atravesado por la espada de otro.

Y así, él llegó a dominar el arte de atacar a otros hombres con un palo afilado. Incluso logró disfrutar del dolor, que sentía en el cuerpo, después, y de cómo su mente parecía agudizarse, y aquietarse, en medio del combate.

Aunque resultó que él estaba siendo superficial.

Esto era demasiado vergonzoso para siquiera pensarlo directamente, pero, por supuesto Zelda nunca había tenido la intención que Peter participara en combates. ¡Qué ridículo que siquiera lo considerara! ¡Ay, cómo se habría reído ella!

Lo que ella necesitaba era su ojo para el detalle y su habilidad para restaurar documentos antiguos. Estas aptitudes, ejercidas por «su brazo armado», podían ser fácilmente manipuladas y aplicadas a la falsificación burda.

Así que todo ese tira y afloja, esos contraataques y réplicas, habían sido en vano y esto había terminado, como siempre, junto a una vela, a medio consumir, hasta altas horas de la noche, mientras él elaboraba documentos falsos, incluyendo su permiso para atracar en Marsella, que aparentemente podría haberse conseguido con unas pocas guineas de oro, a la hora adecuada del día, por cortesía de Mathias Dempierre.

Dempierre era solo una de las últimas sorpresas, que su familia le había deparado. Al parecer, toda la familia de Dempierre estaba involucrada con la preciada sociedad de la Hoja de Plata de Zelda, y Mathias llevaba desde adolescente realizando contrabando de la Hoja de Plata entre Francia y los Estados Unidos, transportando tanto mercancías como personas.

Los Dempierre eran de antigua estirpe francesa, nobles exiliados, en suelo británico, por lo que quizás para Mathias las injerencias del espionaje resultaban algo más personales. Sin duda, sacaba a relucir la revolución, siempre que la misma tenía la más mínima relevancia, y este era el único tema que parecía encender alguna chispa, en su aletargado semblante.

Peter no le había preguntado a Mathias, si su participación en la Hoja de Plata se debía a motivos de justicia personal, o simplemente porque su madre había sido miembro fundadora. Estaba seguro que si intentaba entablar una conversación seria sobre honor y moralidad con alguien, como Mathias, cuya arrogancia era más evidente que sus principios, solo recibiría burlas burlonas.

Bueno, lo supiera o no, Zelda le había brindado a Peter una forma de escapar de su hábito de toda la vida de atormentarse con un bombardeo interminable de pensamientos, al menos durante una o dos horas, al día.

Agotado, sudando y jadeando, mientras intentaba, por puro instinto físico, anticipar el siguiente movimiento de su instructor, había alcanzado una claridad mental extraordinaria. Se habían esfumado las preocupaciones sobre lo que debía hacer, ese día, lo que no había logrado el día anterior, el progreso de sus proyectos actuales, la agenda del día siguiente, y un largo etcétera. Era como descubrir una valiosa herramienta para el arte de vivir, una que le habría sido muy útil haber conocido veinticinco años antes.

Aún así, tuvo suerte de haber descubierto ese truco, pues seguramente nunca se habría dedicado a la esgrima por su cuenta. Ahora, no recordaba cómo era la vida sin una vía de escape física.

Tener una espada para practicar, en cubierta, había sido lo único que lo mantuvo cuerdo desde que zarparon de la cala de los contrabandistas, la cual estaba escondida, en una finca, en Kent, Meridian House, de la que su hermana se había convertido recientemente en dueña por matrimonio. Nell era ahora la señora de Nathaniel Atlas.

Probablemente, él debería haber empezado a exigir respuestas sobre esta misión, en cuanto se dio cuenta que uno de los documentos que estaba falsificando era una licencia de matrimonio. Sin duda debería haber armado un escándalo, cuando le dijeron que pusiera su propio nombre como «novio», pero sabía que era inútil exigirle nada a Zelda Smith, así que siguió sus instrucciones, pues, ¿qué más se puede hacer en pleno invierno?

Este matrimonio era una farsa, por supuesto, una forma de sacar clandestinamente a una joven de Francia a Inglaterra sin levantar sospechas ni manchar su reputación. El verdadero problema era que la chica no tenía ni la más remota idea que iba a venir, a la isla, ni había ninguna garantía que aceptaría ser sacada clandestinamente.

Suspiró, dejándose caer en la cubierta de espaldas, a la pared del camarote, y mirando al horizonte. Quizás su hermana tenía razón y él disfrutaría más de las cosas, si simplemente se lo propusiera. A

pesar de ser su gemela, Nell no podía tener una forma más distinta de afrontar la vida.

La verdad es que él admiraba y envidiaba esa temeraria seguridad en sí misma. Claro que nunca se lo había dicho, pues tales halagos no eran propios de un hermano. Probablemente, ella ya lo sabía. Siempre había sido demasiado inteligente para su propio bien.

Ahora ella estaba embarazada, profundamente enamorada de su marido y radiante como una mujer, que por fin había alcanzado la plenitud. Para Peter, era una sensación agridulce, pues siempre había pensado que tal vez él y Nell vivirían vidas paralelas, como solteros y dedicados a sus estudios. Ver a Nell tan feliz y completamente asentada, le recordaba crudamente la inmensidad de la vida, que se extendía, ante él, llena de un tiempo que nunca se había planteado ocupar.

Al menos, gracias a las maquinaciones de su tía, se casaría por un tiempo, aunque fuera mediante subterfugios y engaños. Era la forma más segura de sacar a la muchacha, sana y salva, de Francia y llevarla de vuelta a Inglaterra, donde realmente pertenecía y su familia la esperaba con gran expectación.

Intentó imaginar a Isabelle Monetier, cerrando los ojos, ante el resplandor anaranjado del sol. Alice Atlas era su verdadero nombre, el que le habían dado al nacer. ¿Se parecería a su hermano, Nathaniel? Él es alto de rasgos angulosos y tiene los ojos tan inquietos, como sus planes políticos.

Intentó evocarla, plasmar los rasgos de su cuñado, en una mujer, pero esto fue inútil. Ella se desvanecía, en las sombras, con la misma rapidez con que él intentaba definir ese peinado o un vestido. Esa naturaleza esquiva y misteriosa, deslizándose entre los recovecos de su mente, como una doncella sombría, sin rasgos distintivos, armonizaba con el vaivén de las olas y el chapoteo del mar.

Ella lo arrulló hasta que se durmió, y soñó que perseguía a una mujer hecha de luz de estrellas, que corría con desenfreno por un

cielo infinito.

******

Sintió un golpe húmedo en el Harpy. El encuentro del casco con el muelle fue lo que devolvió a Peter al mundo de los vivos.

A la familia Applegate le divertía, desde hacía tiempo, que Peter pudiera quedarse dormido sin darse cuenta de casi nada. En esta ocasión, se había perdido la orden de zarpar de nuevo, la sensación que el barco volvía a moverse y todo lo demás que pudo haber ocurrido entre su posición, en el mar, y la llegada al Puerto Viejo.

Los tripulantes debieron de pasar por encima de él repetidamente para alcanzar sus amarras, arriar las velas y dirigir el Harpy hacia un recoveco verde y gris, en los confines del puerto. Un hombre estaba de pie, en el muelle, con las manos en las caderas, visiblemente satisfecho con la llegada.

Mathias no perdió tiempo, esperando a que amarraran el barco, más bien con la seguridad de quien está acostumbrado, a tales demostraciones, se impulsó desde la barandilla del barco hasta el muelle. Sus botas crujieron, al tocar la madera empapada del muelle, interrumpiendo apenas su andar.

Se había vuelto, a poner la chaqueta, cuyos botones de latón relucían, bajo la tenue luz del atardecer, y mostró una amplia sonrisa, mientras abrazaba al hombre, en el muelle, y entablaba una rápida conversación con él, en francés.

Peter no sintió la necesidad de escuchar, a escondidas, esa conversación ni el inminente soborno que debía producirse, así que bajó a la cubierta inferior para agarrar su bolso con lo necesario para el viaje tierra adentro, y guardó su espada de entrenamiento, en un rincón seguro frente a las hamacas de los tripulantes.

Los dos marineros y el cocinero se quedarían a bordo, mientras Mathias y Peter se ocupaban de sus asuntos, y Peter no pudo evitar preguntarse, si los hombres se turnaban para dormir, en la cama del camarote del capitán, cuando Mathias no estaba. Él, sin duda, lo habría hecho de haber tenido la oportunidad.

Se puso su abrigo y salió al rellano, esperando a que hubiera una amarra adecuada, antes de bajar del barco.

—Es un buena chica, Harpy —le dijo Mathias a Peter, dándole una palmada en la espalda—. La echarás de menos, cuando estemos durmiendo en el camino.

—¿Lo haré? —murmuró Peter sin esperar respuesta.

Soplaba un fuerte viento y una ligera neblina se mezclaba con la bruma marina y la lluvia de principios de verano. El paseo, tras pasar la aduana, fue rápido y, con el sol ya puesto, ninguno de los dos hombres llamó mucho la atención de los transeúntes. Todos estaban acurrucados, bajo sus ropas, con la cabeza gacha, y sus pies se hundían en los adoquines húmedos, mientras se abrían paso entre la niebla.

Bastó con dar unos pocos pasos, en esas condiciones, para que Peter renunciara a sus gafas y prefiriera una visión sin la niebla que las empañaba. Al igual que su hermana, sabía que solo las necesitaba para leer, escribir o realizar cualquier trabajo delicado, en espacios reducidos, pero, igual que ella, prefería dejárselas puestas. Se sentía desnudo sin estas.

—Esta noche nos quedaremos con Pauline Olivier —explicó Mathias, caminando a paso ligero, mientras lo guiaba por las calles de Marsella, en busca de un coche de caballos—. Es una de las cinco originales, ¿sabes? La única que no optó por quedarse en Inglaterra. Quizás te cuente cosas escandalosas sobre tu tía.

—Preferiría no saber nada escandaloso sobre mi tía, gracias —respondió Peter, en voz baja, aunque con absoluta sinceridad.

No le cabía duda que la formidable y estirada mujer que lo había enviado, en esta aventura, se dedicaba a toda clase de cosas de las que él prefería estar en la ignorancia.

La señora Olivier vivía en una casa adosada, a unos quince minutos de los puertos, una vez que consiguieran transporte. Todavía había niebla, en el aire, pero el olor a salmuera había dado paso al aroma terroso de la lluvia, y a través de la bruma, la cálida luz de las ventanas de las casas de la hilera parecía palpitar con una brillante bienvenida, a los viajeros cansados.

Lo primero que le llegó a Peter, al entrar en la casa, fue el olor a comida... Sí, comida caliente, comida de verdad, preparada por alguien, cuyas uñas no estaban siempre negras, y cuyo vocabulario probablemente iba más allá de gruñidos monosilábicos. ¿Era el paraíso? Bien podría ser...

—Espero que haya hecho el pan de miel —dijo Mathias con nostalgia, mientras un lacayo le quitaba la chaqueta de marinero con un ligero movimiento de hombros, y una profunda inhalación del aire perfumado—. ¿Te gusta el pan de miel, Applegate?

—No sabría decirlo.

—¡Ah, entonces insistiré en que preparen algo para el desayuno, como mínimo! —Mathias se dejó caer en un sofá cercano, cuando llamaron a la dueña de la casa, y observó a Peter con diversión, mientras este, con cortesía, elegía su asiento y sacaba las gafas del bolsillo de la camisa para limpiarlas—. Querrás untarlo con mantequilla fresca y mermelada, si es que hay... Una delicia. Oye, ¿puedes ver sin eso?

—No mucho —respondió Peter, sosteniendo los marcos circulares a contraluz y entrecerrando los ojos para comprobar, si había eliminado las manchas—. Pero cualquier mejora es bienvenida, creo.

Mathias asintió, aparentemente de acuerdo, reclinando la cabeza sobre los cojines del sofá y dejando que sus párpados se

cerraran lentamente. Evidentemente, se sentía muy cómodo, en esa casa, aunque era difícil discernir si su comodidad se debía a la familiaridad o a su actitud despreocupada, ante la vida misma.

Peter pensaba que Mathias Dempierre preferiría la sencillez, aunque la misma implicara cierta incomodidad, a usar gafas, bastón o cualquier otra pequeña molestia. Así tendría más motivos para quejarse, algo que parecía disfrutar, aunque sus lamentos carecían de sinceridad.

Los Olivier irrumpieron, en la sala, sin previo aviso del personal, generando su propio revuelo con estruendosas exclamaciones de bienvenida.

Mathias se incorporó de un salto, desde su posición reclinada, para abrazar la figura menuda y redonda de Pauline Olivier, antes de girarse para dar un abrazo igualmente cálido al marido.

Peter se puso de pie con dificultad, sin saber qué hacer, mientras observaba la escena, envuelto en un enredo de afectaciones francesas exageradas. No obstante, bastó un instante, para que Pauline Olivier lo viera y se abalanzara sobre él con el fervor de una osa.

—¡Ah, debes ser Peter! Bienvenido, bienvenido —cantaba, tomándolo del codo y guiándolo hacia el comedor—. Tienes el aspecto de Zelda, ¿sabes? La veo en tus ojos. No puedo creer cuánto tiempo ha pasado desde que vi a la anciana. ¡Oye, cuidado por dónde pisas, a la izquierda!

Rara vez en su vida él se había sentido tan abrumado. ¡Los ingleses simplemente no se emocionaban de esa manera!

Una vez sentado con una copa de vino tinto rebosante y atrapado en la pegajosa telaraña de la conversación, parte de la tensión comenzó a disiparse. Quizás se debió más al efecto del vino que a la adaptación al ambiente.

—¿Entonces Zelda y Therese están hablando de nuevo? —preguntó Pauline, intercambiando una mirada cómplice con su

sonriente marido—. ¡Quién lo diría!

—Creo que el hecho que la heredera de Zelda se casara con Nathaniel Atlas les impidió continuar con su juego de silencios cortantes —respondió Mathias, deslizando un plato repleto de pan con miel y mantequilla hacia Peter—. ¿Supongo que no sabes qué originó la enemistad?

—Zelda nunca perdonó a Therese, cuando se casó —dijo el señor Olivier con una risita—. No le gustan nada los hombres, y es muy posesiva con Therese.

—No fue porque se casara, Gerard —dijo Pauline con un chasquido de lengua, golpeando con una de sus uñas manicuradas el mantel bordado—. Todas nos casamos, y no se quedó enfadada con nosotras. Therese era diferente. Era la sombra de Zelda, y nadie esperaba que usara la Hoja de Plata para traer a ese pesado de su marido, sin ánimo de ofenderte, Mathias, a Dover desde Francia, en plena guerra. Fue una decisión clara, ¿no? Una declaración de intenciones. Eligió al marido, antes que a Zelda.

—Fascinante —murmuró Mathias, arqueando las cejas—. Confieso, por el simple hecho de existir, que me alegro que eligiera ese camino. Mi madre es, evidentemente, más compleja de lo que yo creía.

—Therese Dempierre es un enigma, querido —le aseguró Pauline—. No te equivoques.

—Aunque da un poco menos de miedo que esa Zelda —comentó el marido, saboreando un buen trago de su vino—. Esa sí que me pone los pelos de punta.

—¡Oh! Es inofensiva —dijo Pauline sin convicción, mirando de reojo a Peter, que se burló abiertamente—. Ahora, cuéntame todo sobre este asunto de la hija desaparecida de Mary. ¿Dices que ha estado viva todo este tiempo? ¿Aquí en Francia?

—En los Alpes —confirmó Mathias—. Sabíamos que había sobrevivido porque recibimos cartas muy vagas del hombre, que la

acogió, que nunca firmó ni se dirigió a alguien... El regreso de Atlas a Meridian nos proporcionó la información necesaria para encontrarla. Espero que se alegren de vernos.

Peter apretó los labios, sintiendo una desagradable sensación de comprensión, en el estómago, mucho menos placentera que el pan con miel. Hasta ese momento no se había dado cuenta que no eran invitados esperados.

—Mmm, al parecer en la última carta se insinuó una posible propuesta de matrimonio —continuó Mathias, como si estuviera hablando de un picnic dominical—, claro que, una vez casada, no tendrá la misma libertad de movimiento que ahora, y es poco probable que un marido acepte que la saquen de contrabando de las líneas enemigas para que conozca a su verdadera familia, así que tenemos que actuar con prisa, en lugar de la prudencia que hubiera sido habitual. Si el Cielo quiere, aún estamos a tiempo.

—Si hubiera sabido que estaba a solo unos días de camino de aquí, la habríamos acogido. ¿Cierto, Gerard? —Ella frunció el ceño—. Me atrevería a decir que Mary y Walter habrían preferido que Alice estuviera al cuidado de amigos de confianza.

—Nunca tuvimos hijos —intervino Gerard, apretando ligeramente la mano de su esposa—. ¿Cómo piensan sacar a la chica de allí, burlando a las autoridades?

—Peter es un falsificador con mucho talento —les informó Mathias—. ¡Estudió en Oxford!

—¿Enseñan falsificación en Oxford, últimamente? —preguntó Gerard Olivier con una sonrisa débil.

—Restauración —murmuró Peter, consciente que se le enrojecían las mejillas, ante esta revelación de su falta de ética—. Trabajo principalmente con manuscritos medievales.

—Hizo unos documentos de entrada magníficos —intervino Mathias—. Supongo que la tía Z no sabía que las monedas también sirven. De todas formas, pienso guardarlos. Espero que algún día me

sean útiles. Para la chica, preparó sus papeles como Alice Applegate, de soltera Atlas. Como no volveremos a puerto, en Dover, necesitamos algo apropiado para la autoridad portuaria de Londres. Parecerá que los dos regresan de luna de miel, en el continente, y sin constancia que el Harpy zarpara de Londres sin ninguna mujer a bordo, no levantará sospechas. También tenemos una licencia de matrimonio francesa para Isabelle Monetier, de soltera des Pommes, por si nos detienen en la ruta entre la Costa Azul y Marsella.

—¡Qué listo! —expresó Pauline, asintiendo con aprobación—. ¿No querías ser el marido, Mathias? Conociendo a sus padres, seguramente es una joven muy guapa.

—¡Oh, no! —Mathias se rió, negando con la cabeza—. No me dieron la opción, pero habría tenido que declinar amablemente. Harpy no se tomaría bien que yo favoreciera a otras mujeres, en su cubierta.

—¡No hay esperanza! —bufó Pauline—. Simplemente, ¡no hay esperanza!

—Tenemos una caja fuerte, en el estudio —dijo el marido, dirigiéndose a Peter—. Creo que tus documentos estarán más seguros aquí que entre tus cosas para un viaje tan complicado. Las montañas no son amables con los viajeros.

—¡Oh, le conté todo a Peter! ¡Monstruos de ojos rojos sedientos de sangre y manadas de lobos errantes escondidas en los bancos de nieve! ¡Está encantado!

—¡Qué tontería! —exclamó Gerard entre risas.

—Espero que las condiciones nos favorezcan —añadió Peter—, el terreno no es ideal para viajar rápido.

—¡Oh! Creo que cuando veas lo bonito que es, no te importarán unos días más —dijo Pauline con tono tranquilizador—. Dejemos de hablar de negocios, mientras disfrutamos del postre, y luego podemos retomar la conversación en la sala, ¿de acuerdo?

—Sí, señora —expresó Mathias con una leve reverencia.

—Bien —dijo ella, sonriéndoles, al otro lado de la mesa, e hizo sonar la campanilla, que guardaba a su lado—. Espero que les guste el chocolate.

# CAPÍTULO TRES

—Papá, necesitas un sombrero nuevo —dijo Isabelle con una risita, mientras golpeaba con los dedos el ala de la gorra de paja de su padre, ya bastante desgastada—. Está tan raída, que casi no sirve para nada.

—Me gusta mi sombrero —replicó Yves con un resoplido, sin que su dignidad se viera afectada por los rayos de sol, que le caían desde arriba—. Sigue siendo un sombrero, en perfecto estado.

—¡Papá, se te está escapando el pelo del sombrero! —exclamó Isabelle entre risas, mientras él se llevaba la mano a la cabeza para apartarse unos mechones rubios plateados, que sobresalían del peinado de paja suelto—. ¡Díselo, Charles! —gritó a su primo.

—No haré tal cosa —expresó Charles, distraídamente, demasiado concentrado en contar las monedas para pagarle a un vendedor ambulante ni mostrando interés en participar, en las disputas familiares.

Era día de mercado en Briançon, y ahora que se habían instalado en su rutina veraniega, era el momento perfecto para ir juntos, al pueblo, y aprovechar los productos locales expuestos, en las calles de la antigua ciudadela, cada una de ellas dividida por la mitad, debido al agua que corría del manantial hasta los antiguos acueductos, que rodeaban la ciudad.

El murmullo constante del agua se veía interrumpido por los grandiosos ecos de las campanas de la vieja iglesia, que se alzaba en lo alto de la colina, envueltos en las voces de los habitantes del pueblo que charlaban, alegremente ajenos a la perfección que les rodeaba.

Isabelle suspiró profundamente y alzó la vista hacia el sol, deleitándose con la forma en que el calor se extendía desde su nariz hasta la punta de sus dedos. Sabía que le saldrían pecas, pero, a decir verdad, siempre había encontrado algo encantador, en el modesto rastro de pecas, que aparecía en su nariz, durante las estaciones más cálidas.

—Increíble —murmuró Charles, mientras regresaba con un paquete envuelto en papel bajo el brazo—. Es como si pensaran que pagaré lo que sea solo por ser un visitante.

—¿Pagaste lo que te pidieron, Charles? —preguntó Isabelle sin abrir los ojos, sabiendo que su única respuesta sería un ceño fruncido.

—Si dejaras de vestirte como un parisino, dejarían de cobrarte como tal —respondió Yves con una sonrisa irónica—. Ya lo sabes.

—No debería tener que hacerlo —murmuró Charles, reprimiendo con dificultad otro bufido de indignación—. ¿Qué sigue? ¿Un almuerzo, tal vez? ¿Sigue abierta esa tiendecita de crepes de trigo sarraceno?

—Mmm —suspiró Isabelle, parpadeando para alejar el resplandor del sol y asintiendo—. Y el queso de cabra estará fresco. Eso suena perfecto. ¿Papá?

—¡Ah, sí! Lo que decidan ustedes dos —dijo Yves, arrugándose las comisuras de los ojos, al sonreírles—. No soy ni de lejos tan quisquilloso, como cualquiera de ustedes.

*«Él también tendrá pecas»*, pensó ella con cariño, mientras la brisa despeinaba los mechones de cabello, que se le habían escapado a su padre.

—Será bueno sentarnos un rato —dijo Charles, ofreciéndole el brazo a su prima—. Quizás sea el momento oportuno para hablar de algunas cosas que tu padre y yo hemos estado comentando. Tenía muchas ganas de hablarlo, pero él ha insistido, en que tenga

paciencia. Aunque me duele mucho posponer las cosas, me ha dado muy buenos argumentos, a favor de la moderación.

—Bueno, parece que ya han estado hablando de estas cosas —respondió Isabelle, lanzando una mirada suspicaz por encima del hombro a su padre—. ¿Debo entender que han estado planeando algo de mí, aunque yo no haya estado presente?

—Sí —dijo Charles con un tono que denotaba que no veía ningún problema en hablar del tema—. Nos concierne a los tres y a nuestro futuro como familia. Quise hablar de ello, en cuanto llegué, pero tu padre insistió en que esperara unos días para adaptarnos y disfrutar de la compañía mutua.

Isabelle no respondió, limitándose a señalar la dirección, que debían tomar para llegar al café, donde sirven crepes de trigo sarraceno y queso fresco de cabra. No sabía por qué de repente sentía un vacío, en el pecho, como si una pesada roca le hubiera pasado por encima del corazón, y se hubiera alojado, con un ruido sordo y desigual, en la caja torácica.

Ella ignoraba qué aspecto de su futuro podrían haber discutido extensamente su padre y su primo. ¿Qué había que decidir? Todo era perfecto tal como estaba.

Parpadeó, sobresaltada por dos niños que chapotearon, en el estanque, y desaparecían en un estrecho callejón entre dos estructuras cubiertas de enredaderas, dejando tras de sí sus pequeñas huellas mojadas. Por un instante, pensó que sería mejor seguirlos que continuar su camino hacia una conversación seria para la que, sin duda, no estaba preparada.

Optaron por cenar en la terraza, bajo grandes sombrillas de tela, que ondeaban delicadamente con la brisa alpina. Isabelle fingió permanecer inmóvil, moviéndose solo para agarrar su copa de vino lo más rápido posible, para que ninguno de los dos hombres viera el temblor nervioso, que la recorría hasta los huesos. Sonrió y no dijo nada, cuando el dueño del café los saludó, dándole a su padre un apretón de manos firme y contándole algunos chismes del pueblo.

Tuvo que aguantar oír hablar de una cabra robada, un escándalo de infidelidad y algunas tonterías sobre el alcalde y su obsesión por encargar una estatua de sí mismo, antes que el hombre, por fin, se dio cuenta que estaba divagando y se marchara alegremente, a buscarles la comida.

—¿Qué clase de hombre encarga una estatua de sí mismo? —preguntó Isabelle con disgusto—. ¿Acaso los monumentos no están pensados, por naturaleza, para ser homenajes del exterior?

—Mmm —respondió su padre, echando una mirada furtiva a Charles, que estaba a su lado—. Si es así, nadie debería decírselo al emperador. Creo que ya lo ha hecho, varias veces.

—¡No hay vergüenza en la grandeza! —replicó Charles, sonrojándose—. Si esperas a que los demás se comporten, como tú quieres, podrías pasar toda tu vida insatisfecha. Lo mejor es, sencillamente, crear el mundo que deseas a tu alrededor.

—Sí, bueno, desde luego que ya lo ha hecho —murmuró Yves, llevándose la copa de vino, a los labios, para disimular la diversión que le producía la indignación de su sobrino.

—¿De eso precisamente hemos venido a hablar? —preguntó Isabelle con un tono burlón—. ¿Me asignarán a Napoleón como su próxima escultora? Les advierto a ambos que no tengo ningún talento para este oficio.

—¿Escultora? —repitió Yves con una mueca graciosa.

—¿Crees que te gustaría París? —preguntó Charles con la mirada fija en el rostro de ella, mucho más de lo que la ocasión ameritaba—. ¿Podrías encontrar aventuras, al conquistar un nuevo horizonte?

Isabelle lo pensó por un momento: el París de su mente, dibujado con tinta y figuras de carbón, a partir de los retratos, que había visto, con el olor a chimeneas y perfume mezclado con el bullicio de la gente. —Quizás —dijo tras un instante, apoyando la

barbilla en la mano—. Supongo que dependería mucho del motivo de mi visita, y de lo que implique mi día a día.

—Serás la esposa de un comandante —respondió Charles con serenidad—. Con todos los privilegios que conlleva tal cargo.

Su primer impulso fue reírse, pero la diversión se le apagó en los labios, antes incluso que pudiera esbozar una expresión de jovialidad. —Supongo que te refieres a uno de tus colegas, Charles —dijo ella, en voz baja—. ¿O te refieres a ti mismo?

—Isabelle, es una unión acertada —dijo Yves, extendiendo la mano sobre la mesa para acariciar la de ella con sus dedos callosos —. Ustedes dos se complementan bien y ya se tienen cariño, y no hay mucho para una joven, en un lugar como este. El valle es donde uno descansa y se retira, después de haber vivido plenamente.

—¡Le tengo cariño como una hermana a un hermano! — exclamó Isabelle con la voz entrecortada, retirando bruscamente la mano, mientras se apoyaba en la silla. Sus ojos buscaron los de su primo, pero no pudo descifrar esa expresión, ya que tenía la mirada fija sobre un leve ceño fruncido—. Charles, sé que sientes lo mismo. ¡Jamás me has visto con ojos románticos!

La sola idea le robaba el aliento. ¡Esto era antinatural! ¡Ya eran familia!

—Reconozco que no te veo, como me describes —confesó Charles, juntando las manos sobre la mesa, junto a su copa de vino olvidada—. Aún así, históricamente, los primos suelen tener matrimonios felices, y es mucho más común que surjan sentimientos románticos, después de la boda, cuando la pareja se asienta en la vida matrimonial.

—Sí, pero… Charles. —Ella cerró los ojos con fuerza, sintiendo cómo la vergüenza le subía a las mejillas, más caliente que cualquier rubor provocado por el sol—. Hay… hay aspectos físicos del matrimonio… que no puedo…

Yves se aclaró la garganta y, mientras se incorporaba, reclinó el asiento. La interrupción rompió momentáneamente la tensión del momento, y tanto su hija como su sobrino lo miraron con recelo y en silencio.

—Tengo asuntos que tratar con Jacques —mintió—. Los dejaré a solas para que continúen con su conversación.

—¡Papá! —bufó Isabelle, lista para ponerse de pie de un salto y arrastrarlo de vuelta a su asiento, pero él fue sorprendentemente ágil para ser un hombre que usaba bastón, esquivó su agarre y desapareció en el café, antes que ella pudiera detenerlo.

Ella se dejó caer en su silla con un gesto de derrota y abatida, y extendió la mano hacia su vaso, evitando la mirada de su primo.

—Isabelle, jamás te impondría una relación así —susurró él, visiblemente horrorizado que se hubiera tocado el tema—. A cierta edad, uno debe casarse. ¡Así funciona el mundo! No hay ninguna otra mujer, en mi vida, con la que me imagine ligado para siempre, salvo contigo.

—Charles, me odiarías, en muy poco tiempo —dijo Isabelle con un suspiro. Se presionó los dedos sobre las cejas, y algunos mechones de su cabello castaño cereza se escaparon de la trenza, y le azotaron la cara, como si la sola idea la horrorizara.

—Jamás podría odiarte —protestó.

—Me amas porque nos vemos poco, y en esos momentos nos recordamos que hay muchas maneras de ver el mundo —dijo ella, haciendo una pausa para consolarse con otro trago de vino. Al bajar la copa, se alegró de ver que, al menos, parecía escucharla con atención—. Que te impongan constantemente una visión que no es la tuya solo fomentaría el resentimiento. Seríamos una pareja terrible, ¡y sin duda te humillaría, al tener que integrarme con las esposas de otras personas importantes! No tengo contactos, en la corte, ni educación en etiqueta o en sociedad. ¡Esto es una locura!

—Esas cosas se pueden enseñar —dijo él, encogiéndose de hombros con desdén—. Lo que más me preocupa es si encontrarás la manera de ser feliz. Tienes veintiún años, cariño. ¿Piensas pasar el resto de tu vida soltera, cuidando a un padre anciano?

—Por supuesto que no. —Ella desvió la mirada, sintiendo un incómodo tirón, en los confines de su mente.

La verdad era que sabía que la vida la llevaría a muchos lugares, como uno sabe que tiene dedos en los pies, aunque no los vea, o que disfruta del sabor de las uvas, aunque no haya ninguna a su alcance. Había habido en ella, durante toda su vida, un conocimiento inefable, pero irresistible, que era la promesa de algo por venir. No podía decirle eso a Charles.

—¿Hay alguien aquí que te interese? —continuó, imperturbable ante la mueca de dolor que ella sintió por su insistencia—, ¿tienes alguna opción mejor que yo?

—¡No se trata que alguien sea mejor que tú! —Ella se mordió el labio, sacudiendo la cabeza como para despejarla de pensamientos y palabras impulsivas—. Simplemente, sé que esto no está bien. Y creo que tú también lo sabes. Buscas una solución fácil, una respuesta rápida a un problema, que no quieres resolver con esfuerzo, y ambos sufriremos las consecuencias de este impulso.

Él se quedó un momento, en silencio, observándola, con el sol poniente resaltando sus rasgos. —¿Recuerdas aquel año, en que me llevaste a una conferencia en el bosque? —preguntó, en voz baja—. Donde un hombre de la Sorbona había venido a examinar un antiguo altar.

—¡Claro que sí! ¡Te quedaste dormido y empezaste a roncar, mientras el hombre hablaba!

Él soltó una risita, asintió y le dio otro sorbo al vino. —No me importó acompañarte en algo que no me interesaba, porque fue gratificante estar en tu presencia, mientras estabas tan emocionada. Eso es el amor...

—¡No! —protestó Isabelle, quizás con un tono más alto del necesario—. Esto no tiene sentido. Hubiera preferido ir a esa conferencia con una amiga del pueblo, que la hubiera disfrutado tanto como yo.

Él la miró parpadeando con la sorpresa reflejada en el rostro, así que ella continuó sin ser interrumpida.

—Por ejemplo, por mucho que te quiera, mi queridísimo primo, rechazaría rotundamente que me arrastraran a una de tus sesiones de estrategia militar, ya que sería una compañía incómoda por mi falta de interés. Estarías mejor acompañado de un compañero oficial.

—No me entiendes —dijo él, frunciendo el ceño—. Me estás llevando la contraria sin motivo alguno.

—Quizás sí —replicó Isabelle, aliviada al ver a su padre salir junto a un joven con sus platos de comida—. Y tú puedes aspirar a algo mejor que una esposa, que siempre te lleva la contraria, Charles. Vas a tener que hacerlo.

Él suspiró, negando con la cabeza, mientras les servían los platos, fragantes y humeantes. La comisura de sus labios comunicaba lo que no se atrevía a decir, en voz alta, pero Isabelle conocía esa expresión.

Eso significaba que, para Charles, el asunto distaba mucho de estar zanjado. Significaba que, como siempre, una discusión solo se resolvía, cuando Charles se salía con la suya. Lo que implicaba que aquella ridícula posibilidad de matrimonio tendría que volver a discutirse.

¡Otra vez!

¡Y otra vez!

# CAPÍTULO CUATRO

La burra se llamaba Hortensia, lo cual, a juicio de Peter, era motivo más que suficiente para considerarla excepcional.

Observar cómo la vieja burra sorteaba con gracia los interminables altibajos del terreno alpino, aferrándose a las paredes rocosas con un equilibrio casi fantástico, mientras cargaba con el peso de las pertenencias sobre su lomo, le había granjeado un cariño, que iba mucho más allá de la simple admiración humana hacia el ejemplar.

—Deberías ver las cabras, aquí arriba —había dicho Mathias, cuando Peter comentó por primera vez sobre las acrobacias de Hortensia—. Las verás a mitad de un acantilado vertical, aferradas aparentemente a la nada, lamiendo la sal de las rocas, como si les diera igual.

Hasta el momento, Peter solo había visto unas pocas cabras, a lo lejos, con el telescopio en el Harpy, comprobando anteriormente que Mathias tenía razón. La extrañeza de Francia seguía superándose, a sí misma, aunque le dijo a Hortensia sin rodeos que ella seguía siendo la más impresionante de todas.

Las dos primeras noches las habían pasado, en puntos de referencia, durmiendo en habitaciones compartidas de posadas por toda Provenza. Una vez que llegaron a las montañas, fue necesario encender fogatas, y, ocasionalmente, dormir en el camino, ya que era difícil predecir con exactitud cuánto tiempo les llevaría llegar de un pueblo a otro.

Mathias había intentado enseñar a Peter, a leer el mapa que estaban usando, que era una maraña de topografía y anotaciones, que se amontonaban unas sobre otras, formando algo aún menos

inteligible, que las divagantes observaciones de los monjes sajones, de mil años de antigüedad, que ocupaban los días de Peter, en Oxford.

En verdad, la larga y penosa naturaleza de aquel viaje le había hecho apreciar la actitud despreocupada de Dempierre, ante la vida. Su tranquila indiferencia, ante los aparentes peligros, y su habilidad para disipar las sospechas de los habitantes del pueblo, sobre sus asuntos, les habían sido de gran utilidad.

Eso no significaba que no sintiera, a menudo, el impulso de estrangular al otro hombre. No, al contrario, la implacable tendencia a ponerse a cantar, en entornos naturales, con mucha acústica, unida a su absoluta negativa a reconocer la mala suerte objetiva, era suficiente para que Peter fantaseara largamente con encontrar maneras de silenciarlo.

Al igual que la propia Francia, Mathias era una constante sorpresa para Peter con diversas connotaciones asociadas. Mientras que Peter empezaba a darse cuenta que las sorpresas le resultaban muy incómodas.

Por ejemplo, cuando Mathias comenzó espontáneamente a alabar a Nell, como una mujer bella y exitosa, socialmente, Peter se sintió tan desorientado, que reaccionó con algo parecido a la ira, como si esa descripción ajena de su hermana debiera ser de alguna manera un ataque a su honor.

—La primera vez, que vi a la señora Atlas, era la belleza más misteriosa de la pista de baile —insistió Mathias, arqueando las cejas para parecer más sincero—. Es lógico que dos personas tan parecidas se casen. Al fin y al cabo, a Nathaniel le encanta ser el más guapo del lugar.

Peter tardó un día entero y parte de la noche, en darse cuenta que Mathias hablaba con sinceridad, y que su hermana, evidentemente, había alcanzado un estado de plenitud, mucho más profundo, de lo que él se había imaginado. Esa noche, mientras intentaba dormir, sintió un nudo, en el estómago: era una punzada

de dolor e implacable sensación que ella lo había dejado atrás, en su camino hacia la felicidad.

Tal vez esta comprensión sobre las sorpresas comenzó la noche, en que ella se fugó con quien ahora es su esposo. Él jamás olvidaría esa sensación, a pesar de la carta tan sensata, que ella le envió, explicando sus motivos.

—Si seguimos así, llegaremos a la zona, que buscamos, después del anochecer —dijo Mathias, sosteniendo aquel mapa críptico, frente a él, como si se correspondiera con el paisaje del horizonte—. Tendremos que cabalgar, en la oscuridad, un rato. Apuesto a que valdrá la pena, si eso significa que dormiremos bien esta noche.

—¿Es seguro? —preguntó Peter, frunciendo el ceño, resistiendo el impulso de mirar por encima de la cabeza de su caballo, más allá del paso seguro de Hortensia, y hacia abajo por la pronunciada pendiente, que se precipitaba contra la tierra—. Seguimos en una montaña.

—Bueno, bajar es más seguro que subir —le dijo Mathias, doblando el mapa y guardándolo en el bolsillo de su chaqueta—. Además, hay luna llena y el cielo está despejado. No debería haber problema. Te aseguro que he navegado con mucha menos visibilidad.

—Dirigir un barco es algo diferente a descender por un acantilado —replicó Peter, moviéndose en su silla de montar.

—Sin duda —admitió Mathias—. Esto es preferible. El acantilado tiene la decencia de permanecer quieto.

Este argumento no era uno que Peter aceptara en silencio, pero era evidente que intentar razonar con Mathias Dempierre solo servía para agotarse y divertir al otro. Era cierto que las rocas, bajo sus pies, no se movían ni se agitaban, como las olas del mar, ¡pero uno no podía simplemente seguir la Estrella Polar, y esperar encontrar siempre un camino en un terreno como este!

Se repetía estas cosas, a sí mismo, representando mentalmente toda la discusión. Solo así logró mantener la compostura y salió victorioso.

*****

De hecho, estuvo oscuro, mucho tiempo, antes que Peter y Mathias llegaran al fondo del valle, iluminados, durante todo el camino, por las dos antorchas, que habían colgado a ambos lados de la mochila de Hortensia. Cada vez que el cristal chocaba contra las hebillas del equipaje, Peter tenía que reprimir el impulso de estremecerse.

—Y por eso Gigi terminó quedándose con todos esos pájaros —dijo Mathias, concluyendo una larguísima explicación sobre por qué le tenía un miedo a los perros de toda la vida—. Al principio me echó la culpa, claro, pero ahora, bueno, mi hermana no sería la misma sin todos esos malditos pájaros. ¿Tienes alguna mascota, Applegate?

Peter se sobresaltó, ante aquel repentino silencio expectante, y giró para mirar hacia atrás, como si algún familiar hubiera aparecido para unirse a la conversación. —Eh, no. No —dijo, aclarándose la garganta, mientras se desviaban de la carretera de la montaña hacia un camino de tierra, que se dirigía hacia las luces del centro del pueblo—. Me gustan los animales, pero no nos permiten tenerlos, en la pensión de Oxford, y llevo viviendo allí, muchísimo tiempo.

—Mi hermana dice que es antinatural vivir sin animales de compañía —dijo Mathias entre risas—. Quizás si vuelvo con Hortensia del brazo, cambie de opinión.

—¿Cómo te pondrías un burro en el brazo? —se preguntó Peter, pero Mathias ya había empezado a tararear, llevándolos por el camino más largo, alrededor de la colina, donde se encontraba el mayor de los tres asentamientos.

Peter había notado, durante su viaje, que en todas las ciudades francesas había letreros que decían: *«¡Todas las direcciones!»*; aunque apuntaban solo a una. En ocasiones, había otro letrero, apuntando hacia otra dirección, que anunciaba: *«¡Otras direcciones!»*; lo cual no hacía más que confundir aún más las cosas.

Peter seguía sin entender qué diablos significaba todo aquello, pero Mathias parecía saberlo, y al fin y al cabo él era el navegante. Peter supuso que todo esto era muy francés.

—¡Ah! Esto tiene buena pinta —dijo Mathias, señalando con la cabeza un edificio bajo y rectangular, situado entre los dos pueblos más pequeños, enclavados al pie de la colina—. ¿Alojamiento y comida, creo? ¿Vamos a ver?

—Por favor —murmuró Peter con imágenes de una cama adecuada, flotando en su mente, tan tentadoras como cualquier sirena en el mar.

Mathias vio un letrero de madera, al acercarse y leyó, en voz alta: —*«Le Libertine»*. —Hizo una pausa—. ¡Ah! Maravilloso. Siempre he admirado a los libertinos. Un grupo de lo más divertido. ¿O lo eran? No sé si alguno sobrevivió a la guerra. O a la viruela, por cierto. En cualquier caso, que se queden aquí con nuestras cosas y negociaré algo de comida y almohadas, ¿de acuerdo?

Peter estuvo de acuerdo, pero Mathias se escabulló tan rápidamente que era improbable que lo hubiera oído.

Hubo un estallido de voces y luces, cuando él desapareció adentro, la puerta se cerró de golpe tras él, y por un momento, la brisa más deliciosamente perfecta bajó de las montañas, y se arremolinó a través de la cuenca de tierra, que formaba el fondo del valle.

Peter acarició la nariz de Hortensia, apoyándose en la cálida firmeza de ese cuerpo, mientras inclinaba la cabeza hacia atrás para contemplar el cielo nocturno.

El cielo estaba despejado, nítido y brillante bajo la luna llena, que resplandecía con un ligero tono rosado. Un profesor le había dicho, una vez, que la luna llena de cada mes tiene su propio nombre, algo especial que solo ocurre, una vez al año. Recordaba que la mayoría eran nombres de animales: luna de lobo, luna de conejo, etc. Deseaba saber cuál estaba viendo esta noche.

Nunca había vivido en un lugar con montañas. Ni siquiera visitar el norte de Gran Bretaña se comparaba con lo que veía allí esa noche, rodeado por todas partes de gigantes alpinos, cada uno con un rocío de estrellas brillantes, que parecían brotar de sus cumbres.

Se dio cuenta que esto lo hacía sentir pequeño, pero de una manera encantadora, como si todas sus preocupaciones y penas fueran irrelevantes, en medio de la imponente eternidad de un lugar como aquel.

Mathias regresó con un mozo de equipajes para estabular y guardar sus pertenencias, pues los habían invitado a entrar a descansar. Peter apenas tuvo tiempo de reaccionar, antes que Hortensia se pusiera en marcha, con las llamas de las antorchas, balanceándose sobre sus ancas, y él se encontrara bajo el brazo de Mathias, siendo conducido a un lugar mucho más animado de lo que uno desearía tras un largo viaje.

Fue una explosión de música y el aroma de la cerveza y el vino, todo mezclado entre risas y conversaciones. Una violinista estaba sentada, en una pequeña plataforma, con una pierna apoyada en una silla, frente a ella, mientras tocaba las notas de un animado reel, aparentemente sin preocuparse por la visibilidad de sus medias, a rayas, ni por el pequeño trozo de muslo, que se asomaba por debajo del volante de su falda.

Peter se encontró con un vaso de cerveza, en las manos, colocado allí por fuerzas desconocidas, y descubrió que el sabor no le desagradaba en absoluto. También se percató, rápidamente, que había perdido a Mathias, ante una morena voluptuosa, a la que el

francés estaba cortejando con todo el encanto de su sonrisa con hoyuelos.

—A Babette le gustan los hombres guapos —dijo una voz femenina, a su izquierda—. Siempre le han gustado. Tu compatriota se cree un cazador, cuando en realidad es la presa.

Él volteó y vio a una joven, que bebía una cerveza espumosa, con una leve sonrisa divertida en el rostro, mientras observaba cómo la pareja pasaba de una conversación a gritos, a un baile enérgico. —Espero que tu amigo no se enamore con facilidad —dijo, alzando la vista para encontrarse con la de Peter—. O, en su defecto, espero que se recupere pronto de una decepción amorosa.

Estaba demasiado oscuro para distinguir el color de esos ojos. Apenas los escasos rayos de las velas atravesaban las sombras de los clientes del Libertine, que parecían incapaces de estarse quietos. Lo único que Peter pudo asegurar fue que esos ojos brillaban.

Ella sonrió, escrutándolo con aquellos ojos sombríos. Él pudo distinguir su cabello, una espesa trenza castaña rojiza, que le caía sobre el hombro. Vestía como una revolucionaria, con un ancho cinturón de cuero, que atravesaba una pesada falda de lino y una blusa, que habría causado un gran escándalo, en la civilizada orilla del Canal. Aún así, Peter no encontró nada de malo en la vista, que se le ofrecía de esos hombros, ni en la insinuación de la figura, que se escondía bajo la tela vaporosa.

—No te conozco —destacó ella, ladeando la cabeza—. ¿O sí?

—¡Es dudoso! —respondió él, gritando quizás un poco más alto de lo necesario para hacerse oír por encima del bullicio—. Acabamos de llegar esta noche al valle.

Esas cejas se alzaron, formando unos preciosos y exuberantes arcos sobre aquel brillo misteriosamente incoloro. —¡Un visitante! ¡Y con acento, además! ¡Tienes que contármelo todo! ¿Es acento inglés? ¿Podría ser que...?

Peter se alegró que estuviera demasiado oscuro para que la chica viera el rubor, que se le subía a las mejillas. Era cierto que su francés distaba mucho de ser perfecto, al menos hablado. Podía leerlo y escribirlo como un nativo, pero, a diferencia de su hermana, nunca le había dedicado mucho tiempo a practicar la tradición oral. ¡Qué pésimo espía sería!

—¿El guapo también es inglés? —preguntó ella sin inmutarse por su vergüenza.

—Le tiene miedo a los perros —soltó Peter de repente, por razones, que jamás podría comprender. Apretó la mandíbula de inmediato, sintiendo cómo el calor en su rostro no hacía más que aumentar.

Por suerte, a la chica pareció divertirle el arrebato, pues soltó una carcajada y le tocó el brazo. —Tengo un perro magnífico, un auténtico monstruo, llamado Goliat —dijo, en tono conspirador—. ¿Voy a buscarlo?

Peter soltó una risita nerviosa, sintiendo un alivio que lo invadió, mientras se llevaba el vaso a los labios, esperando que un buen trago calmara sus nervios. —Me tienta, pero supongo que sería muy cruel —confesó—. Y tu bestia, probablemente, asustaría a nuestra burra de todos modos.

—¡Oh, una burra! —dijo ella con una sonrisa—. Eres exótico.

Le dedicó una media sonrisa torcida, desconcertado por esa aparente familiaridad y naturalidad. No era solo la forma en que se dirigía a él, como si fueran viejos amigos, sino también su presencia en un lugar como aquel. Él miró por encima del hombro, a Mathias, que le susurraba al oído a la morena con una mano cómodamente apoyada en esa cadera, y tuvo un instante de vaga comprensión.

—¿Tú... eh...? —dijo, volviéndose hacia la chica, que se veía más guapa cada vez que la miraba—. ¿Este es tu lugar de trabajo?

—¿Que si soy una prostituta? —preguntó ella, abriendo mucho los ojos con una mezcla de sorpresa y diversión—. No, señor. ¿Y tú

qué haces...?

—¿Qu-é-e? —tartamudeó Peter, deseando con todas sus fuerzas poder fundirse con el suelo y dejar de existir—. No quería insinuar... Pensé que, tal vez, eras camarera o... o...

—Sí, o… —repitió, aún sonriendo, como si semejante insulto le resultara muy gracioso—. Me temo que no. Esta noche no estás en Inglaterra, donde todas las mujeres deben ir rigurosamente acompañadas de una habitación estéril a otra. «Igualdad» es el lema sobre la puerta, ¿no? Aquí todos somos hermanos y hermanas.

Peter tenía hermanas. Esta mujer no se parecía en nada a ninguna hermana que él hubiera conocido.

Le dio otra palmadita en el brazo y señaló una larga mesa comunal, que se extendía de un extremo a otro de la sala, invitándolo a sentarse con ella y tal vez a continuar esa conversación sobre hermanos y prostitutas hasta que él no fuera más que un cascarón calcinado de humillación con gafas.

—Dime —continuó, deslizándose en el banco con la soltura de quien se había sentado allí muchas veces—, ¿qué te trae a Serre Chevalier, sobre todo en compañía de alguien como él?

Peter volvió a mirar por encima del hombro a Mathias, cuya familiaridad con la voluptuosa Babette parecía cada vez más estrecha. Negó con la cabeza y, con una mueca de incomodidad, se sentó frente a su nueva conocida. —Él no era mi elección, como acompañante —confesó—. Aunque, sin duda, jamás habría llegado tan lejos sin él.

—¿Eres académico? —preguntó, golpeando la mesa de madera con la uña roma—. Sí, ¿cierto? Siempre lo sé. ¿Has venido a ver las ruinas?

—Soy académico, pero me temo que mi asunto aquí es de índole más personal —dijo, pensando en cómo explicar su misión para que no pareciera que había venido a secuestrar a alguna pobre francesa desprevenida—. Estoy visitando a una pariente de mi

cuñado —dijo lentamente, aprobando cada palabra antes de pronunciarla—. Él quiere invitarla a Inglaterra para que pase tiempo con su familia, pero no pudo venir él mismo por compromisos previos.

—Pues parece una pariente de dudosa reputación, ¿no? —Ella chasqueó la lengua—. Bueno, ya que estás aquí, deberías ver las ruinas. Tenemos muchas estructuras romanas y medievales, y en el bosque hay un altar pagano que data de la Edad de Hierro.

—¿En serio? —No pudo evitar inclinarse hacia delante con la curiosidad aguzada por un repentino fervor intelectual—. ¿Está protegido?

—Solo por las montañas y los árboles, que hasta ahora parecen haber cumplido bien su función, y pueden guiarte... Cualquiera en el valle puede indicarte el sendero correcto, si decides ir a verlo. Es muy macabro con pequeños huecos ovalados tallados en la piedra, donde se recogía la sangre de los sacrificios.

—¿Cuántos? —preguntó Peter, fascinado.

—Doce, creo —respondió ella, aparentemente igual de fascinada—. El hombre de la Sorbona, que vino hace unos años, creía que quizás coincidía con una comprensión temprana del paso del tiempo. ¿No sería fabuloso? Otro vino, cuando yo era pequeña, y dijo que probablemente tenía más que ver con la luna y que era un altar de mujeres, pero nunca pude entender esa idea. Al fin y al cabo, las mujeres no han estado comprando huevos por docenas, desde los albores de la humanidad.

—El número doce tampoco encajaría con la mayoría de los rituales femeninos que he conocido —replicó—. Aunque, por supuesto, la mayoría de las prácticas paganas que estudio son de origen celta. A menos que tenga que ver con la visibilidad de las estrellas aquí. En cualquier caso, me encantaría verlo.

Ella le dedicó una suave sonrisa, como si estuviera hechizada por algo más que sus palabras.

—¿He dicho algo inapropiado? —preguntó él, recordando de nuevo lo incómodo que se sentía.

—No —respondió ella—. Es que es muy raro que oiga algún acento extranjero, y el tuyo es encantador.

—Bueno —insistió, y su incomodidad se transformó en un velo de repentina timidez—. No tan encantador como aquel guapo, estoy seguro.

Él la observó por un instante, probablemente reflexionando sobre aquella segunda exclamación torpe que él había hecho, de aparente envidia. Inclinó la cabeza hacia un lado, rozando el borde de su cerveza con el meñique, como si estuviera meditando, antes de volver a hablar.

—¿Te gustaría irte ahora? —preguntó ella tras un instante con un brillo en los ojos aún más intenso, que un momento antes—. Podría llevarte.

—¿Al bosque? —preguntó horrorizado—. ¿Solos?

Ella soltó una risita, mordiéndose el labio. —¿Acaso teme que te comprometa, señor? ¿O tal vez que te sacrifique a los dioses antiguos?

—¿No deberías preocuparte por ti misma? —respondió con un claro desconcierto en la voz—. Soy un hombre extraño y tú eres una chica sola.

—Soy una mujer sola —corrigió—. Y nací aquí. Podría desaparecer en el bosque, antes que tuvieras tiempo de hacer algo indebido, y jamás encontrarías la salida. Además, mi fiel bestia Goliat siempre está cerca. Es una buena noche para esta aventura. Hay mucha luz.

Él abrió la boca y la volvió a cerrar sin confiar en su propio juicio. Allí estaba una hermosa muchacha, no, una hermosa mujer, que se ofrecía a llevarlo a ver algo antiguo, intacto y fascinante, a solas, bajo la luz de la luna, en un bosque alpino.

Sí, estaba agotado del viaje, pero, ¿qué clase de tonto rechazaría semejante oportunidad? ¿Cómo iba a hacerlo?

Casi podía oír a Mathias en su mente, insinuando que tal vez ella tenía algo más planeado que una simple excursión educativa. No debería darle más vueltas, pero al volver a mirarla, le costaba no preguntarse qué tan suave sería esa piel entre sus manos, a qué sabría alguien tan descarada...

Sacudió la cabeza de nuevo, forzando una tos, como para expulsar la oleada de calor que lo había recorrido.

—¿Me prestas un par de antorchas? —preguntó ella, expectante, como si supiera que él no tenía más remedio que aceptar—. Podemos traer tu burra, si sientes que necesitas protección.

—De acuerdo —dijo él, débilmente, apenas asintiendo con la cabeza, antes que ella bajara las piernas del banco y desapareciera hacia la barra. Se dio cuenta que probablemente ni siquiera lo había oído y que solo había reaccionado a su gesto.

Él se puso de pie, alisándose la ropa arrugada y apurando el resto de la cerveza, en su vaso. No solía actuar impulsivamente ni le resultaba familiar sentirse tan en desventaja, en todos los sentidos. Aún así, al ver el destello rojo de esa falda y las antorchas, que él sostenía al otro lado de la sala, se encontró acercándose a ella de todos modos.

¿Actuó en contra de su propio juicio? Quizás.

Más bien, Peter opinaba que su sistema interno de juicio nunca había estado preparado para un escenario así.

# CAPÍTULO CINCO

El corazón de Isabelle latía con fuerza.

En el fondo, en la parte más racional de su mente, sabía que estaba siendo imprudente. Había salido por la ventana, unas horas antes con la intención de ir al Libertine, ahogar sus penas en alcohol y llorar con la excepcionalmente reconfortante Babette Boulier, hija del dueño, y querida amiga de Isabelle desde la infancia.

Normalmente, cuando Isabelle se enfrentaba a etapas desagradables, pero necesarias de su crecimiento, Babette la aconsejaba por encima del bullicio de la posada hasta que llegaba a un cierto grado de aceptación, momento en el que Isabelle volvía a casa con los zapatos, en la mano, se colaba por la ventana, y se dormía, resignada a la inevitabilidad de su futuro.

Era el único camino, a seguir, que ya no podía concebir.

Por supuesto, desde el principio, Babette se había negado a hacer de voz de la razón. Se había estremecido, al oír la propuesta de matrimonio de Charles y le había gritado un sinfín de cosas, que reflejaban, a la perfección, los pensamientos de Isabelle. Todo estaba mal y ni toda la cerveza del mundo iba a cambiar eso.

—Tu padre es demasiado estricto —le dijo, sacudiendo su abundante melena castaña—. Hay muchos hombres que te convendrían mejor.

Babette no quiso revelar quiénes eran esos hombres, solo que casi cualquiera sería una mejor opción que ese estirado y digno primo Charles. *«Si él busca una esposa»*, pensó Babette, *«¿por qué él no se relacionó con otras damas solteras del valle, como yo?».*

Isabelle suspiró, se quejó y no ocultó su preocupación, mientras ambas intentaron encontrar algo positivo en todo aquel embrollo. Charles era guapo, sí, pero eso no mitigaba su repugnancia primigenia, ante la idea de verlo en un contexto carnal. París podría ser una aventura divertida y gratificante, aunque Isabelle no habría elegido adentrarse, en la capital, a través de sus salones de té.

Esto era inútil.

Cuando el primero de los dos apuestos desconocidos entró por la puerta con una sonrisa arrogante, que resaltaba su barba incipiente, el tema central de su conversación cambió por completo. Ambas guardaron un silencio expectante, mientras lo observaban dirigirse a la barra y negociar un par de llaves para la noche.

Aquel primer hombre era de esos atractivos que solo se veían realzados por la certeza que nadie, y mucho menos una mujer de verdad, podía confiar en alguien con semejante aspecto. Sonrió a todas las mujeres de la sala, guiñó el ojo a unas cuantas, mientras negociaba las condiciones de su habitación, y pidió bebidas, antes de salir a buscar a su compatriota, blandiendo las llaves de las habitaciones de la posada, como un faro para los interesados.

El segundo hombre no mostraba tanta arrogancia, y parecía más preocupado por encontrar un baño caliente y una cama tranquila que por la juerga del Libertine. Lucía una melena desaliñada, que le caía sobre la frente con un aire descuidado, y gafas redondas, que reflejaban la luz de las velas, que iluminaban la barra. Era alto y delgado, vestido de forma más práctica para viajar que el otro caballero, cuyo estilo descuidado y elegante claramente respondía a su atuendo de montar.

Ella no pudo evitar sonreír con una pizca de diversión recorriéndole el cuerpo, mientras él se escabullía de debajo del brazo del otro hombre y miraba el vaso de cerveza, que tenía en las manos, como si hubiera aparecido allí por arte de magia negra. Este no se parecía en nada a su amigo, a pesar de la mandíbula afilada y

la forma atractiva de sus labios. Cómo habían terminado juntos era, sin duda, una historia fascinante.

—¿Te gusta el alto? —susurró Babette, lanzando una rápida mirada insinuante a los dos hombres—. Ve a hablar con él, mientras puedas. Yo distraeré al pirata.

—¿Pirata? —repitió Isabelle entre risas, pero Babette ya se había marchado, contoneándose al alcanzar su objetivo y envolviendo con su magia a aquel desventurado desconocido, como solo ella sabía hacerlo. Él la siguió hasta un rincón frente al escenario, aparentemente hipnotizado por lo que ella le decía, y claro, en ese momento, Isabelle no tuvo más remedio que acercarse al otro hombre misterioso.

Al fin y al cabo, esta noche bien podría ser su última oportunidad para coquetear con un desconocido, especialmente en un lugar donde los desconocidos eran tan, pero tan inusuales.

Sin embargo, al más puro estilo de Isabelle Monetier, incluso su intento de broma inofensiva se descontroló por completo, apenas unos segundos después de saludar al caballero.

Ni siquiera sabía su nombre, pero allí estaba él con dos antorchas, en alto, y ella seguía dispuesta a llevarlo al bosque, sola, en plena noche. Sabía que esto era una locura. Sabía que si se lo contaba a Babette ni siquiera su amiga más alocada aprobaría aquella aventura.

Si tan solo le hubiera dicho la verdad sobre Goliat. Probablemente, la inútil criatura seguía roncando, con la mandíbula floja y la cabeza medio tapada por su manta de lana, a los pies de la cama.

La razón le decía que podría cambiar de opinión, en ese mismo instante. Nada se lo impedía. Podía decirle la verdad. Podía admitir que se daba cuenta de lo absurdo de todo aquello. O podía guardar silencio y simplemente huir a su casa, dejándolo confundido a su paso. Podía convencerse que nada de esto había ocurrido y dormirse

plácidamente en su cama, con un nudo de histeria, en el pecho, por lo que casi había hecho.

Pero Charles estaba en casa. Y también su padre. Y allí había un futuro que ella no deseaba.

Así que, en vez de eso, se quedó completamente quieta, esperando al apuesto desconocido inglés de gafas redondas, que se abría paso entre la multitud hasta llegar a su lado; mientras tanto, su corazón latía con fuerza contra sus costillas, probablemente intentando escapar y encontrar un anfitrión con más sentido común.

Nunca antes había conocido a un inglés. Los únicos extranjeros, que pasaban por el valle, eran italianos y suizos, quienes vivían cerca de la frontera, y ninguno de los dos tipos solía detenerse a charlar en el Libertine. El exotismo del encuentro no hizo sino aumentar su atractivo.

El propio Charles había dicho que ella debería aspirar a expandir sus horizontes, más allá de su lugar de nacimiento, ¿no? Claro que se refería a sus propios fines, pero, ¿y los de ella? ¿Qué había de sus fines, eh? ¡Charles nunca pensó en esto!

El inglés llegó hasta ella, esbozando una sonrisa tímida por lo mucho que le había costado abrirse paso entre la multitud, llevando las antorchas, en sus manos, mientras ella empujaba la puerta para conducirlos al espacio abierto, mucho más tranquilo del exterior.

—Ah, ¡qué bien! —dijo con un pequeño suspiro de alivio—. Es precioso aquí afuera. Estaba admirando el cielo nocturno, antes de entrar.

Isabelle alzó la vista. La luna brillaba con tal intensidad, que casi la deslumbraba, eclipsando las estrellas más cercanas. Desde allí, podía ver a Orión cazando, y en el otro extremo del cielo, a la vanidosa reina Casiopea, erguida en su trono. A su padre también le gustaban las estrellas. Le había enseñado tan bien sus formas que era imposible que no las viera, al mirar al cielo.

—¡Aquí está! —exclamó él, mientras la llama de una de las antorchas crecía, lo suficientemente alta y brillante como para compartir su calor con la otra. Un resplandor dorado lo envolvió, al levantarse de rodillas y entregarle una de estas, a ella, con una leve sonrisa irónica, aún en el rostro—. ¿Lo estás pensando mejor?

Ella negó con la cabeza, alzando la antorcha lo suficiente para iluminar su rostro; las llamas se dividieron en dos que danzaron alegremente reflejadas, ante sus ojos. —Y tú... ¿Lo estás?

—¡Oh! Probablemente —confesó, encogiéndose de hombros con timidez y soltando una risita—. No es frecuente que mujeres hermosas intenten seducirme para llevarme a lugares remotos. Me atrevería a decir que si así fuera, habría desaparecido hace mucho tiempo.

Ella sonrió, bajó la antorcha, y le hizo un gesto para que siguiera el sendero, que se adentraba en el bosque, girando sobre sus talones para que él no viera la sonrisa de satisfacción, que se había dibujado en su rostro, al oír que era hermosa. —Vamos —dijo —. No está lejos.

Caminaron en silencio, un rato, solo se oían sus pasos y la vida nocturna del bosque: el croar de las ranas y los ululares de los búhos. Era una noche cálida con una brisa generosa, que bajaba de las montañas y silbaba entre las ramas de los árboles.

Ella tenía muchas preguntas que hacerle a aquel desconocido.

¿Cómo se viajaba exactamente entre dos países en guerra? ¿Era la vida en Inglaterra tan aburrida y monótona, como le habían hecho creer? Y, quizás lo más importante: ¿qué aspecto tendría el valle para alguien que nunca lo había visto? ¿Quedaría encantado, como ella supondría que le sucedería a cualquiera, o decepcionado, habiendo visto lugares de mucha mayor belleza?

Pero ella se dio cuenta que el atractivo de aquella aventura residía en gran medida en su misterio. Su parloteo nervioso, como el de una colegiala, no contribuiría en absoluto a avivar la fantasía de

ninguno de los dos. En lugar de eso, miró por encima del hombro y preguntó suavemente con su acento provinciano: —¿Prefieres que hablemos en inglés?

—¡Ah! —respondió él con genuina sorpresa, en la voz—. Si quieres. Tu inglés seguramente es mucho mejor que mi francés.

—¿Puedes deducir todo eso con una sola frase? —preguntó ella entre risitas, aminorando el paso para que él pudiera acercarse más —. Mi padre siempre ha insistido en que hable con fluidez. Insiste en muchas cosas, como supongo que suelen hacer los padres.

—Los míos apenas se fijan en mis estudios —replicó—. Aunque compito con muchos hermanos menores por su atención.

—¡Oh, yo no tengo ninguno! —exclamó Isabelle, encantada—. ¿Eres el mayor de ellos?

—Me temo que no. El título me lo arrebataron, en cuestión de minutos —dijo, negando con la cabeza entre risas, como si el asunto le hubiera molestado de niño—. Técnicamente, mi hermana gemela es la mayor, aunque me gusta pensar que estamos a la par.

—Una hermana gemela —susurró Isabelle—. ¡Qué raro! Solía soñar con cómo sería tener una gemela, aunque siempre me imaginaba una copia de mí misma con la que intercambiar lugares y hacer todo tipo de travesuras infantiles. Confieso que la idea ya no me atrae tanto, pues he aprendido a disfrutar de ser única.

—No me importa. Nell y yo nos parecemos en muchos aspectos. Si hubiéramos sido idénticos, quizás una de nosotros se habría resistido a la verdad de nuestra naturaleza.

—¿Y qué naturaleza es esa?

Él lo meditó por un instante, rozándole con el pulgar la línea de la mandíbula. —Supongo —dijo, finalmente—. Que dudarías si te dijera que se debe a nuestra naturaleza irresistible. En realidad, es nuestra afición por los libros. Ninguno de los dos aprendimos a leer hasta que fuimos mayores que el niño promedio, debido a nuestra

vista. Una vez resuelto el misterio, nos sumergimos en el mundo de los libros y el aprendizaje, como reyes en un banquete, y desde entonces no hemos vuelto a la superficie.

—Quizás te habría creído —bromeó ella, dándole un codazo—. Si me hubieras dicho que eras irresistible. Es curioso pensar en un hermano y una hermana, que comparten cumpleaños y el mismo humor. Deben de ser muy unidos.

Él asintió con la cabeza con una expresión melancólica. —Siempre lo fuimos, sí. Se casó hace poco y, me temo que ha empezado a superarme en muchos aspectos, al alcanzar la plenitud de su feminidad. Es difícil saber qué sentir cuando uno está inmensamente feliz por la persona que ama, pero a la vez lamenta lo que ha perdido, en su ascenso al éxito.

—Echas de menos tenerla como completamente tuya —dijo Isabelle con comprensión—. Si yo tuviera una hermana, quizás sentiría lo mismo, al verla marcharse para empezar una nueva vida.

—No puedo imaginar lo que has vivido, siendo hija única —continuó él entre risas, dejando ver sus dientes blancos y uniformes, que brillaban a la luz de la luna—, ¿no tenías a nadie que te aterrorizara para luego convertirse en tu compañero de juegos, al instante?

Ella vaciló, sintiendo un nudo en la garganta, al oír esas palabras. Allí, en el claro oscuro con el viento ocultando sus voces de cualquiera que pudiera oírlas, envueltos en un suave resplandor entre la oscuridad iluminada por la luna, de algún modo, le pareció el lugar perfecto para confesarse. Al fin y al cabo, probablemente nunca volvería a ver a ese hombre.

—Tengo un primo —dijo con cautela—. Que ha pasado los veranos, aquí en el valle con nosotros desde que yo era bebé. A menudo lo considero, como un hermano. Siempre lo he hecho, pero al parecer él me ve como algo más. Rechacé una propuesta suya de matrimonio, pero nadie parece aceptar mi «no» como una respuesta definitiva. Si esto sigue el patrón de todo lo demás, a lo que me he

resistido en mi corta vida, entonces cada día tendré que librar una nueva batalla, hasta que, finalmente, él deba ceder.

—¿Qué clase de hombre quiere casarse con una mujer que no lo quiere? —Él se detuvo en seco, horrorizado—. ¿Acaso tus padres no te protegen?

—No es así —suspiró Isabelle, volviéndose hacia él, donde se había detenido—. Mi padre jamás me obligaría a nada. Es un hombre amable y bueno, pero terco y completamente ajeno a lo que realmente importa. Para él, esto es lógico. Nos queremos y tenemos que casarnos, y es así de simple.

Los labios de Peter estaban apretados, en señal de desaprobación. Su peso se desplazaba, como si deseara que existiera un monstruo que matar, en su lugar, para así poder resolver esas penas.

—No es el peor destino —continuó ella, extendiendo la mano para tocar esos dedos, donde él seguía sujetando una antorcha—, mucha gente se enfrenta a perspectivas, mucho más sombrías, esta noche, y aquí estoy yo, lamentando que un buen hombre, que me dará una buena vida, quiera asegurar mi futuro. Por favor, no me hagas caso. Me siento culpable por haberte preocupado con esto.

—No me siento agobiado. —Él miraba esa mano sobre la suya, y siguió con voz baja y tranquila—, no tienes por qué justificar tu angustia frente al sufrimiento ajeno. Tienes derecho a llorar la felicidad que te arrebataron. No te disculpes jamás por ello.

Ella soltó un suspiro suave y entrecortado. Esas palabras la golpearon, en el pecho, con una fuerza inesperada. Se puso de puntillas con la mano aún sobre la de él, y presionó sus labios contra los de él, cerrando los ojos lentamente.

Por supuesto que ella había besado a hombres antes, pero nunca de verdad. Intercambiar besos significaba muchas cosas allí, en el valle, y entre saludos amistosos y la torpe curiosidad juvenil,

había dejado que sus labios rozaran los de otros, en contadas ocasiones. Ninguna de esas veces se había sentido como esta.

Él la rodeó por la cintura, atrayéndola hacia sí, mientras inclinaba la cabeza, saboreando el regalo que ella le había dado. Se sentía seguro, firme y embriagador.

Cuando él se apartó, ella quiso protestar o tal vez disculparse de nuevo, aunque no lo lamentaba en absoluto. Por suerte, esa mirada parecía aprobarla, o al menos se mostraba complacido.

Ella se aclaró la garganta, retiró la mano y giró sobre sus talones. —Está justo, al otro lado de la loma —dijo, muy consciente de la falta de aliento, en su propia voz—. Subiré primero, y puedes pasarme las antorchas, antes de seguirme.

—Con mucho gusto —respondió él, desde atrás, con una sonrisa reveladora en la voz que hizo que a ella, la sangre le subiera a las mejillas.

Ella dejó la antorcha en el suelo y recogió la falda en un puño, trepando por encima del pequeño montículo de tierra, que se había erigido para marcar la ubicación del altar, y protegerlo de la tala accidental de árboles. Él tomó la otra antorcha, le entregó ambas antorchas y saltó por encima con aparente facilidad, aún con una expresión de gran satisfacción.

Abrió la boca con la intención de decir algo, cualquier cosa que pudiera calmar lo que había hecho, pero tan pronto como sus ojos se posaron en la pequeña mesa de piedra, que tenían por delante, su expresión adquirió un aire de fascinación y aturdimiento que pareció haber funcionado por ella.

Extrañamente, verlo a él distraído de su beso la invadió con una ola de decepción, y mientras lo seguía con la mirada, tuvo que ordenarse, a sí misma, con severidad que no hiciera pucheros, mientras le devolvía una antorcha.

Él colocó su antorcha, en el borde del altar, y volvió para tomar la de ella, y depositarla en el otro extremo, proporcionándoles una

pequeña cúpula de luz con la que contemplar aquella curiosidad.

El hombre tocó las hendiduras ovaladas, deslizándolas, una a una, con sus largos y delgados dedos, mostrando una expresión de absoluta reverencia. De algún modo, eso solo hizo que ella deseara besarlo de nuevo.

—Cuando era niño —dijo él, en voz baja—. Solía pasar horas en las ruinas que rodean Winchester. Me parecían increíblemente antiguas, pero esto... Esto ya era antiguo, cuando los salones de Wessex vislumbraron los primeros indicios de una Gran Bretaña unida. Era algo grandioso y antiguo, incluso antes de Egipto y Roma.

—Sí —confirmó ella con el corazón palpitando, al pensarlo—. A veces pienso, en ello, incluso en el pueblo. La torre del reloj lleva allí, desde el siglo XII, y si me apoyo, en ella, para disfrutar de una manzana, en un día de otoño, no puedo evitar preguntarme cuántas personas más habrán hecho exactamente lo mismo, sentadas en el mismo sitio. Me hace sentir muy pequeña, ¿cierto?

—¿Crees que quien hizo esto se sintió pequeño? —preguntó, dedicándole una sonrisa tímida con el pelo cayéndole sobre la frente —. Quizás no seamos tan pequeños, como pensamos.

—Quizás no, pero no me importa ser simplemente una de las chicas que se comieron una manzana, al pie de una torre de reloj medieval. Hay cosas mucho peores que ser pequeña.

La observaba con expresión pensativa, quizás incluso de admiración. —¿Puedo besarte otra vez? —preguntó, como pidiendo permiso para incomodarla de alguna manera.

Ella asintió con un nudo, en la garganta, y esta vez, cuando él la atrajo hacia sí, la suavidad del beso se sintió más indulgente y menos urgente. Ella extendió la mano para tocarle el cabello, tan fino, sedoso y rebelde, e intentó grabar ese recuerdo, en lo más profundo de su alma, para poder evocarlo hasta la vejez, sin importar qué rumbo tomaría su vida, después de esta noche.

Sabía que aquel desconocido abandonaría el valle. Si no mañana, pronto. Los visitantes nunca se quedaban mucho tiempo. Quizás él también la recordaría. Y esperaba que así fuera.

Él se apartó un poco con la respiración pesada y dulce, mientras sus pulgares dibujaban círculos en esa cintura. —Eres extraordinaria —susurró, mirándola con ojos, que brillaban a la luz de la luna—. Absolutamente extraordinaria.

Ella se sonrojó, bajando la mirada para disimular el placer, que le producían esas palabras, y apoyó la cabeza, en ese hombro, aspirando el aroma a pino de esa ropa. Quizás él la llevaría consigo, esa misma noche, y podrían vivir como bandidos, recorriendo el camino.

Esa fue una idea tonta, aunque entrañable.

—Ni siquiera sé tu nombre —susurró él, apoyando la mejilla en la parte superior de la cabeza de ella.

—Yo tampoco sé el tuyo —respondió ella con una risita—. ¿Es terrible?

—Me llamo Peter —le dijo, levantándole la barbilla para que lo mirara a los ojos—. Peter Applegate.

—Encantada, Peter —murmuró, acariciando la línea de esa mandíbula, mientras se inclinaba hacia delante para darle un último beso robado, en aquella noche imposible—. Soy Isabelle.

Ella tardó un instante en darse cuenta que él se había puesto rígido. Esa postura repentinamente se volvió tensa, y esos labios de volvieron apretados e insensibles a los besos. En seguida, ella se apartó con confusión, en los ojos, al verlo mirándola con horror y los ojos muy abiertos.

—¿Qué? —preguntó ella, retrocediendo para crear distancia entre ellos y dejando caer las manos sobre las caderas—. ¿Qué he hecho?

—Isabelle —repitió él con cierto malestar—. ¿Tu apellido no será, por casualidad, Monetier?

Ella se sobresaltó, retrocedió un paso y tropezó con el altar. Perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer hacia atrás, aunque vio que Peter Applegate se había apresurado a sujetarla, ayudándola a sentarse sobre aquella pieza de historia imperecedera.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó ella con voz seca—. ¿Quién eres?

—¡Oh! —gimió, cerrando los ojos con fuerza—. No sé ni por dónde empezar. Isabelle... Señorita Monetier. He venido al valle, buscándote...

# CAPÍTULO SEIS

Peter no había dormido mucho.

Lo cual quería decir que no había dormido nada.

Si Isabelle Monetier se hubiera salido con la suya, habrían abandonado el claro de inmediato y asaltado su casa familiar con una ferocidad, que habría hecho temblar de asombro a los soldados del frente. Estuvieron a punto de lograrlo, pero de alguna manera Peter consiguió convencerla de esperar hasta el amanecer.

—¡Estoy harta de las maquinaciones de los hombres! —gritó, arrebatando la antorcha del borde del altar y apuntándole con ella de tal forma que la luz de la vela se balanceó y lo deslumbró—. ¡Dijiste que me buscabas a mí, Peter Applegate, no a mi padre! ¿Por qué necesitamos su presencia para que puedas hablar con libertad?

Ahora él podía ver el parecido con Nathaniel con tanta claridad, que le asombraba no haberla reconocido de inmediato. Tenía la misma estructura afilada, en los pómulos, los mismos labios cuidadosamente esculpidos, pero sus ojos brillaban con una furia, que apostaría que Nathaniel Atlas jamás se había permitido mostrársela a nadie.

Ella era magnífica. Tanto que él no se atrevió a volver a hablar, mientras ella lo rodeaba, abriéndose paso a pisotones fuera del claro del bosque con tal furia y velocidad, que si él no recuperaba el sentido rápidamente, quedaría atrapado allí hasta el amanecer.

—¿Qué quieren los ingleses de mí? —vociferó de tal manera que era evidente que no esperaba respuesta. Desde atrás, el resplandor de su antorcha había creado un halo rojo dorado a su alrededor, que permaneció inalterado, mientras ella ni siquiera se

dignaba a volverse para mirarlo—. ¿Qué quieren ustedes, hombres necios, de mí? ¡Solo quiero que me dejen en paz!

—Lo siento —murmuró con un zumbido en los oídos, que amenazaba con dejarlo inconsciente en cualquier momento. ¿Cómo había podido estropearlo tanto?

—¿Perdón? —repitió con un tono de risa peligrosa, en la voz. Ella giró rápidamente y dio tres pasos hacia atrás, hasta quedar frente a frente con él, con la antorcha en alto, a la altura de sus rostros—. ¿De qué te disculpas, Peter Applegate? ¿Por besarme? ¿Por engañarme? ¿O por decirme una verdad, a medias, y negarte a contarme la otra mitad?

Él parpadeó, algo avergonzado por su impulso físico de atraerla de nuevo hacia sí, distraído por el aroma de esa piel bañada por la luna y el rubor en esas mejillas. Desde luego, no se arrepentía de haberla besado.

Respiró profundamente con dificultad, y dio un paso atrás, girándose hacia un lado con la esperanza de recobrar la compostura. Otra ráfaga de brisa helada de la montaña, que lo rozó, le ayudó a despejar la confusión mental, y a calmar el pánico, pero nunca se le habían dado bien las confrontaciones emocionales de este tipo.

—Isabelle —dijo con cuidado, midiendo cada sílaba para no empeorar las cosas—. Si tuviera toda la información para darte, te la daría ahora mismo. Necesitamos que tu padre esté presente porque es la única persona en el mundo que conoce las partes que faltan de esta historia, a medias.

Ella entrecerró los ojos, pensativa. —¿Por qué navegarías hacia territorio enemigo, en nombre de una historia, a medias?

—Porque —suspiró, presionándose el puente de la nariz con los dedos, al darse cuenta que no había nada más que añadir a esa frase.

«*Porque mi tía me lo dijo*». Esa no era la respuesta que deseaba darle, aunque fuera la verdad.

—Porque —repitió con una risa sin alegría—. Bien. En fin... De vuelta a la posada. Quizás tu guapa amiga me dé la información que busco.

Apretó la mandíbula y la siguió, arrastrando los pies, recordándose a sí mismo que no era momento para alimentar celos insignificantes. No todos los hombres nacen con una confianza desmedida y una sonrisa encantadora. Desde luego que no. Él no había nacido así.

Una vez que llegaron al Libertine, se hizo evidente que Mathias se había retirado a descansar, para gran decepción de la hija del posadero. Al menos, así pareció hasta que Isabelle terminó de susurrarle, a su amiga, cosas al oído, y desde ese momento aquel semblante se volvió notablemente más gélido hasta que solo le quedó una mirada fulminante.

—Te despertaré al amanecer —le dijo Isabelle a Peter, echándose su espesa trenza castaña sobre el hombro—. Dormiré aquí con Babette. No hay tiempo que perder.

—¿No se preocupará tu padre al verte fuera de casa? —preguntó con impotencia, observándola dirigirse a la escalera, con el brazo de la otra chica rodeándole la cintura. Ella giró y le lanzó una mirada fulminante que le recordó su falta de tacto, al mencionar de nuevo a su padre.

Él se dirigió cabizbajo a la barra, donde era evidente que ganarse la antipatía de esas dos jóvenes estaba muy mal visto. Le cobraron de más por dos vasos de cerveza, y luego se obligó a subir las escaleras, a duras penas, y desplomarse en una cama estrecha y dura con la esperanza que un poco de alcohol lo hiciera dormir.

No obstante, las constantes preocupaciones de su hermana sobre lo profundamente que dormía lo atormentaron, durante horas, insistiendo en que si se dormía, podría no despertar hasta la noche siguiente, afianzando así el odio hacia una mujer de la que estaba casi seguro de haberse enamorado un poco. Y así, se quedó mirando al techo, creando formas que no existían en las manchas de agua y

las grietas, hasta que un fuerte golpe, en la puerta, lo alertó que el sol ya había salido.

Mathias ya estaba abajo, disfrutando de una taza de café humeante y las risitas de la hija del posadero, como si nada malo hubiera sucedido. Cuando vio a Peter bajar las escaleras como un perro apaleado tras la joven de ojos brillantes y de carácter firme con la que había desaparecido la noche anterior, sus cejas rubias se alzaron con admiración sorprendida.

¡Ah, qué alegría habría sido para Peter hubiera podido conservar este malentendido, simplemente por el placer de sorprender al imperturbable Mathias Dempierre!

—Tu amigo ha hecho un buen desastre —murmuró la otra mujer, acariciando brevemente el cabello de Mathias, antes de desaparecer para atender a un par de clientes habituales aturdidos, que no se habían movido de sus asientos desde la noche anterior.

—Hola —dijo Mathias a Isabelle, mostrándole su sonrisa más cautivadora, con hoyuelos—. ¿Quién eres?

—Soy Isabelle Monetier —replicó ella bruscamente, borrándole la sonrisa de inmediato—. ¿Quién diablos eres?

*****

Ellos caminaron hasta St. Chauffrey, optando por permitir que Hortensia disfrutara del descanso, que ninguno de los dos tendría.

En un resquicio de luz, en medio de la incomodidad de toda aquella situación, Mathias había permanecido, en un silencio dichoso, aparentemente atónito hasta el punto de no poder articular palabra, durante todo el camino. Todos guardaron silencio.

Isabelle los condujo a una casa de entramado de madera, al borde de una amplia y agreste pradera. La propiedad estaba

rodeada de una exuberante cosecha de verano, brillante y multicolor, con un aroma tan intenso, que hizo rugir el estómago de Peter. Si Isabelle oyó algo, no lo admitió y, en silencio, les permitió entrar por la puerta principal, indicándoles una sala de estar, mientras iba a despertar a su padre. La casa aún estaba a oscuras, y el tanteo de algunos lugares, buscando cortinas para abrir provocó que oyera algunas palabrotas ahogadas.

Yves Monetier entró apresuradamente, en la sala, aturdido y frotándose los ojos para despejarse, por los empujones de su impaciente hija. Era un hombre de mediana edad, con el pelo rubio erizado por el sueño y arrugas alrededor de los ojos y la boca, que denotaban un semblante mucho más alegre, que el ceño fruncido y desconcertado, que dirigía a los dos hombres en su sala de estar.

—¡Nunca había visto a esta gente en mi vida! —exclamó, girándose para encontrar a su hija erguida, con los brazos sobre su delgada cintura y los dedos tamborileando impacientemente.

—Son ingleses —le informó, alzando la barbilla.

—¿Perdón? —jadeó Mathias, haciendo un ademán para ponerse de pie de inmediato.

Peter lo agarró por la chaqueta y lo hizo volver a sentarse, quedándose de pie, en lo que esperaba fuera una postura deferente, en lugar de una que implicara que estaba a punto de perder el conocimiento. —Señor Monetier —dijo—. Estamos aquí en nombre de la familia Atlas.

Hubo una larga y tensa pausa, durante la cual el rostro de Yves Monetier se volvió pálido. Era difícil descifrar lo que sentía. ¿Pánico? ¿Incredulidad? Quizás simplemente estaba atónito, pues en ese instante, él sintió como si el mundo mismo se hubiera detenido.

Este acontecimiento pareció finalmente apaciguar la furia de Isabelle. Abandonó su postura severa y se acercó a su padre, tocándole el brazo. —¿Papá?

—Los Atlas han muerto —dijo con la voz entrecortada, mirando con impotencia de Peter a Isabelle—. Los vi morir.

—Viste morir a Mary y a Walter Atlas —dijo Peter con suavidad —. Su hijo, Nathaniel, sigue muy vivo, y recientemente se ha enterado que otra Atlas aún vive.

—Su hermana —destacó Mathias con énfasis, mirando a Isabelle—. Alice.

Fue entonces cuando Yves Monetier empezó a temblar y se incorporó rápidamente, antes que sus piernas le fallaran. —¿Cómo es posible? —susurró varias veces.

Isabelle fruncía el ceño, sin saber qué hacer con toda su indignación, ante lo inesperado de la escena. —Papá —dijo ella con dulzura—. ¿Necesitas agua? ¿Necesitas acostarte?

No formuló las preguntas que tan obviamente la consumían por dentro. No podía, con su padre tan desconcertado por la sorpresa.

—¿Les pido que se vayan? —dijo, en voz baja, con un tono cargado de disculpas.

Él negó con la cabeza, respiró profundamente con dificultad y alzó la vista para encontrarse con los ojos de ella. —Mi amor — respondió—. Mi niña. Hay cosas que no te conté, porque pensé que solo te causarían dolor. No sabía que alguien hubiera sobrevivido. Te lo juro.

Ella se irguió con el rostro crispado por la preocupación, y señaló a Peter. —Tú —dijo en un tono que no admitía réplica—. Ven conmigo.

—¿A dónde van? —preguntó Mathias.

—Vamos a poner la tetera y prepararle algo de comer a mi padre —le dijo, haciendo un gesto a Peter para que se acercara—. Habla con mi padre. Yo hablaré con Peter Applegate aquí, y quizás después podamos sentarnos todos a hablar con calma sobre lo que está pasando y cómo me afecta a mí.

Ella no esperó respuesta, tomó a Peter del codo y lo empujó hacia la cocina de la casa, dejando atrás a Mathias e Yves Monetier mirándose con recelo.

Lo último que Peter oyó fue a Mathias sugiriendo que Yves podría conocer a su madre, Therese, a lo que Yves respondió con un gemido de impotencia.

Se quedó allí, incómodo, mientras Isabelle se movía por la cocina, llenando una tetera y poniéndola al fuego, y sacando huevos de una cesta forrada de paja cerca de la despensa. La observaba con una mezcla de admiración y asombro, mientras ella preparaba el desayuno con una naturalidad asombrosa.

Él se dio cuenta, con un desagradable sobresalto, que nunca antes había visto prepararse una comida de esa manera, y que, a pesar de sus importantes conocimientos, no tenía absolutamente nada que ofrecer como ayuda.

—Deberías empezar a hablar —dijo Isabelle de espaldas, mientras la grasa comenzaba a crepitar en una sartén—. Se me acaba la paciencia, Peter Applegate.

Él dudó por un instante, mirando hacia el alto y ancho techo, que se extendía sobre ellos, adornado con una variedad de hierbas secas. —¿Nos acompañará tu madre? —se oyó preguntar, en un intento de sonsacar información mucho más sutil de lo que él mismo se habría imaginado.

—Mi madre murió, cuando yo era una bebé —dijo ella—. Mi primo está durmiendo arriba, pero no despertará hasta dentro de una hora, como mínimo. No tiene sentido seguir retrasando mi iluminación.

—Eso no es lo que pretendo hacer —dijo Peter, rápidamente—. ¿Qué sabes de ella?

—¿Mi madre? —preguntó con evidente confusión, volteando para mirarlo—. Solo tanto como mi padre. Era inglesa y lo ayudó a

escapar de una prisión británica. No sobrevivió para reunirse con nosotros en este lado del Canal.

—Sí —respondió Peter, genuinamente sorprendido que ella tuviera esa información—. Su nombre era Mary y el de tu padre era Walter.

Ella hizo una pausa, a medio camino, antes de volver para preparar los huevos. —Mi padre se llama Yves. Acabamos de venir de la sala, donde lo conociste.

—Tu padre adoptivo —aclaró Peter con la mayor suavidad posible—. El hombre que te engendró fue Walter Atlas, el esposo de Mary.

Ella parpadeó y luego se rió con una risita burlona acompañada de un movimiento de cabeza, al volver su atención a los huevos. —Has venido buscando a una niña perdida llamada Alice —recitó—. Oí decir eso a tu amigo. Me temo que te has equivocado de muchacha.

—Isabelle —suspiró, dando un paso, al frente, pero reprimiendo el impulso de tocarla y tomar ese suave hombro entre sus manos y girarla—. Ojalá esto fuera cierto —dijo, observándola al pasar los huevos calientes a un plato y apagar el fuego, justo cuando la tetera empezó a chirriar—. Pero, si nos equivocamos de casa, ¿por qué reaccionó tu padre así?

Él percibió una leve interrupción, en esos movimientos, una pausa en la gracia ritual de esas manos, mientras colocaba tazas y hojas de té sobre el mostrador. La oyó tomar una bocanada de aire pausada y profunda, antes de reanudar la tarea, tan grácil y erudita como una bailarina que ejecuta un *pas de deux.*

Ella no volvió a mirarlo, al moverse, aunque sí habló. La voz seguía siendo extrañamente alegre, al indicarle que trajera una hogaza de pan de la despensa, que tenía por detrás, mientras ella comenzaba a llevar la comida preparada a una robusta mesa de madera, en la habitación contigua.

Él evitó su mirada con la expresión congelada, en una especie de placidez decidida, mientras servía cuatro tazas de té humeante y se disponía a cortar el pan, en cuartos, al mismo tiempo que ella le indicaba dónde encontrar la mantequilla más fresca y un juego de platos de madera.

Mathias e Yves aparecieron en el comedor aparentemente sin haber sido llamados, y ambos se sentaron con semblante serio, en sus lugares, cuando Peter regresó de sus recados. Isabelle Monetier estaba de pie, a la cabecera de la mesa, con la mano apoyada en el respaldo de la silla, mientras le indicaba a Peter que tomara asiento.

Ella se sentó de última, llevándose una taza de té, a los labios, con un control sereno de sus rasgos, uno que solo podía ser fruto de disimular una gran conmoción. Al verla así, Peter estaba seguro que nadie que hubiera conocido a su hermano, Nathaniel, podría negar el evidente parentesco.

Hubo un momento de silencio, donde los únicos sonidos eran los de los tenedores contra los platos y el tintineo de las tazas de porcelana contra los platillos. Comieron en un silencio antinatural, cada uno preparándose para la conversación que debía seguir.

Cuando por fin se terminaron los huevos y se acabó el té, Yves se aclaró la garganta y, extendiendo el brazo sobre la mesa, dejó caer algo pequeño y sólido sobre ella, delante de su hija. Ella miró el objeto, que brillaba de color azul, bajo los rayos del sol matutino, y extendió la mano para tocarlo.

—Pensaba dártelo, el día de tu boda —comenzó Yves con la voz cansada por los secretos que había guardado—, era de tu madre. Lo llevaba puesto el día que murió.

# CAPÍTULO SIETE

Isabelle no tuvo reparos en despertar a Charles de su sueño profundo por los medios más estruendosos posibles.

No llamó a la puerta, sino que la abrió de golpe, agarró una camisa tirada en el suelo y se la arrojó a la cara, cuando él se levantó de entre las mantas, en estado de estupor alarmado.

—Te necesito abajo, ¡inmediatamente! —anunció, ignorando las protestas y la indignación de él—. Eres la única persona de la que estoy segura, que no está completamente loca, en este momento, y necesito que des tu opinión sobre el disparate que está ocurriendo abajo.

Ella no esperó respuesta. Salió de la habitación con la misma energía con la que había irrumpido y bajó las escaleras de dos en dos, con la falda entre los puños, hasta llegar al rellano. Se dirigió a la parte trasera de la casa y abrió la puerta de su dormitorio, dejando que Goliat pasara pavoneándose, visiblemente ofendido por haber estado solo toda la noche, antes que ella lo echara por la puerta trasera para que hiciera sus necesidades, mientras ella se ocupaba de las suyas.

Lo único que la hizo dudar, mientras se dirigía de nuevo al comedor fue la visión de su propio reflejo, que irradiaba tanta emoción que, por un instante, no se reconoció a sí misma.

Se obligó a respirar profundamente, apoyándose contra la pared y cerrando los ojos, durante un instante, contando los tics del reloj del pasillo hasta completar un minuto. Nunca antes había tenido motivo para ocultar sus emociones. Tampoco se había visto sorprendida por un caos, como el de esta semana.

Mientras estaba sentada, en la mesa, escuchando a su padre preparar el terreno para lo que sin duda sería el evento más perturbador hasta el momento, hizo todo lo posible por mantener las cosas bajo control. Fue más fácil de lo que había previsto, y el poder de tal engaño resultaba extrañamente embriagador. Pero mantener la compostura, al parecer, era mucho más aterradora que cualquier arrebato, y al ver lo mucho que este asunto inquietaba a su padre, ella también había empezado a sobresaltarse.

En cuanto él mencionó la presencia de Charles, en aquel fatídico día, esto le dio la excusa que necesitaba para salir del comedor. Al pasar junto al umbral, reavivó su habitual libertad emocional, lo que la llevó a quedarse frente a frente, ante un espejo, preguntándose quién era aquella mujer de mirada desorbitada y a quién pretendía hacerle daño.

Negó con la cabeza, presionándose las mejillas con el dorso de las manos y recuperando esa calma antinatural, que había mostrado antes. Si su vida iba a dar un vuelco esta mañana, una vez más, al menos podría intentar conservar algo de dignidad, durante esta dura prueba.

Al doblar la esquina para regresar al comedor, llegó justo a tiempo para encontrarse con Charles, en la escalera, quien se había remangado la camisa y lucía un gesto de disgusto. Ella no dijo nada, sino que le hizo un gesto para que la siguiera y lo condujo de vuelta al desayuno más lúgubre, que el mundo jamás había visto.

—¡Oh! —exclamó Charles, claramente sorprendido por la presencia de extraños—. No me había dado cuenta que teníamos compañía. Me habría puesto un chaleco.

—¡Siéntate! —espetó Isabelle, aunque se alegró de oír que su voz sonaba más severa que ronca—. Estos dos hombres son enviados de Inglaterra. Caballeros, este es el comandante Charles Monetier, mi primo.

—¿Enviados de Inglaterra? —repitió Charles con evidente desconcierto—. ¿Qué noticias? Estoy de vacaciones de verano.

—No están aquí por ti —le informó Isabelle—. Están aquí por mí. No tiene nada que ver con la guerra.

Para ella fue una especie de placer extraño ver a alguien más perder el contacto con la realidad que lo rodeaba. Charles exigió una explicación con una vehemencia innegable, lo que, para el gran deleite de Isabelle, provocó que los otros tres hombres en la mesa se estremecieran.

Yves dejó escapar un largo y resignado suspiro, volteando hacia su sobrino con el entusiasmo que un hombre suele reservar para su propia ejecución. —Charles —comenzó—, ¿recuerdas el día que regresé de Inglaterra? ¿El día que murió tu padre?

Charles se estremeció, lanzando una rápida mirada de reojo a los desconocidos, antes de enderezar los hombros. —Por supuesto que sí —respondió—. ¿Quién podría olvidar algo así?

—¿Qué recuerdas? —preguntó Isabelle con entusiasmo, volviendo a sentarse en su silla, e inclinándose hacia adelante para mirar a los ojos a su primo—. Dime qué recuerdas.

—El tío Yves había sido capturado hacía algunos años —dijo Charles, moviéndose con evidente incomodidad—. Por los ingleses, por supuesto.

Isabelle sintió un vuelco, en el corazón, al escuchar a su primo describir una situación casi idéntica a la que su padre le había contado. Extendió la mano para tomar el collar, que había quedado sobre la mesa, y cuando su primo vio que los dedos de ella se cerraban, alrededor de la piedra azul, un destello de comprensión pareció iluminarle el rostro, interrumpiendo su relato y quedando a la mitad de las palabras.

—La bebé no era tuya —dijo él con una especie de asombro, volviéndose hacia su tío—. ¡La bebé pertenecía a esa mujer con el cuchillo, la que mató a mi padre!

—Tu padre traicionó un intercambio honorable y mató a tiros a dos hombres, una vez que obtuvo su parte del trato —aclaró Yves, a

la defensiva—. Eras un niño, Charles. Te contó lo que necesitabas oír sobre el bien y el mal para que presenciaras un asesinato, y lo vieras como justo.

Se hizo un largo silencio, alrededor de la mesa, durante el cual todos los presentes hicieron un gran esfuerzo por evitar la mirada de los demás.

Finalmente, el hombre rubio que había viajado hasta allí con Peter se aclaró la garganta, golpeando con los nudillos la madera de la mesa, como para romper el silencio incómodo.

—Hace veinte años, parece que murió mucha gente sin razón aparente —dijo, mirando de reojo a Charles de una forma que claramente excluía a Jonathan Monetier de ese sentimiento—. Hiciste algo noble al acoger a la niña y criarla, como si fuera tuya. Creo que muy pocos hombres lo habrían hecho.

—¿Papá? —Isabelle sintió el ardor de las lágrimas, en las comisuras de los ojos, cuando se derrumbó el último pilar, que sostenía una mentira plausible en esta historia.

—Isabelle, eres mi hija —le aseguró Yves con voz ronca—. Nada puede arrebatarnos eso. Te habría dicho la verdad, si hubiera sabido que tenías familia viva.

—Podrías haberlo sabido, si le hubieras dado a la sociedad de la Hoja de Plata algún medio para comunicarse contigo —dijo Peter Applegate, arqueando las cejas—. He leído las cartas que les enviaste. *«La bebé está viva y bien»*. *«Mi hija está prosperando»*. *«Será feliz»*. *«Pronto se casará»*. Pero... Te aseguraste que nunca pudieran responderte. Ni siquiera firmaste con tu nombre.

—Yves fulminó a Peter con la mirada. —Supongo que comprenderás que este tipo de correspondencia es muy delicada, en tiempos de guerra. Identificarme sería revelar la ubicación de un rehén inglés, una niña inocente que no tiene nada que ver con este conflicto. No podía correr ese riesgo.

—No soy una niña —dijo ella con calma, desviando la atención de ambos hombres—. Y, me atrevería a decir, que apenas soy inglesa.

—De acuerdo —murmuró Mathias.

—Vinimos en nombre de tu hermano —dijo Peter con un tono mucho más suave y una mirada mucho más amable—. Ha pasado toda su vida creyendo, que habías perecido con tus padres. Al saber que estás viva, está muy ansioso por conocerte. Hemos traído un medio para llevarte clandestinamente a Inglaterra, si así lo deseas.

Ella alzó la mano para acallar la indignación que estalló de inmediato entre los hombres de Monetier, ante tal sugerencia. Esperó a que se calmaran, inclinando la cabeza con curiosidad hacia Peter Applegate. —¿Por qué no vino este hermano en persona? —preguntó—. Parece muy enrevesado tener que enviar a otros a buscarme.

—¡Ah! —dijo Peter, lanzando una mirada nerviosa a un Charles ceñudo—. Nathaniel es miembro del Parlamento, que actualmente está en sesión. Le costaría su escaño en la Cámara de los Comunes abandonar su puesto ahora, y no quería esperar hasta el otoño para encontrarte.

—Él también sería un prisionero más valioso que nosotros —añadió Mathias con jovialidad—. Y me imagino que no quería dejar atrás a su esposa con un niño en el camino.

—¿Pretenden que entreguemos a Isabel a dos hombres, ingleses, criminales confesos, y que la enviemos a territorio enemigo? —les preguntó Charles, incrédulo—. ¡No lo puedo creer!

—Nadie espera que me entregues a nadie, Charles —aclaró Isabelle con desdén—. No soy un paquete. Tendré que decidirlo yo misma.

—Podemos traerte de vuelta a casa, si ese es tu deseo —le aseguró Mathias—. No estarías obligada a quedarte en Inglaterra, si decidieras volver.

—Si no lo haces —dijo Peter—. Te animo a que al menos le escribas a Nathaniel. Su alegría por tu supervivencia es sincera y profunda, pero no desea alterar tu vida.

Este sentimiento provocó burlas tanto de Isabelle como de su padre, aunque la sinceridad en la expresión de Peter, la forma en que su mano descansaba sobre la mesa, como si buscara la de ella sin propasarse, calmó el torbellino de emociones, que la embargaba. Deseó que él le hubiera contado algo de esto, en el bosque, la noche anterior, cuando pudo haberle tomado la mano y refugiarse en él, buscando consuelo sin miradas indiscretas.

Aunque él tuvo razón, al no intentar convencerla de algo tan descabellado sin consultar a su padre. Ahora, después de todo, ella admitió que él había tomado la decisión correcta, a pesar de su enfado posterior.

—Necesito pensarlo —decidió ella, levantándose de la mesa y poniéndose de pie, con las piernas ya ansiosas por correr por la pradera, hacia la privacidad y el refugio del bosque—. Necesito estar sola.

Ella dio la vuelta y se marchó sin esperar las reacciones de ellos.

*****

Deseaba poder simplemente dormirse y escapar del mundo por un rato. A Isabelle le parecía que cuando más se necesitaba el consuelo fantástico de los sueños, era imposible encontrarlo.

Goliat la había seguido, mientras huía de su casa de aquellas revelaciones sobre sus orígenes. La había seguido hasta el altar de piedra, en el bosque, moviendo sus patitas con una determinación, que seguramente indicaba que percibía su angustia. Ella lo había tomado, en su regazo, y sintió un vuelco en el corazón, cuando él

apoyó la mejilla en su rodilla, presionando el rostro con un poco más de fuerza, como para decirle que la amaba.

Las emociones que la habían embargado, esa mañana, habían sido intensas y paralizantes, pero era incapaz de identificar alguna de estas. Ahora que la revelación había terminado, se sentía extrañamente entumecida, como si un zumbido ensordecedor de neutralidad y vacío la invadiera por completo. Si de verdad había ido al bosque, a pensar, estaba fracasando estrepitosamente.

Por un instante, al menos, con los dedos hundidos en el suave pelaje del cuello de Goliat, sintió que su mente se aclaraba un poco.

El perro era apenas un poco más grande que la cesta de mimbre que Isabelle usaba para recoger verduras. Había sido el más pequeño de la camada, a menudo ignorado y dominado por sus hermanos. Pero eso no le impidió prosperar. Incluso se escondía bajo los cachorros más grandes para llegar a la leche de su madre, negándose a perecer por su tamaño.

—¿Deberíamos llamarlo David? —había dicho su padre, cuando ella lo escogió de la cesta del ranchero, ya prendada de él.

Y ella había dicho que no. Él no era ningún héroe ni ningún ideólogo que pretendiera demostrar algo. Simplemente era poderoso y se negaba a ser domado, como el gigante de la leyenda bíblica. La primera vez que ella pronunció su nombre, Goliat saltó del suelo casi hasta su cintura, como si lo aprobara.

Lo miró, acurrucado, en su regazo, y sintió que se aliviaba un poco la opresión que le oprimía el corazón. Esa cabecita tenía forma de fruta con hoyuelos, y cuando se tumbaba de lado así, se le asomaban los incisivos. Siempre sabía cuándo y cómo darle el cariño justo.

—¿Isabelle? —preguntó una voz, a su izquierda, suave e insegura, mientras unos pasos arrastraban los pies por el terreno cubierto de hierba—. Soy Peter... Peter Applegate.

—Sé quién eres —respondió ella con una risa seca y sin humor —. Puedes venir. No estoy haciendo nada importante.

Él se abrió paso entre la maleza con una gracia cautelosa, nacida más de sus frecuentes tropiezos que de una elegancia natural. Ella imaginó que así era. Aunque le llamaba la atención verlo sortear los obstáculos, como un bailarín excepcionalmente experimentado, cómodo en su propio cuerpo. Observarlo le recordaba lo cerca que había estado de él la noche anterior, en ese mismo lugar.

¿Hasta dónde habría llegado su aventura, si el destino no se hubiera interpuesto? ¿Cuán impulsiva se había sentido, cuando la mayor sorpresa de su vida había sido Charles y sus planes de matrimonio? ¿Se habría acostado con Peter allí, sobre la suave hierba, junto a la piedra?

Apartó la mirada rápidamente, respirando profundamente y volviendo la vista al reconfortante rostro de Goliat. No convenía añadir más confusión al ya caótico torbellino, que la embargaba. Aún así, allí, en ese lugar, con él, no podía evitar recordar la sensación de ser atraída con fuerza contra ese cuerpo delgado y la suavidad de esos labios sobre los suyos.

Se sentó a su lado, sin decir palabra, y por un instante simplemente existieron juntos, en ese lugar, arrullados por el viento entre la exuberante vegetación de hojas de verano y los delicados ronquidos de un perro fiel.

—¿Este es Goliat? —preguntó finalmente Peter, aunque su voz siguió siendo suave y sin exigencias—. Es más poderoso de lo que incluso yo esperaba.

—Es alguien a quien hay que tener en cuenta —convino Isabelle con una sonrisa forzada y un pequeño sollozo, que reprimió aún más el impulso de romper a llorar, donde podría contenerlo—. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—No —confesó—. Simplemente, tenía esperanzas. Tu padre te está buscando, en el lecho de un arroyo, cerca de tu casa, mientras Mathias y tu primo intentan matarse a golpes verbales. Me imagino que si supiera que te encontré, tu primo me atravesaría con acero, en lugar de con metáforas.

—Charles es muy protector conmigo —dijo ella, frunciendo el ceño, levantando la mano que los separaba y rodeando con los dedos el collar de Mary Atlas, cuya vibrante piedra azul parecía brillar contra su palma—. No debería serlo. Nuestros padres se mataron entre sí. Detesta a los ingleses.

—Creo que tal vez eso no se aplique a ti —replicó Pete con la mirada fija, en la joya, que ella sostenía—. Deseo acompañarte a Inglaterra, pero también sé que es imposible. Si retrasáramos nuestra partida, podría preparar documentos falsos para una acompañante, pero esto llevaría tiempo, y dicha acompañante no podría tener ni de lejos la misma relevancia que tu primo.

—Mi padre tampoco puede venir —dijo Isabelle, sabiendo en cuanto pronunció esas palabras que era cierto—. Ya no puedo soportar ver el dolor, en sus ojos, por revelarme que mi verdadera familia había estado en otro lugar todo este tiempo. No sé cómo se supone que debo comportarme ahora, Peter. Ni siquiera sé mi propio nombre.

—La gente elige sus nombres desde siempre. Lo han hecho desde la Antigüedad.

Finalmente, ella giró para mirarlo, aunque solo fuera para lanzarle una mirada de escepticismo, lo que le hizo soltar una risita, a pesar de la gravedad de la conversación, que estaban teniendo.

—El apóstol Pablo nació como Saulo —dijo él, levantando un dedo—. Calígula de Roma en realidad se llamaba Cayo. Él eligió ser llamado por el apodo de su infancia, hasta su trono y su muerte, y así es como se le recuerda.

Ella lo pensó por un instante, y un atisbo de diversión amenazó con romper su cómoda indiferencia. En voz baja, le dijo: —Alice Atlas es un nombre horrible. Suena como alguien con ceceo, tropezando al leer en clase.

Él sí que se rió, y su autocontrol pareció quebrarse lo suficiente como para arrancarle una sonrisa. —No se lo digas nunca a tu hermano —dijo—. Pero no podría estar más de acuerdo. Isabelle Monetier es un nombre mucho mejor.

—Mary —murmuró, inclinando la mano para mostrarle a Peter el collar—. Mi madre se llamaba Mary. ¿Por qué nunca antes le pregunté su nombre?

—Es un collar precioso —dijo él, en lugar de responder—. Es un símbolo de la madre, a la que no tuviste la oportunidad de conocer. Una que te amó lo suficiente, como para ponerte en brazos de un buen hombre, antes de arriesgar su propia vida.

—Es un relicario —dijo Isabelle, extendiéndoselo para que lo tomara de su palma. La fina cadena metálica rozó su mano, como un susurro de un toque más delicado—. No puedo abrirlo.

—Quizás haya algo de Walter Atlas adentro —respondió Peter, frunciendo el ceño, girando el adorno de lado para inspeccionar la costura—. Eso explicaría por qué tu padre no te lo dio antes.

—Quizás —suspiró, reclinando la cabeza contra la fría y sólida piedra—. Nada de eso importa ahora.

—Parece que lo pisaron —dijo Peter, inspeccionando el brillo plano del metal sin pulir en la parte posterior—. ¿Ves? Hay una protuberancia aquí, en el borde de la abertura.

Ella asintió. —Si hay miniaturas adentro, probablemente ya estén muy deterioradas. Quiero ponérmelo, pero, siento un miedo extraño al hacerlo, como si en el momento en que lo haga, aceptaré que esta es la realidad y no hay vuelta atrás.

Él aflojó la cadena y sostuvo los extremos del collar, ofreciéndose a colocárselo alrededor del cuello. —Nunca hay vuelta atrás —le dijo, esperando a que ella asintiera para inclinarse hacia adelante y abrochar el broche—. Mi tía siempre nos dice que el único camino que vale la pena recorrer es el que avanza.

Ella pasó una trenza por el collar, dejándolo reposar pesado y fresco sobre su esternón. Lo tocó con cautela, como si esperara ser fulminada por un rayo, en cualquier momento, pero solo era un collar, se dio cuenta, y había más de un camino que podía elegir para seguir adelante.

—Es una joya muy particular —dijo Peter, como para eximirla de responder. Sus largos y elegantes dedos rozaron la pesada y opaca montura del relicario, acercándose peligrosamente a esa piel sin llegar a tocarla—. El lapislázuli no se encuentra en Inglaterra ni en el continente. Se extrae muy al este por joyeros y artesanos árabes, y lo lucían miembros de la realeza y sacerdotisas, como símbolo de su estatus. Yo solo lo he visto en las vitrinas del museo universitario de objetos del mundo antiguo.

—Me pregunto cómo lo habrá conseguido —dijo Isabelle con la voz quizás un poco más entrecortada de lo debido—. ¿Qué sabes de ella, Peter? ¿Cómo acabaste metido en este asunto? —Un pensamiento repentino y aterrador le cruzó la mente, y rápidamente preguntó—. ¿Somos parientes?

—¡No! —exclamó, en voz alta, y de repente, sobresaltando a Goliat lo suficiente como para que este chillara y saltara del regazo de Isabelle indignado—. No, de ninguna manera —repitió con un tono de voz más bajo y casi disculpándose.

Goliat le lanzó un breve ladrido de reproche y se acomodó en la suave hierba, que los separaba, aparentemente dispuesto a perdonar y deseoso de volver a su siesta.

Peter suspiró profundamente, ajustándose las gafas, mientras pensaba en cómo explicarlo. —Todo es muy enredado. La sociedad de la Hoja de Plata es, y fue, una operación creada para reunir a

familias separadas por la guerra. Durante más de dos décadas, la Hoja de Plata ha transportado refugiados, exiliados e incluso algunos prisioneros, a través del Canal de la Mancha, acumulando un alijo de mercancías de contrabando para usarlas en negociaciones y mantener la operación financiada y activa.

—Mi tía es actualmente la directora de esta organización y, como tal, ocasionalmente solicita mi ayuda en asuntos de gran importancia.

Ella parpadeó, sin saber muy bien cómo reaccionar, ante una operación de tráfico de personas, por muy benévola que pareciera. El hecho que la misma estuviera dirigida por una mujer era un detalle que debía recordar e investigar en un momento más oportuno.

—La sociedad de la Hoja de Plata tuvo cinco fundadoras, una de las cuales fue tu madre, Mary —continuó—, fue su labor la que liberó a tu padre de la prisión, situada bajo el castillo de Dover, y lo devolvió a suelo francés.

—A cambio de un prisionero británico —dijo Isabelle, asintiendo—. Por lo que entiendo, luego fue traicionada por mi tío Jonathan y los tres británicos murieron en la playa.

—Sí —dijo, haciendo una pausa, y luego añadió con torpeza—, lo siento.

—Yo también. —Ella volteó hacia él, recogiendo las piernas bajo la falda y mirándolo fijamente a los ojos—. Tengo muchas más preguntas, Peter Applegate —dijo, aferrándose a la exótica piedra azul, que llevaba al cuello—. Espero que me las respondas, durante nuestro viaje a Inglaterra.

—Intentaré contarte todo lo que sé —juró con sinceridad y esperanza—. Cuando lleguemos a Londres, mi tía y la madre de Mathias probablemente podrán responder muchas más preguntas sobre tu madre. La cuñada de tu padre también vive, al igual que su hijo, Kit, que es tu primo.

—Y yo también voy a tener un sobrino o una sobrina —dijo asombrada—. ¿No es eso lo que dijiste? ¿La esposa de mi hermano está embarazada?

La expresión de Peter se suavizó, y una mirada melancólica apareció en su rostro. —No puedo creer que Nell esté esperando un hijo. Parece tan irreal.

—Nell —repitió Isabelle—. ¿Tu hermana, Nell?

—¡Ah, sí! —dijo, negando con la cabeza y pasándose los dedos por el pelo—. Ya te dije que todo esto es enredado. Mi hermana es la esposa de tu hermano. Cuando se casaron, regresaron a tu hogar ancestral, en Dover, y descubrieron la información necesaria para finalmente encontrarte.

—Así que somos familia —dijo ella con un tono burlón—. ¡Mentiroso!

—¡Desde luego que no somos parientes! —replicó, a la defensiva, alzando la voz de nuevo—. ¡Hay una diferencia!

—¿La hay? —se preguntó, aunque solo fuera para ver cómo un rubor rojo se extendía por esas mejillas hasta que ella ya no pudo reprimir una risita.

¡Qué maravilloso era poder reírse, en ese preciso instante! A pesar de todo lo que estaba sucediendo. Todo parecía irreal, pero de alguna manera había pasado de ser un peso, que la oprimía desde la garganta hasta el estómago, a simplemente un aura de incertidumbre surrealista, algo menos doloroso, por el momento, aunque aún muy confuso.

—No quiero una acompañante —dijo ella, lo que, para su deleite, hizo que el rubor se extendiera hasta la mandíbula de él—. ¿Vamos a hacernos pasar por parientes? Me gustaría ver esos documentos falsificados. ¿Desde dónde zarparemos?

—Eh... Mmm... —balbuceó, cambiando ligeramente de postura y aclarando la garganta—. Mathias tiene un barco atracado en

Marsella. Tenemos que hacernos pasar por marido y mujer —dijo con una expresión de lo que debió ser una incomodidad verdaderamente exquisita—. Hasta que lleguemos a Londres.

Ella se mordió el labio, dividida entre el deseo de seguir provocándolo, y el de planificar con sensatez aquella locura de viaje.

—¿Así que vamos a compartir la cama? —preguntó ella con un toque de picardía. Sentía que se lo había ganado, y él se veía muy adorable, cuando se sonrojaba.

—No, por supuesto… que no. —Él logró decirlo, incapaz de evitar una mirada fugaz hacia esos labios, como si los recuerdos de ese abrazo lo hubieran arrojado encima, como una tormenta repentina—. Garantizaremos que tu reputación esté a salvo y protegida, durante todo el viaje.

—No tengo reputación —aclaró ella con una leve sonrisa—. Alice Atlas es una página en blanco, ¿no? Una novia verdaderamente pura para cualquier hombre.

—Creía que no querías casarte —continuó Peter, dejando entrever la exasperación en su voz.

—No quiero casarme con Charles —dijo, poniéndose de pie de un salto y chasqueando la lengua para despertar a Goliat. Le ofreció la mano a Peter, quien la aceptó, mientras se apresuraba a levantarse también—. No me disgusta tanto la idea de casarme contigo. —Fue extrañamente gratificante la forma en que esa boca se entreabrió.

Sus manos estaban entrelazadas, mientras él recuperaba el equilibrio, a un suspiro de ella. La noche anterior, él le había parecido una fantasía fugaz, un recuerdo para cuando se resignara a su vida, en un matrimonio sin pasión. Quería besarlo de nuevo, y si las cosas no hubieran cambiado tanto, lo habría hecho, con total libertad, allí mismo, en el claro iluminado por el sol.

En cambio, ella se aferró a la idea que, al menos, tenía un aliado a su lado, mientras se embarcaba en esta aventura, en esta

locura que trastocaba todo lo que había conocido.

Con un gesto de la mano, los guió por su sendero trillado de vuelta al valle, donde ahora debía hablar con su padre y tranquilizar a su primo; donde debía empacar sus pertenencias y despedirse. Este era el camino hacia el futuro, el que la llevaba adelante, y ahora que lo había emprendido, debía empezar a decidir cómo se desarrollaría esta aventura.

# CAPÍTULO OCHO

Lo primero que notó Peter, al regresar a la casa de los Monetier, fue que Mathias había recibido un puñetazo en la cara.

Naturalmente, no pareció inmutarse, limpiándose la hinchazón de la ceja con un paño húmedo, mientras admiraba la colección de mapas, que Yves Monetier tenía en el estudio. El propio Yves fruncía el ceño, pero por lo demás parecía ileso, lo que llevó a Peter a deducir que el notablemente ausente Charles Monetier había sido quien había golpeado a Mathias.

Le molestó mucho haberse perdido esto.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Isabelle, enderezando un adorno de mesa volcado, mientras hablaba.

—Señorita, lamento informarte esto, pero tu primo es muy conflictivo —dijo Mathias con naturalidad—. El tipo se enfureció y me atacó justo, cuando le estaba explicando los detalles de tu traslado a Inglaterra, donde descansa tu padre. Creo que también le enfureció la idea de un matrimonio falso.

Yves se aclaró la garganta, arqueando una ceja hacia Mathias, lo que provocó que el joven esbozara una sonrisa tímida.

—También puede que me burlara de él sobre la supervivencia de mi familia, una vez que reconoció mi apellido —añadió encogiéndose de hombros—, no se puede extinguir el linaje de todas las familias nobles, por muchos niños pequeños que un padre haya decapitado.

—¡Oh, Mathias! —exclamó Peter sin desear ya haber estado presente.

—Pues sí, es cierto —replicó Mathias, arqueando las cejas—. El crimen de nacer noble era una sentencia de muerte, por muy inocente que fueras. Antes tenía tíos, tías y primos, ¿sabes? Ahora solo tengo a mis padres, a Gigi y a esos malditos pájaros.

—Dempierre —murmuró Isabelle, rodeando a Peter para sentarse junto a su padre en la fría chimenea—. Me sorprende que hayas vuelto.

—Bueno, la verdad es que me gusta ir a los sitios donde tengo prohibido entrar —respondió él, jovialmente—. Como prueba de ello es la larga disculpa que le ofrecí a tu padre hace una hora.

—¡Se comió mis tomates cherry! —gruñó Yves—. Recién agarrados de la mata.

—Mathias, eres peor que un niño —se quejó Peter, hundiéndose en un sillón vacío—. Señor Monetier, le pido disculpas, en nombre de mi amigo. Espero que no haya arruinado su cosecha.

—Solo mi cena —respondió Yves con una leve sonrisa de diversión, en los labios—. ¿Amigo? Ustedes dos son una pareja extraña.

—Sí —dijo Peter, a lo que Mathias respondió alegremente—. ¿A qué te refieres?

—¿Dónde está Charles? —interrumpió Isabelle con impaciencia —. Papá, ¿a dónde se ha ido? Me temo que podría hacer alguna locura, si quiere impedir que me vaya. Ya sabes cómo se pone él.

—No lo hará —le aseguró Yves, dándole una palmadita en la rodilla—. Al menos, esa no era su intención, cuando salió furioso. Imagino que solo está despejando la mente y calmándose, antes de intentar interactuar de nuevo con nuestros... Mmm... invitados. En cuanto a su comportamiento futuro, me temo que tienes razón. Tendremos que convencerlo que no se entrometa.

Ella hizo una mueca, claramente poco optimista, ante esta perspectiva.

Aquello hizo que Yves se detuviera un instante. Sus ojos se posaron en el collar que le rodeaba el cuello, a ella, y su expresión se suavizó, mientras buscaba en ellos alguna señal que las cosas habían cambiado. —¿Estás bien, mi muchacha?

—Estoy lo mejor que puedo estar, papá —respondió, apoyando su mano sobre la de él con un gesto cansado—. Creo que me llevará tiempo comprender del todo lo que se me ha revelado hoy. Si me enfado, espero que me perdones. Ahora mismo me siento muy aturdida y abrumada.

Él suspiró y asintió. —Tienes razón en estar enfadada. La verdad es que no me esforcé en buscar a ningún familiar, que pudieras tener, porque cuando te traje a casa, no quería separarme de ti, jamás. Después de tres años en la oscuridad, acurrucado en una celda húmeda y de piedra, fuiste el primer rayo de luz, que me calentó, y ese sentimiento no hizo más que crecer. Lamento no haberte dicho la verdad antes.

—¿Nunca pensaste decírselo? —preguntó Peter con curiosidad, provocando expresiones de evidente intromisión tanto en el padre como en la hija. Se removió incómodo, sintiéndose avergonzado, al intentar explicar la pregunta—. Solo quiero decir, que entiendo la bondad que hay en ello, si de verdad no le quedaba nadie para que cargara con el peso de semejante noticia por ustedes dos.

—Es cierto —dijo Isabelle, en voz baja—. No hay una respuesta perfecta, papá. Todos hacemos lo mejor que podemos.

—Pero conocías a Mary y a Walter Atlas, ¿no es así? —preguntó Mathias, inclinando la cabeza con curiosidad—. Ciertamente, en circunstancias inusuales, pero los conociste.

Yves asintió con expresión sombría. —Mary y tu madre, Therese, fueron quienes negociaron mi liberación del castillo de Dover, gracias a un generoso soborno, en forma de mercancía de contrabando. Recuperé la salud, durante un tiempo, en La Falaise, al cuidado de un médico contratado por Lady Dempierre, hasta que estuve lo suficientemente fuerte para viajar. Mi contacto con Mary

Atlas fue limitado, principalmente relacionado con la logística de mi regreso, a casa, y algunas historias reconfortantes sobre prisioneros, que ya habían logrado sacar clandestinamente a Calais.

—¿Fuiste capturado en batalla? —preguntó Peter con la mayor cortesía posible, teniendo en cuenta que estaba hablando con el enemigo.

—Yo era intendente —explicó Yves con un suspiro—. Quizás la persona más fácil de atacar en un campamento vacío, después del cocinero. Fue un error estúpido, una emboscada, y debido a quién era mi hermano, se supuso que debían exigir un rescate muy grande.

—Esto demuestra que no conocían a mi hermano tan bien como creían. Jamás pagaría un rescate y, como todos supimos con gran pesar, ni siquiera toleraba estar en pie de igualdad, en una negociación. La dominación era lo único que Jonathan entendía.

Isabelle frunció el ceño, jugueteando distraídamente con el relicario que llevaba al cuello. —Espero que no le hayas dicho esas cosas a Charles —le dijo a su padre—. Si nuestros roles se invirtieran, yo estaría destrozada.

—Por supuesto que no —le aseguró Yves—. Su madre probablemente ha canonizado a su difunto esposo con relatos exageradamente adornados del heroísmo de Jon, mientras que estoy seguro que Charles ha escuchado una buena cantidad de historias, no tan galantes, de los oficiales que conocieron a su padre.

El portazo los sobresaltó a todos, y giraron la cabeza con aire culpable al ver a Charles Monetier regresando. Peter sintió un gran alivio, pues se había imaginado un sinfín de cosas que aquel hombre podría haber hecho para frustrar sus planes de raptar a su futura esposa, muchas de las cuales los habrían llevado, a ambos, a la cárcel francesa.

Apareció en la puerta con expresión sombría y los nudillos magullados. Su pulcro cabello castaño estaba despeinado por el

viento. Miró solo a Isabelle, como si los demás no estuvieran presentes, y afirmó más que preguntar: —Has decidido irte.

—Sí —respondió ella, en voz baja, poniéndose de pie con la gracia de una bailarina, con su larga falda ondeando, como agua, alrededor de sus piernas. Cruzó la sala con pasos ligeros y ágiles, y sus cálidos ojos de color avellana estaban iluminados por la tenue luz de la tarde, que entraba por la ventana abierta.

Charles no se movió para saludarla, pero tampoco se apartó, cuando ella le puso una mano reconfortante en el hombro, un gesto que pareció desinflarle toda la indignación, que aún le quedaba, mientras sus ojos se encontraban con los de ella.

Por un instante, parecieron comunicarse en silencio, como a veces lo hacen quienes se conocen desde hace mucho tiempo.

Peter volvió a pensar en Nell, y se preguntó cómo se sentiría si un día alguien apareciera y le dijera que, después de todo, no era su hermana. Era un pensamiento tan extraño, que no lograba asimilarlo, y mucho menos imaginar cómo reaccionaría en tal situación.

—Volveré —dijo—. Este es mi hogar y ustedes son mi familia. Aún así, si tengo un hermano que todavía vive y me ha estado buscando, siento que tengo la obligación, tanto conmigo misma, como con él, de encontrarnos. Esta puede ser mi única oportunidad.

—Isabelle —insistió Charles con voz tensa—. Debes comprender el peligro que supone aventurarse a lo desconocido con dos hombres extraños. ¿Cómo podemos siquiera saber que dicen la verdad?

—Sí —dijo Yves, levantándose de donde estaba sentado y cruzando los brazos sobre el pecho—. Dicen la verdad. Puedo dar fe de ello.

—La señorita Monetier estará a salvo, en el camino —le respondió Peter a Charles, captando esa mirada penetrante con una brusquedad inmediata—. Mathias y yo estamos comprometidos a

protegerla. Sabes nuestros nombres y dónde vivimos. Eres un hombre de gran poder. Si tu prima sufriera algún daño, en esta empresa, no me cabe duda que llevarías a cabo una venganza que Mathias y yo preferiríamos evitar a toda costa.

—Bonitas palabras —dijo él con desdén, agitando la mano—. Debo acompañarlos, al menos hasta Marsella.

—No, no debes —replicó Isabelle de inmediato—. Charles, tienes que dejarme hacer esto sola. Esta es la única vez, al año, en que no tienes que dar órdenes a gritos ni envolverte en una coraza de hierro. Quédate aquí. Disfruta de la belleza y la paz. Por favor. No podría soportar privarte de esto.

Él parecía a punto de replicar con argumentos firmes y formidables, y a punto de estallar tras sus labios. Algo en su expresión marchitó esas palabras, antes que pudieran formarse, provocando que sus hombros se desplomaran y que negara con la cabeza con exasperación.

Era difícil no sentir un atisbo de celos, al ver con qué naturalidad ella lo tocaba y con qué facilidad él se calmaba, a su petición. Era fácil comprender por qué él deseaba casarse con ella. En tan solo un día, Peter había visto, en ella, muchas cualidades que harían la vida placentera, a su lado, incluso si su matrimonio carecía de pasión carnal, en favor de un cariño familiar.

Sabía que no podía reprocharle a Charles Monetier que le propusiera matrimonio, pero lo hizo de todos modos.

Cualquier hombre tendría suerte de tenerla.

—Me gustaría repasar los detalles de estos documentos de matrimonio, falsificados, antes que se vayan —dijo Yves, rompiendo el silencio, antes que su sobrino pudiera expresar su descontento—. Lleguemos a un acuerdo sobre las reglas y los límites de esta empresa, y todos estaremos más tranquilos, una vez que esté en marcha.

—¡Estupenda idea, papá! —convino Isabelle, iluminándosele el rostro—. ¿Qué tal si lo hablamos, durante el almuerzo? Creo que toda esta dificultad se hará más llevadera con buena comida y una copa de vino.

—De acuerdo —intervino Mathias, aplaudiendo, en anticipación a la próxima comida.

—De acuerdo —repitió Peter, más preocupado por las tentaciones de Isabelle Monetier que por cualquier gourmet francés.

Charles Monetier frunció el ceño, aunque al final murmuró: —¡Oh, está bien!

Y eso fue todo...

# CAPÍTULO NUEVE

Lo más difícil de irse fue que le dijeran que no podía despedirse de nadie, fuera de su casa, a menos que estuviera dispuesta a mentir. Y aunque sabía que no debía confiar en nadie, no pudo evitar acudir a Babette, su amiga de toda la vida, con la esperanza que la otra chica hiciera lo de siempre y la convenciera que todo saldría bien, porque así debía ser.

—¿Qué les dirá tu padre a los demás? —preguntó Babette con los ojos muy abiertos y en voz baja—. ¿Charles lo permitirá?

En los días siguientes, mientras Serre Chevalier se iba reduciendo, a su paso, fue un consuelo que Babette jamás hubiera preguntado quién era realmente Isabelle. No había puesto en duda su identidad, en absoluto, y esa pequeña muestra de amabilidad había desatado un torrente de lágrimas y emociones, que Isabelle no se había atrevido a sentir hasta ese momento.

Las respuestas eran sencillas. Su padre diría que Isabelle se alojaría con una dama de buena familia, en una ciudad cercana, para perfeccionar sus habilidades y conocer a la alta sociedad. Charles, de haber dependido de él, sin duda no lo habría permitido, aunque afortunadamente, él no era quien decidía sobre la vida de Isabelle, como bien podría haber sido, si esos desconocidos hubieran llegado más tarde.

Isabelle había permanecido, en la habitación de Babette, con lágrimas que empapaban las faldas de su amiga, mientras le acariciaba el cabello y un cariñoso murmullo de aliento, la guiaba a través de la primera oleada de emociones. Cuando superó esto, con los ojos hinchados y adoloridos, se sintió un poco, como después de un bautismo, como si ahora tuviera permiso para empezar de nuevo.

Desde hacía tiempo, la relación entre ellas era así. Ninguna de las dos tenía una madre que las consolara y animara, por lo que, en cierto modo, habían aprendido a desempeñar ese rol, la una para la otra, cuando la situación lo requería, a través de percances infantiles, desengaños amorosos adolescentes y los crecientes temores sobre lo que les depararía la vida, al llegar a la edad adulta.

Cuando Isabelle terminó de llorar, Babette fue a buscar pan tostado con mermelada para comer en el suelo de su habitación, como cuando eran niñas. De adultas, este capricho lo acompañaban con un vino fresco de verano, y menos preocupación por ser descubiertas, antes de poder barrer las migas.

—Por supuesto que te envidio —dijo Babette, más tarde, con un suspiro nostálgico y una mirada por la ventana, como si pudiera escaparse volando, en su propia aventura—. Me temo que nunca en mi vida abandonaré el valle.

Isabelle tenía las rodillas pegadas, al pecho, de espaldas a la pared frente a su amiga. Desde allí, Babette resplandecía bajo el rayo de sol, que entraba a raudales. —Hay peores lugares para vivir —replicó—. He pasado gran parte de mi vida temiendo lo contrario, y que nada vuelva a ser tan bueno como estar en casa.

Esto era cierto. Le había dicho a su padre, a su primo e incluso al nuevo e interesante compañero, Peter Applegate, que estaba abierta a la idea de explorar, que por supuesto algún día tenía la intención de aventurarse a recorrer el mundo. Se lo había repetido, a sí misma, muchas veces, pero la verdad secreta, en su interior, era que esos pensamientos sobre destinos extranjeros y entornos desconocidos, a menudo, le llenaban el pecho de inquietud e incertidumbre.

Siempre se había considerado parte del valle, y no tenía ni idea de quién podría estar fuera de él.

—Deberías quedarte esta noche —le dijo Babette, untando su mermelada de ciruelas favorita en una fina y precisa capa sobre la tostada, intentando deliberadamente no observar la vergüenza

reflejada, en el rostro de Isabelle—. Me excusaré para no trabajar esta noche y mañana podemos ir a prepararte las maletas.

—No puedo —respondió Isabelle con tristeza. Se sacudió, recordando lo efímero del momento, y se detuvo un instante para memorizar la imagen de Babette y su brindis: faldas color caléndula extendidas, a su alrededor, en el suelo de la pequeña habitación, y sus oscuros rizos recogidos desordenadamente, en la cabeza, mientras la brisa de la tarde de verano soplaba ocasionalmente por la diminuta ventana, que se alzaba sobre su cama—. Debemos partir, al amanecer, para que mi papá nos acompañe, a Aix-en-Provence, con la excusa de dejarme en casa de una dama de la alta sociedad, y aún así, él tendrá tiempo suficiente para regresar a casa, a una hora decente. De esta manera, todos podrán comprobar la veracidad de las circunstancias de mi partida.

—Y entonces te dejará sola para que sigas tu camino con esos dos hombres —dijo Babette con un brillo en los ojos—. ¡Qué emocionada debes estar! ¡Tanta libertad para portarte mal!

—No tengo intención de portarme mal, al menos no como te lo imaginas —expresó Isabelle con una mueca—. Tampoco creo que ninguno de los dos hombres se arriesgue con esa proposición, teniendo en cuenta sus encuentros con mi familia, en suelo francés, y lo que me cuentan de lo que me espera en el extranjero.

—Bueno, de todas formas no suele ser idea de la mujer —dijo con desdén—. Además, ambos son guapos y seguro que tienen algo de pícaro para que los hayan enviado a semejante misión. El guapo sabe perfectamente cómo despojar a doncellas y todo lo demás.

—¿Ah, sí? —preguntó Isabelle, arqueando una ceja castaña—. ¿Qué hiciste, después que me fui?

—Te lo diré, si tú también lo haces —respondió Babette con un aleteo de sus oscuras pestañas.

Y así, en la comodidad de lo familiar, enmarcada por la influencia de lo nuevo y desconocido, Isabelle pasó su última tarde,

en el valle, dejando que sus miedos y temores dieran paso a la emoción, mientras confesaba besos a la luz de la luna con un cautivador desconocido, en una noche, en la que todo parecía posible.

*****

Isabelle no solía ser madrugadora, y en las raras ocasiones, en que la despertaban cerca del amanecer, a menudo esto se debía a alguna obligación, que le impedía apreciar lo espectacular que podía ser ese momento del día.

Con los caballos ensillados y la burra cargada con lo esencial, los cuatro cabalgaron hacia el sendero de montaña, justo cuando el brillo rosado de las laderas comenzaba a transformarse en un naranja más intenso. Desde allí, no había horizonte, donde contemplar el amanecer, ya que el sol se estaba asomando desde la nada hasta tocar la tierra. En cambio, eran las cumbres, cuya vista alcanzaba mucho más lejos que la de aquellos diminutos habitantes del suelo, las que reflejaban los colores del alba, como si la propia piedra se transformara y resplandeciera, en homenaje al cielo.

El espectáculo era tan hermoso que los dejó a todos, en silencio, mientras ascendían por el sinuoso camino medieval, que los llevaría a las antiguas rutas romanas, que los sacarían del paisaje alpino, y los conducirían a Provenza, que Yves insistía en que no era más que una ruta de colinas onduladas, todas de un vibrante color púrpura, en esta época del año, cuando la lavanda florecía.

—Cuando lleguemos a Aix, mañana, te ofreceremos un gran almuerzo para despedirte —dijo Yves a Isabelle con una sonrisa alentadora, desde la silla de montar—. Siempre he pensado que una buena comida es la mejor manera de empezar cualquier aventura.

—Sin duda, tendremos otra gran comida en Marsella —añadió Mathias—, y podrás hacerles a los Olivier todo tipo de preguntas

sobre tu familia inglesa. Tu madre y la señora Olivier eran muy buenas amigas.

—¡Oh! —respondió Isabelle, sorprendida de recibir respuestas a sus preguntas tan pronto, en aquel viaje. Se llevó la mano al cuello para acariciar la fría joya azul, intentando recordar a la mujer, que había sido su madre, recrear en ella una voz con acento inglés y tal vez un delicado aroma floral. Hasta el momento, solo había logrado evocar la vaga imagen de una mujer, muy lejana, al otro lado de un océano embravecido y tormentoso, que las separaba.

En su mente, su madre era solo una figura sobre un promontorio rocoso, tan lejana que lo único que alcanzaba a distinguir era el azote de un vestido, al viento. El vestido era blanco. Al menos, eso era lo que tenía claro.

De su verdadero padre, nadie había mencionado casi nada. Peter y Mathias explicaron que fue su madre, quien fundó la sociedad de la Hoja de Plata, y que su conexión con la familia Atlas se debía únicamente a ella. Yves lo había descrito como alto y guapo, con ojos muy parecidos a los de ella y una voz potente, risueña y tranquilizadora, cuando la acunaba de bebé, aunque él también había interactuado principalmente con Mary Atlas, mientras que Walter trabajaba en las sombras para ayudar a su esposa, en sus actividades clandestinas.

*«¡Qué hombre tan extraño debe ser!»*, pensó, *«para permitirse desempeñar un rol secundario, junto a una esposa tan poderosa. La mayoría de los hombres se resistirán a tal idea»*. Miró a los tres hombres con los que viajaba: el hombre independiente y de opiniones firmes que la había criado; el contrabandista irreverente y travieso; y el erudito de ojos soñadores, impulsado por una insaciable sed de ver, aprender y comprender.

Su mirada se posó en Peter, observando la soltura con la que cabalgaba, como si hubiera aprendido a montar a caballo desde niño. No había hablado mucho desde que partieron, absorto en el paisaje que se abría tras cada curva del camino. *«Es un hombre*

*sencillo»*, pensó con el pelo alborotado por la brisa y la camisa arrugada con descuido. Quizás lo habría considerado tímido, incluso inseguro, si no lo hubiera conocido como era: un desconocido impulsivo sin ninguna relación con los asuntos de la Hoja de Plata.

Tal vez él fuera ambas cosas, pero no había dudado en besarla. No la había sujetado con el agarre débil e inseguro de un hombre, que dudaba de sí mismo. El hombre que pasó los dedos sobre aquel antiguo altar, en el bosque oscuro, también era intenso y rebosaba confianza, energía y pasión.

*«¿A dónde va ese hombre, durante el día?».* Bajo la luz del sol, Peter a menudo optaba por guardar silencio, permitiendo que su compañero, descarado y sociable, se asegurara que toda la luz disponible brillara solo sobre él, lo que le permitía a Peter observar y reflexionar casi invisiblemente.

Como si sus pensamientos hubieran sido expresados en voz alta, él giró, encontrándose con su mirada, mientras la luz brillaba en los marcos de las gafas con un curioso arqueo de cejas.

Él se sonrojó y bajó la mirada de inmediato a la crin de su caballo. Y su corazón latía con fuerza contra sus costillas, como una llamada insistente a la puerta. Aún así, ella no pudo evitar alzar la vista, una vez más, solo para ver, si él se había percatado de su mirada.

Sin duda alguna, pues él seguía observándola y le dedicó una pequeña sonrisa cómplice, que ella no pudo evitar corresponder, sintiendo una oleada de calor desde las orejas hasta la punta de los dedos. Era algo tan pequeño y extraño como para provocarle una emoción tan profunda, pero durante el resto del trayecto hacia Aix-en-Provence, ella se encontró intentando captar esa mirada, y cada vez que lo conseguía, experimentaba una nueva oleada de ese placer infantil y embriagador, viendo cómo esos labios se curvaban en una leve sonrisa, mientras los de ella florecían, en su rostro, justo cuando ambos apartaban la mirada, antes que pudieran ser vistos por el otro.

# CAPÍTULO DIEZ

Aix-en-Provence era una ciudad de fuentes con un aroma floral, que flotaba en el aire, gracias a sus numerosos campos de lavanda, y el ambiente de un pueblo mucho más pequeño, donde la gente se detenía a saludarse, en lugar de afanarse con las necesidades del día a día.

Isabelle e Yves habían terminado de almorzar y se habían alejado del café, donde habían comido. Desde la mesa, al aire libre, frente a Mathias, Peter podía verlos sentados en el césped, a pocas yardas, mientras ella parecía estar enseñándole a su padre a trenzar dos margaritas. El sol, con reflejos bronceados sobre ese cabello oscuro, era hipnotizante.

—¿Debo preocuparme? —preguntó Mathias con un tono tranquilo y despreocupado, aunque su mirada pareció tener un peso mayor, al sacar a Peter de su ensoñación.

—Creo que preferirías beneficiarte de alguna que otra preocupación, sí —respondió Peter, mordisqueando una de las fresas que quedaban, en su plato de postre vacío, mientras evitaba la mirada del otro hombre. Sin embargo, fue inútil, ya que aún podía sentir la mirada escrutadora del otro sobre él, provocándole un repentino escalofrío de vergüenza.

—Tu cuñado es un hombre afable —comentó Mathias, reclinándose en su silla y cruzando los brazos sobre el pecho—. Aún así, de alguna manera, me imagino que debe ser aterrador llevarle la contraria.

Peter hizo una mueca, asintiendo en silencio. Nathaniel Atlas era una persona increíblemente reservada, pero bajo su encanto natural se escondía una intensidad latente, que sugería muchas

cosas, las cuales simplemente no debían mostrarse en público. Después de todo, Atlas se había fugado con Nell, en plena noche, persiguiendo a un peligroso ladrón, y los motivos de su comportamiento aún no le quedaban del todo claros a Peter, pues estaba seguro que el evidente afecto que sentía por Nell había surgido algo después.

Quizás, dadas las circunstancias, no se opondría al interés de Peter por Isabelle, a pesar de su precaria situación económica y su condición de profesor universitario. No obstante, Peter sabía, incluso antes de terminar de pensarlo, que se opondría sin duda. La hermana de un parlamentario, rescatada tras veinte años de distanciamiento, no se casa con un hombre pobre con los dedos manchados de tinta y las arcas vacías.

Él dejó escapar un suspiro de disgusto y la miró de reojo otra vez. La risa resonó en la pradera, mientras ella colocaba una corona de flores sobre la cabeza de su padre, usando los dedos para pasar mechones de cabello de manera que quedaran colocados sobre sus orejas.

Al verlos a ambos, cualquiera podría creer fácilmente que él era su padre. Sus teces lucían rosadas y pecosas, bajo el sol, y mientras que el cabello de él era de un rubio pálido con algunas canas y el de ella era de un exuberante castaño cereza, de perfil tenían narices y barbillas similares.

No pudo evitar sentir una punzada de compasión por la sombra de Walter Atlas, aunque tal vez, si su espíritu aún persistía, él se sentiría aliviado que Isabelle hubiera crecido hasta convertirse en mujer, en un hogar amoroso, floreciendo para transformarse en una joven tan encantadora.

—¡Oh! —murmuró Mathias—. Ya has visto mujeres guapas antes, Applegate. ¡Recapacita!

—¡Por supuesto que he visto mujeres guapas antes! —espetó Peter, fulminando con la mirada a Mathias—. No sé a qué te refieres, pero yo…

Mathias hizo un gesto con la mano, desestimando lo que sin duda eran declaraciones deshonestas del otro hombre. —En cualquier otra situación lo alentaría —dijo, bajando la voz—. Esta es quizás la única situación, en el mundo, en la que no puedo. Obviamente, la chica corresponde a tus miradas de admiración, y estás más tenso que un tambor de guerra, pero, ¡tú sabes quién es ella!

—No voy a... a intentar... a comprometerla... es decir, a intentar... deshonrarla. —Peter logró decirlo con la incomodidad y el disgusto, atascando cada palabra, en su garganta, antes que pudiera pronunciarlas—. No tengo más que respeto y admiración por la señorita Monetier.

—Te refieres a la señorita Atlas —lo corrigió Mathias con un brillo, en los ojos, que delataba su incomodidad—. Te harás pasar por su esposo. Es evidente que le has tomado cariño. Probablemente te encontrarás con tentaciones imprevistas, durante el resto del viaje, sobre todo cuando su acompañante se marche. Las chicas francesas no se crían como las inglesas, como seguramente habrás notado. Debes mantener la cabeza fría.

—No me voy a ir a ninguna parte —dijo Peter con un resoplido —. No sé de dónde sacaste la idea que soy una especie de canalla.

El rostro de Dempierre se iluminó con esa sonrisa lenta y felina, y sus mejillas se fruncieron, ante la incomodidad de Peter. —Nunca me dijiste cómo la encontraste la noche anterior, a nuestra salida, al ir a buscarla.

—No —convino Peter, frunciendo el ceño—. No lo hice.

Esto solo provocó una risita, en el otro hombre, porque si algo sabía hacer Mathias Dempierre era encontrar diversión, en cualquier cosa. Incluso se había reído de su propia humillación, esa misma mañana, cuando el imponente Goliat fue sacado a pasear, después de tanta angustia por tener que viajar con un perro grande, aterrador y protector.

Aunque Mathias aún parecía algo receloso de la pequeña bola de pelo y dientes, enseguida se dio cuenta de la broma que le habían gastado. En lugar de mostrarse humilde, siguió haciéndose el cazador asustado, atacado por un tigre, para gran diversión de los Monetier.

Casi al instante, Hortensia dejó escapar un rebuzno, desde donde estaba atada, en la parte trasera del café. Levantó delicadamente una pierna, manteniéndola flexionada y en punta, mientras Goliat zumbaba a su alrededor, evidentemente encantado con la hierba alta y con esta nueva y dócil criatura, a la que le habían presentado hacía tan poco.

Isabelle parecía no preocuparse por el riesgo que la pequeña bestia recibiera una patada o fuera pisada, por lo que Peter solo pudo observar con ansiedad latente cómo las dos criaturas se conocían.

—Te busqué esa noche —dijo Mathias, aunque sus ojos habían seguido a los de Peter, mientras el perro y la burra hacían travesuras —. Me han dicho que eres mucho más divertido, cuando has bebido un poco, y quería comprobarlo por mí mismo.

Peter se burló. —¿Te lo contó mi hermana? —replicó, preguntándose cuándo diablos él se había emborrachado delante de Nell.

—De segunda mano —confirmó—. Al parecer, lo oyó de un antiguo compañero de colegio tuyo, y tenía mucha curiosidad por saber qué versión de ti había que ella desconocía.

Peter dejó escapar un suspiro de fastidio. —Alex Somers —dijo, negando con la cabeza—. Sin duda. Durante mi primer año en Oxford, se empeñó en sacarme de la biblioteca y llevarme al pub. Me obligó a la fuerza a unirme a la juerga.

—¡Estupendo! Parece que es mi tipo de chico.

—Sí, creo que ustedes dos se llevarán de maravilla —admitió Peter sin poder disimular un ligero ceño fruncido. Le caía muy bien

el despreocupado e irreverente Alex Somers, a pesar de sus diferencias de carácter. Y era cierto que había disfrutado mucho más de Oxford, una vez que se dejó llevar por Somers y lo invitó a beber cerveza.

¿Por qué le irritaba tanto Mathias? Pensándolo bien, Peter se dio cuenta que a Nell le caía muy bien Dempierre y no sentía ningún afecto por Somers. ¡Qué extraño! Normalmente, los dos coincidían en su opinión sobre los demás. Quizás Nell había sido presionada para que le cayera bien Mathias, a espaldas de Peter, y así actuaban esos hombres.

Tan absorto estaba en sus pensamientos que se sobresaltó, cuando Yves Monetier habló, apareciendo de repente, a su lado, y deslizándose, en su silla, con su corona de margaritas ondeando al viento. —He revisado ambos juegos de documentos matrimoniales —dijo—. Y les he añadido mi firma. Los he metido en el impermeable que llevas puesto. Espero que algún día ella tenga una boda con más pompa, si se casa, como es debido.

Isabelle había ido a mendigar sobras para Goliat dentro del café, El perro la esperaba ansioso, al pie de los escalones del patio, golpeando con fuerza el suelo con su colita. Peter se dio cuenta que sería la última vez en mucho tiempo que padre e hija estarían juntos.

—¿Vas a volver al valle esta noche? —preguntó.

—Sí. Tengo un asunto pendiente en Mont Genevre, que puedo atender de camino, lo que me ahorrará un viaje más adelante, en verano —respondió Yves—. Aunque ahora que estamos aquí, me gustaría quedarme. Nunca pensé que algo me haría desear volver a Inglaterra.

—Diría que conozco bien esa sensación —expresó Mathias—. Pero, claro que no. El exilio no se parece en nada al encarcelamiento. Si regresas, te aseguro que será una experiencia mucho más placentera.

—No quiero retrasarte, sobre todo cuando se trata de falsificar documentos. Quizás, si Isabelle decide quedarse un tiempo, podrías venir a buscarme y sacarme de aquí de contrabando la próxima primavera, ¿eh? Me gustaría conocer a este Nathaniel, y agradecerle el sacrificio que hicieron sus padres.

Peter y Mathias intercambiaron una mirada. Era imposible imaginar cómo reaccionaría Atlas, ante tal cosa, habiendo pasado la mayor parte de su vida buscando venganza por esta pérdida profundamente incomprendida.

—Sí, quizás debí expresarlo de otra manera —dijo Yves, asintiendo—. Desde luego, no se habrían embarcado, en la aventura, si hubieran sospechado, aunque fuera mínimamente, su resultado.

—Con el debido respeto —continuó Peter con cautela—, uno debe asumir cierto grado de riesgo, al emprender actividades delictivas, por muy bienintencionadas que sean.

—Así le dice el falsificador al fugitivo, mientras un contrabandista observa —añadió Mathias, alegremente.

Yves soltó una carcajada de sorpresa, y sus hombros parecieron relajarse, ante la inesperada ligereza.

—¿De qué nos reímos? —preguntó Isabelle, bajando del café con un plato de sobras y un gran hueso de cordero. Sonrió radiante, primero a su padre y luego a Peter, quien se sonrojó y bajó la mirada rápidamente hacia la mesa, como si aquella mirada inocente acabara de confirmar todo lo que Mathias había dicho antes—. Me encantan las bromas.

Por supuesto, ella lucía radiante con su robusto traje de montar azul celeste y blanco, el cabello trenzado sobre el hombro con algunos mechones sueltos, que le enmarcaban las mejillas. Peter deseaba con todas sus fuerzas poder apreciar plenamente esa belleza, sin miradas ni juicios externos.

Ella pasó a su alrededor, llamando a Goliat con su plato de bocados para él, y el perro se acercó trotando con una alegría, en su

paso, que hacía que su pequeño y esponjoso trasero subiera y bajara entre la hierba, como un conejo saltarín hasta que llegó hasta su ama.

—El señor Dempierre solo quería señalar que somos una banda de forajidos —dijo Yves a su hija, mirándola con una especie de admiración abyecta que Peter se esforzaba por evitar—. Aunque, por supuesto, no pretendemos hacerle daño a nadie.

—Como Robin Hood —añadió Peter, recordando con cariño aquellos cuentos.

—Bueno, sí que robó a algunas personas —dijo Mathias, frunciendo el ceño—. Que conste que yo consigo todos mis productos ilegales honestamente.

—¿Quién es este Robin Hood? —preguntó Isabelle, dejando el plato vacío sobre la mesa y volviendo a sentarse.

—Una especie de bandolero medieval —respondió Peter, reprimiendo el afán académico de analizar la veracidad histórica de los relatos, antes de contarlos, pues no soportaba apagar el brillo, en esos ojos—. Se dice que robaba a la élite y distribuía sus riquezas entre los pobres y hambrientos. Hay muchas historias de él.

—¿Por qué no nos cuentas una, jovencito? —sugirió Yves, dándole una palmadita en la mano a su hija, como para recordarse a sí mismo que ella seguía con él, en ese momento, un poco más—. Me gustaría escuchar una historia.

—¡Oh, sí, hazlo! —lo animó Mathias, visiblemente complacido, ante la perspectiva—. Esa parte del concurso de tiro con arco es mi favorita. Me encantan las buenas aventuras.

—De acuerdo —dijo Peter, sonriendo a pesar de la extrañeza que los envolvía al borde de aquel relato. Él evocó imágenes de su infancia, cuando él y sus hermanos jugaban a ser una banda de alegres compañeros, en el pequeño bosque cerca de Winchester, blandiendo él mismo una rama de árbol triunfalmente, como el

héroe mítico. Por un instante, casi pudo oler el musgo, en el arroyo, y oír la risa de Nell, en el viento.

—Nuestra historia se desarrolla durante las cruzadas —comenzó—, mientras un gran rey estaba en el extranjero, en su santa misión, y el reino de Britania se quedó con un trono vacío...

# CAPÍTULO ONCE

Isabelle siempre había sido propensa a llorar. La felicidad, el sentimentalismo, la esperanza y la sorpresa eran tan efectivas para hacer brillar sus bonitos ojos de color avellana, como la tristeza y el dolor. Por eso sabía que su padre no esperaba que mantuviera un semblante estoico, en el momento de la despedida, lo que le permitía dejar fluir sus emociones con sinceridad, mientras lloraba, en ese hombro, abrazándolo con fuerza.

Apenas intercambiaron palabras, al despedirse, pues Yves e Isabelle no habían dejado nada sin decirse, durante los años que habían pasado como familia. No hubo confesiones de secretos ni expresiones de afecto reprimidas. Por lo que ella había oído de los ingleses y su tendencia a reprimir sus sentimientos, sintió un instante de explosiva gratitud por haber crecido allí, en un lugar donde se le permitía ser ella misma, aunque fuera a causa de tantas tragedias, en su infancia.

Ver a su padre alejarse, a caballo, con la corona de margaritas, aún adornando su cabello rubio, le provocó un leve nudo en la garganta, mientras se secaba las lágrimas de las mejillas con la palma de la mano. No pudo evitar sonreír, ante la imagen que él le transmitía, y se prometió, a sí misma, que jamás olvidaría ese momento, al adentrarse en lo desconocido.

Al rato, Peter y Mathias se unieron a ella, en la colina, como si hubieran acordado primero darle privacidad y luego ofrecerle su apoyo. Ninguno de los dos habló, aunque ambos permanecieron, a su lado, ofreciéndole simplemente su presencia, como un apoyo fundamental, hasta que Isabelle se sintiera preparada para dar la vuelta y anunciar que era hora de marcharse.

******

Solo les tomaría un día o dos llegar a Marsella desde Aix. Mathias había sugerido un período de descanso, ya que el resto del viaje era muy corto, pero Isabelle estaba ansiosa por llegar a su destino, así que tomaron un carruaje, que se dirigió hacia el sur, en la noche, y se detuvieron en una posada hasta bien entrada la noche.

Había sido un viaje tranquilo, apretujados como estaban en el interior del vehículo, con un grupo de desconocidos, muy juntos.

A pesar de haber contado con la bendición de su padre, apenas unas horas antes, Isabelle no podía sacudirse la sensación de estar haciendo algo que estaba muy, muy mal. Sentía que en cualquier momento la podrían descubrir, cualquiera de esos desconocidos de semblante adusto que la rodeaban. Seguramente, verían su expresión y la señalarían con el dedo, tachándola de fugitiva o algo peor, y se la llevarían de vuelta a casa, humillada. Por supuesto que, en realidad, los demás, en el carruaje, solo pensaban en sí mismos y en la carga de sobrevivir al traqueteo y al calor del viaje.

Más de una, ella vez deseó haber montado a Hortensia, que iba atada al carruaje con sus pertenencias y Goliat, trotando alegremente detrás. Al menos, allí afuera, disfrutaría de una agradable brisa, un hermoso paisaje y espacio suficiente para perderse en sus pensamientos. Dentro del carruaje, cada vez que empezaba a cabecear, pasaban por otro bache o algún pasajero tenía que estirarse, empujando a todos, y así sucesivamente.

Su llegada a una posada de diligencias bien podría haber sido un regalo divino, enviado directamente del cielo, en respuesta a sus plegarias de clemencia.

—Siento que nunca volveré a estar completamente limpia — dijo Isabelle con una mueca, extendiendo el brazo por encima de la silla de la burra, mientras recogía una bolsa con sus cosas para

entrar a pasar la noche—. Creo que nunca me había dado cuenta de lo repugnantes que somos como especie.

—Mejor no darle vueltas a esto —replicó Mathias, jovialmente —. Esa consciencia lo arruina todo.

—Me da pena decirlo, pero tienes razón —dijo Peter, pensativo, mientras le quitaba el bolso y se lo colgaba al hombro, junto al suyo —. Lo que acabas de decir es un sentimiento común entre quienes estudian medicina, en Oxford. Es una de las razones por las que esa carrera no me interesó.

—Mejor dejar algo de intriga a la forma humana, ¿eh? —bromeó Isabelle, solo para darse cuenta, por esa vacilación y la forma en que él contuvo el aliento, que sus palabras podían interpretarse como muy sugerentes. Apresuró la conversación, más complacida con la idea que él pensara que su coqueteo era deliberado.

La posada era una construcción de ladrillos, situada en una ladera cubierta de hierba. Todas las ventanas estaban abiertas de par en par para permitir la circulación del cálido aire veraniego por su sala central, decorada con sencillez. Con el cielo tan nublado, la luz de la luna apenas iluminaba el espacio, que dependía del tenue resplandor de unas pocas velas dispersas por el largo comedor y el vestíbulo, creando una atmósfera luminosa, que envolvía cada grupo de mesas.

Peter se acercó a la encargada y pidió dos habitaciones, asumiendo él mismo, el derecho de negociar el precio. El intercambio de palabras hizo que la sonrisa de Mathias se desvaneciera, mientras Peter lanzaba una mirada acusadora a Isabelle, cuyo corazón dio un vuelco, al oír esas palabras, y tal vez se delató con una sonrisa o un ligero brinco sobre las puntas de los pies. Esas palabras marcaron el primer momento en que fingirían estar casados, y durante ese breve instante robado, los demás creerían que ella era suya y él de ella.

Por supuesto, Peter no compartiría habitación con Isabelle, esa noche. La compartiría con Mathias, y todo se haría correctamente. Aún así, resultaba emocionante imaginar lo contrario, sobre todo al verlo tan seguro de sí mismo, regateando el precio con su cabello oscuro, cayéndole sobre la frente, firme en llegar a un acuerdo razonable, a pesar de su acento extranjero.

Una vez que se cerró el trato y ellos subieron las escaleras para dejar las maletas, Isabelle tomó del brazo a Mathias y se dejó guiar al comedor, donde observó con abierta curiosidad el leve ceño fruncido de su compañero. Era la última persona de la que habría esperado que se mostrara tan serio, ante el subterfugio, sobre todo teniendo en cuenta lo inofensivo que era.

—¿Te he ofendido en algo, señor Dempierre? —preguntó, complacida al ver que su claridad y franqueza le habían sorprendido.

Él la miró con sus grandes ojos ámbar, reflejando una expresión que recordaba a la alarma, y negó con la cabeza vehementemente. —Por supuesto que no —dijo con un tono algo elevado—. ¡No! ¿Por qué preguntas eso?

Ella le dedicó una débil sonrisa, separándose de él para tomar asiento, dejando que su silencio hablara por ella.

Él suspiró profundamente. Una sonrisa forzada se dibujó en sus labios, dejando al descubierto uno de sus hoyuelos, mientras la miraba con timidez. —No me preocupas tú —insistió—. Le prometí a tu padre, a tu primo y a tu hermano que te protegería, durante todo el viaje, y la evidente fascinación del señor Applegate por ti no ayuda en nada. ¿Crees que disfruto haciendo de chaperón? ¡Vaya, esto va en contra de mi naturaleza!

—Das por sentado que el señor Applegate será el responsable de un escándalo —dijo ella, arqueando las cejas—. Mi padre debería haberte advertido de lo difícil que siempre ha sido disciplinarme para que sea dócil.

Mathias soltó una risita, relajando las manos sobre la mesa. —Señorita Monetier, he conocido mujeres salvajes y rebeldes, y me cuesta creer que seas una de ellas. Ninguna de esas chicas les haría coronas de margaritas a sus padres.

—Hay una gran diferencia entre docilidad y rebeldía —dijo Isabelle, ladeando la cabeza—. La libertad no implica necesariamente mal comportamiento. Al fin y al cabo, tú mismo pareces tener un lado salvaje. ¿Cómo te las arreglarás con una hija que herede tu carácter?

—¡Ni pensarlo! —exclamó Mathias con abierto horror.

—¿Qué les pareció? —preguntó Peter Applegate al acercarse, aliviado de haber dejado el equipaje. Se sentó junto a Mathias, justo a tiempo, para que una camarera trajera copas de vino tinto aguado y tres tazones del estofado del día, que a esas horas estaba un poco tibio.

Mathias tomó su cuchara con una expresión de abierto disgusto. —Nada importante —dijo—. La señorita Monetier está intentando asustarme para que nunca tenga una familia.

—¡Yo no estoy haciendo tal cosa! —Isabelle se burló—. El señor Dempierre teme tener un hijo que se comporte igual que él, lo cual debería hacerlo reflexionar, ¿no crees?

—No... Se refería a una niña —corrigió él—. Una hija. Las niñas pequeñas no se comportan como los niños pequeños. Son dulces y tranquilas.

Peter e Isabelle soltaron risitas divertidas e idénticas, lo que solo hizo que Mathias se sonrojara aún más.

—¿Tu hermana Gigi era dulce y tranquila, cuando era pequeña? —preguntó Peter con curiosidad, aparentemente sin importarle en absoluto la comida insípida, que había devorado con gusto—. Nell desde luego que no ni ninguna de mis otras hermanas.

Mathias lo pensó, frunciendo aún más el ceño, lo que bastó para que la mesa estallara en carcajadas. Siempre dispuesto a la jovialidad, Mathias Dempierre se dejó llevar por la diversión, soltando una risita autocrítica, mientras tomaba su copa de vino. —Tienes razón —admitió, inclinando la cabeza, en señal de derrota hacia Isabelle—. Las niñas pequeñas dan miedo.

Peter se quitó las gafas, frotándose el puente de la nariz, donde le habían dejado una marca durante el día. Parpadeó, varias veces, con sus ojos grises azulados acostumbrándose a la escasa luz, y las dejó allí, dobladas junto a su cuenco. Sin las gafas, Isabelle notó esas largas pestañas oscuras y las sutiles ojeras de esos agotadores días de viaje. Las sombras se recortaban con fuerza sobre sus rostros, situados entre una franja de luz y otra de oscuridad, pero a ella le pareció que el efecto resaltaba notablemente las facciones de Peter.

Él tenía una voz tan dulce y profunda, e incluso, en su cansancio, había algo en él que la impulsaba a buscar una excusa para tocarlo, tal vez para alisarle el cabello o arreglarle el cuello arrugado de la camisa. Ella se apoyó en la mano, obligándose a concentrarse en la comida para no distraerse con sus pensamientos.

—Me sorprende oírte hablar de esas cosas —le dijo Peter a Mathias—. Creo que le dijiste a la señora Olivier, hace apenas unos días, que ya estabas casado con tu embarcación.

—¡Ah! Es una buena compañera —replicó Mathias con nostalgia—. Pero, por desgracia, parece que la tradición del matrimonio y los hijos acaba alcanzando a todos los hombres. Solo las mujeres tienen la opción de rechazarla por completo, bastando con evitar o declinar cualquier propuesta hasta cierta edad, y luego vivir el resto de su vida en libertad, dedicándose a algún oficio encantador. Como tu tía solterona.

—Mi tía publica láminas de personas prominentes, comportándose de manera embarazosa —aclaró Peter con evidente diversión—. Eso no tiene nada de pintoresco.

—¿Estampados? —preguntó Isabelle, intrigada—. ¿Como pinturas?

—Ilustraciones... Del tipo que se ven en los periódicos —explicó Peter, negando con la cabeza—. Algunas son muy subidas de tono y obscenas, pero tiene una clientela entusiasta en Londres y, de hecho, ha logrado que la mayoría de la alta sociedad tema su ira. Mi padre es uno de sus ilustradores. Así fue como conoció a mi madre, que por aquel entonces trabajaba en la tienda de la tía Zelda, en Bond Street.

—¡Qué vocación tan fascinante! ¿Ha dibujado a alguien que conozcas?

—Sí —respondió Peter con una risita cansada—. Tu hermano Nathaniel ha aparecido, en la serie, al menos dos veces. Ella le guarda un rencor particular a un profesor mío, lo que me ha causado bastantes quebraderos de cabeza. Una encantadora vizcondesa, cuya casa visité el otoño pasado, también fue en su momento un personaje muy popular, ya que tuvo la desgracia que dos de sus prometidos murieran, antes de poder casarse, lo que le granjeó una reputación muy macabra, como la temible debutante. Cuando por fin se casó con un hombre, que sobrevivió al compromiso, lo hizo fugándose con el prometido de su prima, lo que, por supuesto, la volvió a poner en boca de todos en la prensa rosa.

—¡Oh! Bueno, ¡qué lástima! —dijo Isabelle, frunciendo el ceño —. Supongo que a todo el mundo le atraen los chismes. ¡Qué horrible lo que le hicieron a la prima!

Peter sonrió, y una comprensión se dibujó en su atractivo rostro. —Ahora que lo pienso —dijo—. La prima también iba a casarse con tu hermano, pero él se fugó con Nell. En ambos casos, la futura novia pareció aliviada, y ahora está casada, muy feliz, con un hombre que la adora.

—¡Oh! —exclamó Isabelle, demasiado atónita, ante tanto drama, como para articular una respuesta coherente—. ¡Pobre mujer! ¡Tu hermana no se parece en nada a ti!

—No juzgues a Nell con tanta dureza por su fuga —dijo Peter con sinceridad—. Fue una decisión caótica que, al final, resultó ser lo mejor. Son muy felices juntos.

—Nell es una mujer encantadora y amable —añadió Mathias, aunque por su expresión de escándalo era evidente que él tampoco conocía bien la historia—, debió de tener razones de peso para hacer algo así. Jamás lo hubiera imaginado.

—Mmm —reflexionó Isabelle, volviendo la mirada hacia Mathias con picardía—. ¿Su padre la considerará dulce y dócil, tal vez?

—¡Oh! —gimió Mathias, cerrando los ojos con fuerza—. ¡No sé absolutamente nada de esto!

*****

Isabelle durmió nerviosa, a pesar que estaba tranquila por su decisión de ir a caballo, en lugar de usar el carruaje, durante el resto del camino a Marsella. Comparado con la primera etapa del viaje, esta sería mucho más corta, probablemente menos de un día, y en casa de los Olivier les esperaban comidas calientes y camas cómodas.

Se había preocupado por Goliat, que se había quedado en el establo, toda la noche, pero cuando fue a darle las sobras de la cena, encontró al perrito acurrucado, en la barriga de la burra dormida, a la que había estado molestando, durante varios días. Sus diferencias, evidentemente, se habían superado, y ambos roncaban plácidamente sobre el pelaje del otro.

—Podemos vender los caballos, cuando lleguemos a Marsella —razonó Mathias, tras ser completamente superado por el hombre que realizó la venta—. Quizás incluso los Olivier los quieran, sabiendo que viajan bien, junto a Hortensia.

La burra Hortensia rebuznó sin fuerza ante esto, como para no alentar esas ideas descabelladas, mientras Goliat jadeaba felizmente desde su percha, en la alforja, con las patas colgando sobre la solapa y la larga lengua rosada, asomándose por un lado de su sonrisa dentada.

Tras la insistencia de Isabelle y Mathias, Peter les contó otra historia de Robin Hood, esta vez con el Pequeño Juan como protagonista, rescatando al héroe de las garras de un monje malvado. Después del relato, los dos hombres discutieron acaloradamente sobre a qué personaje se parecían más: Mathias insistía en que Peter era el que más se parecía al Pequeño Juan, mientras que Peter, con acritud, sugería que el propio Mathias se parecía más al malvado sheriff, que atormentaba a los alegres hombres, en cada cuento.

Mathias replicó que, si tenía que ser un villano, se parecía mucho más a Guy de Gisbourne que al Sheriff de Nottingham, sobre todo en lo que respecta a seducir a la bella doncella Marian. Esto hizo necesario contar otra historia, tanto para explicarle este personaje a Isabelle, como para exagerar sus defectos con el fin de provocar a Mathias.

Al final del segundo relato, Isabelle sugirió que, de los tres, ella era la que más se parecía a Robin Hood. Claro que, aunque protestaron por su sexo, ella señaló que era más probable que se desenvolviera en un bosque apartado que cualquiera de los dos hombres, que habían vivido en ciudades. Entonces, la incluyeron con entusiasmo en la discusión, que derivó en habilidades con armas, encanto y estilo, y que, al final, no llegó a ninguna conclusión, disolviéndose en risas, en lugar de quejas.

Hicieron dos paradas para descansar, eligiendo prados verdes, en lugar de posadas, donde el suelo blando y la comida envuelta, en las alforjas, les resultaba tan apetecible, como cualquier otra del camino, disfrutando también de unas vistas espectaculares del paisaje. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, como para

divisar los primeros indicios de las afueras de Marsella, Isabelle sintió una punzada de ansiedad, que comenzaba a crecer, en su pecho.

Se sorprendió jugando con el relicario, que llevaba al cuello, y jugueteando con la uña del pulgar sobre el pequeño trozo de metal que sobresalía de la costura. Cuando se dio cuenta que el mismo empezaba a aflojarse, se obligó a detenerse, temerosa de dañar aquella cosa tan valiosa, que acababa de adquirir.

En su interior, temía tener que preguntar por su madre, enfrentándose al primer encuentro real con esa otra vida, que le estaban dando. Miró a Peter Applegate, deseando, en ese instante, que pudieran estar a solas para hablar. Si tan solo pudiera enviar a Mathias, a hacer algún recado, para que pudieran sentarse juntos, un rato, y ella pudiera contarle sus miedos, estaba segura que eso la tranquilizaría.

Mathias le caía bien, pero apostaba a que él se sentiría muy incómodo con una confesión tan emotiva. Además, no tenía con él la misma conexión que había entablado con el desconocido del bosque. En lo profundo del bosque se puede ser sincero de una manera que rara vez se acepta a la intemperie.

Peter giró la cabeza, como si sintiera la mirada de ella, y le devolvió una leve sonrisa, que Isabelle intentó corresponder. Por la forma en que él arqueó las cejas con una expresión seria, le pareció que él supo de inmediato que algo andaba mal. Sin darse cuenta, su mano volvió al relicario, y su pulgar se posó sobre la pieza de metal suelta.

¿Cómo había adquirido ese hábito tan rápidamente? Dejó de tantear, pero mantuvo la mano rodeando la joya, encontrando su peso reconfortante de alguna manera.

—¡Dempierre! —gritó Peter a Mathias—. ¿Podemos parar un momento? Me mareo por el calor.

—Estamos muy cerca —le dijo Mathias, pero ya se estaba deteniendo, girando su caballo para cortar el paso firme de

Hortensia—. ¿Estás bien?

—Estoy bien, solo me ha dado un poco de sol —mintió Peter, deslizándose de su silla y acercándose para ayudar a Isabelle a bajar de la suya. Esa mano firme y seca sobre la de ella la distrajo de inmediato de sus preocupaciones, provocándole un aleteo, en el pecho, que nada tenía que ver con la cercanía del puerto.

Ella se deslizó de su caballo, aterrizando peligrosamente cerca de él con sus hocicos casi rozándose, antes que él se apartara con un cortés carraspeo y una sonrisa reveladora, flotando cerca de las comisuras de sus labios.

—Siéntate aquí —le indicó, adoptando su tono más severo de cuidador, mientras la guiaba hacia un gran árbol con buena sombra —. Mathias, ¿está lleno alguno de los estanques?

—Sí, pero el agua ya está caliente —respondió él, frunciendo el ceño—. Pasamos un arroyo hace un rato. Dame un momento y voy a buscar agua fresca.

—Gracias —dijeron los otros dos al unísono, quizás compartiendo un sentimiento de culpa por el engaño, mientras Mathias se alejaba, a grandes zancadas, hacia el claro con una urgencia más que evidente.

Peter, en particular, pareció algo sorprendido al ver al otro hombre apresurándose para ayudarlo. Aunque apartó esos pensamientos y centró su atención en Isabelle.

—¿Qué te aqueja? —susurró él con sus profundos ojos grises llenos de preocupación.

—Creo que tengo miedo —dijo ella, haciendo una mueca de dolor, deseando encontrar una palabra mejor para lo que sentía. Se arrodilló junto a él, en el césped, retorciéndose las manos en el regazo con vergüenza. Quizás detenerse a hablar de esto había sido un error. Tan solo rozar el tema, que la atormentaba, le aceleraba el corazón y le daba vueltas la cabeza.

Cuando él extendió la mano y tomó esas manos, rodeándolas con las suyas, ella recordó cómo respirar, concentrándose en respiraciones profundas y constantes, que devolverían la estabilidad al mundo derrumbado que la rodeaba.

—¿Miedo a qué? —preguntó él, en voz baja—. ¿Al viaje?

—No. Bueno, sí, pero no al viaje en sí —respondió, cerrando los ojos con fuerza en un intento por encontrar las palabras adecuadas entre la maraña de emociones. Respiró profundamente y volvió a hablar—. Durante la próxima hora, todo esto seguirá siendo una fantasía mía. Mis padres muertos, mi poderoso hermano inglés y mi futuro incierto, pero quizás lleno de aventuras. En cuanto conozca a la señora Olivier, en cuanto pueda hacerle preguntas, a alguien que tenga respuestas, todo se volverá mucho más real. Peter, no sé si podré soportar que sea real. No sé si quiero que me respondan a mis preguntas, en el fondo, en lo más profundo de mi ser...

Él asintió, comprendiendo, y le apretó las manos con un gesto tranquilizador que le recordaba que seguía con los pies en la tierra. —No tienes que hacerle ninguna pregunta, a la señora Olivier —le dijo, una afirmación que la sorprendió a ella por su veracidad—. Es perfectamente comprensible que desees reunirte con tu hermano y que sus historias sean las primeras que escuches.

Isabelle se mordió el labio, al pensar en ello, imaginando a la desconocida, al otro lado de la ciudad, a lo lejos, como una figura imponente, repleta de secretos que podrían destrozar aún más todo lo que ella conocía y apreciaba. Era objetivamente exagerado, pero no podía sacárselo de la cabeza.

—¿Y si los decepciono? —susurró con un nudo en la garganta por el miedo—. ¿Y si soy mucho menos de lo que Mary Atlas fue y de lo que desean que sea? No soy refinada ni tengo una educación respetable. Ni siquiera tengo un vestido apropiado para la cena.

—Isabelle —dijo él con voz profunda y reconfortante, cargada de sinceridad, mientras le acariciaba el dorso de la mano—. Tu educación y tus talentos no influyen en cómo te recibirán, quienes

han llorado tu ausencia. Podrías ser la joven más aburrida imaginable, y aún así todos estarán encantados que simplemente hayas sobrevivido, crecido y encontrado el camino de regreso a ellos. El hecho que seas mucho más que una joven insulsa y predecible es maravilloso. Todo lo que eres es un regalo adicional que alegrará aún más, a quienes te creían perdida para siempre. No tienes nada que temer.

Ella sollozó, parpadeando para contener las lágrimas de pánico, que comenzaban a acumularse cerca de sus pestañas. Esas palabras la reconfortaban, pero el miedo, en su pecho latía con más fuerza, al enfrentarse a objeciones razonables y a sus ansiedades infundadas. —Que yo te guste no significa que le guste a los demás —argumentó—. La única persona rica que conozco es Charles, y él encuentra muchas deficiencias en mí.

—Él quería casarse contigo —le recordó Peter—. Quería que fueras la novia que presentara a todo París. Y solo es un hombre, ¿sabes? La gente valora muchas cosas diferentes. He pasado tiempo con tu hermano, en Inglaterra, y con la señora Olivier, aquí, en Francia, y estoy seguro que ambos adorarán a la mujer, en la que te has convertido. Debes ver el cariño que Mathias y yo te hemos tomado, en tan poco tiempo, y somos tan diferentes como el agua y el aceite.

Ella no creía que fueran tan diferentes, pero sabía que ahora no era el momento de decir tal cosa, especialmente a un hombre que lo refutaría con fervor, y probablemente durante mucho tiempo.

En lugar de eso, soltó una risa forzada, secándose las lágrimas con la punta del dedo y respirando profundamente. —Gracias, Peter. Yo… Yo también te quiero mucho —dijo, dudando solo porque no quería dar a entender que sentía lo mismo por sus dos compañeros.

Sí, había cariño, pero no era del mismo tipo.

Después de todo, ella no había pasado la última semana intercambiando miradas de admiración con Mathias. Tampoco lo había besado en un claro oscuro del bosque, en plena noche. No se

ruborizaba, cuando Mathias le tocaba la mano ni se estremecía, cuando él hablaba, ni se perdía en las historias que contaba. Miró a Peter, recordando cómo la había abrazado, aquella noche, cómo esos dedos se habían clavado con firmeza en la carne de sus caderas, cómo ese cuerpo cálido y fuerte la había envuelto, y se quedó sin aliento.

La forma en que él sostenía su mirada era casi como si pudiera ver esos recuerdos proyectados, en esos ojos, como si él supiera exactamente lo que ella pensaba y sentía. Un gesto de complicidad, en esos labios, hizo que su corazón se acelerara, mientras que el agarre de esa mano se sintió de repente mucho más cálido y peligroso.

Se encontró recostándose en la comodidad de su cercanía, con un hormigueo en los dedos de las manos y los pies, mientras la razón parecía desvanecerse, ante el instinto.

Fue Mathias, que regresó, a zancadas, entre la maleza con una cantimplora llena en la mano, quien rompió el hechizo, haciendo que Isabelle se pusiera de pie, apresuradamente. Se apartó de Peter, antes que esta interacción pudiera ser vista por su desaprobatorio guardián, y esta vez, al mirar al horizonte, supo que la sangre que le corría por las venas no tenía nada que ver con el miedo.

# CAPÍTULO DOCE

El sol comenzaba a ponerse, cuando llegaron a las puertas de Marsella. A partir de ahí, tuvieron que sortear la multitud del mercado nocturno, que se arremolinaba en la avenida, que conecta el centro de la ciudad con las afueras residenciales, lo que ralentizó considerablemente al grupo.

Peter había sujetado las riendas de Hortensia, preocupado que se asustara con el caos, aunque su burrita parecía mucho menos afectada por la multitud que los caballos, y les había indicado el mejor camino hacia un espacio abierto, al menos dos veces. Sintió un extraño orgullo por su destreza, tras haber viajado tanto tiempo a su lado, y le murmuró elogios suaves, cuando estuvo razonablemente seguro que Mathias e Isabelle no podían oírlo.

Isabelle había llevado a su perro, en brazos, durante el último tramo del viaje por tierra, y la burra parecía haberle agarrado cariño al pequeño animal, estirando a menudo el cuello y ajustando el paso para no perderlo de vista. Peter sabía lo que sentía. Era difícil no mirarlo también en cada oportunidad.

¿Había imaginado las miradas que ella le había dirigido? La pobre chica estaba hecha un lío con su vida convertida en un mar de interrogantes, y sabía que ni siquiera debía pensarlo, pero era imposible no preguntárselo. Antes, bajo aquel árbol, en las afueras de la ciudad, había creído por un instante que ella iba a besarlo. Había deseado que lo besara. Y así fue... Al fin y al cabo, con todas las barreras que los rodeaban ahora, no sabía si alguna vez sería apropiado volver a hacerlo.

Sin embargo, ella le había confiado sus secretos, y eso tenía un significado. Le contó cosas que no quería contarle a Mathias, por

mucho que él la hiciera reír o captara su atención.

Sí, los celos eran una emoción fea. Lo sabía. También lo era la impaciencia, y nunca se le había dado bien reprimirla.

Incluso él reconocía que sus episodios anteriores, relacionados con el pecado de la envidia, tenían más frecuencia que ver con rivales académicos que con rivales románticos.

Echó un vistazo a Mathias con una leve risita. ¡Sin duda, un tipo de Gisbourne!

Una vez pasado el Puerto Viejo, salpicado de restaurantes que encendían sus velas para la noche, las carreteras se despejaron considerablemente. ¿Había sido una afortunada coincidencia que los Olivier vivieran tan cerca del puerto? Peter supuso que no. Desde la carretera, no podía distinguir las velas del Harpy entre el cúmulo de barcos, que se extendían, al menos por una legua.

Allí, en la calle, el trío pudo estrechar lazos, e Isabelle indicó que se detuvieran brevemente para ver cómo los últimos rayos del sol se ocultaban en el horizonte.

—¿Ves esa isla allá, a lo lejos? —le preguntó Mathias, acercándose y señalando hasta que ella asintió—. El castillo de If —le explicó—. Es una fortaleza y una prisión, y recientemente, una formidable tumba de guerra. Un tanto insensible por su parte, ¿no crees? Construir algo tan imposible de escapar.

—El Pequeño Juan podría idear una forma de escapar —concluyó ella, enderezando los hombros—. Will Scarlet se encargaría de ello rápidamente.

—¿No sería Robin Hood? —preguntó Mathias, sorprendido.

—Parece que Robin Hood siempre necesita que el Pequeño Juan lo rescate —dijo Isabelle, encogiéndose de hombros—. Creo que tal vez no sea realmente el héroe, sino solo el autoproclamado amo.

—¡Discúlpame! —exclamó Mathias, girándose bruscamente para seguirla a un trote pasivo y a la vez agresivo.

Esta declaración hizo sonreír a Peter, y no le importó quedarse atrás de nuevo, mientras serpenteaban por las calles empedradas, en busca de la casa adosada de los Olivier, bajo el lento desvanecimiento del crepúsculo de verano.

Mathias levantó la mano, su caballo se detuvo y giró para hacerle señas a Peter para que se acercara. —Algo anda mal —dijo con voz sombría, señalando hacia la conocida hilera de casas adosadas, que indicaba su destino.

Peter frunció el ceño, observando el hueco en las ventanas iluminadas del bulevar, donde una casa adosada estaba notablemente oscura, algo que solo sucede, cuando el lugar está completamente vacío.

—Creo que deberíamos acercarnos por la retaguardia —dijo Peter severamente, mirando a Isabelle para asegurarse que no estuviera demasiado preocupada.

Ella se mantenía erguida y alerta con la mirada fija, en la casa oscura, frunciendo el ceño. —Estoy de acuerdo —replicó—. Y creo que deberíamos acercarnos a pie.

Tras algunas maniobras, encontraron un lugar seguro donde dejar a los animales, lo suficientemente cerca de la casa, como para poder acercarse. En efecto, era la casa de los Olivier la que estaba a oscuras, con las contraventanas bien cerradas. Mathias, imperturbable, abrió rápidamente la puerta trasera y los condujo a través de las cocinas abandonadas e impolutas, donde ollas de cobre colgaban silenciosamente de la pared, hacia largos pasillos vacíos y hasta una sala de estar preparada para el té de la tarde.

—¿Qué diablos...? —murmuró Mathias, agarrando una antorcha de una mesa del pasillo y tardando un momento en encenderla.

Peter parpadeó para ahuyentar la sorpresa, mientras la llama crecía y extendía un resplandor luminoso por toda la sala. No parecía que la hubieran dejado encendida intencionadamente. Ningún mueble estaba cubierto, y sobre la mesa yacían tazas de té manchadas con los restos evaporados del refrigerio de la tarde.

—La caja fuerte —dijo Peter con un nudo en la garganta—. Nuestros papeles están en la caja fuerte.

Mathias maldijo con fuerza, dio media vuelta y salió apresuradamente de aquella sala hacia la siguiente, seguido de cerca por sus compañeros hasta que se detuvo en seco, en la puerta del estudio, dejando escapar un profundo y agonizante gemido, que respondía a las preguntas de Peter, antes incluso que él tuviera necesidad de formularlas.

Lo rodeó, tomó la antorcha de los dedos inertes de Mathias y se acercó a la caja fuerte, que colgaba abierta, con su contenido a la vista de cualquiera que pasara por allí. A pesar de poder ver claramente que no había suficientes documentos apilados dentro como para que sus papeles aún estuvieran intactos, sintió una punzada de desilusión, al estar lo suficientemente cerca como para comprobarlo con certeza.

Lo único que quedaba era una carta manuscrita y una pequeña bolsa de monedas.

—Está escrita para ti —dijo Peter, echando un vistazo a las palabras apretadas y en bucle de la letra de Pauline Olivier dirigidas a Isabelle y Mathias, que estaban en el umbral.

—Dime qué dice —respondió Mathias con el rostro desencajado por la incredulidad—. No me fío de mí mismo para leer ahora mismo.

Peter echó un vistazo a la carta, leyendo un relato extenso y divagante de los sucesos ocurridos tras su partida hacia Serre Chevalier, en busca de Isabelle. Quizás Mathias apreciaría más la historia con el tiempo, pero en ese momento, Peter estaba seguro que solo importaba lo esencial.

—Fueron al Harpy a recoger la carga —relató Peter, entrecerrando los ojos con suspicacia—. No me dijiste que llevaban carga adicional.

—¿Por qué habría de hacerlo? —replicó Mathias, exasperado—. No tenía nada que ver con nuestra misión.

—Bueno, salió mal —dijo Peter con voz tensa—. El Harpy está bajo vigilancia de las autoridades, y los Olivier robaron nuestros documentos de viaje falsificados para huir rápidamente. Pauline se disculpa, hasta cierto punto, pero insiste en que debemos comprender la situación, en la que se encontraron, y la excepcional oportunidad de tener tales documentos en su poder.

—¿Les permitieron volver a casa, después de haber sido sorprendidos con contrabando? —preguntó Isabelle incrédula.

—A cambio de ayudarme a capturarme —dijo Mathias con voz ronca y horrorizada—. Como le dije a Applegate hace unos días, no soy muy querido por las autoridades portuarias de Marsella.

—¿Y cómo diablos vamos a salir de Francia, entonces? —se lamentó Isabelle, apoyándose contra la pared con una mano en la frente—. Tienen al Harpy, y supongo, a tu tripulación.

—No se llevaron a la tripulación —le dijo Peter, arqueando las cejas—. Al fin y al cabo, es una trampa para Mathias. La tripulación está siendo vigilada y confinada, en el barco, pero no están presos. Debo advertirte que les han prometido la libertad, si guardan silencio hasta que Mathias estés detenido.

—Bien. Eso es bueno —dijo Mathias, ajeno a las protestas de los demás. Empezó a caminar de un lado a otro, frotándose los ojos con tal vigor que Peter pensó que intentaba extraerse una idea de la mente—. Eso significa que quieren pillarme con las manos en la masa, ¡pero esta vez no llevo nada ilegal encima!

—Excepto yo, Dempierre —le recordó Isabelle, fríamente.

—No, no —dijo Mathias, sacudiendo la cabeza—. Todavía tenemos los documentos del matrimonio.

—Pero no tenemos permiso para navegar entre naciones en guerra —le recordó Peter—. ¿Y tu amigo del muelle, que nos ayudó a atracar la noche que llegamos? ¿Podrías sobornarlo otra vez?

—Lo dudo. Ofrecerme refugio en la oscuridad es muy distinto a ayudarme frente a todo su regimiento, listo y esperando mi llegada. —Se pasó las manos por el pelo, apretando los dientes con frustración—. Tendremos que luchar o ingeniárnoslas para salir de este lugar.

—Prefiero intentarlo —dijo Isabelle, rápidamente—. Prefiero no acabar encarcelada o empalada.

—De acuerdo —intervino Peter, lanzándole a Mathias una mirada severa—. Piensa en lo que estás sugiriendo.

Mathias le hizo un gesto para que se despidiera sin dejar de pasearse con una energía nerviosa que emanaba de él. —Conozco a un hombre que comprará los caballos —dijo—. Ustedes dos quédense aquí, y volveré con suficiente dinero para tal vez comprar nuestra salida. Nos ocuparemos de los Olivier y su traición, cuando regresemos a Inglaterra.

—¡Por favor, no pierdas a mi perro! —le gritó Isabelle—. Está con la burra.

Él no respondió. El retumbar de sus pasos solo aumentó, lo cual era una señal que la había oído, pero ese sonido se desvaneció casi tan repentinamente como el propio Mathias. No oyeron la puerta de la cocina abriéndose ni cerrándose, pues Mathias era un experto en el arte de moverse a hurtadillas.

Contra todo pronóstico, aunque quizás en las circunstancias menos ideales, Isabelle y Peter finalmente volvieron a estar solos.

*****

A Peter le llevó varias horas elaborar algo que se pareciera a un plan realista.

Mientras Mathias se ocupaba de los caballos, Isabelle registraba la casa, en busca de algo útil. Al mismo tiempo, Peter se encontraba en el estudio con mapas del muelle y los embarcaderos, a mano.

Ellos se mantuvieron en la parte trasera de la casa, sin querer alertar a nadie que pudiera estar vigilando desde afuera, que había alguien adentro. Al fin y al cabo, era probable que las autoridades ya se hubieran percatado de la huida de Pauline y Gerard Olivier. La carta no tenía fecha, aunque era mejor no correr riesgos.

Mathias regresó, más nervioso de lo que Peter creía posible, con el rostro tenso y rígido. Al parecer, su contacto había acordado comprar los caballos, pero no necesitaba a Hortensia.

—¿Qué vamos a hacer con una burra? —exigió con los ojos desorbitados—. ¡No puedo dejarla atada aquí para que se muera de hambre ni vagando por las calles para que se la coma algún vagabundo!

—Nos la llevaremos —dijo Isabelle, encogiéndose de hombros, como si transportar una burra a través del Atlántico fuera lo más sencillo del mundo—. ¿Tienen espacio en la bodega, supongo? Al fin y al cabo, ustedes son contrabandistas.

—¿Quieres que cruce el Puerto Viejo, a escondidas, con una burra bajo la amenaza de una guardia alerta? —gritó Mathias, alzando las manos al aire. La verdad es que resultaba alarmante verlo tan alterado.

—No —dijo ella, tomándolo por los hombros y empujándolo hacia un sofá, frente al escritorio, donde Peter había estado trabajando en el estudio—. Yo lo haré. Simplemente, tendrás que asegurarte que sepa cuál es tu barco para la primera fase de nuestro plan.

—¿Qué haremos con ella en Londres? —preguntó, aunque pareció algo más tranquilo, al oír que ya se estaba buscando una solución—. Nadie en Londres necesita una burra.

—Mathias, una crisis a la vez —suspiró Peter, frotándose los ojos bajo las gafas. Había trabajado con poca luz antes, pero nunca bajo tanta presión. Sentía que sus ojos se le iban a marchitar y a salirse de las órbitas, si tenía que seguir así por mucho más tiempo —. Si los Olivier se van a Inglaterra, quizás la quieran de vuelta, de todos modos.

—Encontramos ropa en las habitaciones de la servidumbre — dijo Isabelle con brusquedad, sin mostrar el menor interés ni pánico, ni cansancio. Le arrojó un bulto de prendas a Mathias, quien pareció percatarse, en ese instante, que sus dos compañeros se estaban poniendo los uniformes grises y apagados de la servidumbre.

La ropa no les quedaba del todo bien, por supuesto, pero era suficiente para que pasaran desapercibidos en Marsella. A la camisa de Peter le faltaban dos botones arriba, que habían disimulado con un trozo de tela suelto atado al cuello. El delantal de Isabelle tenía un parche muy grande, que se estaba descosiendo, así que simplemente lo arrancó y declaró que el agujero era menos visible que un parche mal puesto. Además, se había recogido el pelo, en un moño, bajo uno de los gorros de encaje, que solían llevar las criadas francesas. A Peter esto le pareció un detalle muy favorecedor, aunque se lo guardó para sí mismo.

—Llevaré a Hortensia al muelle —dijo Isabelle, una vez que Mathias regresó vestido de sirviente. Estaba sentada en la silla frente al escritorio y le hizo señas para que se acercara a ver los mapas que Peter había extendido—. Como es probable que tus hombres no hayan podido reabastecerse en el puerto, hemos guardado algunas raciones para asegurarnos de no quedarnos sin comida en alta mar. Hay una buena provisión de conservas de verano y algo de pan y queso, que durará al menos unos días. De hecho, es una gran suerte que Hortensia siga con nosotros, ya que de otro modo nuestras provisiones habrían requerido varios viajes.

—Inteligente —dijo Mathias, dándole una palmada en el hombro—. El Harpy es un cúter de recreo, al menos por fuera. Tiene tres velas, la del medio es azul. Aunque quizás no se aprecie bien el color en la oscuridad. Si lo hubieran dejado, donde lo atracamos, sería pan comido, pero apuesto a que lo han movido.

—Sí —confirmó Peter, girando el mapa y señalando una serie de triángulos dibujados en el puerto—. En la carta, Pauline menciona que está bajo la vigilancia de una torre, de las cuales hay tres. No pueden ser las dos que están a ambos lados del canal mercante, así que debe estar en este astillero trasero, donde se guardan los barcos de recreo locales, durante largos periodos de tiempo.

—Consideramos esperar hasta la mañana y tal vez refugiarnos, mientras los pescadores zarpan, pero Peter, con razón, señaló que los barcos pesqueros no representan un problema para las autoridades y que probablemente no están atracados en la misma zona. —Isabelle respiró profundamente y exhaló con las mejillas infladas—. Tendremos que confiar en que la oscuridad de la noche sea suficiente para protegernos.

—Si nos pillan a Isabelle o a mí, podemos hacernos pasar por un matrimonio de sirvientes, que se quedaron a la deriva, en la huida de los Olivier —explicó Peter—. Tengo los papeles que lo demuestran, al menos, y la versión francesa protegerá mi identidad, aunque por supuesto, no puedo hacer nada con mi acento. Si nos pillan, ¿hay alguna posibilidad que nos reconozcan solo por el aspecto?

—Sí —dijo Mathias, mucho más animado que hacía solo unos instantes—. Si me capturan, suban a bordo y ordenen a la tripulación que regrese a Londres de inmediato. Si es necesario, puedo negociar mi liberación desde aquí. Obviamente, preferiría evitar esto.

—¡Hace menos de tres horas dijiste que esta prisión era inescapable! —protestó Isabelle—. No podemos dejarte atrás.

—Puede que tengamos que hacerlo —dijo Peter, sorprendido al descubrir que la idea realmente le inquietaba—. Pero, esperemos que no sea una decisión forzada, ¿eh? Mathias, necesitamos que nos digas a qué horas cambia la guardia. Sabías cuál era su rotación cuando llegamos, así que esperemos que no haya cambiado.

Y así con las cabezas juntas a la luz de una sola antorcha, en el estudio de una casa vacía, los tres planearon su audaz fuga.

# CAPÍTULO TRECE

Isabelle sostenía firmemente la antorcha frente a ella, en alto, mientras guiaba a una Hortensia muy nerviosa sobre las tablas de madera empapadas de sal, que formaban el muelle oriental. Tarareaba para sí misma, en parte para calmar la ansiedad, que la invadía, y también para tranquilizar a los animales a su cargo. Pensaba, además, que una mujer que tarareaba parecía más propensa a demorarse y tomarse su tiempo, en sus tareas, que una que permanecía en silencio.

Uno a uno, ella fue leyendo los nombres de los barcos, a medida que pasaba junto a ellos, buscando la letra «H» grande y ornamentada que la conduciría al nombre que buscaba.

—Harpy —susurró—. Harpy, Harpy, Harpy.

Hortensia resopló, usando su hocico para empujar a su ama más de una vez, impaciente e incómoda con el entorno actual, pero Isabelle sabía que no podía apresurarse, no fuera a ser que tuviera que regresar y prolongar aún más su difícil situación.

El taconeo de sus zapatos sobre las tablas de madera resonó con fuerza, pues no era habitual ver a una sirvienta con botas de montar bajo su vestido. Tarareó con determinación, diciéndose que nadie más que ella se fijaría en tal cosa, incluso cuando los primeros rayos rosados del amanecer empezaban a asomar por el horizonte.

Finalmente, y para su gran alivio, vio el barco que buscaba, una embarcación esbelta y elegante, bien posicionada frente a la torre de vigilancia, que se alzaba sobre ella. Observó que la plataforma de carga estaba bajada al muelle, lo cual probablemente se había hecho para dificultar la huida, pero que les facilitaría mucho el contrabando de la burra, a última hora.

Con mucha persuasión y tirones, subió a Hortensia, a la rampa, y finalmente logró meterla en el compartimento de almacenamiento del barco, que era una caverna oscura, como boca de lobo, con el suelo cubierto de heno. Goliat se retorcía dentro de la alforja acolchada, que tanto le gustaba, y dejó escapar un agudo ladrido de alivio, en cuanto Isabelle colgó la antorcha y fue a liberarlo.

Claro que callar a un perro rara vez tiene efecto alguno, aunque al menos esto le ahorró el trabajo de despertar a la tripulación...

*****

Vestido con un gris apagado y mal ajustado, con una gorra calada hasta la frente y los hombros encorvados en la humilde postura de la clase trabajadora, Peter encontró a Mathias completamente irreconocible. Si tan solo él dejara de usar ese maldito reloj de bolsillo, que había agarrado del estudio, ellos pasarían desapercibidos.

Por suerte para ambos, los muelles orientales estaban muy concurridos y atestados. La torre de vigilancia suponía un obstáculo importante, aunque en un lugar más ordenado, les habría resultado mucho más difícil pasar desapercibidos. A pesar de su bravuconería, Dempierre era ágil, y ambos pudieron avanzar lenta y silenciosamente por la mayor parte del camino, hacia la luz de la baliza que Isabelle había encendido.

—Sabes —dijo Mathias, en voz baja—. Esto me va a convertir en un blanco aún más fácil de lo que era antes.

—¡Oh! Sin duda —convino Peter—. Infame, si se quiere.

—Mmm. —Mathias guardó silencio por un instante, como si estuviera dándole vueltas a la palabra, en su cabeza, examinándola

como si fuera una gema—. Infame —repitió con evidente regocijo—. ¡Sí, supongo que sí!

Se acurrucaron a cierta distancia de la luz de la baliza, escuchando atentamente el alboroto de voces elevadas, que provenía de ambos lados del barco.

—¡Por favor, señor! —gritó Isabelle con una voz que fingía histeria—. ¡Debe salvarme! ¡Mi amo se preguntará a dónde he ido!

Dos guardias permanecían de pie, en el muelle, mirando hacia la proa del barco, donde el cocinero sujetaba a Isabelle con un mosquete, y ella temblaba, en una impresionante imitación de terror.

Los hombres se gritaban unos a otros, exigiendo con vehemencia saber del intercambio de palabras de la inocente criada, capturada por bandidos, al servicio de un conocido contrabandista. Al percatarse del alboroto, desde la torre de vigilancia, tres hombres más bajaron apresuradamente a auxiliar a sus compañeros, cada uno era un punto a la luz de una antorcha. Mathias y Peter reanudaron la marcha, separándose en la bifurcación del muelle.

Mathias desapareció de la vista de Peter, sacando de su abrigo la pistola de chispa, que había requisado en casa de los Olivier. Unos instantes después, el característico disparo de fogueo alertó a los guardias de la presencia de Mathias frente a su barco y del precio de su pasaje, a cambio de aquella pobre y asustada criada.

Los gritos de los hombres indicaban claramente que toda la atención se centraba en Mathias, lo que le dio a Peter la libertad necesaria para correr el resto del camino hacia estribor, donde la tripulación había bajado una escalera de cuerda por el agua. Con un rápido salto y algo de destreza física, estaba seguro que llegaría a bordo, a tiempo.

No obstante, un segundo disparo lo hizo detenerse de inmediato. Ellos no habían previsto un segundo disparo.

Se produjo un frenético intercambio de disparos y el inconfundible sonido de las espadas, al desenvainarse, mientras

gritos cada vez más frenéticos resonaban desde el exterior. Peter vaciló, recordando el plan que habían trazado, en caso que capturaran a Mathias, pero no se atrevió a intervenir. Intentó ser discreto, retrocediendo, poco a poco, hacia la curva del muelle, aunque solo fuera para echar un vistazo a lo que sucedía.

Esto no era nada bueno. Mathias tenía su pistola desenfundada, apuntando hacia delante a dos de los guardias, mientras los otros tres se movían para rodearlo.

—¡Pequeño Juan! —gritó una voz desde arriba, lo suficientemente débil como para ser ahogada por el alboroto de abajo.

Isabelle estaba asomada, a la barandilla, con dos espadas en una funda de tela en las manos. —¡Aquí! ¡Rápido!

—¡Lánzalas! —gritó Peter, señalando el suelo del muelle.

Cayeron al suelo con un estrépito, más rápido de lo que Peter pudo reaccionar, y antes que los demás se dieran cuenta, él se abalanzó sobre Mathias con una espada, en cada mano. Los guardias no lo vieron venir hasta que él estuvo lo suficientemente cerca como para alcanzar a Mathias, lanzándose torpemente al círculo de guardias.

Mathias aceptó una espada con un gesto teatral, sujetando firmemente su pistola, mientras añadía esta segunda arma letal al combate. Aún no era una lucha justa, desde luego, pero por un instante la sensación de desesperanza era menor que antes.

—¡Mataremos a la chica! —gritó uno de los tripulantes desde la cubierta—. ¡Déjenlos pasar!

—¿Y quién es este, eh? —preguntó un guardia con uniforme de rayas, mirando a Peter—. ¿Otro cómplice, Dempierre? Y la chica también, creo.

El Harpy gimió, sus velas se desplegaron de golpe, mientras la tripulación las colocaba en su sitio. Estaba claro que pretendían

partir con Isabelle o arrojarla al agua. La rampa seguía bajada hacia el compartimento de carga, y desde adentro se oían gritos de pánico interrumpidos por los ladridos de un perro.

—¿Tú crees? —Mathias se burló, manteniendo una postura firme, a pesar de su tono provocador—. Es un riesgo muy grande, Dumand. No me parece que seas un jugador.

El hombre esbozó una mueca de desaprobación y volvió a mirar hacia la cubierta, donde Isabelle, aferrada a la barandilla, estaba flanqueada por las amenazadoras figuras de la tripulación. —Solo es una criada —dijo, encogiéndose de hombros, y luego, dirigiéndose a sus hombres, gritó—. ¡Llévenselos!

El tercer disparo de la pistola reveló la triste verdad: solo contenía pólvora. Mathias la arrojó al suelo y saltó hacia el guardia Dumand, cuya arma chocó con la del otro con un estruendo ensordecedor.

La sorpresa de ver a un hombre saltar por los aires tras su líder les dio a los demás el tiempo suficiente para retroceder, lo que le daba a Mathias la oportunidad de abordar la rampa de carga, que se alejaba del muelle, a paso de tortuga. Con sus instintos, logró interceptar el golpe de una espada, dándole un tiro limpio al pecho de otro hombre, al que pateó al agua.

El chapoteo atrajo a dos más, mientras el tercero corría en auxilio del hombre caído. Cuando ese se inclinó para ofrecerle la mano, Mathias aprovechó para empujarlo por la espalda, haciendo que ambos chocaran en el agua del mar.

Dumand parecía un hombre poseído, furioso más allá de lo que cabría esperar de su cargo. Sus golpes contra Mathias eran brutales y letales, y su rostro seguía contorsionado por la rabia.

Peter se vio rodeado por dos hombres, algo que solo había practicado, al final de su etapa con su profesor en Oxford, y únicamente por diversión. Apoyó un pie, en la rampa del barco, como si la pura fuerza de su voluntad bastara para mantenerlo en su

sitio, esquivando y bloqueando los ataques, francamente toscos, de los guardias, quienes claramente no estaban entrenados en esgrima ni esperaban enfrentarse así habitualmente.

—¡Mathias! —gritó con la impaciencia reflejada en sus palabras, mientras esquivaba un golpe metálico y, con un contraataque, desequilibraba a uno de sus oponentes, haciéndolo caer sobre las tablas de madera con un aterrizaje, que pareció doloroso—. Déjalos. ¡Debemos irnos!

El otro guardia arrojó su espada y echó a correr hacia la torre de vigilancia. No estaba claro si huía del combate o buscaba refuerzos, pero en cualquier caso, esta era su oportunidad.

Mathias retrocedió lo más rápido que pudo hacia la rampa del barco, donde Peter lo esperaba con el brazo extendido, instándolo a que se apresurara. Dumand se abalanzaba sobre él con una energía implacable, llegando dos veces a estar tan cerca de asestarle un golpe que Peter pudo oír cómo se desgarraban las ropas de Mathias.

Un golpe sordo y el estallido de cristales hicieron que Dumand dejara de avanzar y se desplomara en el suelo, aturdido y rodeado de lo que parecía ser una cantidad desproporcionada de sangre coagulada.

—¡Corran! —gritó Isabelle frenéticamente desde arriba, sosteniendo otro tarro de conservas sobre su cabeza como si fuera un misil—. ¡Corran, idiotas!

Bastó con eso. Peter agarró a Mathias de la mano y lo subió a la rampa, justo cuando esta se separaba del muelle. Ambos cayeron de espaldas dentro del barco, mientras Dumand se ponía a gatas, gritando obscenidades a la nave, que se alejaba.

Una de las espadas seguía en el muelle, y Dumand la recogió y la arrojó contra ellos con una fuerza que, de haber apuntado bien, podría haberlos alcanzado. Esto los impulsó a actuar, aferrándose a las cuerdas blancas, que sujetaban la rampa, ahora empapada, y

que se arrastraban por las aguas del Mediterráneo, mientras el barco se alejaba a toda velocidad de la costa.

Les costó un gran esfuerzo levantar la pared de la rampa hasta colocarla en su sitio, tras lo cual ambos se desplomaron de espaldas, inhalando y exhalando oxígeno con la gratitud de quienes acaban de enfrentarse a su propia mortalidad, reconfortados por el relincho ansioso de una burra y los ladridos de un perro, que indicaban su regreso a la seguridad.

# CAPÍTULO CATORCE

La fuerte y violenta oleada del barco, al tomar el viento y alejarse del muelle de Marsella, había derribado a Isabelle de espaldas. Un marinero le ordenó bruscamente que mantuviera esa posición hasta que estuvieran completamente fuera de la vista del puerto.

*«Menos mal»*, pensó, llevándose una mano al vientre, mientras otra ola lanzaba el Harpy por los aires y luego lo volvía a bajar. No estaba segura de cómo se las arreglaría, si estuviera de pie. Al fin y al cabo, era la primera vez que subía a un barco. Era una oportunidad para ver cómo el cielo se teñía de rosado y naranja, mientras el sol completaba su recorrido hacia el horizonte matutino, con el último destello de la Estrella Polar desapareciendo de su vista hasta que volviera a anochecer.

Para cuando se dio cuenta que llevaban suficiente tiempo en el mar, como para poder levantarse sin peligro, los tripulantes parecían haberse olvidado por completo de ella y de la brillante estratagema, que habían urdido juntos. Ella se incorporó con dificultad, haciendo una mueca de dolor al ajustarse, una de las horquillas que sujetaban el volante de la criada, a su cabello. Permaneció así hasta que el movimiento le resultó natural, y luego se apoyó en la barandilla para ponerse de pie, respirando profundamente el aire marino, mientras la inmensidad del océano se extendía ante ella.

Esta inmensidad era verdaderamente paralizante. En otro momento, se habría contentado con quedarse allí hasta la puesta de sol, sobrecogida por la belleza de este mundo, del que aún desconocía tanto. Pero llevaba más de un día sin dormir, y a juzgar por la velocidad con la que le fluía la sangre por las venas, pasaría mucho tiempo, antes que pudiera volver a descansar.

Recorrió de nuevo el camino, que había avanzado desde la bodega hasta la cubierta, con mucha más precaución, esta vez, agarrándose a las paredes, cada vez que parecía que el suelo se le iba a escapar bajo los pies. Se preguntó cómo estarían Hortensia y Goliat, criaturas terrestres como eran, y si Peter y Mathias habrían salido ilesos de su enfrentamiento.

Observarlos en combate había sido tan emocionante, como aterrador. Peter se movía como un bailarín, con un cuerpo ágil y flexible, aunque era lo suficientemente fuerte, cuando era necesario para empujar, a más de un guardia, a las turbias aguas del puerto. En otro momento y en otro contexto, ella habría disfrutado mucho más viéndolo en acción. La intensa luz del amanecer brilló, en esa espada, esos pies eran ligeros y rápidos, y ese rostro era firme, mientras repelía a sus enemigos.

Ella lo recordaría para siempre.

En cuanto a Mathias, temía que aquellos hombres de tez oscura con quienes claramente compartía un pasado lo aniquilaran. Lanzar un tarro de conservas, a la refriega, quizás no fue la forma más elegante de ayudar a sus amigos, pero se sentía orgullosa de haber contribuido, a su manera, a la victoria.

Se detuvo justo antes de la puerta de la bodega de carga, aguzando el oído, en busca de alguna pista sobre lo que podría encontrar tras ella. Por desgracia, era una puerta gruesa y robusta, y no obtendría ninguna información hasta que se enderezara y la abriera. Lo único que podía hacer era rezar para que sus amigos hubieran resultado ilesos.

Con el hombro, empujó la pesada puerta para abrirla, justo a tiempo para oír un grito de dolor y un chillido de alarma de Hortensia. Se abrió paso a empujones, esquivando una estantería de provisiones, hasta encontrar a Peter de pie, junto al cuerpo encorvado de Mathias, con un gran palo en la mano. Al verla, intentó esconderlo detrás de su espalda, evidentemente sin darse cuenta de que, en esa posición, el palo era varias pulgadas más alto que él.

—¿Qué diablos...? —preguntó Isabelle, mirando de un hombre a otro—. ¿Cómo es que ya están discutiendo otra vez?

—Nosotros… no estábamos... —Mathias logró decirlo, jadeando entre las dos palabras. Parecía estar riéndose, aunque ella no podía oírlo con tan poco aire, en sus pulmones—. No lo estábamos —repitió para enfatizar, mientras Peter se apresuraba a ayudarlo a levantarse, dejando caer al suelo, el bastón que sostenía.

—No es lo que parece —le aseguró Peter, desviando la mirada, mientras usaba todo su peso para ayudar a Mathias a ponerse de pie.

—He dedicado mucho tiempo, al cuidado de los niños del pueblo, a lo largo de los años —replicó Isabelle, entrecerrando los ojos y con las manos en las caderas—. Y una cosa que he aprendido es que las apariencias engañan. ¡Oh, Mathias, siéntate!

—Sí, bien —convino Mathias, apoyándose en el agarre de Peter para impulsarse alrededor del otro hombre y subirse a una caja vacía. Apoyó las manos en las rodillas y respiró profundamente, varias veces, saboteando sus propios intentos de recuperarse con una risa persistente, casi eufórica—. A veces —dijo entre risitas—. Es peor de lo que parece.

—¡No es cierto! —protestó Peter, pareciendo un actor en el centro del escenario, entre los otros dos—. Admirábamos nuestras posturas en el muelle, y Mathias me pidió que le mostrara el movimiento para desarmar a los oponentes, cuando me encontraba entre ellos.

—¡Creo que me he roto una costilla! —dijo Mathias, alegremente, aunque con una voz inusualmente débil. Tenía los ojos muy abiertos y brillantes, como un niño pequeño que acaba de ver su primer caballo.

—Bueno, de todas las estupideces que podría haber imaginado, herirnos mutuamente, después de haber escapado por poco de una

lesión anterior, está quizás más allá incluso de las capacidades de mi imaginación —bufó, cruzando los brazos sobre el pecho.

—También estamos un poco borrachos —añadió Peter con un tono que sugería que pensaba que esto podría mejorar las cosas—, abrimos un barril de vino. ¿Quieres un poco?

Isabelle parpadeó, un instante, mientras él con una sonrisa esperanzada, aunque algo avergonzada, permanecía de pie, torpemente, entre ella y su compatriota herido. En efecto, ahora podía ver dos copas de madera, en el suelo, una de ellas de lado, con una mancha roja en la base. Cerró los ojos por un momento, por fin distraída de la sensación que el suelo se movía constantemente, bajo sus pies, y se dijo que, considerando todo, este no era un mal resultado.

—Bueno, está bien, entonces, dame una taza —dijo con un suspiro, buscando con la mirada algo donde sentarse y decantándose por un montón de mantas de lana—. Cuando estés en Roma, haz como los romanos.

—¡Estupendo! —Mathias le sonrió—. Yo también quiero más, Applegate, si no te importa.

—No —replicó Peter con una risita—. Te acabo de dejar lisiado. Por cierto, mis disculpas.

—Tonterías, tonterías —insistió Mathias con una amplia sonrisa que le iluminaba las mejillas—. Dominaré esa maldita jugada, antes de llegar a Inglaterra. De eso no hay duda.

—Será un intercambio de técnicas —convino Peter, entregándoles a cada uno una copa de vino, antes de servirse la suya—. Nunca he visto a nadie moverse con tanta calma y consideración, en combate, y eso que solo he visto entrenamientos de práctica. La serenidad con la que mantuviste la cabeza fría, mientras ese hombre intentaba derribarte es realmente admirable.

—Sí, ¿quién era ese hombre, Mathias? —preguntó Isabelle, recogiendo las piernas bajo la falda y acomodándolas, a un lado,

mientras se disponía a disfrutar de sus primeras bebidas matutinas —. Parecía muy enfadado contigo, concretamente.

—Sí, bueno, supongo que he estado entrando y saliendo de contrabando de su puerto, durante casi toda su carrera —dijo Mathias con una sonrisa, rascándose tímidamente detrás de la oreja —. Ese tipo de cosas no fomentan la amistad.

—¿Contrabandear qué? —preguntó, dándose cuenta de repente de lo exquisito que estaba el vino en su copa de madera—. ¿Es este vino siquiera tuyo?

—Diría que es un precio justo por los Olivier por robarnos los papeles de embarque —murmuró Peter, negando con la cabeza—. Todavía no me lo creo.

—Sí, me temo que plantea un pequeño dilema —replicó Mathias, recuperando el aliento—. No podremos atracar en Londres sin ellos, así que volveremos a Dover. Podemos enviarle una carta a Nate, en Londres, cuando lleguemos y que venga a recibirnos a Meridian House. No le hará mucha gracia, pero al menos nos ahorramos el rollo de la temporada alta, ¿no?

Peter frunció el ceño. —Tengo la esperanza de ver a mi hermana, antes que entre en cuarentena —confesó—. No la he visto, cara a cara, en al menos medio año.

—¡Las mujeres ya no se someten a cuarentena! —exclamó Isabelle, obligándose a tragar el vino, antes de soltar algo entre tos y risita—. ¡No estamos en el siglo dieciséis!

—¡Pues yo no sé nada de eso! —continuó Peter con las puntas de las orejas sonrojadas—, mi madre siempre parecía desaparecer, antes que llegara alguno de mis hermanos, y... supongo que mi única referencia, a esas cosas, está en textos históricos. Es decir, los hombres no... Bueno, no suelen estar presentes... para...

—Tranquilo, Applegate —dijo Mathias, mirando fijamente su taza—. Sabemos a qué te refieres.

Un prolongado silencio se hizo presente, interrumpido solo por los resoplidos de Hortensia, buscando algo de comer, y el crujido del barco, al flotar sobre las olas. Isabelle se apuró con su copa de vino para evitar que las ganas de reír volvieran a aflorar.

—Supongo que debería dirigirme a la tripulación —dijo Mathias con un suspiro, dejando caer su vaso vacío, a su lado—. Aunque preferiría beber más.

—Parecen perfectamente competentes sin órdenes —dijo Isabelle, levantándose de su caja para servir las bebidas—. Quizás puedas entretenerte un poco más sin problemas, aunque creo que todos deberíamos echarnos una siesta pronto. Claro que, suponiendo que sea posible dormirse en una habitación, que nunca deja de moverse.

—Uf —murmuró Peter, sacudiendo la cabeza—. Me había olvidado de las hamacas.

—No te preocupes, querida, dormirás en la cama, durante todo el viaje —le aseguró Mathias—. Aunque yo mismo encuentro las hamacas muy cómodas. Te acostumbrarás al movimiento, antes de lo que crees, y luego, una vez que volvamos a tierra firme, te resultará extraña la estabilidad del suelo.

—Como si no estuviera ya muy desorientada —dijo ella, entregándole la taza que había vuelto a llenar—. Quizás sea mejor que pase un par de días, en Inglaterra, para prepararme, antes de ver, a mi hermano. No tengo ni idea qué le voy a decir.

—¡Oh! No me preocuparía por eso —replicó Peter—. Nathaniel construyó su carrera siendo la persona que preside la conversación.

Ella golpeó la taza con la uña, sintiendo un cosquilleo de ansiedad en el pecho. Se imaginó presentándose para ser evaluada en un salón lleno de parientes ingleses con rostros inexpresivos, permitiéndoles rodearla, palpando su ropa y contando las pecas de su nariz con ceño fruncido.

*«Más vino»*, pensó. El vino la haría olvidar el futuro, al menos por un rato.

*****

Para la hora del almuerzo, los tres ya habían bebido mucho del vino de contrabando y estaban sentados en círculo, en el suelo de la bodega de carga, comiendo galletas duras y queso, en un intento de recuperar el aliento.

Isabelle había disfrutado enormemente quitándose las horquillas del pelo y lanzando la cofia con volantes, para no volver a usarla jamás. Empezó a sentir dolor por lo rígido del peinado y sintió verdadera compasión por las mujeres, que trabajaban como sirvientas, y que debían llevar el pelo así toda la vida. Mientras se pasaba los dedos por su cabello grueso y desordenado, dejándolo suelto sobre la cara y los hombros, vio a Peter Applegate observando toda la transformación con una intensidad que le heló la sangre.

Esos ojos se habían vuelto tormentosos, en la penumbra de la bodega de carga, y ese rostro estaba iluminado por el calor del vino. La forma en que la miró la hizo dudar, sintiéndose de repente cohibida e incómoda, en sus movimientos, cuando habría dado cualquier cosa por tener el valor suficiente para sostenerle la mirada y continuar, completamente serena e imperturbable. Ella imaginó que los sofisticados personajes, que él había conocido, codeándose con la nobleza en Londres, habrían manejado esta estratagema con suma habilidad.

Él sí había notado el cambio, y le dedicó una media sonrisa y un encogimiento de hombros tímido, a modo de disculpa, antes de apartar la mirada con respeto. Fue el reconocimiento perfecto de la situación, algo que se sintió más como una diversión privada que como la vergüenza de un coqueteo inexperto, e Isabelle pensó,

después, que había sido como si toda una conversación hubiera tenido lugar allí, en silencio, sin que nadie más se percatara.

El vino, según les había revelado Mathias, se compraba con simples sacos de guineas de oro. Las mercancías procedentes de Francia generaban una buena ganancia, al venderse al otro lado del Canal, especialmente los licores y los textiles. Esta sociedad de la Hoja de Plata, a la que, según se decía, pertenecía la madre de Isabelle, amasó su fortuna, mediante sencillos intercambios de contrabando, y luego utilizó las ganancias para financiar el tránsito de personas, a través de la frontera, en la dirección que ellos eligieran.

El Harpy fue construido para la navegación recreativa y modificado para transportar discretamente mercancías sencillas. Isabelle dedujo que era una de las pocas personas, si no la única, que había sido introducida clandestinamente, en lugar de contrabando.

—¿Por qué el Harpy? —preguntó Peter, tumbado de espaldas contra una viga y con la mano sobre la cabeza de Goliat—. Una elección extraña.

Mathias se arrancó un anillo del dedo y se lo arrojó al otro hombre, haciendo que cayera directamente en su copa de vino con un sonoro «plop».

—¡Uy! —exclamó Mathias, aunque parecía muy satisfecho consigo mismo, mientras Peter sacaba el anillo y se limpiaba el líquido rojo en el dobladillo de la camisa prestada de su sirviente—. ¡Discúlpame!

Peter se puso el anillo, en el dedo, y levantó la mano para examinar el sello. Evidentemente, no se daba cuenta de lo graciosa que resultaba la imagen que proyectaba, entrecerrando los ojos y ajustándose las gafas, en la punta de la nariz, mientras abría los dedos como una novia aduladora. —¿Algún tipo de pájaro? —adivinó tras un instante—. ¿Un halcón?

—Es el escudo de armas de la familia Dempierre —explicó Mathias—. Completamente destruido fuera de ese círculo, como la mayoría de las cosas de la nobleza, cuando el mundo cambió. Mantenemos viva la idea del escudo familiar, a nuestra manera. Mamá con su máscara de plumas, Gigi con sus periquitos, y yo con Harpy, una criatura dividida por dos mundos distintos, igual que yo.

—¿Y tu padre? —preguntó Isabelle, extendiendo la mano para tomar el anillo de Peter y examinarlo ella misma.

Mathias resopló. —Papá nunca ha cruzado la línea que separa el pasado del presente. Vive en las nubes, negando que algo haya cambiado. Supongo que para él es más fácil. No es un pensador profundo.

—Es más difícil engañar a los padres reflexivos —dijo Isabelle con una sonrisa irónica, devolviéndole el anillo a su dueño—. Créeme.

—Su madre es lo suficientemente astuta para los dos —intervino Peter—. No de una forma tan obvia como mi tía Zelda, sino más bien amable y encantadora hasta que te das cuenta que estás haciendo lo que te pide por tu propia voluntad.

—El truco consiste en no hacer absolutamente nada —dijo Mathias con una sonrisa—. O eso creía yo, hasta que me di cuenta que me había manipulado para que me mantuviera al margen de los problemas.

—Mis padres nos dejaron hacer lo que quisiéramos desde el principio —aclaró Peter con nostalgia. Su voz grave era un poco más alta y segura por el efecto del vino. Soltó una carcajada, reflejando un estallido de diversión, libre de sus habituales reservas o autocrítica—. Teníamos todo Winchester para jugar y muy poca supervisión. Seguro que aterrorizamos a los lugareños. Mis padres estaban mucho más interesados, el uno en el otro, que en cualquiera de sus hijos. Curiosamente, al final, eso nos inculcó un sentido de la responsabilidad, donde nos imponíamos reglas a nosotros mismos, ante la ausencia de autoridad.

—Está claro que no son muy estrictos —bromeó Isabelle, sonriendo, ante la expresión de desconcierto e indignación que cruzó fugazmente su rostro—. Ahora eres miembro activo de una organización criminal, ¿no? Falsificación, contrabando y todo lo demás.

—La falsificación fue en vano —respondió Peter con tristeza—. Hemos perdido la mitad de mis documentos, lo que generó la necesidad de la otra mitad que conservamos. Guineas y el puerto de Dover podrían haber hecho el trabajo por mí.

—Bueno, agradezco mucho su presencia —respondió Mathias —. Es mucho mejor que pasar los próximos meses en el castillo de If.

—También me protegieron en el camino a Marsella —le recordó Isabelle—. Si mi primo hubiera decidido complicarnos la vida o si alguno de los posaderos hubiera sospechado de alguna irregularidad, ustedes eran el único escudo que yo tenía.

Peter dio un gran suspiro, reclinando la cabeza contra la viga de madera, sus párpados estaban cerrándose lentamente, mientras la fatiga y el alcohol parecían apoderarse de él. —Supongo que tienes razón —murmuró, reprimiendo un bostezo que rápidamente pasó de Goliat a Mathias y luego a Isabelle.

—Siempre podría legitimar el matrimonio, si eso te tranquiliza, Applegate —bromeó Mathias—. Al fin y al cabo, estamos en alta mar, en mi barco.

—Mi querido Mathias, me temo que cualquier procedimiento legal que supervisaras sería considerado sospechoso —replicó Isabelle con una risa, esperando que su diversión disimulara el rubor, que le había subido a las mejillas, ante tal perspectiva—. Deberías añadir tu escudo, a los documentos falsos, eso sí. Imagino que no tienes mucha necesidad de usar un sello como se debe.

Peter se burló. —Apuesto a que tienes una habitación entera llena de trozos de papel y cera, donde has sacado este anillo.

—¡Quizás sí! —respondió Mathias, jovialmente—. No es muy diferente del collar que lleva Isabelle, ¿cierto? Un simple vínculo con el pasado. Estas cosas son preciosas para nosotros, simples mortales.

Ella sintió que su mano se dirigía automáticamente a su garganta con sus dedos rodeando la joya azul oscura. La había estado manipulando tanto que temía haberla estropeado. La protuberancia ahora se movía, al tocarla con la uña, y había estado intentando detenerse.

Quizás podría repararla en Inglaterra.

—Voy a dormir en el suelo —dijo Peter, dejando escapar otro largo bostezo y mirando a los otros dos con un ojo oculto entre sus pestañas—. La hamaca puede esperar.

—Deberíamos dormir todos —convino Mathias, poniéndose de pie y ofreciéndole la mano a Isabelle—. Déjame enseñarte tus aposentos.

Ella tomó la mano y alisó las arrugas de su falda, mirando a Peter, que ya parecía respirar con un ritmo constante. —¿Vamos a dejarlo ahí? —susurró, arqueando las cejas—. No puede dormir ahí de verdad, ¿o sí?

—Le traeré una manta —prometió Mathias, acompañándola hacia la puerta—. Es un tipo nervioso, pero duerme como un tronco. Quizás hoy todos lo hagamos. Recuérdame que lo emborrache más a menudo.

Isabelle echó una última mirada por encima del hombro, notando que su perro había preferido acurrucarse en el hueco del brazo de Peter, en lugar de seguir a su ama a la cubierta. Las gafas de Peter estaban torcidas, su rostro descansaba sobre su brazo y parecía, en verdad, completamente absorto en sus pensamientos.

Ella soltó una risita, siguiendo a Mathias hacia su propia promesa de un sueño largamente esperado, y pensó para sí misma que era una pena que todo el mundo supiera ya que esos

documentos de matrimonio eran falsos, porque sería muy feliz si fueran auténticos.

# CAPÍTULO QUINCE

Peter no sabía cuánto tiempo había dormido. De lo que sí estaba seguro era que lo único que lo había despertado era la molesta necesidad de hidratarse, después de tanto vino. Para cuando finalmente abrió los ojos, llevaba ya un buen rato lamentando esa incómoda necesidad.

Se dio cuenta que estaba cubierto con una manta de lana áspera, de un estampado rojo y morado bastante chillón, y que el perrito de Isabelle seguía roncando, a su lado. Goliat se había acurrucado, en su hombro, y se había dormido boca arriba, con las cuatro patas colgando en el aire, y la lengua asomando por un lado de la boca.

Casi sintió la tentación de quedarse allí, un rato más, pero, por desgracia, quizás esta era la mayor sensación de sed, que había sentido en toda su vida.

En cuanto se puso de pie, él volvió a sentir el movimiento del barco, bajo sus pies. Tropezó hacia adelante y extendió ambas manos para apoyarse en una de las vigas, que sostenían la bodega. Tardó un instante en divisar sus gafas, que se las habían quitado y doblado cuidadosamente sobre el barril de vino vacío.

¿Había hecho eso Isabelle? No estaba seguro de si imaginarla haciendo tal cosa era emocionante o humillante.

Quienquiera que lo hubiera hecho, no había sido lo suficientemente rápido. Una de las sienes parecía haberse doblado bajo el peso de su cabeza, dormida en el suelo. Realmente, esto no importaba. Él había reparado cosas peores y se había quedado dormido en posturas, mucho menos propicias, a menudo, justo

encima de tinta y papel húmedos, peligrosamente cerca de velas casi apagadas.

Subió a cubierta y la encontró casi desierta. Un tenue resplandor azul indicaba que había dormido, apenas unas horas o muchísimo. ¿Amanecía o se ponía? Era imposible saberlo con solo el mar abierto a su alrededor.

Encontró a Isabelle y Mathias, en la cocina, tomando tazas de té, a ambos lados de una partida de dados abandonada. Al entrar, Isabelle gimió de frustración, mientras que Mathias aplaudió con entusiasmo, con una amplia sonrisa que dejaba ver sus hoyuelos. La escena lo dejó paralizado hasta que alguien le dio una explicación.

—Acabas de hacerme perder una apuesta —dijo Isabelle finalmente, usando uno de sus pies calzados con pantuflas para apartar una silla vacía de la mesa para que Peter la usara.

—Dije que te despertarías al amanecer, y Monetier dijo que no... Que tú no dormirías toda la noche, que estaba segura. Es lógico suponer que te despertaras, en la noche, era la opción más segura, pero, yo sé más que ella... Duermes como un tronco — Mathias se burló, dando un sorbo delicado a una taza muy grande y tosca.

—El sol aún está saliendo —expresó Peter, tomando asiento y agarrando una de las tazas vacías—. ¿O poniéndose? Supongo.

—Amanece —confirmó Isabelle con un resoplido altivo—. Hablamos de las condiciones del crepúsculo. La victoria sigue siendo para Mathias. ¿Cómo pudiste estar tan cómodo ahí abajo, durante tanto tiempo?

—«Cómodo» no es la palabra que usaría necesariamente — respondió Peter sin poder evitar una risita autocrítica—. El sueño es más bien una bestia dominante, que me ataca de vez en cuando, y no es un respiro deseado que deba cultivar y alimentar para disfrutar.

—Mucha gente te envidiaría —dijo Mathias—. Yo no, pero mucha otra gente sí.

Ahora que había tenido un momento para volver a la realidad, Peter notó que sus compañeros de viaje parecían descansados y se habían cambiado de ropa. Isabelle llevaba la misma falda roja que la noche, en que se conocieron, con su habitual cinturón ancho de cuero y su blusa blanca trenzada. Su cabello estaba húmedo y trenzado sobre el hombro, como él estaba acostumbrado a verlo.

Mathias había vuelto a ponerse su camisa de manga corta. Estaba bien afeitado y con los ojos brillantes.

Ambos parecían descansados tras una noche de reposo, mientras que Peter estaba seguro que él parecía una vieja bruja del bosque, demacrada y desaliñada.

El cocinero del barco entró tambaleándose, murmurando algo sobre la cantidad de huevos que les quedaban, y desapareció en la cocina, donde estaban sus utensilios. Esto le dio a Peter la oportunidad de excusarse y correr al camarote de la tripulación. Rápidamente se cambió de ropa, peinándose y secándose la cara con un trapo húmedo, deseoso de tener un aspecto presentable, antes de que los rayos de sol comenzaran a iluminar su rostro, ante los demás.

Se sintió mejor cuando regresó a un plato humeante de desayuno y escuchó con alegría, mientras Isabelle le explicaba el juego que le había estado enseñando a Mathias, mostrándole un hueso desgastado, y detallándole las reglas y cómo romperlas.

*****

La tarde se desplegó en un estallido de luz solar brillante, bajo un cielo despejado. Las olas, con sus crestas blancas y centelleantes, estallaban en destellos de luz contra el Harpy. Inclinándose, mientras

se abría paso hacia el norte, trazando prismas en el océano a su paso.

Isabelle había insistido en que le mostraran todo el barco y le explicaran lo básico de su funcionamiento, no fuera que el mar arrojara a todos los hombres al agua y la dejara sola navegando de regreso a tierra firme, y Mathias había accedido a su petición, diciendo que de todos modos necesitaba inspeccionar el estado de las cosas. Sin embargo, Peter había rechazado la invitación a unirse a ellos, prefiriendo en cambio buscar un buen lugar, en la cubierta, para disfrutar del calor del día y arreglarse las gafas destrozadas.

Le habían regalado un pequeño kit de herramientas artesanales para este fin, cuando era adolescente, después que tantas visitas al técnico para reparaciones profesionales convirtieran tal inversión en algo frugal y sensato. De hecho, le había ahorrado mucho tiempo y dinero, a lo largo de los años, el poder solucionar él mismo problemas sencillos, y era un alivio no tener que pasar el resto del viaje a Inglaterra con la visión borrosa.

A falta de un espacio de trabajo adecuado, había optado por usar una de las placas blancas de la cocina, como superficie, lo cual funcionaba bien, si no fuera por la forma en que los diminutos tornillos y demás piezas rodaban, mientras el barco se mecía en el agua. Estaba tan concentrado en las pequeñas piezas y en manipularlas, que ni siquiera se había percatado que Isabelle se había sentado a su lado, observando su trabajo.

Cuando ella habló, él casi dio un brinco del susto.

—¡Qué herramientas tan curiosas! —exclamó ella, sonriendo al ver esa reacción—. Parecen cosas de una casa de muñecas.

Él había ajustado su postura para que ella pudiera mirar por encima de su hombro, mientras trabajaba, cosa que ella hizo tan cerca que sus manos se volvieron menos firmes, y ese aliento le despeinó el cabello cerca de la oreja. Ella apoyó la barbilla en el hombro de Peter, aparentemente sin importarle que la vieran así, y

permaneció en silencio, como si no quisiera molestarlo demasiado, solo lo suficiente para entretenerse.

—Son herramientas de joyero —explicó, satisfecho que el último tornillo hubiera vuelto a su sitio, en el mecanismo, con la suficiente firmeza como para poder respirar de nuevo. Se colocó las gafas en el puente de la nariz, comprobó que las patillas estuvieran niveladas y quedó satisfecho. Ya no estaban torcidas.

—¿Ah, sí? —dijo ella, retrocediendo para que él pudiera girarse y mirarla, aunque sus ojos estaban fijos en la pequeña caja de cuero y los objetos que contenía—. Pareces tener cierta habilidad con estas.

—He practicado mucho —replicó él con una pequeña sonrisa torcida, aunque los bonitos ojos de ella no se habían apartado de la caja de herramientas.

Ella jugaba con la joya azul oscuro que llevaba, en el cuello, y sus pensamientos giraban tan fuerte, que él juraría que podía oírlos. —¿Crees que podrías usar esas herramientas para abrir mi medallón?

Él dudó por un instante, mirando la baratija que ella sostenía en la mano, tibia por haber estado en contacto con su suave piel bajo el sol. —No quisiera dañarla.

—Ya está dañada —dijo ella con un ligero temblor en la garganta, mientras se lo quitaba del cuello—. Insisto en que lo intentemos. ¿Podrías ayudarme a quitármelo? Me temo que aún no domino el broche.

Él no tuvo oportunidad de responder, antes que ella le diera la espalda, apartando con los dedos unos mechones de cabello de la nuca, mientras le ofrecía la esbelta columna de su cuello. A él le impactó el aroma de esa piel, dulce y recién bañada por agua de mar y flores. Ella parpadeó rápidamente, conteniendo la respiración para serenar sus pensamientos, mientras desabrochaba el pequeño gancho, dejando caer el collar en la palma de su mano.

—La protuberancia está suelta —dijo ella, tomando la cadena en la mano y extendiéndosela—. He estado intentando aflojarla, como si fuera un diente flojo, así que probablemente sea mejor que uses tus herramientas para liberarla, a que yo lo haga a la fuerza. Tengo curiosidad por saber qué hay adentro, y si queda algo.

Él se movió bajo la luz del sol, dándole vueltas al colgante, que tenía en la mano, examinándolo. Se aclaró la garganta, recordándose a sí mismo que debía concentrarse, y en un intento por distraerse de su cercanía, le preguntó: —¿Disfrutaste de tu recorrido por el barco?

—Sí —respondió ella, aunque al hacerlo se acercó más a él para ver qué hacía—. Aprendí qué es un aparejo de pesca.

—Tendrás que iluminarme —replicó Peter con una sonrisa irónica—. Porque no tengo ni idea qué puede ser esto.

Su pulgar se deslizó sobre el trozo de metal que sobresalía de la costura. Tenía razón: estaba suelto y se movía con facilidad en ambas direcciones. Algo en su interior le impedía moverse más, pero tal vez si lograba desencajarlo, el relicario se abriría y revelaría su interior.

Una gota de aceite de una de sus herramientas de punta fina le permitió moverlo más, aunque solo en una dirección. Jaló de este con una fuerza cautelosa, aplicando más aceite en la costura al darse cuenta que, fuera lo que fuese esa protuberancia, probablemente ocupaba toda la cavidad del relicario.

—Isabelle —dijo en voz baja, girándolo para mostrarle lo que veía: el brillo metálico relucía al sol—. No creo que este relicario se abra como imaginamos. Mira aquí.

—¡Qué extraño! —susurró, pegándose a él, mientras intentaba, poco a poco, que el mecanismo volviera a funcionar—. La protuberancia no estaba dañada —Ella se dio cuenta—. Es una manija. ¡Una manija diminuta!

—¡Jamás había visto nada igual! —exclamó él maravillado, enganchando la uña del pulgar en el pequeño bulto liso y dándole un último tirón. Se oyó un delicado roce de metal contra metal, siendo esto la protesta del movimiento tras tanto tiempo inactivo, aunque el relicario se desplegó como una navaja, revelando una intrincada lámina de metal, que había estado oculta en su interior, entre la joya azul oscuro y su carcasa metálica.

—Es una llave —dijo ella con los ojos muy abiertos—. ¡Peter, es una llave!

—Sí, parece que sí —replicó él, en voz baja, extendiéndoselo por su base de piedra. Al verlo desplegado así, resultaba asombroso que no hubieran sabido qué era desde el principio. Parecía más natural como llave que como relicario, sujeto por su brillante cadena —. Me pregunto qué abrirá.

—Me pregunto si aquello que abre todavía existe —continuó ella, extendiendo la mano para tomarlo con un temor, como si esto pudiera quemarla—, parece que mi madre estaba hecha de misterios complejos, donde cada nueva revelación solo genera más preguntas.

—Yo también he tenido esa impresión —convino Peter, absorto por la admiración, en ese rostro, mientras sostenía el collar entre sus manos—. Te pareces a ella, ¿sabes?

Ella parpadeó, sacudiendo levemente la cabeza, como si acabara de despertar de un sueño. Sus ojos se llenaron de emoción, y los reflejos dorados de sus ojos color avellana brillaban bajo las lágrimas. —¿Cómo lo sabes? —preguntó, respirando fuertemente por la nariz para intentar calmarse, aunque su voz denotaba un tono áspero—. ¿La conocías?

—No, pero he visto su retrato —respondió con la mayor delicadeza posible, preocupado de repente por estar interrumpiendo un momento que Isabelle deseaba vivir a solas—. Hay un retrato de tu familia en Meridian House. Lo vi, antes de zarpar hacia Francia. Allí apareces, aunque solo eras una bebé en brazos.

—Me alegra saber que existe algo así —replicó ella, mirándolo a los ojos con lo que parecía una súplica silenciosa de apoyo, en aquel mar de sentimientos despertados. Extendió las manos y tomó las de él con el relicario entre ellas—. Deseo mucho ver cómo son. ¿Se parece mucho mi hermano a mí?

La observó, inclinando la cabeza e intentando recordar a Nathaniel. —Tiene el pelo más claro —le dijo—. Y los ojos más oscuros. Aunque ustedes tienen las mejillas y la mandíbula parecida. Creo que cualquiera que los vea juntos se dará cuenta que son parientes.

—Pero, yo soy más guapa, ¿cierto? —dijo con una leve sonrisa —. Dime que soy más guapa.

—Te prefiero a ti, antes que a él, te lo juro —respondió Peter, solemnemente—. Aunque, ciertamente, Nathaniel nunca me ha besado ni me ha llevado a bosques apartados.

Ella soltó una risita, pestañeando coquetamente y apretándole la mano, dejando entre ellos la huella de la llave secreta de su madre. —Tampoco ha escapado de la ley ni se ha embarcado contigo hacia aventuras desconocidas. Aunque sea más guapo que yo, seguro que yo soy más interesante.

—Eres, sin duda, la mujer más fascinante que he conocido — replicó, incapaz de resistir la tentación de dejarse envolver por esa aura, ya que estaban tan cerca—. Te seguiría a cualquier parte.

Ella se mordió el labio, alzando sus bonitos ojos color avellana para encontrarse con los de él. —¿Crees que si te beso otra vez, aparecerá Mathias y le dará la vuelta a la tortilla?

—Quizás —respondió Peter, sintiendo un escalofrío, al notar esa cercanía y el tono insinuante de ese susurro—. Entonces, lo mejor será que yo asuma el riesgo, ¿no crees?

—Sería lo caballeroso —convino ella, pero aún así se inclinó hacia él, dejando en el aire la pregunta de quién fue el verdadero

iniciador de aquel beso, una incógnita que jamás podría ser respondida.

Él había olvidado la suavidad de esos labios y la rapidez con que la razón se desvanecía, cuando ella estaba tan cerca. Alzó la mano libre para acariciarle la mejilla, deleitándose con ese sabor y la dulzura de un deseo por fin satisfecho. La sensación era tan intensa que no le importó que estuvieran sentados, a plena luz del día, ni que algún miembro de la tripulación pudiera observarlos. En ese momento, cualquier riesgo parecía valer la pena.

Ella le entregó el collar, confiando en que lo guardaría a buen recaudo para poder abrazarlo y entregarse también a él. Era una carga que él llevaba con gusto, aferrándose a la preciada joya y conteniendo la respiración, mientras el cuerpo de ella se presionaba contra el suyo, y el beso se intensificaba hasta que Isabelle estuvo a punto de sentarse en su regazo.

Cuando ella se separó con la respiración cálida y pesada y los ojos brillantes y vivos, Peter creyó sentir que el mundo se tambaleaba un poco, más allá del movimiento de las olas bajo ellos. Ella era embriagadora, y la mente de Peter ya estaba tan libre del constante parloteo de pensamientos, como en sus entrenamientos más rigurosos con la espada. Acarició los mechones de cabello, que caían sobre ese rostro, y la contempló con una especie de asombro hipnótico.

Era difícil no desear que estuvieran en un lugar más apartado, no imaginar cómo sería despojarse de la ropa y sentir piel contra piel. Nunca antes había deseado a alguien así, y tampoco se había sentido tan irresistiblemente impulsado a tocar a otra persona, a cada instante. Quizás era mejor que estuvieran en cubierta, algo expuestos, pues fácilmente él se veía capaz de comportarse de forma deshonrosa, si se le presentaba la oportunidad.

Ella tenía las mejillas sonrosadas y la respiración superficial. Él no podía asegurar que esos deseos fueran tan carnales como los de él, pero sospechaba que, si tuvieran más privacidad, ninguno de los

dos respetaría las normas de la buena sociedad. Al menos, esperaba que no.

Isabelle dio la vuelta, dejando caer su espesa trenza castaña sobre su hombro. Se estremeció cuando él le volvió a colocar el collar alrededor de su bonito cuello y suspiró, cuando él se detuvo en el broche para poder disfrutar de la sensación de la piel allí, un instante más.

Cuando volteó hacia él, con los labios húmedos y entreabiertos y los ojos brillantes de picardía, se alejó poco a poco, como para darles a ambos algo de espacio para recobrar el sentido.

—Deberías visitar el Harpy, algún día —dijo ella, apartando la mirada para contemplar el mar bañado por el sol—. Me imagino que no tendrás ni idea de cómo llegar a los aposentos del capitán hasta que lo hagas.

# CAPÍTULO DIECISÉIS

Para la tercera noche, Isabelle ya se había dado cuenta que no habría ninguna llamada clandestina a su puerta.

Desde luego, no fue que no hubiera sido lo suficientemente explícita en su invitación. Peter era un hombre inteligente, y después que ella dijo lo que dijo, él la besó una vez más, atrayéndola con firmeza hacia su regazo, donde quedó patente su interés en la proposición.

¿Por qué, entonces, había decidido no hacerlo? O bien se trataba de un sentido de la moralidad mal entendido, o ella no era tan tentadora, como esperaba.

Al menos, no la evitaba durante el día. Incluso habían intercambiado susurros divertidos, en una de las sesiones de curiosidad náutica de Isabelle, cuando el cocinero del barco se enzarzó en una discusión con Mathias sobre si el Harpy podía describirse justificadamente como una «balandra».

En los días posteriores, habían aprovechado cada oportunidad disponible para sugerir que Mathias se comportaba como un «balandro», a pesar que ninguno de los dos sabía lo que significaba la palabra, simplemente porque era muy eficaz para hacer que el imperturbable capitán del barco farfullara de indignación.

Así pues, no se trataba que el viaje hubiera perdido su encanto. Ella seguía pasándolo de maravilla, y la libertad infinita del mar la revitalizaba, como nunca antes lo había sentido en el fondo de su pequeño paraíso, en el valle de Serre Chevalier. ¿Quién iba a imaginar que el mundo fuera tan, tan abierto? ¿Quién iba a imaginar que existieran lugares desprotegidos por la severa vigilancia de mil picos montañosos?

La verdad era que parte de su emoción provenía del miedo. Cada mañana, antes de dar de comer a Hortensia y Goliat, y antes de ir a la cocina y servirse su primera taza de té, caminaba hacia la proa y miraba a lo lejos, hasta donde le permitía su mirada, buscando algún atisbo de tierra. Mientras el mar se extendiera eternamente, estaría a salvo. Y al no haber nada más que océano, sería Isabelle Monetier, y sabía perfectamente lo que eso significaba.

Al menos, ella tenía una idea muy clara. Es cierto que su repertorio de aventuras se había ampliado considerablemente, en los últimos días, pero todo le había resultado muy natural. Se sentía como la misma Isabelle de siempre.

¿Qué haría cuando apareciera Inglaterra? ¿Quién sería entonces? Si se entregaba voluntariamente a Peter ahora, antes de convertirse en algo nuevo y desconocido, podría estar segura que era lo correcto y honesto. Había decidido, en casa de los Olivier, mientras planeaban su huida juntos, que eso era lo que quería.

Ella lo deseaba. Isabelle Monetier deseaba a Peter Applegate.

¿Quién podría decir qué querría ella, cuando eso ya no la definiera por completo? ¿Qué querría Alice Atlas? ¿A quién querría?

Recorrió la cubierta exterior, más allá del camarote del capitán, con los pies descalzos rozando el suelo impecablemente fregado, mientras la barandilla ondeaba por sus tobillos. Disfrutaba del silencio absoluto, interrumpido solo por el chapoteo del agua y el crujido de la madera, y deslizó los dedos por las frías tallas biseladas de la barandilla. Las estrellas formaban un manto de luz, en el cielo, con apenas una fina luna, que rivalizaba con su esplendor. Inclinó la cabeza hacia atrás y contó las Siete Hermanas, inmersas en su eterna búsqueda, a través del cosmos.

Al menos, ella solo había descubierto a un hermano. ¿Qué habría hecho con siete?

Sonrió para sí misma, recordando cómo Babette y ella habían fingido ser hermanas de niñas, pero en privado se confesaban que

eran felices siendo hijas únicas de su padre. Era el egoísmo propio de las niñas, pues, ¿qué niña no deseaba tener toda la atención de su padre para ella sola?

Sí, ya lo habían decidido. Las hermanas de mentira eran mucho mejores. Nunca se peleaban.

Ella se rió, tomando una profunda bocanada de aire, llenando sus pulmones con la felicidad de ese recuerdo y la quietud del momento presente.

La brisa tenía un aroma que recordaba a la luz de la luna: limpio y salado con misteriosas notas dulces ocultas. Su cabello caía suelto por su espalda, y la forma, en que se mecía con el viento, se sentía casi como si los dedos de Poseidón se enredaran en sus mechones, envolviendo rizos entre sus dedos para que descansaran caprichosamente sobre sus mejillas.

Cerró los ojos, respiró profundamente, y así supo, cuándo él apareció.

Ese aroma se había vuelto tan familiar para ella como respirar, y se mezclaba tan naturalmente con el olor a luz de luna que pensó, que antes le faltaba algo. No abrió los ojos de inmediato, por temor a que huyera, y esperó hasta sentir el calor de ese cuerpo, apoyado contra la robusta barandilla del barco, junto a ella.

Ella sonrió. Una comprensión la inundó, como una cálida ola del mar, y cuando abrió los ojos, lo vio mirándola con el rostro pensativo y absorto. —Venías todas las noches —comprendió y lo dijo—. Simplemente no eras capaz de llamar a la puerta.

Él le devolvió la sonrisa, un leve encogimiento de hombros y un suspiro que confirmaron sus sospechas, y la abrazó con fuerza, mientras contemplaban juntos el cielo nocturno. —¿Sabías que si viajas lo suficientemente al sur, las estrellas cambian? —dijo, en voz baja—. Cada constelación es diferente, en algún lugar esta noche.

—¿Incluso la Estrella Polar? —preguntó ella con curiosidad, dejando que sus ojos recorrieran el cálido pelaje del lomo de la Osa

Mayor, en su búsqueda.

—Sí, incluso Polaris —confirmó. La miró a ella en lugar de al cielo. Las sombras jugaban sobre sus rostros, mientras la luz de las antorchas del Harpy se balanceaba—. Lejos de aquí, astrónomos, cartógrafos, marineros y niños que contemplan el cielo tienen la Cruz del Sur. Claro que nunca la he visto, pero hay dibujos y mapas en algunos libros de Oxford... Imagínate. Hace seiscientos años, miles de reyes, obispos y cruzados viajaron lo suficientemente lejos de casa como para ver cómo cambiaba el cielo. Muchos regresaron y escribieron que su peregrinación no los había transformado tanto como esperaban. ¿Puedes imaginarte emprender un viaje así y sentir que regresas sin haber cambiado?

—No —respondió ella con seriedad, alzando sus brillantes ojos color avellana para encontrarse con los de él, velados por el reflejo de la luz de las estrellas, en esas gafas—. No puedo.

—Incluso la luna es diferente más allá del cinturón invisible del Ecuador. Sigue siendo nuestra luna, sigue siendo azul y brillante, pero crece y mengua, como un reflejo en un espejo —continuó, entrelazando sus dedos con los de ella en el borde tallado de la barandilla—, pero, aquellos hombres de otras épocas insistieron en que la Tierra se sentía igual de estable, bajo sus pies, sin importar en qué lugar del planeta se encontraban.

—Quizás nunca pasaron tiempo en el mar —sugirió Isabelle, dándole un codazo, con el corazón acelerado, mientras entrelazaba sus dedos con los de él, apoyándose en la firmeza de ese cuerpo y la suave corriente nocturna los envolvía—. Quizás no puedas renacer hasta que no haya tierra bajo tus pies.

Él le sonrió con una sonrisa suave y cariñosa, que a ella le hizo sentir la seguridad, que antes asociaba con el horizonte infinito. Él se inclinó hacia adelante, apartándole un mechón de pelo de la frente, y le habló en voz baja con una voz solo para ella: —He pensado mucho en ello, estos últimos días. He pensado en esos hombres, y en cómo se necesita mucho más que mover los cielos

para cambiar lo que eran. Nadie puede arrebatarte tu esencia, Isabelle Monetier.

—¿Quién soy yo, Peter Applegate? —susurró ella, insegura incluso de la respuesta.

Él soltó una risita, negó con la cabeza y le rozó la mejilla con la yema del pulgar. —No podría describirte mejor que como imagino ese otro cielo nocturno. Eres una mujer que eligió un perrito y le puso el nombre de un gigante. Te enamoraste de un montón de rocas en el bosque, más antiguas que la civilización misma. Las viste por lo que significaban, en lugar de por lo que son, y luego compartiste ese secreto y toda su magia con un desconocido. Sabes cocinar tus propios huevos, tejer coronas de flores y besar a un hombre de tal manera que se olvida de todo excepto de ti, y de cuánto desea que lo beses de nuevo.

Por un instante, a ella se le olvidó respirar, y sus labios se entreabrieron con sorpresa. —Peter… —empezó a decir, aunque no tenía ni la más remota idea qué responderle.

—Estoy enamorado de ti, Isabelle —dijo él con voz suave, aunque firme y segura, sin dejar lugar a dudas—. Sé que lo último que necesitas ahora es otra complicación, en tu vida, y no te pido que tomes ninguna decisión ni que me correspondas. Te digo que te amo para que, cuando lleguemos a Inglaterra, sepas que hay alguien que te apoya y que respaldará tus decisiones, sean las que sean. Y entonces, cuando tengas permiso, y cuando sea más apropiado, te pediré que consideres casarte conmigo.

Ella estaba paralizada, pero ardía al mismo tiempo. Las palabras y los sentimientos se le atascaban en la garganta, negándose a convertirse en pensamientos coherentes. ¿Amor? ¿Lo amaba ella también? ¿Podía amarlo, antes de saber realmente quién era? ¿Matrimonio? ¡Matrimonio!

Hace un mes, Isabelle se había planteado seriamente la posibilidad de vivir sin marido. Muchas mujeres lo hacían y eran perfectamente felices. Su padre era feliz sin esposa. Jamás habría

imaginado que ya se estaba preparando una propuesta de matrimonio dirigida a ella, y ahora había una segunda, mucho más tentadora que la anterior.

—¿Por qué no llamaste a mi puerta? —Ella logró decirlo finalmente, entrecortadamente—. Si sientes lo que dices, ¿por qué no estás conmigo?

Él dudó por un instante, y una expresión de sorpresa divertida sustituyó su rostro serio. —Lo intenté —confesó—. Levanté la mano, cerré el puño y simplemente no pude ir más allá. Me temo que he pasado toda la vida, escuchando sobre las consecuencias de deshonrar a una jovencita fuera del matrimonio.

—Nunca dije que fuera pura —replicó, arqueando las cejas—. ¿Acaso crees que eres el primer hombre, al que beso, en un bosque iluminado por la luna?

—No lo había considerado —respondió, parpadeando sorprendido, pero con un tono que denotaba más vergüenza por sus suposiciones que horror, ante la posibilidad de su impureza—. Solo espero haber sido el más hábil de los hombres del bosque.

Ella sonrió, empujándolo juguetonamente con el talón de la mano y luego jalando de él hacia ella por la camisa. —Eres el único, tonto... Solo estaba bromeando. Ven aquí.

Él la besó con una leve sonrisa en los labios, hundiendo los dedos en ese cabello y saboreando el deseo en esos labios sin exigir nada a cambio. Ella sabía que podía quedarse allí, besándolo toda la noche, y él jamás la presionaría para que pidiera más ni le exigiría que correspondiera a su amor ni que aceptara su propuesta. Peter Applegate era feliz con tal que ella siguiera viva y respirando, al parecer.

¿Eso era amor? ¿Altruismo?

¿Cómo, entonces, podría corresponderle, cuando tanto deseaba de él? Si pudiera, los encerraría a los dos solos, durante días, semanas y meses. Se escondería del mundo con Peter

Applegate y jamás se sentiría incompleta. El aislamiento nunca le había resultado tan atractivo.

—¿Y si...? —susurró ella contra sus labios con las pestañas revoloteando, mientras él le acariciaba la base del cuello con las manos aún enredadas en su cabello—. ¿Y si no tuvieras que llamar, porque la puerta ya estuviera abierta?

Él gimió, presionando su frente contra la de ella, apretando su mano contra un puño del cabello y empujando suavemente su cabeza hacia atrás para poder saborearle la columna de la garganta. —Me lo pones muy difícil para comportarme con honor —susurró él con voz ronca, reflejando un gruñido que revelaba los secretos que ella ansiaba desvelar.

—¿Qué hay más honorable que actuar por amor? —murmuró ella, empujándolo hacia atrás, en dirección al camarote del capitán. Su piel ardía de placer, y el calor emanaba del rastro de esos labios, en su cuello. Apoyó la mejilla en ese cabello, aspirando el aroma, deleitándose con la fragancia del sol, el mar, el pergamino y la masculinidad, todo envuelto en un instante de embriaguez.

Él no opuso resistencia, siguiendo sus pasos hacia la puerta elevada, sin interrumpir el beso. Una vez que cruzaron el umbral del camarote, él pareció sentir una repentina urgencia, cerrando la puerta de un puntapié tras ellos, y alzándola en brazos para los pocos pasos que les quedaban hasta la cama.

Se subió encima de ella, cubriéndola con su propia manta, y su peso la presionó contra el colchón, mientras sus manos exploraban los costados de ese cuerpo.

—Esta prenda no es prácticamente nada —murmuró él, interrumpiendo sus besos solo para disfrutar de la visión de ella extendida debajo de él, vestida únicamente con una fina camisa blanca, que se había vuelto casi translúcida, a la luz tenue de las velas.

Ella permaneció inmóvil, mientras esas manos recorrían con cautela las curvas de su cintura y caderas, rozando la parte superior de sus muslos, y su respiración se entrecortaba. Instintivamente sabía que él no la tocaría más sin algún tipo de estímulo, ya fuera llevándolo al límite o tomando ella misma las riendas.

Deslizó una de sus manos sobre la de él, guiando esa palma por la suave piel de su vientre hasta llegar a su pecho. Sin ataduras y apenas cubierta, sabía que quedaba poco a la imaginación, con o sin prendas. Contuvo el aliento, arqueando la espalda, mientras él deslizaba el pulgar sobre la sensible punta de su pezón, acariciándolo hasta que se endureció para él, grabado con todo detalle en la tela de su camisón.

Eso lo envalentonó, y esos besos descendieron por su cuerpo, siguiendo el camino trazado por las manos. Esos besos eran suaves como plumas sobre su pecho, acariciando y deteniéndose en un pezón y luego en el otro. Esas elegantes manos eran tan ágiles y precisas en esto, como en las labores de restauración, igual de expertas y artísticas. *«Está examinando mi cuerpo»*, pensó ella. *«Y lo está dominando»*.

Eso la impulsó a tocarlo también, a explorarlo del mismo modo. Recorrió con los dedos la línea de esos hombros, la amplitud de esa espalda y la piel que se asomaba, al tirar de la camisa, deleitándose con la forma en que esos músculos se tensaban, y esa respiración cambiaba, al rozar con sus dedos la piel desnuda, en la base de esas caderas.

Él murmuró algo, quizás una maldición, y volvió a besarla con fuerza, casi como un reproche, antes de sentarse sobre los talones y quitarse la camisa. Se quitó las gafas, las dobló y las arrojó sobre la mesita de noche, pasándose las manos por el pelo oscuro con impaciencia.

Seguramente, él ignoraba la imagen que proyectaba, con su musculatura definida y su aspecto desaliñado, sus ojos grisáceos oscuros de deseo y su cuerpo tenso, como la cuerda de un arco. Era

como una nube de tormenta, preparándose para un rugido sombrío, antes de desatar su pasión sobre la Tierra.

Ella no pudo resistir la tentación de alzar la mano y deslizar los dedos sobre la superficie plana de ese abdomen, observando fascinada cómo ese cuerpo se tensaba y se contraía bajo su tacto, como si algo superior a su intelecto se hubiera apoderado de toda comunicación. La simple verdad la mareaba: aquel hombre hermoso, semidesnudo, la dominaba, mientras ella yacía extendida en la cama, con el cabello suelto y alborotado sobre las almohadas.

Se echó hacia atrás, apoyándose en la cabecera hasta quedar de rodillas, frente a frente con él, lo suficientemente cerca como para reclamar otro beso, si así lo deseaba. Se dejó llevar, permitiendo que la atracción entre ellos echara raíces, pero no acortó la distancia por completo.

En lugar de eso, comenzó a recoger el borde de su camisón entre sus puños, con el corazón acelerado, mientras él la miraba, conteniendo la respiración y humedeciéndose los labios con anticipación. Se inclinó hacia adelante con sus caderas casi rozando las de él, y subió la tela lo suficiente para entregársela en las manos, sus labios estaban tan cerca que apenas se rozaban.

Ella acarició el dorso de esas manos, mientras él tomaba el vestido, observando la intensidad en su rostro al comenzar a subirlo, sobre sus muslos desnudos y la curva de sus caderas, sobre el punto más íntimo de su deseo y la suave curva de su ombligo. Alzó los brazos sobre su cabeza, conteniendo la respiración, mientras él descubría el resto de su cuerpo, la brisa fresca acariciaba sus costillas y pezones, y el corazón en un puño, cuando el vestido se desprendió por completo de su figura, dejando caer su cabello, a su alrededor, como Afrodita emergiendo de la espuma del mar.

Esa mandíbula se tensó, ese cuerpo pareció contraerse al observarla, así de descubierta. La tocó primero con la mirada, como si deseara prolongar la experiencia lo máximo posible. Quizás él era la encarnación de una tormenta, pues Isabelle estaba segura de

sentir la electricidad recorrerla a su alrededor, deslizándose por su columna vertebral.

No quería esperar. No era tan paciente como creía, y Peter no era tan impaciente como había previsto, ahora que lo conocía. Lo sujetó por los hombros, animándolo a tumbarse boca arriba, mientras le devolvía las atenciones que él le había prodigado.

Ella saboreó la columna de esa garganta. Recorrió con las manos el pecho y el estómago, deteniéndose solo un instante en la cintura de los pantalones, un destello de nerviosismo la reprimió, enterrándola bajo el deseo. Tocó primero la base del miembro, a través de la tela, y su respiración se aceleró, al sentir la realidad de esa erección, en su mano. En teoría, sabía qué esperar, por supuesto. Pero sentir ese peso y tamaño era algo completamente distinto.

Jaló bruscamente de las cintas que le sujetaban los pantalones, y la impaciencia le recorrió el cuerpo, como grandes nubes de calor.

Él intervino, ella lo sabía, aunque cada vez le costaba más pensar con claridad. De alguna manera, sin que ella dejara de estar sentada a horcajadas sobre él, se quitó los incómodos pantalones y la atrajo hacia sí, piel contra piel, para besarla de nuevo, con pasión y una intensidad arrolladora.

Él la sujetó por las nalgas con una mano, incitándola a que enroscara las piernas alrededor de sus caderas, mientras las giraba, una al lado de la otra, frente a frente. La miró fijamente a los ojos, mientras la tocaba, con sus dedos recorriendo la curva de una pierna, y descendiendo con una lentitud tentadora hasta el punto, entre las piernas, seguramente ardiendo como brasas y deseoso de ser tocado. Él pareció intuirlo, pero no hizo ningún movimiento para apresurarse a su cometido.

Ella tuvo que morderse el labio para no gritar, cuando él la tocó. Esas caricias eran firmes y húmedas, fruto del propio deseo. Él era delicado, guiándola suavemente hacia lo que significaría ser tocada allí y ser penetrada. Deslizó sus dedos dentro de ella,

observando atentamente ese rostro, en busca de cualquier señal de incomodidad, o quizás simplemente para deleitarse con el placer sobrecogedor que ella experimentaba con su mano.

Si hubiera podido sostenerle la mirada, durante todo aquello, ella lo habría hecho, pero era imposible. Estaba suspendida en la sensación, flotando dentro de ella misma, abrumada. Cerró los ojos, lentamente, arqueando la espalda, mientras las nubes de tormenta, que imaginaba formándose en Peter, estallaban con su estruendo y furia sobre ella, empujándola cada vez más cerca del abismo de perderse por completo.

Podía oír su propia voz, tensa y jadeante. Era consciente que sus manos se aferraban a los bíceps de Peter, y sus dedos estaban clavándose en el firme músculo, pero lo sentía tan lejano. No sentía sus manos ni su respiración. Estaba en otro lugar, por encima de sí misma, fundiéndose con un haz de luz blanca pura.

Cuando la sensación alcanzó su punto máximo, fue como si aquella luz, que había imaginado, estallara, dispersándose por todo el universo, como el cielo nocturno. Cada pulgada de su cuerpo brillaba y centelleaba, atrapado en una red de luz estelar.

Él la besaba, le besaba su rostro, las comisuras de los labios, la nariz y el lóbulo de la oreja. Ella se aferró a él, mientras él colocaba su cuerpo contra el de ella, acercándose más, hasta que ya no existía distinción entre sus cuerpos. Sintió cómo él entraba en ella, sintió cómo se fundían en un solo ser, y fue como si la sensación más primitiva de satisfacción estuviera en conflicto con la eufórica desconexión de lo que acababa de experimentar.

Mientras tanto, ella se aferró a él, deleitándose con todo lo nuevo, sumergiéndose en los sonidos de su placer y en la certeza que era ella quien se lo proporcionaba. Se enroscó a su alrededor, permitiéndole marcar el ritmo y la intensidad de su unión, meciéndose al compás que él creaba.

Cuando llegó al clímax, él lo hizo con un sonido de alivio tan dichoso, atrayendo su boca hacia la de ella y empujando sus caderas

contra las de ella con las embestidas finales más indulgentes, cada una deteniéndose en su perfección.

Se aferraron el uno al otro con el mismo abandono, con la misma cercanía, durante un buen rato, después, mientras luchaban juntos por recuperar el aliento.

Él la había cubierto de besos, una vez más, desapareciendo solo un instante para traerle un vaso de agua y arroparla. Ella ya dormitaba, y se dejaba llevar hacia el más absoluto olvido, aunque bebió un sorbo de agua y le sujetó la muñeca, cuando él se dispuso a recoger sus cosas.

—Quédate —dijo ella, en voz baja, y sintió cómo su cuerpo se relajaba, en señal de asentimiento, y quizás también de alivio.

Él asintió y se metió en la cama con ella, compartiendo un sorbo de agua del vaso. Cuando ella apagó la llama de su antorcha, se sintió atraída hacia atrás, contra la curva de ese cuerpo.

En un último destello de consciencia, mientras su mente se lanzaba hacia los sueños, ella creyó que él le había dicho que la amaba, una vez más.

# CAPÍTULO DIECISIETE

Peter seguía esperando el pánico. Aguardaba pacientemente a que llegara esa voz que le exclamara: *«¡Oh! ¿Qué he hecho?».* Lógicamente, sabía que debería estar angustiado por sus decisiones, pero no lograba sentir ningún remordimiento. Tampoco podría evitar volver a esa cama, cada noche, durante el resto del viaje.

Fue la primera y única vez, en su vida, que durmió plácidamente y despertó con la luz y el sonido, sintiéndose renovado, en lugar de estar agotado por el peso de su propio sueño. Ella seguía levantándose primero, por supuesto, acostumbrada a una vida entera, en la granja, pero lo despertó, apartándole el cabello de la cara y acurrucándose contra él, hablándole suavemente.

Ella le contó sus sueños. Él se despertó oyendo descripciones de aldeas de azúcar hiladas o de Goliat del tamaño de un oso, y aunque nunca podía recordar sus propios sueños con tanto detalle, compartía los fragmentos sin sentido, que le venían a la mente, aunque solo fuera para hacerla sonreír.

Si Mathias se había enterado, no se dignó a mencionarlo. Quizás consideró que la conversación, que habían mantenido en Aix, acerca de esa misma posibilidad era sobre su compromiso de participar.

Tras el desayuno, comenzaron a entrenar juntos, despojándose de sus ropas hasta quedar en calzoncillos bajo el abrasador sol de verano, mientras realizaban ejercicios e intercambiaban técnicas que, obviamente, provenían de filosofías de combate muy distintas. Isabelle a veces los observaba, pero con mayor frecuencia se retiraba a la bodega para pasar tiempo con el perro y la burra, o

para molestar a la tripulación con preguntas sobre el funcionamiento de un barco.

Peter pensaba que los marineros toleraban esa curiosidad mucho mejor de lo que lo habrían hecho, porque ella era una chica guapa con un encanto contagioso. No los había visto sonreír, en todo el viaje hacia el sur, pero al acercarse a Inglaterra, los sorprendió silbando para sí mismos, hablando sin que nadie les preguntara, y entregándole sus preciadas cuerdas a Isabelle para que practicara haciendo nudos.

Jamás en su vida había sido más feliz. Ni siquiera el persistente temor que aquel tiempo mágico llegaría pronto a su fin podía desanimarlo ni ensombrecerlo.

Al atardecer, los tres disfrutaban de la cena con calma, a menudo enfrascados en charlas amistosas o en partidas de cartas o dados. De vez en cuando, surgía algún relato de Robin Hood, y Peter lo contaba, hablando, mientras el sol se ponía sobre los bandoleros, los príncipes, y el Bien y el Mal.

Una vez que apareció el Canal y comenzaron a navegar hacia el mismo, una solemnidad silenciosa se apoderó del barco. No era tristeza, necesariamente, pero estar flanqueados por Francia, a un lado, e Inglaterra, al otro, les recordaba que habían estado desconectados del mundo real, con todas las complicaciones y relaciones que este conllevaba.

Peter encontraba a Isabelle con más frecuencia, junto a la barandilla, contemplando el destello blanco, en la distancia, donde Dover los esperaba. A ella no le interesaba hablar de lo que les deparaban, esas últimas horas, y él prefería con creces la evasión que encontraban, el uno con el otro, ya fuera en un abrazo o en conversaciones largas y sin rumbo fijo.

Como si el universo comprendiera las emociones, a bordo, al acercarse a las calas, al pie de los acantilados de Dover, el cielo despejado de verano comenzó a oscurecerse y una fina llovizna empezó a caer. El Harpy relucía bajo su manto de lluvia fina,

mientras Mathias asumía su rol de capitán y los guiaba hacia la cala bajo Meridian House, un lugar secreto al que debían acercarse con cautela.

Isabelle mantuvo la espalda hacia Calais, cuya costa se divisaba, durante toda la travesía. Quizás no deseaba contemplar el lugar, donde su vida había tomado un rumbo diferente. Tal vez no quería pensar, en sus padres, cuyos cuerpos yacían, en algún lugar bajo las olas. Se aferró a su reliquia, incapaz de escapar de ellos por completo, y mantuvo los hombros erguidos y la cabeza en alto, mientras flotaban hacia su destino final, y por fin, el Harpy tocó tierra firme.

*****

La descarga del barco resultó mucho más complicada de lo previsto, ya que tenían planeado atracar, en Londres, en un muelle de carga del Támesis.

La cueva de los contrabandistas, que había sido la piedra angular de la sociedad de la Hoja de Plata, lamentablemente sufrió dos décadas de abandono y descuido. La recuperación de Meridian House con el regreso de Nathaniel Atlas, a su hogar ancestral, permitió la reapertura del muelle, pero los Atlas dedicaron la mayor parte de sus esfuerzos a restaurar la mansión, en sí, en lugar del lugar de las operaciones ilícitas, que una vez existió bajo tierra.

Cuando Peter llegó a Meridian, en primavera, para comenzar a planificar esta empresa, pasó mucho tiempo explorando la ensenada. Los Dempierre ya habían comenzado a extraer parte de la riqueza recuperable, que había permanecido oculta bajo tierra, durante veinte años. Su resurgimiento proporcionó a la Hoja de Plata recursos financieros de los que no había disfrutado, en mucho tiempo, lo que desencadenó una nueva oleada de misiones, que

liberarían a muchas personas de ambos bandos de una guerra interminable.

Nell le había contado, en sus cartas, que muchas cosas se habían tenido que desechar por necesidad, debido al deterioro y la erosión, en particular una colección de exquisitos textiles franceses. La tristeza que transmitía, ante tal desperdicio, era palpable, pues Nell siempre había atesorado las cosas bellas.

En cualquier caso, deambular por una caverna secreta repleta de curiosidades había sido mucho menos incómodo que rondar la casa vacía de su hermano, mientras esperaba su llegada. Solo esperaba que aparecer de repente, en el jardín, sin previo aviso ni expectativas, no causara complicaciones innecesarias.

La expresión de Isabelle era indescifrable, pues se había volcado en ayudar en el amarre y el desatraque del barco con la destreza de una marinera experimentada. No tuvo dificultad para cargar las cajas hasta el muelle, ni para responder a las órdenes gritadas bruscamente por encima del creciente aullido de la lluvia.

Mathias ordenó a la tripulación que permaneciera donde estaba hasta tener un plan de salida definido, y los condujo hasta la entrada de la cueva, donde, por fortuna, había antorchas secas y yesca apilada. Recorrieron en silencio los frescos pasillos de piedra, donde solo el goteo del agua y sus pasos se unían al crepitar de las llamas.

Mathias respiró fuertemente, lo suficiente para los tres, al llegar a la antecámara, donde una escalera apoyada contra la pared los llevaría hacia lo desconocido. Colocó la antorcha, en una ranura de la pared, y volteó hacia Isabelle con una sonrisa irónica y un gesto de ánimo con la mano. —Vamos —dijo, ayudándola a subir al primer peldaño—. Cuidado con la cabeza y empuja hacia arriba, cuando llegues a la escotilla.

Isabelle frunció el ceño y miró por encima del hombro. —¿Están seguros que ninguno de ustedes debería ir primero?

—Las damas primero, siempre —respondió Mathias, guiñándole un ojo—. Será mejor que empieces a adaptarte a todo tipo de reglas absurdas. ¡Bienvenida a Inglaterra!

—Las damas primero —repitió ella, en voz baja, comenzando su ascenso.

—Pero te seguiremos de cerca —añadió Peter rápidamente con el corazón latiéndole con fuerza, mientras la veía ascender, suspendida en el aire de nuevo, sin tierra bajo sus pies—, te seguiremos de cerca hasta el final.

Mathias le dio una palmada, en el hombro, en señal de aprobación silenciosa, y luego le dio un pequeño empujón para que siguiera.

Desde arriba, ráfagas de llovizna y rayos de sol grisáceo anunciaban el final de su viaje. Peter ascendió, resuelto y decidido a no desanimarse por este giro del camino. Apretó la mandíbula, recordándose a sí mismo que estaba allí por Isabelle, pasara lo que pasara, o cómo decidiera continuar su vida. La apoyaría en sus decisiones, incluso si eso significaba perderla.

La trampilla superior se abrió de golpe con un ligero toque de discreta insinuación por parte de Isabelle, inundándolos a los tres con la luz del día y la llegada del futuro, que habían estado anticipando. Llegó sin elegancia ni decoro. Los tres, cubiertos de barro y tendidos, en el césped de Meridian House, estaban recuperando el aliento, antes de esperar lo que les depararía el futuro.

# CAPÍTULO DIECIOCHO

Esta no era la forma en que Isabelle habría elegido presentarse, si hubiera tenido la opción.

Se habían detenido un instante, tumbados en la hierba bajo la llovizna, cerca de un cenador, a medio construir, antes que Mathias tomara la iniciativa y se pusiera de pie. Los ayudó a ambos a levantarse de donde estaban, junto a la trampilla, y con un profundo suspiro, alzó la vista hacia la lluvia.

—¿Eso es todo, entonces? —dijo con un tono que parecía indicar, que casi no lo creía—. Deberíamos subir a la casa.

«Casa» no era la palabra que Isabelle habría usado para describir la imponente mansión en la colina. Se alzaba, ante ellos, como una bestia mítica, acechando a su presa, y cada paso que daba hacia ella se sentía más vacilante que el anterior. Quizás no parecía tan siniestra, cuando el cielo estaba despejado y azul, o quizás estaba imaginando cosas, como suele sucederle a cualquiera bajo mucha presión emocional.

Al llegar, a la puerta principal, Isabelle se quedó paralizada, negándose a ser ella quien tocara la campana. Le castañeteaban los dientes y estaba segura, que en cualquier momento, su corazón daría un latido de más y se detendría. Era casi una decepción seguir viviendo, soportando cada segundo de agonía.

Un mayordomo abrió la puerta, horrorizado al instante por el aspecto sucio y desaliñado de ellos. Por suerte reconoció a Peter, aunque su exclamación de «¡Señor Applegate!» sonó bastante reprochatoria. Los condujo a los tres, a una amplia y cálida antesala, y se marchó apresuradamente, dejándolos solos.

—¿Y ahora adónde se ha ido? —preguntó Isabelle, estupefacta por todo el asunto.

—Probablemente encontraremos a algunas camareras que nos acompañarán a los baños —dijo Mathias, alegremente—. No creo que haya nadie más que el personal.

—No debería ser así —dijo Peter, aunque entrecerraba los ojos, mirando hacia los lados del recibidor, sospechando que nadie había aparecido todavía—. ¿A menos que hayan regresado de Londres, antes de tiempo?

El taconeo en las escaleras de arriba llamó su atención. Los tres giraron al unísono, como pilluelos cubiertos de barro, asustadizos ante los transeúntes. Bajando las escaleras apareció la mujer más hermosa que Isabelle había visto en su vida. Esbelta como un sauce con una corona de rizos dorados, como el hielo, y una piel de alabastro perfecta, se acercó flotando con una expresión de curiosidad, en su bello rostro.

—¡Peter! —gritó, al estar lo suficientemente cerca como para reconocerlo, y se lanzó hacia adelante, cruzando la antesala para abrazar a Peter Applegate.

¿Era su hermana? ¿Podría ser Nell, a quien había descrito como tímida y bibliófila? No parecía posible.

—¿Gloria? —respondió con sorpresa ahogada—. ¿Qué diablos?

El corazón de Isabelle, que latía con fuerza, se detuvo en seco, y un fuerte latido resonó en sus costillas. No era su hermana. Era otra mujer de una belleza imposible, acunada en los brazos de Peter Applegate con la íntima familiaridad de una amante.

—A Nell le ordenaron guardar reposo absoluto, pero llegaste tan tarde que Nathaniel tenía miedo de salir de Londres —dijo con la voz entrecortada por la emoción. Se apartó un poco, lo sujetó por los hombros y lo miró con severidad—. Por supuesto que me ofrecí a quedarme con ella hasta que pudiera irse. ¿Dónde has estado? ¡Te esperábamos desde hace semanas!

—¿Nell está aquí? —respondió él, atontado.

—Está descansando, y no quiero que la molesten. La pobre apenas puede dormir desde que se ha puesto tan enorme. Hola... —añadió, mirando por encima del hombro de Peter a las otras dos personas. Soltó sus hombros y esbozó una deslumbrante sonrisa blanca, como una perla—, soy Lady Gloriana Somers, amiga de la infancia de Nell y nueva miembro de la sociedad de la Hoja de Plata. Usted debe ser la señorita Monetier, y supongo que usted es Lord Mathias Dempierre, ¿cierto?

—¿Lord? —repitió Isabelle incrédula, clavando sus ojos entrecerrados en Mathias.

—Es un tema que genera debate —replicó Mathias, encogiéndose de hombros—. Me complace conocerla, Lady Somers. ¿Regresó mi hermana a Dover con la señora Atlas?

—No —respondió Lady Somers, ladeando la cabeza—. Por lo que he visto, está disfrutando mucho de Londres y se alojará con Zelda Smith, durante el resto de la temporada.

Mathias se echó a reír a carcajadas. —¡Oh, seguro que mi madre está encantada con esto!

—¡Señorita Monetier, debe estar agotada! —dijo Gloriana, flotando hasta Isabelle y tomándola del brazo—. Tengo muchísima curiosidad por saber cómo fue su viaje hasta aquí y todas las aventuras que vivió por el camino.

—¿Gloria? —preguntó una voz soñolienta desde lo alto de las escaleras, atrayendo de nuevo al grupo con curiosidad.

—¡Nell, cariño, Peter ha vuelto a casa! —anunció Gloriana, quien subió corriendo las escaleras para ayudar a su amiga a bajar.

Desde la barandilla apareció una mujer menuda con una impresionante barriga de embarazada, envuelta en una bata de color azul oscuro. Era sin duda, la hermana de Peter. Tenía su misma tez, el pelo castaño oscuro recogido en un moño desaliñado y unas gafas

sobre la nariz respingona, que le cubrían unos ojos grisáceos. Se movía con una prisa, que su amiga consideraba excesiva, pues no dejaba de murmurar con desdén, mientras Nell bajaba las escaleras.

—¡Ay, Peter, estábamos tan preocupados! —exclamó, apresurándose a tomarle el rostro entre las manos—. Mathias, ¿qué te retuvo? ¿Por qué viniste aquí en lugar de Londres? ¿Y dónde está...? —Su voz se apagó, ya que sus ojos estaban buscando a Isabelle, que se había ocultado entre las sombras, a poca distancia de los demás.

Nell la miró fijamente, sus labios se entreabrieron con sorpresa, y dio un paso adelante, extendiendo una de sus delgadas manos. —¿Alice?

—Isabelle —corrigieron Mathias y Peter, al unísono, con sus voces superponiéndose en perfecta sincronía.

—Sí, claro, Isabelle —corrigió Nell, bajando la cabeza, en señal de disculpa—. ¡No puedo creer que estés aquí!

—Yo tampoco —respondió Isabelle, soltando una risita nerviosa y extendiendo la mano para estrechar la de la otra mujer—. He oído hablar mucho de ti, Nell Applegate. Es un placer verte en persona. Ojalá estuviera un poco más presentable para la ocasión.

—¡Ah! —replicó Nell, frunciendo el ceño, mientras miraba por encima del hombro a su hermano, dándose cuenta entonces de lo sucios que estaban—. ¿Qué diablos? ¿Subieron por la cala? ¿Bajo la lluvia?

—Sí —confirmó Mathias—. Pensábamos que ya habrían recibido noticias de nuestro retraso, ¿o es que Pauline Olivier no se ha puesto en contacto con ustedes?

Nell negó con la cabeza, con genuina confusión en el rostro. —¿La mujer Olivier, que vive en Marsella? —preguntó.

—Ya no —respondió Peter—. Nos robó los boletos. Dábamos por hecho que ya habría atracado en Londres, y se habría puesto en

contacto con la red de la Hoja de Plata.

—No hemos tenido ningún contacto —dijo Nell en un susurro —. ¿Gloria?

—No, que yo sepa nada —respondió la bella mujer, arqueando sus cejas rubias platino—. ¿Qué ha ocurrido?

Los tres viajeros intercambiaron miradas, reflejando una silenciosa tirada de dados sobre quién tendría que relatar su desventura en Marsella, la cual Peter evidentemente perdió, pues fue él quien habló.

—¿Podríamos enviar a algunos hombres, al puerto, para que descarguen nuestras cosas primero? —preguntó, tomando la mano de su hermana—. Nos gustaría estar limpios y secos, antes de contar la historia, y alguien debería ir a buscar a Nathaniel también, ¿no crees?

—Sí —respondió Nell, parpadeando como sorprendida por su propia falta de reflexión—. ¡Oh, sí! Lo siento. Por favor, síganme.

Ella giró y los condujo hacia la escalera, haciendo sonar una campanilla, que colgaba de la pared sobre el arco. —Todavía estamos acondicionando las habitaciones de invitados, pero antes de pedirles nada más, nos aseguraremos que estén limpios y bien alimentados. Mathias, ¿quieres que envíe a alguien a La Falaise para avisarles de tu regreso?

—No, por favor, no —respondió con una sonrisa torcida—. Veré a mi madre, cuando esté listo.

Isabelle la siguió en silencio con los ojos muy abiertos y llenos de asombro, mientras contemplaba las columnas y los adornos de la casa. *«Mathias verá a su madre, cuando esté preparado»*, pensó, mientras buscaba el relicario que llevaba al cuello. *«¿Me estará observando mi propia madre, desde algún lugar más allá del velo? ¿Sabe Mary Atlas que su hija ha regresado a Meridian House? ¿Ha vuelto por fin a casa la bebé Alice?».*

*****

A Isabelle le habían dicho que no se apresurara, que la comida y la conversación podrían esperar hasta que estuviera lavada y seca, y se sintiera de nuevo humana. Aún así, no podía obligarse a quedarse mucho tiempo en la bañera, y ponerse ropa seca, aunque arrugada, fue un alivio absoluto. Se había lavado la suciedad y la arena del pelo, trenzándose los mechones mojados sobre el hombro, esperando que esto fuera presentable, según los estándares de estas dos damas, que vestían y tenían modales más refinados, que cualquier persona que Isabelle hubiera tenido ocasión de conocer.

Le temblaban las manos, mientras se abotonaba la blusa, y un escalofrío la recorrió, al salir del baño, y regresar a los amplios salones de la casa. Estaba tan oscuro, al caer la noche, que solo las habitaciones, en uso, estaban completamente iluminadas, y los pasillos apenas contaban con la tenue luz de las antorchas que salpicaban las paredes.

Ella se sentía sencilla y robusta, sin corsé que llevar bajo la ropa ni telas finas que realzaran su atractivo. Se preguntó si aquellas mujeres la verían como una campesina tonta, con rasgos anchos y simples y ropa pasada de moda. Lamentó tener el pelo mojado, mientras regresaba a la escalera.

—¿Hurra por ahí? —preguntó Mathias Dempierre con voz suave y divertida desde las sombras a su derecha. Soltó una risita al oír un hipo de sorpresa.

—No, todavía no —respondió ella con más bravuconería de la que sentía—. ¿Se suponía que debía esperar a que alguien viniera a buscarme?

—Probablemente —dijo con una sonrisa, y le ofreció el brazo—. Bajemos al salón y esperemos a los demás, ¿de acuerdo? La pobre Nell parece una calabaza de otoño. Me siento fatal por haberla despertado.

—Es encantadora —respondió Isabelle, en voz baja—. Las dos lo son.

Mathias asintió, aparentemente ajeno a cualquier insinuación que Isabelle no era su igual. Aquello la reconfortó un poco, le infundió más seguridad al doblar una esquina y entrar en un salón con paneles de madera. Él encendió la llama de la antorcha, junto a la puerta, inundando el espacio con una luz dorada.

Isabelle se quedó paralizada con la mirada fija en el enorme retrato familiar que colgaba sobre la chimenea, cuyo acabado al óleo brillaba a la luz de las velas.

—¡Ah! —dijo Mathias, chasqueando la lengua—. Debería haberte advertido sobre esto. Discúlpame.

Ella agitó la mano, incapaz de articular las palabras para reprenderlo o perdonarlo, en ese momento. De hecho, era como si el propio Mathias se hubiera esfumado, dejándola sola en un espacio donde solo existían ella y aquel retrato.

Peter tenía razón: ella sí se parecía a su madre. La mujer del cuadro sostenía a una bebé, aún envuelta en pañales, con el rostro inclinado con cariño para admirar a su pequeña.

*«A mí».*

Tenía la mandíbula y la nariz de Isabelle. Su cabello era más claro, de un cálido color caoba, y sus labios eran más redondos, menos marcados en forma de arco de Cupido.

Su mirada se posó en el marido, un hombre alto de cabello castaño rojizo, cuya mano descansaba sobre el hombro de un niño pequeño, muy serio. Se vio reflejada en el retrato. Eran los mismos labios que había visto en el espejo, y los mismos ojos. Casi sonreía, una expresión inusual para un hombre adulto en un retrato así, sin duda. *«Parece feliz»*, pensó. *«Acogedor»*.

El niño estaba completamente erguido, sujetando una medalla militar entre sus manos. *«Debe ser Nathaniel»*, pensó ella, dando un

paso al frente sin pensar. Unos ojos como los suyos la miraron fijamente desde aquel pequeño, atrapados en el tiempo, contemplando un futuro, que jamás habría podido predecir.

Quiso tocarlo, extendió la mano, aunque claro, no era lo suficientemente alta para alcanzar el cuadro desde el suelo. No pudo evitarlo, permaneciendo allí con un brazo ligeramente extendido, fascinada por las representaciones de esas personas que solo había imaginado, allí mismo, frente a ella.

—¿Estás bien? —preguntó finalmente Mathias con un tono de genuina incertidumbre en la voz.

Cuando ella giró con lágrimas, brillando en los ojos, él se estremeció, como si viera las consecuencias de su propio error. —Lo siento mucho —respondió—. No estaba pensando.

Ella negó con la cabeza, reprimiendo una extraña sensación de risa, mientras él le secaba las lágrimas con un dedo. —No te disculpes —le dijo—. Nada puede preparar a alguien para todo esto.

—Quizás primero un cuadro, y luego lo real sea más fácil, ¿no? —sugirió Mathias, señalando el sofá para que se sentaran juntos—. Nate no es tan serio, en persona —le aseguró—. Se le da bien tratar con la gente. Es encantador. Te caerá bien.

—Ojalá el sentimiento sea mutuo —dijo ella, aún con la emoción a flor de piel, secándose las lágrimas con impaciencia.

—¡Ay, por favor, cálmate, Isabelle! —Mathias soltó una risita y le apretó la mano—. Ya estoy muy preocupado por Applegate. No me hagas preocuparme también por ti. Tú eres la fuerte.

—¿Qué? —dijo ella, sacudiendo la cabeza sorprendida—. ¿Qué hay de malo en Peter?

Mathias sostuvo su mirada con los labios apretados en una línea que resaltaba sus hoyuelos. Era una expresión tan exasperada e inexpresiva que Isabelle no pudo evitar sonrojarse. ¿De verdad Peter y ella habían sido tan obvios?

—¡Hombres como Peter tienen aventuras todo el tiempo! —dijo ella, a la defensiva—. Seguro que tú has tenido muchísimas. ¿Por qué te preocupas por él y no por mí?

—Peter no es como nosotros —respondió Mathias, en voz baja —. Tienes tanto por delante, tanto que gestionar, que quizás no lo veas. El pobre está completamente cegado por su enamoramiento y jamás se recuperará, hagas lo que hagas. Le advertí que no hiciera esto. No me hace caso.

—¿Le advertiste? —repitió, entrecerrando los ojos—. ¿Contra mí?

—¡Sí! —exclamó Mathias, soltándole la mano y alzando la suya —. Debí haberte preguntado, antes de abordar el Harpy, cuáles eran tus intenciones con él. Tiene un corazón tierno, Isabelle, y no merece que se lo rompan.

Ella abrió la boca, pero no pudo articular respuesta, solo logró emitir un sonido forzado de ofensa, ante aquella acusación.

Negó con la cabeza, inspiró profundamente por la nariz y señaló a Mathias con el dedo. —¡Cómo te atreves a insinuar que yo haría tal cosa! —espetó—. Jamás te he dado motivos para pensar que soy cruel o insensible.

—Tú tampoco me has dado motivos para pensar que te tomas en serio tu pequeño coqueteo —bromeó, alzando la barbilla con gesto desafiante—. Es evidente que lo has pasado bien, pero si la vida los separa, superarás la decepción amorosa, y ambos lo sabemos. No estoy seguro que él lo haga.

Ella apretó la mandíbula, se inclinó hacia él y siseó: —Jamás le haría daño a Peter. ¡Jamás! ¡Lo amo!

Se interrumpió a sí misma, tan sorprendida como Mathias. Un breve silencio se instaló entre ellos, ambos paralizados por la conmoción.

Ella tragó saliva, dejó caer las manos sobre el regazo y miró a Mathias con los ojos muy abiertos y parpadeando. —Lo amo —repitió con genuina admiración.

—¡Ay, menos mal! —exclamó Mathias con un suspiro, como si se hubiera quitado un gran peso de encima—. Bien por eso. ¿Se lo has dicho?

—No, yo… —Se detuvo, cerrando la boca de golpe, al oír voces que se acercaban por el pasillo. Le lanzó una mirada a Mathias, quien hizo un gesto, indicando que no debía seguir hablando, mientras esperaban a sus anfitriones y todas las preguntas vendrían después.

Sus propias preguntas, tanto las que tenía para el mundo, como las que acababa de darse cuenta, que necesitaba hacerse a sí misma, tendrían que esperar.

# CAPÍTULO DIECINUEVE

Aquella primera noche sin ella fue más dura de lo que él podría haber previsto.

Peter pasó las horas retorcido entre las sábanas, deseando saber tras qué puerta se escondía para poder ir a buscarla. Nunca la había visto tan perdida y asustada, como aquella noche en el salón. Había evitado su mirada toda la noche y esa voz sonaba hueca, no era firme como él estaba acostumbrado. Se veía pálida y pequeña, como si se hubiera perdido entre los extraños adornos del lugar.

Convenció a Nell para que trajera a Goliat de los establos y lo hiciera subir a su habitación esa noche, para que ella pudiera tener algo de consuelo familiar, en aquel extraño lugar que tanto le exigía. Goliat velaría por Isabelle, aunque Peter no pudiera.

Evidentemente, la burra había protestado ruidosamente, cuando le quitaron a su compañero. Peter, en silencio, comprendió la angustia de Hortensia. Él también quería recuperar a su compañera.

Aunque cuando despertó, ya había una bañera fría, en su habitación, y un plato de desayuno frío, junto a su cama. Suspiró, sabiendo que Nell tendría mucho que decir, al respecto, cuando bajara. Usó el agua fría de la bañera, pero decidió que prefería esperar a la siguiente comida, antes que intentar digerir los restos coagulados de lo que probablemente había sido un delicioso desayuno hacía varias horas.

Se tomó su tiempo para vestirse con la esperanza de verse algo más presentable hoy, que tras su llegada. Necesitaba un corte de pelo, aunque se peinó hacia atrás con pulcritud, y siempre se sentía mejor, después de afeitarse. Pulió la montura de sus gafas y se aseguró que los cristales estuvieran impecables. Eligió un chaleco

del baúl, una de sus mejores prendas; algo que no había traído a Francia por temor a perderlo o dañarlo.

A juzgar por la posición del sol, aún era temprano por la tarde, y quizás, en esta ocasión, se había ganado el derecho a dormir hasta tarde, debido al viaje que acababa de realizar.

Con Nell allí, Meridian House parecía más luminosa, el personal se veía más animado, las habitaciones estaban más cálidas, e incluso la luz más brillante, que durante las semanas, que Peter se había alojado solo antes de su viaje. Supuso que él también había sido un huésped poco interesante, con solo alguna que otra visita de los Cooper y los Dempierre para hacerle compañía.

La idea de estar tan aislado le resultaba extraña ahora. Insoportable, incluso. Y así había pasado la mayor parte de su vida adulta, ¿no? Hacía apenas un mes, que habría dicho con total seguridad que prefería su propia compañía, a la de los demás, y ahí estaba, animándose notablemente, al oír voces, al pie de la escalera, suspirando aliviado, al ver a otros seres humanos, que le recordaban que no estaba solo.

—¡Aquí estás! —exclamó Nell, levantándose del sofá del salón con una manta a medio tejer en el regazo—. ¡Iba a traerte un cuenco de agua, como hacía mamá, si no te levantabas pronto!

—Por favor, no vuelvas a hacer eso —dijo él, solemnemente, besándole la mejilla y haciéndole un gesto para que volviera a recostarse en los cojines, a pesar de ese avanzado embarazo—. Dormir es algo sagrado.

Nell resopló, retomando su labor de punto: una suave manta lila, lo suficientemente pequeña para un recién nacido. Como todo lo que hacía Nell, la manta estaba tejida con una perfección impecable. —¿Quieres que llame para pedir comida? Tú también te has perdido el almuerzo.

—Sí, la comida estaría genial —dijo con un suspiro de alivio—. ¿Dónde está todo el mundo?

—Después de comer, Gloriana llevó a Isabelle y a los perros, a dar un paseo por los jardines. Lord Mathias ha ido a ver a su madre para averiguar, si ha tenido noticias de los Olivier. He avisado a Cooper House y Susan se unirá a nosotros para la cena. Espero que Kit regrese de Londres con Nathaniel.

—¿Glory tiene un perro? —preguntó Peter con una sonrisa, intentando imaginarlo—. Eso sí que es inesperado.

Los labios de Nell se curvaron, en una sonrisa cómplice, y se inclinó hacia adelante para no hablar demasiado alto. —¡Espera a verlo! —dijo, riéndose—. Es un mocoso de lo más torpe, todavía desgarbado y adolescente, ¡y encima mestizo! Aún así, ella lo adora.

—Dejé de esperar un comportamiento predecible de ella después de lo que pasó en Somerton —replicó Peter con una risita —. Aunque me imagino que la idea de tener un perro mestizo fue más de su marido que suya.

—Evidentemente no —insistió ella con un brillo de diversión en los ojos—. La perra de Sheldon Bywater tuvo una... Bueno, una camada inesperada, a principios de año, y Glory se ofreció como voluntaria para ser la primera en adoptar uno de los cachorros. Alex no tuvo más remedio que aceptar. Por lo que tengo entendido, ahora todo el clan Somers tiene a los cachorros de Echo, en su hogar.

—Nunca tuvimos mascotas —dijo Peter con nostalgia—. Aunque supongo que teníamos muchos hermanos pequeños para llenar ese vacío.

—Ahora tienes una burra, ¿cierto? —Nell levantó un dedo, antes que él pudiera responder, interrumpiendo la conversación para llamar a un sirviente y pedirle algo de comer y beber. Lo hizo con la naturalidad de quien siempre ha contado con sirvientes, no como una muchacha que hacía menos de medio año remendaba su propia ropa.

Era fascinante observar cómo ella aprovechaba su cuerpo con aquella extraña y enorme carga. Siempre había sido tan diminuta, y

ahora parecía haber duplicado su tamaño. Aquel bebé bien podría convertirse en un gigante, dada la masa que había añadido a su hermana.

—Me estás mirando fijamente —le reprochó, aunque su reproche no fue duro—. ¿Te gustaría tocar al bebé?

—¿Lo sientes? —preguntó él, estupefacto, pero ella ya se estaba inclinando hacia adelante, extendiendo la mano hacia la suya.

—Mmm, justo aquí. Puedes sentir cómo se mueve el niño.

Ella presionó la mano de él contra su vientre con mucha más firmeza de la que Peter jamás habría intentado por sí mismo. Él abrió la boca para preguntar qué debía palpar, pero ella lo hizo callar con una sonrisa, que se dibujaba en su rostro, mientras la vida dentro de ella se movía, inconfundible y sorprendentemente fuerte.

Sintió como si el bebé se hubiera dado la vuelta por completo con sus bracitos golpeando contra el cuerpo de su madre. La fuerza de ese movimiento y la prueba de una vida real y sólida lo sorprendió tanto, que le dolió el pecho, llenándolo de una emoción, que no supo definir.

Dentro de Nell había un niño. Uno que era medio hermano suyo. Donde antes solo sentía curiosidad, ahora lo invadió una repentina oleada de cariño. Acababa de conocer a una nueva familia, pequeña y oculta como fuera.

—¡Oh! Peter —susurró, soltando su mano y extendiendo la otra para tocarle la mejilla.

No fue hasta que ella le secó las lágrimas de las mejillas con los dedos, que él se dio cuenta que había derramado lágrimas.

—¡Oh! —dijo entre sollozos, avergonzado, y se reclinó para disimular su emoción—. Lo siento, Nell. No sé qué me pasó.

Pero ya era demasiado tarde. Ahora ella también tenía los ojos llorosos, apretando los labios para no dejarse llevar por la emoción. Extendió la mano y le tomó la suya, apretándola con fuerza, y por

un instante, se quedaron sentados juntos, como siempre, cuando las palabras no eran necesarias para entenderse.

—Te he echado tanto de menos —dijo él, finalmente con la voz más débil de lo normal y con las lágrimas a punto de estallar—. Me he preguntado si te perdí, cuando te casaste. Incluso creo que, en el fondo, he envidiado a este niño. Antes, solo nos pertenecíamos el uno al otro. La vida era más sencilla cuando éramos niños.

Ella emitió un pequeño sonido, como si él le hubiera dado un golpe en el corazón. —Peter, nunca me perderás —dijo, apretando su mano, como si jamás fuera a soltarla—. Nunca. Tengo un esposo y pronto tendré un hijo, pero tú eres mi hermano. Eres mi gemelo. Nada podrá reemplazar eso. Nada podrá cambiarlo.

Él asintió, rodeando con la otra mano la que sostenía, esbozando una sonrisa tímida entre la emoción que lo embargaba. —Igualmente —dijo, en voz baja—. Ahora lo sé. Bueno, lo sabía. Últimamente me he dado cuenta que mucha gente puede entrar en el corazón de uno, porque este se expande para dar cabida, a quienes ya están adentro. Mi corazón creció en Francia y pensé que ya estaba a punto de estallar, pero ahora, al sentir esa patada, creo que quizás duplicó su tamaño.

Ella parpadeó mirándolo con los ojos muy abiertos por la sorpresa. —Peter —dijo suavemente—. ¿Estás enamorado?

—¡Oh! —respondió con una risa leve—. Sin duda lo estoy.

******

—¡Sir Francis, tiene que ir más despacio! —gritó Gloriana Somers a su cachorro, un mestizo de patas largas, que se había escapado del camino y se había metido en un trozo de hierba empapada—. De verdad, es imposible —se quejó, mirando con

envidia cómo Goliat trotaba obedientemente junto a los pies de Isabelle.

—Mi perro se comporta así solo porque tiene un nuevo público —aseguró Isabelle, a la otra mujer—. En mi pueblo tiene fama de adentrarse en la selva, durante días, y solo volver cuando tiene hambre.

—Le creeré, aunque solo sea para proteger mis sentimientos —dijo Gloriana con un resoplido, haciendo un puchero infantil, al doblar la esquina del camino que los llevaría de vuelta a Meridian House—. Quizás Sir Francis se porte bien con el tiempo. ¡Su madre se porta mucho mejor! —exclamó, alzando la voz más de lo necesario, como si la reprimenda fuera a llegar a oídos del perro y esto lo obligaría a obedecer.

Aquello hizo reír a Isabelle. Le gustaba más esta mujer de lo que hubiera esperado a primera vista. Su delicada belleza y sus impecables modales habían perfilado a Gloriana como el típico tipo de dama inglesa fría de la que siempre había oído hablar, al otro lado de la guerra: rígida sin emociones, y por cierto, ¡tan aburrida!

Aunque no fue así en absoluto. Tanto Nell como Glory se mostraron encantadoras, cálidas y alegres, durante su primer día en suelo inglés. No la acosaron con preguntas personales ni le exigieron que se cambiara de ropa, o se preparara para la llegada de su hermano. En cambio, le preguntaron sobre su viaje y su hogar, compartiendo abiertamente historias de sus propias vidas, compadeciéndose de la impaciencia que les producían los viajes largos y evocando con nostalgia los lugares, donde habían crecido, incluyendo el internado, en el cual habían forjado tan buenas amistades.

Isabelle quedó impresionada incluso por la resistencia de Gloriana, y por la velocidad y la distancia, que lograba cubrir con su ropa vaporosa y restrictiva sin cansarse ni necesitar descansar. Las colinas no eran empinadas, pero abundaban, a lo largo del sendero,

que habían tomado. Esta mujer podría pasar su vida en bailes y salones, y sin duda no era una holgazana.

—Es una casa preciosa, ¿cierto? —dijo Glory con un suspiro de satisfacción, mientras veía aparecer la mansión, al otro lado de la colina—. Jamás habría podido hacer lo que Nell ha hecho con ella. Es solo una de las muchas razones por las que estoy segura que todo terminó como debía. Ha sacado a relucir una faceta de Nathaniel que nunca antes había visto.

—¿Qué ha hecho él? —preguntó Isabelle con curiosidad.

—¡Oh, ha reformado esta casa! —exclamó Glory, abriendo mucho sus ojos de color azul pálido—. Si me hubiera casado con Nathaniel y él hubiera intentado dejarme, en una casa vacía, que no se hubiera limpiado en veinte años, puedes apostar hasta tu último penique a que me habría vuelto loca. Pero, mírala ahora. ¡Ahora sí es un hogar!

—Espere un momento —dijo Isabelle, deteniéndose y levantando las manos. Miró boquiabierta a la otra mujer, incrédula, contemplando a aquella criatura deslumbrante, que brillaba como un lirio de agua contra la hierba de verano—. ¿Usted es la mujer con la que él iba a casarse? ¿Él la abandonó?

—Tampoco fue el primero en hacerlo —respondió ella con una sonrisa pícara—. No debería juzgar a su hermano con tanta dureza. En ambos casos, me sentí aliviada por la partida de mi prometido. En el caso de Nathaniel, ya estaba profundamente enamorada del hombre con quien me casé, cuando Nell y Nathaniel escaparon juntos.

—¡Aún así! Sin duda esto fue una profunda traición, pero, usted está aquí ni siquiera un año ha pasado un año, ¿y es como si nada hubiera pasado?

—Fue lo mejor —dijo la otra mujer, encogiéndose de hombros y sacudiendo sus rizos de color platino—. Nell y yo nos reconciliamos casi de inmediato, e insistí en que Alex y Nathaniel aprendieran a

tolerarse. No iba a perderla. No es frecuente encontrar verdaderas amigas en la vida. Hay que hacer todo lo posible por conservarlas. ¡Créame!

—Solo tengo una amiga así —confesó Isabelle, pensando en Babette y en aquel último día que hicieron un picnic, en el suelo de su habitación. Podía ver el rostro sonriente de su amiga con esos oscuros rizos, iluminados por los rayos del sol que entraban por la ventana—. Probablemente, también la perdonaría por cualquier cosa.

—¿Solo una? —Glory se burló, negando con la cabeza—. Los chicos que la trajeron aquí también la adoran. ¿O tal vez uno de ellos es algo más que un amigo?

Isabelle vaciló, sintiendo cómo el color le subía a las mejillas, antes de poder pensar en apartar la mirada.

—¡Ah, qué maravilla! —exclamó Glory, aplaudiendo—. Lord Mathias es muy apuesto.

—¿Mathias? —preguntó Isabelle con la voz entrecortada, dividida entre la diversión y el horror—. ¡Oh, no!

—¡Ah! —La otra mujer se detuvo y giró para observar a Isabelle con un repentino interés—. No es Mathias. Disculpe la suposición. Me temo que tengo cierta predilección por cierto tipo de hombre. ¿Está diciendo que le ha tomado cariño a Peter?

—¡No he dicho nada de eso! —protestó Isabelle, aunque estaba segura que el pánico, en su voz, la delató por completo. Se apresuró a decir algo más, para desviar la atención de aquella revelación accidental—. Pero, usted tiene razón. Ambos han sido verdaderos amigos. Éramos como los alegres compañeros de Robin Hood, trabajando juntos desde las montañas hasta el mar, hasta este lugar, al otro lado del mundo.

Gloriana la miró con extrañeza, entre divertida y compasiva, con la cabeza ladeada. —Isabelle, querida —comenzó ella con cautela—, te prometo que no le diré ni una palabra de esto a nadie.

Pero, debe saber que jamás conocerá a un hombre mejor que Peter Applegate. No hay nadie más amable, gentil ni sincero. Nunca he conocido a un hombre tan brillante, entregado y lleno de curiosidad por el mundo. Lo conozco desde que era niña, y le doy fe de la bondad de su alma.

Isabelle no tuvo oportunidad de responder, pues tan rápido como Lady Gloriana Somers había adoptado ese aire de preocupación, pareció volver a ser la alegre amiga que había ocupado su lugar, momentos antes, y siguió hablando: —Volvamos rápido a casa —dijo, alegremente—. Me gustaría cambiarme, antes de cenar.

# CAPÍTULO VEINTE

La cena de aquella noche, en Meridian House, le había parecido a Peter un ensayo de lo que estaba por venir.

Hasta ahora, Isabelle solo se había enfrentado a aquellos a quienes la ley y los lazos de amistad podrían considerar «familia». En primer lugar, estaba Nell, por supuesto, que siempre era amable y gentil, pero que nunca había conocido a los padres que Isabelle había perdido.

Cuando Susan Cooper entró en el comedor, aquella noche, se quedó tan paralizada, que aún tenía un pie en el aire, preparándose para dar un paso delante del otro. Sus ojos se posaron inmediatamente en Isabelle, y se llevó las manos a la boca. —¡Oh! —exclamó varias veces—. ¡Oh!

Nell intervino, incorporándose con dificultad y apresurándose a tomar la mano de la señora Cooper y acompañarla hasta una silla. —Isabelle —le dijo con la mayor dulzura posible—. Ella es Susan Cooper. Es tu tía política, esposa de Archibald Cooper, hermano de tu madre.

Isabelle, por su parte, miraba con la misma fascinación a la otra mujer, a la tía que acababa de entrar en su vida. —¿Y él también viene? —preguntó finalmente, dirigiendo una mirada inquisitiva a Nell.

—Mi Archie falleció hace algunos años —explicó Susan, aunque su voz temblaba por la emoción—. ¡Ay! Él se habría desmayado al verte, querida. Eres la viva imagen de Mary. Te tuve en brazos cuando eras una bebé, ¿sabes?

—No lo sabía —respondió Isabelle con una cálida sonrisa—. Pero me alegro mucho de saberlo ahora.

La cena transcurrió, a partir de ese momento, con las preguntas de siempre. Isabelle habló de Yves, el valle, sus mascotas, su casa y el viaje hasta allí, mientras que Susan contaba historias de Walter y Mary Atlas, incluyendo de vez en cuando las ocurrencias de su marido, cuando encajaban con el humor de la anécdota. Peter sabía que esa vida había sido una tragedia y le pareció amable que Susan hubiera evitado llegar al final, al compartir su historia.

—Tenemos un hijo —le dijo a Isabelle—. Tu primo, Christopher. Lo llamamos Kit.

—Nell me lo ha contado —replicó Isabelle, delatando su entusiasmo, a medida que iba conociendo más detalles—. Parece un hombre astuto y decidido, y un hijo devoto. Me encantaría ver sus huertos, cuando regrese de la ciudad.

Peter sintió un atisbo de envidia. Debería haberle hablado de Kit, al menos de lo poco que sabía de él, en el tiempo que pasaron planeando la fuga. *«Deseo ser el motivo de cada sonrisa que vea»*, lo pensó, aunque, por supuesto, no podía envidiar la felicidad de los presentes ni lo haría.

—Tu collar —dijo Susan, mientras retiraban el postre y servían las tazas de café—. Ya he visto esa joya antes.

Isabelle acarició con una sonrisa tímida el lapislázuli pulido, que llevaba al cuello. —Era suyo —explicó—. De mi madre.

—No, yo… —Susan lo miró fijamente, como si se hubiera quedado absorta, en sus pensamientos, por un instante—. Vi la otra mitad —se dio cuenta, con los ojos iluminados—. Está incrustada en una cajita de recuerdos, una de las pocas cosas que logramos rescatar de la casa, cuando la abandonaron. Fue un regalo que Archie le hizo a Mary, un regalo de bodas. Él era un carpintero muy talentoso, ¿sabes? Te la traeré, si quieres.

—¿Está cerrada con llave? —se sorprendió preguntando Peter, para arrepentirse al instante, cuando todas las mujeres de la mesa voltearon hacia él con curiosidad sincronizada.

Susan parpadeó y asintió lentamente. —En realidad, sí —dijo—. Aunque estoy segura que encontraremos la manera de abrirlo.

—Tengo la llave —dijo Isabelle con asombro, en la voz, mientras apretaba el colgante contra su garganta, mirando a Peter, quien le había revelado el secreto de la llave—. Me encantaría descubrir qué hay adentro.

—Por supuesto, por supuesto —reiteró Susan, asintiendo—. Tengo varias cosas de la familia Atlas, que debería devolver, ahora que Meridian ha vuelto a la vida. Eleanor, ¿te importarían estas molestias? Puedo esperar si prefieres.

—No... Trae todo lo que puedas, por favor —dijo Nell de inmediato—. Estoy segura que Nathaniel también estará deseoso de explorar estas cosas.

—¿Qué crees que podría haber en la caja? —preguntó Isabelle, en voz alta, con la mirada perdida y soñadora.

—¿Tal vez joyas? —sugirió Gloriana.

—Un diario —adivinó Nell.

—Tal vez recuerdos de sus hijos —sugirió Susan.

Peter se preguntó qué guardaría en una caja si tuviera la oportunidad. Se preguntó si se había equivocado, al no llevar un diario, sobre todo de la aventura que acababa de vivir. ¿Qué recuerdos de aquella historia cabrían en una caja? Desde luego, no era su espada ni la ropa de su sirviente. Hortensia era demasiado grande, y sus tomos de Robin Hood, demasiado raros e invaluables, allí en la universidad.

*«Y por supuesto está Isabelle»*, pensó, mirándola a través de la luz del fuego, mientras ella sonreía, reía y hacía preguntas que, por fin, alguien podía responder. *«No necesito un diario ni un cofre de*

*tesoros, que me recuerde lo que sucedió. Solo necesito a Isabelle. Solo a ella»*.

Y él sería feliz el resto de sus días.

*****

Cuando la puerta de su habitación se abrió con un clic en la noche, él supo, sin moverse, que ella había regresado. No se movió, por si acaso fuera un sueño. Si era un sueño, no podía arriesgarse a que terminara.

Ella se metió en la cama con él, silenciosa como un gato, y suspiró, mirando al techo y buscándole la mano. Su agarre era cálido y suave, y sus dedos se entrelazaron con los de él. Habló en un susurro, recordándole lo prohibido que era ese momento.

—Déjame contarte lo que soñé —comenzó, repitiendo las mismas palabras que le decía cada mañana, en el Harpy—, soñé que abría la caja, sola, junto al mar. Adentro estaban estos… estos papeles. —Se detuvo con la voz quebrada por un instante.

—¿Papeles? —preguntó él, imitando el tono de ese susurro secreto.

—Documentos que demostraban que yo no era hija legítima de los Atlas —continuó—, y entonces corrí a contártelo y te encontré en el altar, en el jardín de Meridian. Te ibas a casar con Gloriana.

Peter se quedó callado por un momento, sin saber cómo reaccionar. Decidió responder primero con datos concretos. —Gloriana ya está casada —le recordó.

—Sí, lo sé —confirmó con impaciencia—. Y sé que te quiere, como a un hermano. Los sueños no siempre son racionales, ¿cierto, Peter Applegate? O quizás los tuyos sí.

—Rara vez recuerdo los míos —admitió Peter—. Aunque este momento, ahora mismo, bien podría ser uno.

—No lo es.

Él suspiró, acariciando con el pulgar el dorso de la mano de ella, donde ambas manos se entrelazaron. —Sabes que también son tus padres. Aunque no te parezcas tanto a ellos, es innegable.

Ella asintió, en un movimiento apenas perceptible en la oscuridad, acompañado únicamente por el roce de su cabello contra la almohada. —No esperaba que todo esto fuera tan... tan fácil, Peter. No pensé que todos estarían tan cálidos y felices de verme. No sé para qué me estaba preparando, pero no era para esta bienvenida.

Peter frunció el ceño y giró de lado para mirarla, intentando distinguir ese perfil en la oscuridad de la noche. —¿Por qué ibas a pensar lo contrario?

Ella se encogió de hombros, aparentemente incapaz de responder, pero no soltó su mano.

—¿Te preocupa que Nathaniel sea el más difícil? —preguntó, acariciando con la mano libre la suavidad de ese brazo, albergando la esperanza de tranquilizarla—. Te prometo que será el más fácil de todos.

—Porque lo entrenaron para encantar —recitó Isabelle, recordando las historias de su hermano político y sus muchos talentos—. ¿Cómo sabré qué es real?

Peter reflexionó sobre esto, atrayéndola hacia sí y permitiéndole acurrucarse, en el calor de su cuerpo, para que tomara prestada su fuerza de donde pudiera. —Tu primo Charles también es una especie de político —dijo—. Debe adoptar cierta apariencia para desenvolverse en la corte y en el ejército, ¿no?

—Sí —asintió—. Pero con nosotros no se comporta así. Viste cómo cambió aquella mañana, cuando pensó que eras un mensajero

de París, y luego se dio cuenta que no lo eras.

—Nathaniel es solo una persona, igual que Charles —dijo Peter, aunque en privado nunca lo había visto vulnerable—. Habla con Nell, si tienes dudas. Es muy transparente. Nunca dudes de su sinceridad.

—Igual que tú —replicó ella, esbozando una leve sonrisa y dándote un ligero codazo—. Debes estar contento de verla.

—Sí —dijo Peter inmediatamente—. La extrañé muchísimo.

Le costaba no acosarla con preguntas sobre ellos dos, sobre qué significaba que hubiera ido a su habitación, estando en una casa llena de gente, sirvientes y anfitriones, que podrían verlos. Le costaba no contarle que le había dicho a su hermana lo que sentía. Quizás no debería haberlo hecho, pero nunca le había ocultado nada a Nell. Nunca.

—Me cae bien —le dijo Isabelle—. Me cae bien todo el mundo. Tampoco me lo esperaba.

—No me había dado cuenta que eras tan pesimista —bromeó, esperando que una leve sonrisa se dibujara en esos labios. Incapaz de resistir la tentación de al menos una pequeña confesión, dijo con voz más grave—. Ojalá pudieras quedarte aquí hasta la mañana.

Ella se estremeció, acurrucándose más contra él. El calor de su cuerpo y su dulce aroma le proporcionaban, a él, una confusa mezcla de tentación. —Yo también —dijo ella—. Aunque no estoy segura de poder dormir bien, en una casa tan grande.

Él asintió con la cabeza, pensando en su pequeño loft en Oxford. —El año pasado visité una gran mansión y me quedé varias semanas. Durante todo ese tiempo, no dejaba de pensar en las casitas del pueblo cercano, y en cuánto las preferiría, a una habitación, en esa enorme caverna de casa.

—¿Cómo es Oxford? —preguntó, incorporándose para apoyarse en ese pecho, con el pelo cayendo, como una cortina a su alrededor —. ¿Te pasas los días enteros estudiando?

—A veces. Esos son los mejores días —confesó—. La ciudad en sí es una joya, con sitios históricos y hermosos edificios, mires donde mires. Solía pasear por ella, en invierno, cuando no había nadie, en la calle, y contemplar las agujas y las murallas con siglos de historias que contar.

Ella suspiró, como si el atractivo onírico de hacer algo así la hubiera cautivado también. Él deseó que estuvieran ya en Oxford, para poder tomarla de la mano y llevarla por las calles, mostrándole cada lugar, que alguna vez había despertado su imaginación.

—Me sorprende que no estés siempre encerrado en la universidad. Mathias lo describió como algo parecido a la esclavitud.

Él negó con la cabeza, riéndose entre dientes de la exageración de su amigo. —Me han echado del campus más veces de las que me han dejado entrar. Las bibliotecas cierran; hay que cerrar las habitaciones con llave, etc. La universidad es mucho más propicia para un día de estudio, que una habitación mal iluminada en una residencia de estudiantes.

—Me gustaría verla —dijo ella.

—Me encantaría enseñártela —respondió él con emoción—. Últimamente, no puedo dedicar todo mi tiempo a manuscritos y manifiestos. En esta etapa de mis estudios, también debo impartir clases a los alumnos más jóvenes, así que me veo obligado a hacerlo dos veces por semana, a cambio de ayuda con el alojamiento y la manutención. Este acuerdo suele servirme de puente, por si deseo dedicarme a la docencia.

—¿Es eso lo que quieres? —preguntó—. ¿Enseñar?

—Tal vez. Tiene su encanto —suspiró, habiéndose hecho la misma pregunta, muchísimas veces—. Es difícil decir qué quiere hacer uno con su vida.

Ella soltó una risita, sacudiendo la cabeza de modo que su cabello rozó ese pecho. —Sé que eso es cierto mejor que la mayoría, ¿no crees? Creo que pocas decisiones son para siempre, y la

vocación es sin duda uno de los aspectos más flexibles de la identidad, ¿no?

—Supongo que tienes razón.

—Por supuesto que sí. ¿Qué enseñas, profesor? —bromeó ella, y aunque lo dijo en broma, algo en su forma de llamarlo le heló la sangre.

Él le acarició el cabello y la atrajo hacia sí para darle un beso suave, complacido al distinguir la leve sonrisa en ese rostro, en la oscuridad. —Contexto histórico —respondió—. Fundamentos de restauración y conservación, y una variedad de otros conceptos básicos. Lo disfruto más de lo que pensaba, siempre y cuando los estudiantes sean del tipo que desea escuchar lo que digo.

—¿Soy una buena estudiante? —preguntó dulcemente, mientras le trazaba con los dedos el contorno del pecho.

La pregunta lo estremeció con una oleada de deseo, evocando recuerdos de sus noches en el Harpy y de su afán por aprender. —Muy buena —dijo con voz tensa.

—Eres una gran sorpresa para mí, Peter Applegate. Siempre me he imaginado a los estudiantes en los pubs, planeando revoluciones y seduciendo a doncellas desprevenidas —dijo.

—A veces, voy a los pubs —confesó con ironía—. A las doncellas, rara vez.

—Siempre he sospechado —dijo—. Que has tenido muchas amantes, antes que yo.

Él no pudo reprimir la risa, apretando los labios en un intento de sofocar la diversión, no fuera que ella lo considerara un canalla. —¿Por qué diablos pensarías eso?

—Porque —respondió con una voz más sombría que antes—. Eres muy hábil en el placer.

Él respiró profundamente, intentando reprimir la excitación que le invadía ante tal afirmación. —Me alegra saber que piensas así. — Él logró decirlo, preguntándose si debía escabullirse, antes que ella se diera cuenta de lo complacido que estaba.

—Usas tus manos, tus dedos —suspiró, girándose sobre su espalda y estirándose como un gato, arqueando la espalda, al recordar el tiempo que habían pasado juntos—. Tus labios y tu lengua… —continuó con la voz entrecortada.

—¿Eso es lo que quieres? —le preguntó, susurrándole al oído, hundiéndole la nariz en el cabello y mordisqueando el suave lóbulo tan cerca de sus dientes. Sus manos ya se movían, buscando el espacio entre esos muslos, anhelando el calor y la suavidad de ese dulce cuerpo y la forma en que reaccionaba a su tacto—. ¿Quieres que te bese otra vez?

Ella gimió, tan suavemente como pudo, abriendo las piernas para que él pudiera tocarla como quisiera, pudiera hundir sus dedos, en ella, y llevarla al clímax, tal como una chica podría merecer por meterse en la cama de un hombre por la noche.

—Te quiero por completo —murmuró ella, moviendo ya las caderas contra sus dedos, suplicándole cosas que no podía expresar con palabras—. Quiero probarte también.

—Ay —susurró él, presionando su erección contra la suavidad de ese muslo—. No deberías decir cosas así.

—¿Por qué no? —preguntó ella con la voz entrecortada por el placer que él le proporcionaba, la distracción de cómo exploraba su zona más íntima, y cómo la tocaba sabiendo, qué la llevaría al clímax —. Eso es lo que quiero —insistió, bajando la mano para tomarlo, como él lo había hecho con ella—. ¿Por qué no habría de quererlo?

—Eres una buena chica —le recordó, aunque no pudo resistir la tentación de mover las caderas como ella, cediendo al deseo embriagador del momento—. Las buenas chicas no hacen esas cosas.

—Entonces no soy tan buena —susurró, acariciándolo de arriba abajo con una precisión tan segura, que le hacía temblar las rodillas —. ¿Las chicas buenas hacen lo que estoy haciendo ahora mismo, Peter?

Él no supo qué responder. De hecho, su capacidad para hablar se estaba viendo rápidamente comprometida.

—Puedes decirme que soy travieso —le dijo, apartándose de esos dedos para ponerse de rodillas. Alejó las mantas, dejando ver lo excitado que lo había puesto ese tacto femenino—. Perverso, lascivo, libertino.

—¿Libertino? —sugirió ella con voz ronca, mientras ella le quitaba la ropa, pasando sus cálidas manos por esos muslos desnudos y las yemas de sus dedos sobre ese pene adolorido.

—Libertino, sí —respondió él, dejándose caer para cumplir su promesa, mientras ella recorría con suaves y prolongados besos ese miembro, sintiendo cómo su confianza crecía a medida que ella ascendía. Su lengua emergió, y cuando él maldijo, conteniendo la respiración con sorpresa, ella pareció interpretarlo como una señal de que lamerlo era una forma efectiva de placer.

*«El roce de esa lengua me matará sin duda»*, él lo pensó. La forma en que ella lo sujetaba con fuerza, mientras saboreaba algo tan prohibido lo enloquecería. La manera en que lo engullía con su dulce boca, hasta donde alcanzaba, lo dejaría sin habla para siempre.

—Estás delicioso —le dijo ella—. Perfecto.

—Isabelle —expresó él con la voz entrecortada.

—Mmm, silencio —dijo ella, pasando la barandilla de noche por encima de la cabeza, igual que aquella primera vez en el mar. Esta vez no le dejó tomar el control, no dependió de él para decidir el ritmo.

Ella satisfizo su curiosidad, asegurándose de saborearlo a fondo y que estuviera lo suficientemente lubricada, como para que él pudiera entrar en ella, en cualquier momento. Se montó sobre él, una postura que él solo había imaginado, y con la mano lo guió hacia dentro, una caricia suave pero indulgente hasta el fondo, donde abrió las piernas para acomodarlo por completo.

Se inclinó hacia adelante, apoyando las manos en ese pecho y girando las caderas, echando el pelo hacia atrás y arqueando la espalda, mientras exploraba diferentes movimientos y sensaciones, que podría disfrutar desde esa posición de poder. Él, por supuesto, era incapaz de detenerla, hipnotizado por la visión de ella cabalgándolo como una reina guerrera.

Él no pudo resistir la tentación de alzar la mano para tocarla, de acariciar el movimiento de esos pezones, de sujetarla por las caderas y guiarla en un vaivén, que les hizo olvidar respirar a ambos. Sabía que no podría soportarlo mucho más, pero, ¡maldita sea! Deseaba que esto durara para siempre.

—Sigue así —le dijo ella, empujando hacia abajo, mientras él guiaba sus caderas—. Sí, así mismo. ¡Ay, Peter!

Fue su nombre en boca de ella lo que lo llevó al límite, sus dedos estaban hundiéndose en la suave carne de esa cintura, sus caderas seguían acelerándose por sí solas, penetrándola, mientras su mente se dispersaba y zumbaba con su cuerpo, ardiendo con el placer imposible de ello.

Ella estuvo a punto de gritar, llevándose el puño a la boca para ahogar el rugido de su clímax. Sus caderas seguían el ritmo que él deseaba, el que anhelaba. Él la penetró con furia hasta eyacular, siendo esto un torrente de deseo, que se desbordó en una satisfacción primigenia. La atrajo hacia sí para besarla, mientras seguía eyaculando dentro de ella, reprimiendo su propio placer con la dulzura de esos labios.

Él la sujetó con fuerza, incapaz de dejar de besarla, incluso después de haber terminado. Cuando la soltó, fue solo porque ya no

podía respirar ni podía pensar. Por la respiración entrecortada y jadeante de ella, parecía que sentía lo mismo.

No supo cuándo recuperó el aliento, pues parecía caer en un sueño casi sin darse cuenta. Durmió en paz con ella, a su lado.

No se despertó cuando ella se levantó de la cama y salió sigilosamente de la habitación, pero supo, incluso dormido, que ella se había ido.

# CAPÍTULO VEINTIUNO

Isabelle había pasado todo el día evitando a Peter.

No había sido difícil, pues él no era un hombre que se impusiera, cuando no era bienvenido, y probablemente solo pensó que ella deseaba tiempo para reflexionar sobre todos los recuerdos que Susan Cooper había traído a la casa, ese día.

*«¿Tía Susan?».* No, todavía no le parecía el momento adecuado.

La señora Cooper llegó al desayuno e hizo que su hombre dejara dos baúles llenos de cosas, en el salón de baile de Meridian House, donde Nell e Isabelle fueron invitadas a revisarlos con calma. Cuando se unió a ellas en la mesa, lo hizo con la caja de madera oscura, que contenía la otra mitad de la joya azul oscuro que formaba parte del colgante de Isabelle. Era más pequeña que la de su sueño, apenas del ancho de dos manos, y mucho menos ornamentada.

Esto había sido elaborado por un hombre con una estética sensible y talento para trabajar la madera.

*«Tío Archie».*

Sí, esa le parecía más natural, aunque solo fuera porque nunca tendría que usarla.

En efecto, estaba bien cerrada, y al sostenerla, sintió la mirada de Peter sobre ella, curiosa, inquisitiva y, sobre todo, preocupada. Lo tranquilizaría si supiera cómo. En lugar de eso, se excusó rápidamente y se dirigió a la habitación que le habían asignado, donde permaneció sentada con las piernas cruzadas, en la cama, durante casi una hora, contemplando la caja que guardaba el collar.

No la había abierto. Pensó que tal vez debería esperar al hermano, que nunca había conocido. Y también pensó que tal vez, si esperaba, hacer esto junto con él podría hacerla ganarse su cariño. Luego pensó que, si abría la caja, no podría resistir la tentación de correr a contarle a Peter lo que había encontrado adentro.

Ella simplemente no estaba preparada para hablar con él. Todavía no.

Quería tener las palabras exactas, en su mente, antes de pronunciarlas. ¿Debía empezar con una disculpa o con afecto? ¿Una propuesta de matrimonio o una penitencia? Fuera lo que fuese, necesitaba aclararlo, antes que algo a medias y condenatorio saliera de su boca, en un momento inoportuno, y arruinara para siempre sus posibilidades de ser feliz.

Él se había marchado a Dover con Mathias para hacer unos recados por la tarde, logrando cruzar la mirada con ella, una sola vez, y dedicarle una sonrisa cómplice, recorriendo con la vista, el cuerpo que tanto había disfrutado hacía apenas unas horas. Se puso el sombrero y salió por la puerta, ajeno a cómo la había dejado momentáneamente paralizada. Aquella sonrisa le había provocado un escalofrío. De hecho, durante casi toda la mañana, ella apenas había podido pensar en otra cosa que no fuera la noche anterior, y lo fácil que había sido deslizarse en su cama sin ser vista.

No lograba expresar con palabras el problema que la aquejaba. Le había dicho, en el Harpy, que necesitaba conocer a toda esa gente, ver ese lugar, descubrir quién era, antes de poder corresponderle y comprometerse, a una vida con él. Pero allí estaba ella, tres noches en Inglaterra, con la caja fuerte secreta de su madre, a solo unos pasos, y seguía sin estar segura de cómo la había cambiado esto, en aquella fatídica mañana, en la casa de su infancia, cuando se miró al espejo, y se preguntó quién la miraba.

Tras la partida de Goliat y Hortensia, salió a dar un largo paseo con ellos, y al regresar, preguntó si podía retirarse temprano y cenar en su habitación, una petición que la dulce y apacible Nell jamás

rechazaría. Desde entonces, se había estado escondiendo, en esa habitación, esperando a que oscureciera y el sueño la venciera.

Como casi todo lo demás, el sueño no llegaba de buen grado, cuando se lo pedía, e Isabelle se encontró mirando al vacío, mientras las horas pasaban, sin saber si quería volver a colarse por la mansión, esa noche, o seguir escondida hasta la mañana.

Había logrado evadirlo, todo el día, intentando decidir qué decirle, pero esa noche no quería hacer nada más que hablar. Anhelaba escapar de nuevo, ante la comodidad y la sencillez de estar con él. Ella era egoísta, ya que esta era una necesidad pura y simple, que no podía satisfacer sin dar algo de sí misma, a cambio.

Lo cierto es que ya esto no era sencillo. Quizás nunca lo había sido.

Suspiró y bajó las piernas de la cama. Si no podía ir a ver a Peter, tal vez podría bajar al salón de baile y volver a mirar las cosas, en los baúles. Ella y Nell habían rebuscado con curiosidad entre algunas, aunque la mayoría de los objetos, que había encontrado, parecían ser más bien cosas de valor, protegidas de una casa, en ruinas, que reliquias sentimentales, que escondieran detalles de la vida de sus padres.

Por supuesto, Nell era tan ignorante, como ella, sobre lo que esas cosas podrían significar, y habían decidido que esperar a Nathaniel probablemente sería la opción más sensata.

*«¡Nathaniel!»*. Ahora él era más que una simple idea. Todos a su alrededor lo conocían, habían hablado con él, pasaron tiempo con él y se formaron una opinión sobre su personalidad. Solo Isabelle quedaba por imaginar quién o cómo podría ser él.

Durante años, ella se preguntó si sus pensamientos de aquella noche, de algún modo, habían hecho que su hermano volviera a casa, antes de lo que hubiera podido viajar de otra manera. Se preguntó si, tal vez, la fuerza de su deseo había alterado el curso del tiempo y lo había traído hasta ella.

Colgó una bata del perchero y se la anudó a la cintura, frotándose los brazos para calentarse. Salió al pasillo, dispuesta a salir de aquel absurdo ensimismamiento, pero se detuvo en seco, al oír el inconfundible sonido de alguien que se acercaba.

Los sirvientes hablaban, en voz baja, por supuesto, pero ella pudo oír la puerta abriéndose y cerrándose, varias veces, y el tono autoritario de la voz de un hombre, mientras respondía algunas preguntas y preguntaba por su esposa.

Ella apagó rápidamente la vela y retrocedió hasta el hueco de la pared para no ser vista por los sirvientes que pasaban apresuradamente. No sabía por qué se escondía, aunque ya era demasiado tarde para revelarse sin hacer el ridículo. Además, esta ubicación le daba la oportunidad de escuchar a escondidas, antes de darse a conocer.

Desde allí solo alcanzaba a ver una sombra, increíblemente alta, que saltaba de pared en pared, al encenderse las antorchas, mientras los demás celebraban su llegada. Podía oír esas botas sobre el suelo pulido y el roce de ese abrigo, cuando él se lo quitó. Tan absorta estaba Isabelle, en esos detalles, que casi dio un brinco del susto, cuando Nell pasó a un lado con una mano sosteniendo su abultado vientre y la otra agarrada a la barandilla para bajar, cuanto antes, a recibir a su marido.

—¿Nathaniel? —lo llamó, entre un grito y un susurro—. ¿Nathaniel, eres tú?

—Hola, querida —dijo y su sombra engulló a la pequeña Eleanor, cuando llegó al pie de la escalera. Isabelle se inclinó hacia adelante y lo vio agacharse para besarla, a modo de saludo, aunque sus rasgos estaban ocultos por la distancia y la penumbra—. Cabalgué tan rápido como pude.

—¿Está Kit contigo? ¿Has dormido siquiera? —Hizo una pausa, evidentemente leyendo una respuesta en ese rostro—. ¡Nathaniel, es peligroso cabalgar sin dormir!

Él soltó una risita, la estrechó contra sí, en un cálido abrazo, y chasqueó la lengua. —Kit nos sigue con nuestras cosas. Tardará un par de días. En Marylebone di instrucciones precisas que tu tía debe ser avisada del regreso del Harpy, no antes de tres días. Solo puedo ocuparme de una cosa a la vez.

—Probablemente, sea lo más sensato. Mathias también ha mantenido a Therese alejada, mientras te esperábamos.

Hubo una pausa, aunque Isabelle no estaba segura de si simplemente hablaban demasiado bajo para que ella pudiera oírlos. Entonces, la voz de Nathaniel resonó de nuevo en el aire, preguntando con tono lastimero: —¿Dónde está?

—Está dormida —dijo Nell—. Y no la despertaré. La pobre se sentía mal y ha tenido un mes muy agitado, como ya sabes. Puedes esperar hasta mañana.

—¿Puede ser? —preguntó con el ceño fruncido, en la voz—. Atacarla por sorpresa en el desayuno no parece lo más adecuado.

—Hablaremos de ello, mañana por la mañana —respondió Nell con firmeza—. Tú necesitas dormir, y ella también. Puedes guardar todas tus preguntas para Isabelle.

—Isabelle —repitió con cierto nerviosismo en la voz—. No es Alice... Debo recordarlo.

—Sí —convino Nell—. Debes hacerlo. Ahora haz lo que tengas que hacer y ven a la cama, ¿de acuerdo? Te estaré esperando.

—No tardaré —le prometió, y ella giró para volver a subir las escaleras.

Todo sucedió tan rápido que Isabelle olvidó volver a las sombras, por lo que su cuñada la vio, al pie de la escalera, apenas subió unos escalones. Ambas mujeres se quedaron paralizadas, con los ojos grises de Nell fijos en los de Isabelle, abiertos y curiosos.

Una vez atrapada, no tenía motivos para huir. De hecho, Isabelle parecía completamente incapaz de moverse.

Nell se detuvo por un instante con una expresión de comprensión iluminando su rostro, y continuó subiendo hasta llegar al rellano. —Él tiene razón —le dijo—. El desayuno sería un momento mucho menos personal para encontrarse. Si te sientes mejor, quizás podrías ir a saludarlo ahora.

Isabelle intentó tragar con la garganta repentinamente seca. Buscó desesperadamente algo que decir, pero la antorcha de Nell le llegó a las manos y la otra mujer se alejó flotando, antes que pudiera siquiera asimilar la sugerencia.

Si Nell tenía opiniones firmes sobre lo que Isabelle debía hacer, no iba a imponerlas, ni tampoco iba a quedarse a espiar conversaciones privadas, como Isabelle acababa de hacer con ella.

Parecía, como dijo Peter, que el único camino que vale la pena tomar es el que avanza.

Ella enderezó los hombros y se acercó a la escalera, bajando por los escalones, uno a uno, para que no le temblaran las piernas. Al llegar abajo, se dejó caer en los primeros escalones y los usó como asiento. Era incapaz de obligarse a seguir adelante. Así la encontró él, al regresar a la antesala, sentada en los escalones con una antorcha, a sus pies, y el cabello suelto sobre los hombros.

Fue la primera en observarlo, entrando del exterior y apartándose del cabello la bruma de la lluvia vespertina. *«Es guapo»*, pensó, *«alto y elegante»*. Había cabalgado todo el día, pero aún así parecía dispuesto a saludar a visitas distinguidas, incluso mientras se sacudía el barro de las botas. Ese cabello era del mismo castaño caoba, que había visto en el retrato del salón, e imaginó que, al acercarse lo suficiente, vería que sus ojos eran un poco más oscuros que los de él.

Ella se quedó paralizada, esperando a que él la viera, esperando esa reacción.

Él alzó la vista hacia donde ella estaba sentada, creyendo claramente al principio que era Nell, a juzgar por la sonrisa en ese

rostro. Pero la sonrisa se desvaneció tan rápido, como había aparecido. Sus ojos se clavaron en los de ella y esa postura se quedó inmóvil, como si ella tuviera que recordarse a sí misma, que debía seguir respirando por un instante.

Simplemente, ellos se miraron por un momento, encontrando lo familiar en sus rostros.

Fue Isabelle, poniéndose en pie con dificultad, quien rompió el hechizo, impulsando a Nate a actuar. Abrió la boca con la intención tal vez de estrecharle la mano o presentarse, pero él cruzó el recibidor, en tres zancadas, y la abrazó con un fervor tan instintivo, que no necesitaba palabras, y tan intenso que solo podía ser sincero.

Al principio, ella lo sostuvo con timidez, pero la realidad de quién era y lo que significaba la golpeó con tanta fuerza que, de otro modo, podría haberla derribado. Lo abrazó fuertemente, sintiendo cómo se le cortaba la respiración. Cerró los ojos con fuerza y lo siguió abrazando con todas sus fuerzas. Escuchó el sonido de esa respiración y sintió los latidos de ese corazón, y se vio completamente incapaz de contener el torrente de emociones que la invadía.

Él le rodeó la nuca con la mano, sujetándole la mejilla contra el pecho, y ella lo agarró por la cintura, segura que solo podía mantenerse en pie porque se aferraba a él.

No lloraba propiamente, pero temblaba y las lágrimas le corrían por las mejillas. Él la apartó y le tomó el rostro entre sus manos, sonriéndole ampliamente, a través de las lágrimas que se le acumulaban, y le dijo: —Mi hermana. Mi hermanita.

Ella asintió, extendiendo la mano para tocarle también el rostro. Le temblaban las manos y su voz aún se quebraba por la oleada de sentimientos, que la embargaba. Cuando por fin pudo emitir un sonido, fue algo parecido a una risa, una risa maravillosa e incrédula, y volvieron a abrazarse.

—Isabelle —dijo, una vez que por fin ambos recuperaron el aliento—. Me llamo Nathaniel.

*****

Llamaron para pedir té y se sentaron en el salón, bajo el retrato de sus padres. No importaba que estuviera más cerca del amanecer que del atardecer ni que ninguno no hubiera dormido, ni que sus primeros intentos de conversación fueran inseguros y torpes, y que a menudo se desvanecieran en risas nerviosas, en lugar de pensamientos coherentes.

Después de todo, ¿por dónde se empieza después de toda una vida separados?

—¿Tuviste un buen viaje? Confío en que Mathias y Peter atendieron tus necesidades.

Al oír eso, ella tosió levemente y desvió la mirada. —Sí, fueron muy atentos —replicó, agarrando una galleta de la bandeja para no tener que dar más detalles. Tras masticarla y tragarla, lo miró a los ojos con una sonrisa de disculpa, y añadió—, ha sido un viaje inesperado, en muchos sentidos.

A partir de ahí, se ofrecieron información voluntariamente, en lugar de solicitársela al otro. Nathaniel habló de su educación y su carrera, mientras que Isabelle relató momentos clave de su propia vida, haciendo especial hincapié en el buen padre, que había tenido, a pesar de todo.

—¿Ese es el collar de nuestra madre? —preguntó él de repente, tras más de una hora de conversación. Parecía asombrado de haberlo visto alrededor de ese cuello, con la taza de té, a medio camino de sus labios.

Ella alzó la mano para tocarlo, dándose cuenta que se le había olvidado quitárselo, durante la larga noche, que pasó encerrada en

la habitación. —Sí —respondió, en voz baja—. Mi padre... mi padre francés lo guardó para mí.

—Había olvidado por completo que esto existía hasta este preciso instante —dijo él, visiblemente asombrado por el destello en su memoria—. He olvidado tantas cosas.

—Menos de lo que yo tengo, me atrevería a decir —replicó ella con una débil sonrisa y un encogimiento de hombros, en señal de disculpa, ante su expresión de mortificación.

Ella pasó la cadena entre sus dedos y tiró del broche hacia delante para desabrocharlo, dejando que el collar cayera en su mano. Se lo ofreció a su hermano, se lo pasó a su mano y le preguntó: —¿Sabes qué hay dentro del relicario?

Él asintió con la cabeza, mientras los recuerdos se iban formando tras las sombras color avellana de sus ojos. Abrió la palma de la mano y miró la piedra azul. —Una llave —dijo con una voz llena de asombro—. De una cajita de madera. Nunca me quiso decir qué había dentro.

—Está arriba —dijo ella con el corazón acelerado—. Está en mi habitación. Estaba esperando a que volvieras para abrirlo. Tu... nuestra tía Susan lo ha guardado todo este tiempo. ¿Quieres que lo traiga?

Él parecía que no tenía palabras, apenas logró asentir levemente, lo cual era suficiente para ella. Subió corriendo las escaleras y bajó de nuevo con la caja apretada, en las manos, y la colocó sobre la mesa de centro entre ellos, mirándola fijamente, como si fuera a estallar en llamas, en cualquier momento. Nathaniel también la miró de forma muy similar.

—Lo haré yo —dijo ella, extendiendo la mano para recuperar el collar, que él ya había desplegado hasta darle forma de llave. Lo sujetó firmemente entre el pulgar y el índice y lo deslizó por la pequeña cerradura, que probablemente necesitaba una buena lubricación, después de tantos años de abandono. Aún así, el

mecanismo giró con facilidad, y la tapa de la caja dio un pequeño salto, al ceder el pestillo.

Contuvo la respiración, empujando la tapa, mientras ella y su hermano se inclinaron sobre la caja. Dentro había una pila de cartas atadas con una fina cinta rosada y un pequeño sobre de papel con una dirección garabateada. Ella tomó el sobre, mientras Nate agarraba la pila de cartas, desenganchando la primera de la cinta y desplegándola con cuidado cerca de la antorcha que tenía, al lado.

—*«Querida Mary»*, leyó, *«ha pasado casi un año desde que trajiste a nuestra hija al mundo, y casi diez desde que tuviste a nuestro hijo. Jamás habría podido imaginar entonces que mi amor por ti pudiera ser aún más fuerte. No parecía posible. Todavía no me lo parece, pero, siento que mi cariño por ti se fortalece con cada nuevo amanecer»*.

—Cartas de amor —dijo Isabelle con asombro, dejando caer el sobre, en la palma de su mano, del que salió un anillo junto con un recibo. Le mostró el anillo a su hermano, intrigada por un recibo, que valía mucho menos de lo que el anillo podía valer.

—Esa es de mi padre —dijo Nathaniel de inmediato—. De nuestro padre. Siempre lo estaba abollando, haciendo una cosa u otra, y mi madre siempre la mandaba a reparar. Le decía: «Quítatelo, mientras trabajas, Walter», y él se burlaba y decía que solo se lo quitaba, cuando no tenía más remedio.

Él soltó una risita, dándole la vuelta al documento en la mano. —También me había olvidado de esto. Solía insistirle mucho al tío Archie para que le enseñara carpintería, y era un auténtico desastre.

—Hay dos baúles llenos de objetos, que seguramente te traerán todo tipo de recuerdos —le dijo Isabelle—. Parece que la señora Cooper ha guardado muchas cosas, a buen recaudo, durante años, y ayer por fin las devolvió a esta casa.

Él frunció el ceño, le devolvió el anillo y echó un vistazo por encima del hombro al retrato. —Sí, lo sé —dijo con un suspiro—.

Debí haberle preguntado qué había guardado, cuando regresé a Meridian House, el año pasado, pero tenía miedo que se reavivaran esos recuerdos. Tenía miedo del dolor.

Isabelle asintió, comprendiendo perfectamente lo que significaba tener miedo a enfrentarse al pasado. —Debió de ser horrible para ti quedar huérfano tan joven.

—Nunca me consideré huérfano —replicó con sinceridad—. Tenía a mi tía y a mi tío, y tenía a Kit. También tenía los desvaríos y las teorías conspirativas del tío Archie sobre lo que le había ocurrido a mi familia, y con eso ahogué mi pena en ira y planes de venganza. ¡Qué desperdicio tan espectacular de mi juventud!

—¿Qué crees que les pasó?

Él volvió a colocar la carta sobre la pila y se frotó los ojos, negando con la cabeza, angustiado por sus propios errores. —Primero, debes entender que Archie no estaba bien, y que debería haber sido más precavido, si no de joven, al menos de adulto. Simplemente, sus delirios contenían algo de verdad, suficiente para que le creyera, incluso cuando nadie más lo hacía.

—Si te dijo que fue un asesinato, no mentía —dijo Isabelle, en voz baja—. Lo fue.

—Me engañó sobre quién era el responsable de los asesinatos y por qué —le explicó Nathaniel—. Pasé mi vida intentando descubrir e infiltrarme en la sociedad de la Hoja de Plata, creyendo que habían ejecutado a mis padres y a mi hermana pequeña, como castigo por supuesta traición a la Corona. Si me hubiera quedado aquí, si hubiera vivido en Kent, imagino que no me habrían mantenido en la ignorancia, durante tanto tiempo.

—Nos engañaron a los dos —dijo ella—. Pero ninguna de nuestras vidas fue en vano, Nathaniel. Mira en lo que te has convertido. Pronto serás padre.

Ante esto, ese rostro se iluminó con una sonrisa, reflejando una mezcla entre timidez y orgullo. —¿No es increíble? —dijo, y él

parecía creerlo de verdad.

—¿Cómo supiste que querías pasar tu vida con Nell? —preguntó Isabelle, ladeando la cabeza con curiosidad, mientras miraba las cartas entre sus padres—. ¿Cómo se puede saber con certeza?

—Llevábamos casados un tiempo, cuando me di cuenta —confesó—. Íbamos a una cena y ella iba vestida con un atuendo espectacular, lo más hermoso que había visto en mi vida, y justo antes de irnos, se inclinó y se puso las gafas para revisar una lista de tareas, que le había escrito a su doncella. —Él se rió, respirando profundamente con nostalgia—. Supongo que algo, en ese momento, me rompió el corazón. Todavía lo recuerdo con tanta claridad.

—¿Te casaste con ella, antes de amarla? —preguntó Isabelle, incrédula—. ¿En vez de esa criatura angelical, que se queda arriba?

—¡Ah, sí! Eso... —dijo con un leve rubor en las mejillas—. La señorita Blakely… es decir, Lady Somers, y yo tuvimos un noviazgo puramente profesional. Gloriana es hermosa, sí, pero… bueno, no es Nell —lo expresó con cautela—. Al final, todo salió bien para todos, al evitar ese matrimonio. Habría sido frío y profesional, estructurado para la política y el ascenso social, que era lo que ambos creíamos desear, en aquel entonces. Ella y yo tuvimos la suerte de recibir una educación diferente, y de alguna manera ambos encontramos algo más valioso, en nuestras parejas. Por eso, estoy profundamente agradecido.

Ella bajó la mirada hacia el anillo que tenía en la mano. El metal martillado reflejaba la luz, en todas las pequeñas abolladuras reparadas por el martillo del herrero. —Solo he oído hablar de ella —dijo Isabelle, apretando el anillo con los dedos y señalando con la cabeza el rostro de Mary, en el retrato que tenían encima—. Quiero saber también de él.

Nathaniel asintió con ternura. —¿Por qué no leemos algunas de sus cartas? —sugirió—. Dejemos que nos hable con su propia voz.

—Sí —aceptó ella, notando el brillo rosado, que comenzaba a teñir las ventanas, a través de las cortinas de lino, lo cual no importaba—. Sí, por favor. ¿Me las lees, Nathaniel?

Y él así lo hizo.

# CAPÍTULO VEINTIDÓS

En la noche de la fiesta del debut, en la sociedad, de Isabelle Monetier, la homenajeada comenzó a tomar algunas decisiones. Difícilmente podría haberlo evitado con el revuelo, que se había generado a su alrededor, durante la última semana, en particular, ante la llegada de tantos espectadores.

Peter había observado gran parte de la evolución de Isabelle desde la distancia, reacio a interrumpir aquella metamorfosis, por mucho que echara de menos su compañía. La vio forjar un vínculo, cada vez más estrecho, con su hermano y había presenciado la forma en que Nathaniel la mimaba con un brillo de incredulidad, aún presente en sus ojos. Ella también se acercó a su primo con mucha más seguridad y de ahí surgieron los demás.

Mathias vino acompañado de su madre y su hermana, esta última tan rubia y con hoyuelos como él. Zelda llegó de Londres con su habitual presencia imponente, aunque para sorpresa de Peter, se había contenido y no había intentado tomar el control de los pocos allí reunidos, permitiendo que Isabelle le hiciera preguntas y pasara tiempo con ella, cuando quisiera.

Por supuesto, Nell y Peter no habían tenido tanta suerte. La tía Zelda estaba constantemente pendiente de la barriga de Nell y su comida, y cuando no estaba ocupada, se la pasaba diciéndole a Peter, que corrigiera su postura, durante sus ejercicios matutinos, y aconsejándole sobre las personas, a las que debía ganarse para conseguir un puesto fijo, al volver a Oxford.

En cierto modo, a Peter le resultaba reconfortante recuperar algo de su vida cotidiana tras el viaje. Oír a su tía y a Lady Dempierre discutir, durante el té, también había tenido su encanto.

Nunca había conocido a nadie que pudiera seguirle el juego con tanta habilidad.

Aún no había noticias de Pauline y Gerard Olivier, y solo podían esperar que su silencio fuera mejor que la llegada de noticias trágicas. Los miembros restantes de la Hoja de Plata insistían en que ella aparecería, tarde o temprano, y que todo saldría bien. Quizás lo decían porque les resultaba reconfortante, Peter también optó por creerlo.

Isabelle había decidido conservar su nombre e identidad. Para quienes conocían a la familia, no había necesidad de ocultar sus orígenes, pero hacía demasiado tiempo que había dejado de ser Alice Atlas, y finalmente decidió que ya era demasiado tarde para retroceder. También decidió que deseaba quedarse en Inglaterra, por los momentos, siempre y cuando pudiera escribirle a su padre.

La fiesta fue, por supuesto, idea de Gloriana. Aunque ya había regresado a Londres para reunirse con su esposo, en sus deberes diplomáticos, se había ocupado de varios detalles logísticos, antes de partir. Uno de los más importantes fue acompañar a Isabelle a una modista, en Dover, una francesa exiliada, que podía crear diseños que se adaptaran a Isabelle, y a su transición a un mundo nuevo y desconocido.

El evento tuvo lugar en Meridian House, en el gran salón de baile, donde Nell guardaba su arpa. Aunque estaba demasiado rellenita para tocarla ella misma, había contratado a músicos expertos para amenizar la modesta reunión, ya que quienes habían conocido a Mary y Walter tuvieron la oportunidad de reencontrarse con su hija, a quien creían perdida.

Isabelle, por supuesto, estaba radiante. Vestía de blanco y azul, un vestido que dejaba al descubierto sus hombros, bronceado, elegante y delicado, con el colgante de lapislázuli de su madre, en el centro. No era la moda sencilla que solían lucir las damas de la alta sociedad, sino una pieza única, creada especialmente para ella, que la hacía brillar.

Ella no era una persona sociable ni se paseaba por el salón de baile, mezclándose con todo el mundo con una copa de champán en la mano. Más bien, permanecía cerca de su hermano (y a veces de Kit o Mathias), y se guiaba por su conocimiento del entorno para hablar y comportarse. Era enternecedor observarla, aunque también un poco desconcertante verla así.

Peter había decidido que podía esperar eternamente. Podía esperar un mes, un año o una década, y lo haría con gusto, si existía la posibilidad de estar con ella, aunque solo fuera un instante robado o en una casa en el campo. Parecía que, por fin, él había aprendido a tener paciencia.

—¿Por qué te escondes aquí? —preguntó una voz desde su hombro, sobresaltándolo y sacándolo de lo que probablemente era una mirada fija y descarada.

Dio la vuelta y vio a Mathias, apoyado contra la pared con su habitual copa de vino blanco sostenida con suavidad, en la mano.

—No me estoy escondiendo —replicó Peter, indignado—. Si quisiera esconderme, me pondría detrás de una cortina.

—De acuerdo —dijo el otro hombre con una risita, provocando una sonrisa forzada en Peter—. Ella te busca constantemente, ¿sabes? ... Nunca estás ahí. ¿Ocurrió algo?

Peter negó con la cabeza sin saber siquiera cómo empezar a responder a esa pregunta. Habían pasado muchas cosas. *«No quiero agobiarla, ya que está muy agobiada»*, pensó, pero en vez de eso, dijo: —Ella sabe que estoy aquí, si me necesita.

—¿Lo sabe ella? —preguntó Mathias, arqueando las cejas y mirando de reojo a Peter, con una expresión de evidente sorpresa—. Parece que sí —admitió—. La dama se acerca.

Peter sintió un vuelco en el estómago, aunque giró con razonable elegancia para sonreírle a Isabelle, mientras se acercaba con sus vaporosas faldas, ondeando alrededor de sus piernas.

—¿Cómo están mis alegres compañeros? —preguntó ella, sonriendo, mientras se acercaba a la mesa—. He echado mucho de menos nuestras partidas de dados y nuestras cenas llenas de historias.

—Quizás podríamos convertirlo en una tradición —dijo Mathias, guiñándole un ojo, tomándole la mano y besándola—. Si tu hermano permitiera algo tan escandaloso.

—¡Sí! —expresó con una sonrisa burlona, llevándose la copa a los labios—. Si mi padre no pudo contenerme, ¿qué te hace pensar que un hermano sí podrá? Nathaniel sabe perfectamente que soy una mujer de ideas propias. Y eso no parece preocuparle.

—Bueno, él no te ha visto, en la práctica —manifestó Peter, mirándola de reojo con una expresión cargada de significado.

—Sí, es cierto —convino ella, ladeando la cabeza pensativa—. Ven, ¿quieres dar un paseo conmigo por el jardín, Peter Applegate? Necesito despejarme.

—¿Yo no? —preguntó Mathias, alegremente.

—Esta noche no —le dijo Isabelle con una risita juguetona—. ¿Peter?

Él se aclaró la garganta sin querer revelar la punzada de ansiedad, que sentía en el pecho, y asintió, ofreciéndole el codo. Intentó calmarse, aunque ese aroma lo envolvió y le nubló la mente al instante. No hablaron, mientras caminaban hacia el césped con la luna llena y brillante, en el cielo, y el sonido de las olas rompiendo a lo lejos, mezclándose con la música del interior.

Los jardines de Meridian aún estaban, en plena floración, recién plantados hacía apenas unos meses, pero aún así, había flores fragantes y antorchas parpadeantes, a lo largo de los senderos de grava. El cenador aún no estaba terminado, aunque para un paseo a la luz de la luna, el ambiente era ideal.

—Te he echado de menos —dijo ella, una vez que estuvieron lo suficientemente lejos de la puerta para hablar en privado. Seguía hablando, en voz baja, con palabras apresuradas, como si algún intruso pudiera aparecer de repente entre los setos—, hay demasiada gente merodeando por Meridian, como para que pueda visitarte por la noche. Y demasiada gente vigilándome, como para que pueda hablar abiertamente, durante el día. No quería hablar hasta poder hacerlo con sinceridad, y lamento si te he causado alguna molestia.

Él apretó los labios, reprimiendo el impulso de sonreír como un idiota. No convenía estallar en un baile de alivio y júbilo en ese momento. —¿Ah, sí? No estaba seguro que tuvieras espacio en tus pensamientos para distracciones.

—Peter, a menudo solo pienso en tus aficiones —dijo ella con seriedad, deteniéndose y jalando de su brazo para que la mirara—. De eso quería hablar contigo. —Sostuvo su mirada, un instante, antes de soltarle el brazo y juntar las manos, nerviosa, mientras buscaba las palabras—. Quiero quedarme en Inglaterra —dijo—. Por ahora.

—Sí, lo sé —respondió él con una sonrisa alentadora—. Me alegró mucho oírlo.

Ella resopló, girando la cabeza y dando saltitos. —Me gustaría visitar Francia, alguna vez, y tal vez incluso quedarme varios meses o un año. Me encantaría volver a navegar.

—Es razonable. —Él mismo empezaba a sentirse inquieto, sospechando que no estaba interpretando bien la conversación, sobre todo cuando ella dejó escapar un breve suspiro de frustración —. Isabelle, te apoyo, hagas lo que hagas.

—No te quiero detrás de mí, Peter —espetó, clavando sus preciosos ojos color avellana en los de él—. Te quiero a mi lado.

—¿A tu lado? —repitió, estupefacto—. Me quedaré donde tú quieras, Isabelle.

Ella soltó una risita, aflojó las manos y se alejó para dar unos pasos. El caminar pareció calmarla, dándole tiempo para sacar algo de la bolsita de cuentas, que colgaba de su falda.

Cuando encontró lo que buscaba, giró para mirarlo de nuevo. Con firmeza, extendió la mano, le tomó la suya y la giró por la muñeca para que se abriera. Le puso un objeto en la palma, duro y frío, y respiró fuertemente con dificultad.

Él se quedó quieto, permitiéndole a ella que se calmara, encontrando estabilidad con su mano entrelazada con la de ella. Parecía que ambos sentían la tensión palpable, que impregnaba el jardín aquella tarde.

Tras respirar profundamente, un par de veces, ella asintió, alzando la mirada para encontrarse con la de él, y se dispuso a hablar.

—Era de mi padre —dijo, en voz baja, retirando las manos y dejando al descubierto un pequeño aro de metal, que había colocado en la palma de esa mano—. De mi padre inglés, quiero decir. Es su alianza de boda.

Él contempló esto fijamente, quedándose momentáneamente sin palabras. Lo tomó con cautela, haciéndolo girar entre sus dedos, observando cómo la luz de una antorcha se reflejaba, en ese brillo pulido.

—Lo hice ajustar contra el anillo de sello de Mathias —continuó ella, hablando cada vez más rápido y agitada, retorciéndose las manos y con la mirada esquiva—, ese anillo te quedaba bien, ¿ves? Lo vi cuando te lo pusiste ese día en la bodega de carga e inspeccioné el escudo. Así que ya sabía el tamaño de tu dedo y quiero asegurarme que te quede bien.

—¿Quieres que me quede bien? —preguntó él, aunque no estaba seguro de si se dirigía a Isabelle o si se maravillaba ante aquello.

—Es un anillo imperfecto, Peter, uno que ha sido abollado y reparado muchas veces. No es de oro macizo ni está incrustado de joyas, aunque se originó en una unión de paciencia y pasión… de dos personas que se apoyaron mutuamente. Pensé que es una conmovedora representación de lo que es amar a alguien.

—¿Abollado y reparado? —preguntó Peter con curiosidad, bajando la cabeza para cruzar miradas con ella y que volviera a mirarlo—. ¿Le estaba confesando su amor?

Ella asintió, con alivio. —¡Sí! ¡Sí! Resistencia. ¿No lo ves? Pase lo que pase, todo se puede arreglar. Siempre se puede arreglar.

—Isabelle —dijo él, en voz baja, incapaz de reprimir una breve risa, ante su angustia—. No estoy seguro de entenderte bien. ¿Me estás... me estás proponiendo matrimonio?

Ella parpadeó con la incredulidad y la frustración reflejadas en su rostro, lo que provocó que su risita se convirtiera en una carcajada. Esto le valió un buen empujón, en el hombro, que él sabía que se merecía, y aprovechó la oportunidad para abrazarla y acercarla a él, dándole un dulce beso en la sien.

Ella resopló, alzando la barbilla para dirigirle una mirada de reproche poco convencida.

—Estoy aceptando tu propuesta —protestó ella—. ¡La que hiciste en el barco!

—Nunca te propuse matrimonio —le dijo—. Y tú me regalaste un anillo.

—Dijiste que ibas a proponerme matrimonio —replicó ella—. ¡Es lo mismo!

—¿En serio? —preguntó, solo para irritarla aún más, mientras la risa le subía del pecho. Si era risa de felicidad, alivio o sorpresa, él no lo sabía; solo sabía que nacía de alegría—. Isabelle, me casaría contigo esta noche, si encontrara un vicario dispuesto.

—Bueno —dijo ella, cambiando de postura y esbozando una sonrisa entre su enfado—. Pensé que tal vez un capitán de barco podría servir. Me gustaría casarme en alta mar, entre un hogar y el otro…

—Una idea novedosa —dijo Peter, arqueando las cejas—. ¿Y encontraste a alguien que esté de acuerdo con esta idea?

—Sí, de hecho —respondió—. Es un poco pirata, pero estoy convencida que no hay nadie mejor para la tarea. Simplemente, tiene que hacerme un recado primero: ir a buscar a mi papá, al valle.

Él la miró, asombrado de tener la suerte de abrazar a una mujer así, extasiado que ella quisiera retenerlo. Ni en sus fantasías más descabelladas la habría imaginado tan convencida de casarse con él.

—Ya se lo dije a Nathaniel —añadió—, cuando le pedí el anillo, quiso saber por qué.

—¡Ah! —dijo él, recordando rápidamente que la vida no siempre es tan fácil como seguir los propios deseos—. ¿Y te dijo que tienes mejores perspectivas en el horizonte ahora que has vuelto a casa?

—¡No! —Lo miró horrorizada—. ¡Peter! ¡Qué idea tan horrible! Nathaniel estaba encantado. Me contó que sabía de primera mano lo que se siente al enamorarse de una gemela Applegate.

Peter parpadeó, atónito y conmovido por la noticia. Jamás habría imaginado que Nathaniel Atlas daría su bendición. Habría esperado un horror justificado, al ver a un hombre como Atlas casarse con una erudita sin un penique. Estaba tan conmocionado que no encontraba palabras para expresar lo que sentía.

—Pero, ¿dónde vamos a vivir? —protestó, esgrimiendo los argumentos que Nathaniel no había presentado—. ¿Cómo te voy a mantener?

—Resulta que tengo derecho a una dote muy generosa —dijo, encogiéndose de hombros con indiferencia—. Y viviremos donde queramos. Podemos quedarnos en Oxford, mientras das clases, o viajar hasta que las estrellas cambien en el cielo. No importará, mientras estemos juntos… después que termines tus estudios, por supuesto.

—Mis estudios —repitió él, torpemente, provocando la risita de ella.

—Esa noche en el Harpy... —suspiró ella, rodeándole el cuello con los brazos y atrayéndolo hacia sí hasta que sus narices se rozaron—. Me dijiste que me amabas. Debí haberte dicho que el sentimiento era mutuo. Me atormenté, durante semanas, pensando en cómo se define el amor, cómo podía saberlo con certeza, cuando simplemente debí permitirme sentirlo, compartirlo y decirte lo que merecías oír.

—Me di cuenta que le daba vueltas a todo sin sentido. Dudaba de mi propia esencia y de mi derecho a amarte. No necesito que me definan, me cambien ni me terminen para ser quien soy. No soy una extraña para mí misma, sin importar los secretos que descubra. Y no necesito nada más que mi propio corazón para saber cómo me siento —continuó ella—, siento remordimiento, Peter. Me arrepiento de no haberte dicho la verdad, antes y de haber tardado tanto en entrar en razón.

—No me importó —le dijo, embelesado por su cercanía y conmovido por su sinceridad, deseando rozar sus labios con los de ella—. Todavía te amo.

Ella lo besó. La calidez y el entusiasmo impregnaron sus labios, extendiéndose con su beso hasta cada célula de ese cuerpo. —Yo también te amo, Peter Applegate —susurró sonriendo—. ¿Y bien? ¿Te casarías conmigo?

Él asintió, incapaz de reprimir su propia sonrisa y la felicidad que se encendió, en su interior, una felicidad que jamás se extinguiría.

—Sí —confirmó—. Por supuesto que lo haré.

# EPÍLOGO

La marea estaba bajando.

Yves Monetier miró hacia abajo, a sus dedos desnudos, hundidos en la arena de la playa de Dover, mientras otra ráfaga de pétalos de rosas blancas era arrastrada al mar.

Nunca pensó que volvería a estar de este lado del Canal, pero claro, hacía tiempo que había aprendido que la vida se desarrolla como a la misma le place, independientemente de los planes de los demás.

Fue una boda íntima, la mayoría de cuyos miembros ya habían comenzado a subir el sendero de regreso a Meridian House para el banquete posterior a la ceremonia. Los que permanecieron en la playa estaban amarrando el Harpy, que había servido como capilla nupcial, meciéndose sobre las olas de color azul zafiro entre dos naciones, ambas queridas por la novia.

—Papá, ¿vienes? —gritó Isabelle con el vestido de novia recogido hasta las rodillas y los ojos protegidos por la palma de la mano, mientras le llamaba desde el otro extremo de la espuma—. ¡Hay pastel!

—Ya voy, mi amor —respondió él, despidiéndola con la mano.

Ella le sonrió, volviéndose hacia el brazo de su nuevo esposo, quien claramente la miraba con admiración. Él los observó fundirse con la luz del sol, caminando con la soltura de dos personas, que se conocían a la perfección.

Yves nunca había planeado tener una hija, y mucho menos un hijo. Ahora, al parecer, tenía ambas cosas, además de una extensa familia.

Él había esperado, durante esas semanas de pleno verano, noticias de Inglaterra y la confirmación que ella estaba sana y salva. Su sorpresa, ante el regreso del muchacho Dempierre, listo para otro desafío de tráfico de personas, había sido grata, aunque sus motivos no fueran del todo inesperados.

Al fin y al cabo, él conocía lo suficientemente bien a su hija como para haber visto todas las miradas furtivas, que le había dirigido al muchacho Applegate hacía unos meses. Habría tenido que estar ciego para no darse cuenta de esto.

De vuelta en Serre Chevalier, Babette Boulier cuidaba la casita de los Monetier y prometió regar los cultivos y alimentar a las gallinas hasta que los Monetier decidieran regresar. Le había enviado una carta y una cinta para que Isabelle la llevara el día de su boda, y así tuviera un recuerdo de su queridísima amiga, en una ocasión tan importante.

Por supuesto, ella se había quedado con la habitación de Isabelle, dejando la habitación principal impecablemente ordenada y esperando a su dueño, con una guirnalda seca de margaritas, aún colgando del cabecero. Él no sabía cuándo regresaría. Al igual que Isabelle, pensaba que tal vez se quedaría en Inglaterra, un tiempo, y descubriría qué le deparaba el futuro.

Él regresó a la cima de la colina con los zapatos, en la mano, y el cabello ondeando al viento marino. Desde allí, pudo ver a su hija y a su esposo presidiendo la mesa del banquete. La silla a su derecha estaba vacía, esperándolo, mientras los Atlas, los Applegate y los Dempierre se arremolinaban, alrededor de la mesa, festejando y deseándoles lo mejor.

Fijó la mirada por un instante en la viuda rubia de Archibald Cooper, que le había sonreído con tanta calidez, a su llegada. Ella le dijo algo a su hijo, quien le devolvió la alegría con una sonrisa radiante y le sirvió más en la copa, mientras la mesa estallaba en carcajadas.

Sí. Inglaterra parecía una tierra de oportunidades.

En el horizonte, mientras navegaban de regreso al puerto, había visto las imponentes murallas de piedra del castillo de Dover, la prisión bajo la cual había vivido durante tres largos años, hacía ya toda una vida.

Había esperado que esto le oprimiera el corazón, que lo llenara de hielo y pavor. Había pensado que temería mirarla, que le recordara quién fue y todo lo que había sufrido. Pero al verla, no sintió absolutamente nada. Era solo un montón de piedras, en una colina, y por encima de la alegría del momento y la promesa del futuro, no pudo oír los susurros del pasado.

Se acercó a esas personas, esperando sentarse sin ser visto y simplemente disfrutar de la fiesta. No obstante, al acercarse, voltearon hacia él y le dieron la bienvenida, sirviéndole una copa de champán, e invitándolo a unirse a la conversación y las risas.

Sobre la mesa, su hija le tomó la mano y la apretó con fuerza, con amor en los ojos.

—Gracias por entregarme, papá —dijo con dulzura y suavidad, en su francés natal—. Gracias por todo.

—¡Por el padre de la novia! —exclamó Nathaniel Atlas, poniéndose de pie y alzando su copa, mientras su esposa, muy embarazada, lo miraba con cariño—. Por un hombre que salvó una vida y guardó un secreto, que reunió a una familia y surcó el océano. ¡Que todos aspiremos a su grandeza y agradezcamos su compañía!

—¡Sí, sí! —exclamó Isabelle, levantando su copa, en alto, para que el sol brillara en las burbujas, proyectando una luz deslumbrante en sus ojos.

Al hacer el brindis, se oyeron murmullos de aprobación, alrededor de la mesa, e Yves no supo qué más hacer, que esbozar una sonrisa de agradecimiento y asentir con la cabeza al anfitrión, quien lo miró con tanta gratitud y admiración, que Yves pensó que le arderían las orejas.

Más tarde, al atardecer, cuando los dos hombres estaban sentados, en una mesa vacía del banquete, compartieron una última copa de vino, lejos del bullicio de la fiesta. Mientras disfrutaban de la tranquilidad, Yves le contó a Nathaniel historias de la infancia de Isabelle. Habló de rodillas raspadas y clases de inglés, de animales rescatados y dulces robados, y de tantas tardes llamándola para que volviera a casa tras sus aventuras en el bosque.

Intentó explicarle, lo mejor que pudo, lo que significaba tener una hija y expresar cuánto lo había transformado ella, por dentro y por fuera. Hizo todo lo posible por describir esto bien, pero fracasó, pues hay muchas cosas que escapan a las palabras.

Al final, le transmitió lo único que pudo expresar con palabras. Le dijo a Nathaniel que, sin importar si se llamaba Atlas, Monetier o Applegate, siempre sería esa niña con las rodillas raspadas y un sinfín de preguntas, y que así debía ser para todos los padres.

Esperó hasta estar solo, en los patios de Meridian, bañados por la luz del crepúsculo, para dirigirse al mirador, cerca de un cenador recién terminado, que daba a las olas del mar y al cielo infinito.

Junto al elegante techo del cenador, su barandilla cuidadosamente labrada y el aroma a pintura fresca, había dos lápidas de piedra en el césped. Pulidas y relucientes, estaban adornadas con flores y grabadas con un sencillo poema, en memoria de Mary y Walter Atlas, quienes dejaron este mundo, juntos, como tantos enamorados desean hacerlo.

Se sentó con ellos, un rato, con las piernas cruzadas sobre el césped, mientras el sol terminaba su recorrido bajo el horizonte. Habló, no muy alto, aunque expresando sus sentimientos. Les dio la explicación que pudo de lo que había sucedido, después de aquel fatídico día, en la costa de Calais, luego que ambos abandonaran este mundo.

No sabía si disculparse o agradecerles, así que hizo ambas cosas, porque ambos sentimientos eran igualmente ciertos.

Se sentó a escuchar los cantos de la noche que cobraban vida: el trinar de los insectos y de los pájaros, y la dulce serenata del océano, que ya no podía ver. Habría permanecido allí toda la noche, pero sabía que lo echarían de menos, así que se levantó, se sacudió el polvo de los pantalones, y dirigió la mirada hacia la mansión, que palpitaba con una luz cálida.

—Estarían muy orgullosos de ella —les dijo, antes de irse—. Ambos estarían muy orgullosos de nuestra querida hija.

**El fin.**

# NOTA DE LA AUTORA

¡Muchísimas gracias por leer esta novela! Como seguramente habrás notado, este libro es un poco diferente a los demás. Fue especial para mí porque me dio la oportunidad de revivir una etapa muy querida de mi vida.

En 2009, a los 22 años, me mudé al pueblecito de Isabelle, en los Alpes, para trabajar como *au pair* (niñera) de dos niñas. Era la primera vez, en mi vida, que veía nieve. Esquiaba fatal, aprendí a conducir (¡y a caminar!) sobre hielo, y me enamoré del lugar, igual que Isabelle. Me la imagino viviendo en la misma casa, que yo, recorriendo los mismos senderos, junto al arroyo, y comiendo ensalada de hojas de diente de león, que ella misma recoge.

Hoy en día, Serre Chevalier es principalmente un destino vacacional de invierno, con pistas de esquí de fama mundial y se encuentra repleto de turistas, en la nieve. Sin embargo, recomiendo visitarlo en verano, cuando se vacía de visitantes y se transforma en el paraíso de una belleza y serenidad impactante, que tan bien recuerdo.

Kit y Gigi serán los siguientes en la saga de *Las Seducciones de la Hoja de Plata*, pero no se preocupen, Mathias también tendrá su propio libro. Como siempre, para una autora independiente, como yo, es fundamental que los lectores se tomen el tiempo de dejar una reseña. A todos los que lo han hecho o lo harán en el futuro, sepan que les estoy inmensamente agradecida.

Como digo, en cada libro, ¡me encanta saber de mis lectores! Si tienen comentarios, preguntas o simplemente quieren saludarme, pueden escribirme a: ava@avadevlin.com.

¡Gracias de nuevo!

Ava.